

se

ENRIQUE DE ANGULO

PRÓLOGO DE
JESÚS LAÍN

DIEZ HORAS DE ESTAT CATALÀ



Lectulandia

Este libro recoge la narración fidedigna de los trágicos episodios que tuvieron lugar en Barcelona la noche del 6 al 7 de octubre de 1934, realizada por quien fuera testigo directo de los mismos al encontrarse «en primera línea» para cubrir la noticia como corresponsal del diario *El Debate*.

El libro fue publicado en el mismo año 1934, lo que indica que se trata de un reportaje de urgencia que sólo podía escribir, de manera tan minuciosa, un testigo ocular directísimo de tales acontecimientos.

El reportaje cobra en estos momentos una gran actualidad, ya que demuestra que las tensiones centrífugas que se plantean ahora desde Cataluña al resto de España son las mismas, exactamente las mismas y a veces con las mismas palabras, que estuvieron en el origen y desarrollo de la rebelión separatista de octubre del 34.

Lectulandia

Enrique de Angulo

Diez horas de Estat Català

Reportaje del 6 de octubre de 1934

ePub r1.0

Titivillus 09.09.17

Enrique de Angulo, 1934

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

ATRAPADOS EN 1934

JESÚS LAÍN

En la vida de todas las naciones hay años que no son como los demás, y por eso son recordados de manera especial. Los motivos de su singularidad son muy variados: alegres o tristes, victoriosos o desastrosos, pero en cualquier caso marcadores de un antes y un después. Por ejemplo, desde muy niños todos los ingleses llevan grabados en sus corazones el 1066 de la batalla de Hastings y el 1805 de la de Trafalgar. Probablemente no haya francés que no señale 1789 como el año más destacado de la historia de su patria y 1870 como el más doloroso, del mismo modo que los alemanes rememoran dicho año con alegría y 1918 y 1945 con aplastante dolor.

Prácticamente olvidados el 711 de Guadalete, el 1212 de Las Navas y el 1808 de la francesada, en España sobresale el extraordinario 1492, aunque aumentan a diario los que, por un motivo u otro, lo rechazan. Junto a él destacan, más recientes, el luctuoso 1898 y el bélico 1936. Todas ellas son encrucijadas de nuestra historia, momentos en los que España, para bien o para mal, cambió.

Ese trascendental 1936 ha dejado en segundo plano otra fecha muy próxima sin cuya influencia, sin embargo, probablemente no hubiese adquirido la trágica importancia de ser el año en el que estalló la Guerra Civil. Se trata, naturalmente, de aquel 1934 en el que se sentaron las bases para el gran enfrentamiento que comenzaría dos años después.

El primer acto de la tragedia, en este caso con ropajes de comedia, fue el extraño parto de una república proclamada en abril de 1931 tras una clara victoria monárquica en las elecciones municipales. Pero, a pesar de dicha victoria, el régimen monárquico, empezando por el propio Alfonso XIII, tomó la decisión de suicidarse. Así comenzó su extraña andadura una Segunda República que muchos concibieron como patrimonio privado de los partidos izquierdistas.

Tan peculiar concepción del nuevo régimen fue lo que provocó que, al vencer las derechas en las elecciones de 1933 con el doble de votos que las izquierdas, buena

parte de éstas lo consideraran inaceptable. El presidente Alcalá Zamora cedió a la antidemocrática presión de quienes protestaban por la presencia en el gobierno de miembros de la CEDA, el partido más votado, y acabó encargando su formación al radical Lerroux, sustentado en el Parlamento por el victorioso partido de Gil Robles.

Al llegar el cambio gubernamental de octubre de 1934, con la introducción en el gobierno de tres ministros de la CEDA, la izquierda hizo estallar la revolución para evitar la llegada de los «fascistas» al gobierno. Fue en ese momento cuando los republicanos le pegaron a la República el primer tiro en la sien: las izquierdas situaron sus objetivos revolucionarios y totalitarios por encima de la Constitución que ellas mismas habían redactado. El egregio republicano Salvador de Madariaga lo recordaría desde el exilio con palabras contundentes:

«El alzamiento de 1934 es imperdonable. La decisión presidencial de llamar al poder a la CEDA era inatacable, inevitable y hasta debida desde hacía ya tiempo. El argumento de que Gil Robles intentaba destruir la Constitución para instaurar el fascismo era a la vez hipócrita y falso. Hipócrita porque todo el mundo sabía que los socialistas de Largo Caballero estaban arrastrando a los demás a una rebelión contra la Constitución de 1931, sin consideración alguna a lo que se proponía o no Gil Robles; y, por otra parte, a la vista está que el presidente Companys y la Generalitat entera violaron también la Constitución. ¿Con qué fe vamos a aceptar como heroicos defensores de la República de 1931 contra sus enemigos más o menos ilusorios de la derecha a aquellos mismos que para defenderla la destruían? (...) Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936»

[1].

Idéntica opinión mantuvo Julián Marías al afirmar sobre octubre de 1934 que «la República murió entonces. Fue la negación de la democracia, el no aceptar el resultado de unas elecciones limpiísimas» [2].

Con la insuperable autoridad conferida por su calidad de presidente de la República en el exilio, Claudio Sánchez-Albornoz dejó claro que «la revolución de octubre, lo he dicho y lo he escrito muchas veces, acabó con la República» [3].

Pero el dato definitivo es el arrepentimiento de uno de los principales protagonistas de la fracasada revolución, Indalecio Prieto. Esto afirmó el dirigente socialista el 1 de mayo de 1942 en el Círculo Cultural Pablo Iglesias de México:

«Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de aquel movimiento, pero la tengo plena en su preparación y desarrollo. Por mandato de la minoría socialista, hube yo de anunciarlo sin rebozo desde mi escaño del Parlamento».

Pero faltaba todavía el segundo tiro en la sien. Pues con la muy irregular victoria de las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936 se amnistió a todos los condenados por los sucesos de 1934 y se restableció el suspendido Estatuto catalán. Por si quedaba alguna duda, aquél que muchos siguen obcecados en reivindicar como un régimen legítimo y una democracia equiparable a las demás europeas confirmó que en él la ley y la justicia dependían del interés de los partidos triunfantes en cada

momento. La revolución y el caos estaban servidos. Y la respuesta violenta, también. Como explicó a menudo Sánchez-Albornoz, los republicanos, «por no haber sabido mantener el orden, cayera quien cayera», prepararon el terreno para que Franco se sublevara. E incluso llegó a señalar, con nombres y apellidos, al principal culpable de la Guerra Civil: su compañero de bando Francisco Largo Caballero.

A pesar de la evidencia manifestada por las personalidades republicanas mencionadas, y por tantas otras, los izquierdistas de los tiempos de la Transición comenzaron a olvidarse del examen de conciencia al que se vieron forzados por la derrota y el exilio y comenzaron a reivindicar de nuevo la legitimidad del golpe del 34. Con veinte años de retraso, el que fuera ministro de la Presidencia y Educación José Manuel Otero Novas relató una significativa anécdota:

«La noche del 30 de abril al 1 de mayo de 1976 le pedimos a Felipe González y otros dirigentes socialistas que suprimieran de un libro en ciernes una reivindicación orgullosa de su golpe de Estado de 1934. Les argumentamos que no era un buen comienzo de la democracia defender un ataque violento a las instituciones democráticas. Y se negaron. Salió la reivindicación. Y en 1984, el PSOE ya en el poder celebró en muchos puntos de España el cincuentenario del golpe, después de haber erigido estatuas a Prieto y a Largo Caballero, junto a la de Franco, al pie de los Nuevos Ministerios» [4].

Pero no recae en la izquierda toda la responsabilidad por la reinterpretación interesada de aquellos trágicos momentos de nuestra historia, reinterpretación que tan largos y profundos efectos está teniendo en la vida política presente. Pues gobernaba el Partido Popular de José María Aznar con mayoría absoluta cuando en la muy simbólica fecha del 20 de noviembre de 2002, mientras el *Prestige* se hundía frente a las costas gallegas, el Congreso de los Diputados aprobaba por unanimidad una resolución condenatoria del golpe del 18 de julio de 1936 y el régimen salido de él:

«El Congreso de los Diputados, en este vigésimo quinto aniversario de las primeras elecciones libres de nuestra actual democracia, reitera que nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática».

Pero del golpe de octubre de 1934, de sus miles de víctimas mortales y de sus perniciosas consecuencias para un orden constitucional que quedaría gravemente herido, no se acordó nadie.

De este modo, debido a la sólida ignorancia y la permanente parálisis del Partido Popular, se pavimentó el camino hacia la sectaria Ley de la Memoria Histórica de 26 de diciembre de 2007 —perpetuamente presente en los medios de comunicación nueve años después de su promulgación—, así como al muy simbólico derribo de la estatua de Franco que acompañaba en los Nuevos Ministerios madrileños a las de Prieto y Largo Caballero. El juicio histórico quedaba claro: el golpe de estado de Franco en 1936 fue ilegítimo y digno de oprobio, mientras que el de los socialistas —y los separatistas catalanes— en 1934 fue legítimo y merecedor de homenaje.

Aunque la revolución se extendió por toda España, los dos principales focos fueron la Asturias minera, con dos mil muertos entre civiles y militares, y la Cataluña gobernada por la *Esquerra Republicana* de Lluís Companys.

Para comprender aquel octubre de 1934 en Cataluña, pocos documentos más valiosos que el libro de Enrique de Angulo *Diez horas de Estat Català*. Pues, corresponsal de *El Debate* en Barcelona, fue testigo de los acontecimientos que se desarrollaron durante la noche del 6 al 7 de octubre provocando la muerte de cuarenta y seis personas, el encarcelamiento de tres mil, la condena de Companys y demás miembros de su gobierno a treinta años de prisión por el delito de rebelión militar y la suspensión de la autonomía catalana.

De nada sirve repetir aquí los acontecimientos relatados por Angulo, pero sí merece la pena reflexionar sobre los notables paralelismos entre lo sucedido aquellos días y la situación política actual. Para bien y para mal, la naturaleza humana es la misma en cualquier época y lugar, y los movimientos políticos, aunque evidentemente sujetos al inevitable paso del tiempo, suelen atesorar un núcleo ideológico inamovible que tarde o temprano acaba aflorando. Por eso conocer la historia puede ayudar mucho a comprender el presente.

Pues el autor comenzó recordando a sus lectores de 1934 que aquel estallido de violencia de los separatistas de izquierdas no habría sido posible sin «el continuo fomentar de la rebeldía de Cataluña» por parte de la derechista *Lliga* de Prat y Cambó durante los cuarenta años transcurridos desde los días de las *Bases de Manresa*. Y junto a la acción de los separatistas, la otra clave de su éxito había sido, según Angulo, la complicidad de «la mayor parte de los políticos españoles de las tres últimas décadas, que se prestaron a ser juguete de los catalanistas a pesar de la diáfana claridad con que Prat de la Riba proclamó en *La nacionalitat catalana* sus ansias y sus propósitos separatistas en forma que al más necio no le podía caber duda de sus intenciones».

Efectivamente, una de las ideas más repetidas por Enrique de Angulo fue la responsabilidad de los gobiernos republicanos, tanto los de derechas como los de izquierdas, por abandonar a los catalanes que defendían España y por su «interminable serie de claudicaciones» ante los separatistas, empezando por unas competencias estatutarias que iban a ser utilizadas para dinamitar el Estado desde dentro.

Aunque se trate del ya lejano año de 1934, la lista de atropellos parece haber sido escrita hoy: la radio como instrumento de propaganda a servicio del poder, la policía como inmejorable herramienta para preparar la insurrección, la depuración de oficiales notoriamente antiseparatistas, la «delictiva benevolencia del fiscal» ante las continuas vulneraciones de la ley, la malversación de fondos ante cuya denuncia

Companys se sintió gravemente ofendido, el incumplimiento de las sentencias del Tribunal de Garantías Constitucionales, la organización de manifestaciones y sesiones solemnes en el Parlamento en apoyo del desacato, la consideración de las votaciones autonómicas como superiores al orden constitucional, las ofensas a la bandera española y su retirada de los edificios públicos e incluso la utilización de los partidos de fútbol amistosos —el Brasil-Cataluña de junio de 1934— como altavoces para la causa separatista.

«Si es desolador el balance de hechos que antecede, más triste es todavía considerar que todo ello no hubiera podido verificarse sin la anuencia y el apoyo de los Gobiernos de Madrid. Sus claudicaciones son las verdaderas causas inmediatas del movimiento de rebeldía».

Cuando, refiriéndose a Napoleón Bonaparte y a su sobrino Napoleón *le Petit*, Karl Marx acuñó su celeberrima frase sobre la historia repitiéndose dos veces, la primera como tragedia y la segunda como farsa, no pudo prever que lo que podría suceder en la España de los siglos xx y xxi quizá fuese lo contrario. Pues, si se dejan al margen los muertos, la incompetencia de los gobernantes españoles y la ruptura de un orden constitucional que acabaría desembocando dos años después en una sangrienta guerra civil, lo de la Cataluña en 1934 fue una gloriosa astracanada: proclamas inflamadas, desfiles, francachelas, fanfarronadas, frenesíes patrióticos, lágrimas y abrazos que se transformaron en unas pocas horas en desmayos, en lamentos, en acusaciones de traición, en cuatro cañonazos de fogueo para asustar, en miles de aguerridos *escamots* escondidos bajo sus camas, en carreras por las alcantarillas... todo ello aderezado con las peripecias eróticas de dos de los principales protagonistas, el presidente Companys y Miquel Badía, *Capità Collons* para los amigos, que compartían los favores de una bella camarada casada con un pobre infeliz, favores que acabarían provocando la probable participación de Companys en el asesinato de Badía a su regreso del exilio tras el indulto de febrero de 1936.

En 1934 no le faltó nada a la farsa. ¿Llegará en 2016 el turno de la tragedia? Porque los problemas que acabaron desatando la rebelión separatista de 1934 volvemos a encontrarlos hoy repetidos y aumentados. Companys y compañía, ni en el más loco de sus sueños, jamás habrían podido imaginar el predominio ideológico conseguido por sus sucesores tras cuatro décadas de utilización totalitaria de los instrumentos de autogobierno puestos en sus manos por el orden constitucional español. Por otro lado, la desaparición del Estado a causa de la delictiva vulneración del ordenamiento jurídico por parte de un gobierno tras otro no parece que tenga fácil remedio. Finalmente, unas izquierdas crecientemente inclinadas a no oponerse e incluso a apoyar los postulados separatistas complementan la grave amenaza que se cierne sobre el régimen de 1978 en ésta su fase terminal.

Dada la intensa aceleración de los acontecimientos políticos, no tardaremos en conocer el final de la historia.

INTRODUCCIÓN

EL AUTOR Y SU TIEMPO

Enrique de Angulo Gatto-Durán, que ése era su nombre completo, nació en Madrid (18-XI-1895) y murió en esta misma ciudad (23-XI-1975) de manera trágica. Su biografía podría servir de argumento para una película de horror. De haber sabido cantar habría formado un buen dúo con Imperio Argentina, entonando, quiero recordar que en la película *Morena Clara*, aquello de:

*El día que nací yo,
qué planeta reinaría,
por donde quiera que voy,
qué mala estrella me guía.*

Era el penúltimo de los catorce hijos del matrimonio de don Carlos de Angulo, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, con doña Mariana Gatto-Durán. Nombrado su padre ingeniero jefe o director de la Junta de Obras del Puerto de Barcelona, se trasladó, con la familia, a la Ciudad Condal. Debía de tener entonces unos siete años de edad.

Sus padres lo internaron en el colegio de los jesuitas de Sarriá, por cuya orden sintió siempre un afecto especial. En aquella época, y aún muchos años después, las familias con algunas posibilidades solían internar a sus vástagos en colegios de cierto prestigio, mayormente religiosos, para que hicieran de ellos «personas de provecho». Pero la bonanza no duró mucho. Algún tiempo después, que no pudo ser muy posterior, pues Enrique sólo recordaba a su padre de una manera vaga e imprecisa, el ingeniero de Caminos era asesinado en el despacho de su propio domicilio por un pistolero que no pudo escapar. Rodeado por la policía y viéndose perdido, se suicidó con la misma pistola que había matado a su víctima.

¿Crimen «social»?; ¿oscura venganza por contratas de obras?; ¿acto aislado de un delincuente común? Personalmente me inclino por el primer supuesto, ya que a principios del siglo xx empezaba a tomar fuerza la actividad violenta del anarquismo internacional, con su fórmula de «acción directa» contra las «clases dominantes y

explotadoras». Además, la decisión del asesino de suicidarse encajaba bastante bien con la locura ideológica de aquellos *redentores* (mitad verdugos, mitad mártires) del proletariado. De esa manera murió Miguel Pardiñas, el 12 de noviembre de 1912, tras asesinar al presidente del Consejo de Ministros, don José Canalejas, mientras miraba, sin escolta de ninguna clase, el escaparate de una librería en la Puerta del Sol madrileña. También se suicidó Mateo Morral, alumno y seguidor de la Escuela Moderna de Ferrer y Guardia de Barcelona, autor del atentado de la calle Mayor de Madrid contra Alfonso XIII y su comitiva nupcial el 31 de mayo de 1906.

La numerosísima familia de don Carlos de Angulo no debió de quedar, económicamente, mal del todo, una vez muerto éste. Bien porque tuvieran ciertos recursos patrimoniales, bien porque la Junta de Obras del Puerto hubiese suscrito algún seguro de vida a su favor. El caso fue que Enrique pudo continuar en el colegio de los jesuitas de Sarriá, muy probablemente hasta que concluyó el bachillerato. Por otro lado, su hermano Juan, que residió en Valencia, terminó los estudios de ingeniero de Caminos, y su hermana Enriqueta casó con el ingeniero industrial de Bilbao, Luis Polo Polanco, indicio de las relaciones de buen nivel profesional de los Angulo. Tres hermanas más se hicieron religiosas, hecho muy habitual en las familias numerosas y católicas de la época. Una residió en París, otra en San Sebastián y la tercera en Salamanca.

Tras la muerte del padre, doña Mariana, con los hijos que le restaran en casa, se trasladó de nuevo a Madrid, en cuya Universidad Central Enrique cursó Leyes. El título de licenciado en Derecho le fue expedido el 17 de octubre de 1918, cuando iba a cumplir 23 años. En esa época perteneció a la Juventud Maurista, junto a Luis de Galinsoga, entre otros, periodista de gran notoriedad durante el franquismo y a quien volveremos a encontrar más adelante. Desde ese año hasta la llegada de la República en 1931 he podido averiguar muy poco. Los papeles personales no hacen referencia a este tiempo. Sólo que se casó con doña Felisa Zapatero Espada, también de Madrid, el 16 de junio de 1924 en la parroquia de Santa Bárbara, con 28 años de edad.

Como su padre, tuvo también muchos hijos: diez en total. La menor de ellos, Paz, nacida en 1945, es la que me ha permitido bucear en viejos papeles familiares para componer, en buena parte, estos apuntes biográficos.

Enrique de Angulo, pese a su título de abogado, no demostró ninguna inclinación por la toga. Lo suyo era, al parecer, la debilidad o la perversidad de la pluma. Debí de entrar en la redacción de *El Debate* allá por los años veinte, aunque no tengo ningún dato que lo corrobore. También le supongo adscrito a la A. C. N. de P. (Asociación Católica Nacional de Propagandistas, hoy sin la N. de «nacional», por razones obvias...), fundada por Ángel Herrera Oria —lo mismo que dicho periódico— en compañía del padre Ayala, S.J. Fuese o no *propagandista*, Enrique de Angulo se consideró siempre «periodista católico».

A juzgar por el lugar y las fechas del nacimiento de sus cinco primeros hijos (Felisa, Ana María, Carmina, Enrique y María Teresa) pasó todos esos años en

Madrid. Toda España vivía la placidez ilusoria de aquella dictadura de Primo de Rivera, entre paternalista y un tanto folklórica. El empresariado catalán, acosado por el terrorismo anarquista, estuvo detrás del golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923. A su vez, los políticos de la Restauración habían agotado todas sus posibilidades de gobierno, dando lugar a un proceso acelerado de descomposición nacional. Eran muchos los que reclamaban una «mano fuerte» que enderezase el rumbo del país. El *pronunciamiento* del marqués de Estella, al más puro estilo de los espadones decimonónicos, a pesar de su evidente ilegalidad, fue recibido con gran satisfacción por la mayoría de los españoles. Ciertamente prohibió todos los partidos políticos y numerosas expresiones ciudadanas, pero su principal enemigo fue siempre el anarquismo —el mismo enemigo de la burguesía catalana—, al que persiguió con dureza y sin cuartel. En cambio, el sindicato socialista UGT gozó de mucha tolerancia y sustanciosos beneficios. Largo Caballero fue nombrado consejero de Estado por el dictador, y los gremios socialistas recibieron cuantiosas ayudas oficiales para la construcción de numerosas colonias de chalecitos adosados en muchas ciudades y pueblos de España.

Pero si la Dictadura llegó por un golpe de Estado, la proclamación de la República el 14 de abril no fue mucho más legítima. Las elecciones municipales de dos días antes no eran, en modo alguno, un plebiscito, pero el comité revolucionario republicano-socialista-catalanista del Pacto de San Sebastián, suscrito el 17 de agosto de 1930, las convirtieron en una palanca para el asalto al poder, fueran cuales fuesen los resultados electorales. Ciertamente que los candidatos del *pacto* ganaron las votaciones en muchas capitales y grandes ciudades y, en algunos lugares, como Madrid, con bastante holgura, pero en el conjunto de España vencieron sin discusión las candidaturas monárquicas.

Según los datos aportados por los historiadores, la primera vuelta de dichas elecciones celebradas el 5 de abril se cerró con los siguientes resultados: 14.018 concejales monárquicos y 1.834 republicanos. Después de esta primera jornada, sólo dos pueblos, uno en Granada y otro en Valencia, pasaron a control republicano. El 12 del mismo mes tuvo efecto la segunda vuelta, con un escrutinio no muy diferente al anterior: 22.150 concejales monárquicos y 5.775 republicanos. Pero daba igual. La decisión de alzarse con el poder estaba ya tomada, y puesto que podían conseguirlo, dado el abatimiento claudicante de los prohombres de la Monarquía, no iban a detenerse en formalismos legalistas. Si ello suponía un fraude de ley y una vulneración manifiesta de la voluntad popular, importaba poco. Lo realmente importante era hacerse con el poder. Sin necesidad de capitanes de Jaca ni amagos levantiscos como el registrado en el aeródromo de Cuatro Vientos; es decir, sin disparar un tiro, igual que Primo de Rivera. Ese espíritu golpista que, en efecto, venía de atrás, lo hicieron totalmente suyo los nuevos *demócratas*. Era el presagio de lo que podía esperarse de la flamante República.

Nuestro hombre vivió la llegada de la República en Madrid, imagino que con la

desazón propia de una persona de sentimientos monárquicos. Sin embargo, no mucho tiempo después ya se encontraba en Barcelona, donde le nació en junio de 1932 su sexto hijo, una niña a la que pusieron de nombre Mercedes (*Memé* para los suyos) en honor a la patrona de la Ciudad Condal. Se trasladó allí con toda la familia para ejercer de cronista-corresponsal de *El Debate*.

Llegaron las elecciones de 1933 (13 de noviembre en primera vuelta y 3 de diciembre en segunda), en las cuales, el centro y las derechas arrollaron a socialistas y republicanos, excepto en Madrid. Los resultados totales fueron: 5.191.881 papeletas para los primeros, y 2.820.139 para los segundos. En Madrid, en cambio, ganaron las izquierdas con 177.331 votos frente a 171.757 del centro-derecha. Estos resultados dieron la siguiente composición del Parlamento: CEDA, 115 escaños; radicales de Lerroux, 102; socialistas, 60; agrarios, 36; Lliga catalana, 26; tradicionalistas, 20; republicanos conservadores, 18; independientes, 18; Esquerra Republicana, 18; Renovación Española, 15; PNV, 12; liberales demócratas, 9; ORGA (regionalistas gallegos), 6; Acción Republicana, 5; progresistas, 3; radicales socialistas independientes, 3; Unión Socialista Catalana, 3, y radicales socialistas, federalistas y nacionalistas españoles, 1 cada uno. En total 472 diputados. Por consiguiente, CEDA y el partido Radical sumaban en conjunto, 217, y con los agrarios, 253, mayoría más que sobrada en una cámara de 473 escaños.

En una democracia seria y respetuosa de sí misma, lo propio, lo constitucional, lo justo, hubiera sido encargar al partido más votado la formación de gobierno y, en caso de no lograr los apoyos parlamentarios imprescindibles, acudir al segundo, y así sucesivamente. Pero apenas conocido el escrutinio, el griterío izquierdista atronaba el país: ¡que vienen los «fascistas» de la CEDA! ¿Acaso no era la minoría mayoritaria? Qué más daba. ¿Acaso no era el partido más votado? Qué importaba. Los *demócratas de toda la vida* eran así. Han sido y serán siempre así.

Alcalá Zamora, el presidente de la República, se achantó, como tenía por norma ante las presiones y desmanes de la izquierda. Consultado en primer término Gil-Robles, como era preceptivo, encargó formar gobierno a Lerroux, jefe del partido Radical, al que la CEDA apoyaría desde fuera. Todos los nuevos ministros fueron radicales —y en general masones—, excepto Álvarez Valdés, liberal-demócrata, encargado de Justicia, y Cid, agrario, de Comunicaciones. Alcalá Zamora salvaba la cara ante los cofrades del Pacto de San Sebastián, porque Lerroux era uno de los firmantes, pero a costa de vulnerar las reglas más elementales de una verdadera democracia y gracias a la generosidad de Gil-Robles, que no quiso exigir lo que las urnas le habían dado. De momento, el golpe definitivo a la otra España que buscaban los amos del cortijo republicano se contenía, pero no se superaba; simplemente se aplazaba.

Don Niceto, al que los socialistas llamaban el *Botas*, porque siempre calzaba botines acharolados, no hacía mucho por encauzar la situación de acuerdo con la voluntad popular y dignificar la República que presidía. Más bien circulaba en

dirección contraria. Encarnaba en cierto modo el negativo de la foto fija de aquel estado de cosas, cuyo positivo lo representaba don Alejandro Lerroux, éste, sí, republicano de siempre, que no tenía necesidad de hacer méritos en la nueva situación, como debía hacerlos el antiguo monárquico de Priego. Tan republicano era Lerroux que fue el inventor de la bandera tricolor, cuya raya morada quería simbolizar a los Comuneros de Castilla, a los que tenía por héroes populares resistentes al despotismo real. Habría que añadir, no obstante, que don Alejandro quizás no entendía mucho de gamas cromáticas, o en todo caso era daltónico, porque el pendón de Castilla y supuestamente de los comuneros no fue nunca morado, sino rojo vino, rojo burdeos. Pero mientras unos iban a peor en su recién estrenado republicanismo, Lerroux venía a ser el paradigma del político que evolucionaba a mejor, cada vez a mejor, por puro amor a España. Masón, como la gran mayoría de los dirigentes radicales y como era obligado en el republicanismo izquierdizante de la época, pasó de las soflamas extremosas como *Emperador del Paralelo* de Barcelona («hay que hacer de las monjas, madres», decía) a ser el principal valladar que impedía, desde dentro del sistema, el despeñamiento de la nación. Las izquierdas autoritarias, muchos de cuyos integrantes eran «hermanos» de don Alejandro, y las izquierdas totalitarias, especialmente bolcheviques, lo sabían perfectamente, de modo que había que buscar la fórmula para destruirle a fin de alcanzar sus objetivos maximalistas.

Lerroux, sin embargo, no se dejó intimidar por las amenazas apocalípticas de las izquierdas, aunque sabía que no jugaban de farol. En realidad lo sabía todo el mundo. Podía leerse a diario en la prensa adicta, oírlo en el Parlamento y observarlo en los preparativos revolucionarios que se hacían casi a plena luz del día.

El día 3 de octubre de 1934 Lerroux presentaba un nuevo gabinete al Parlamento, que lo aprobó por holgada mayoría, en el que incluía *ex novo* a tres ministros de la CEDA que ocuparían las carteras de Justicia, Agricultura y Trabajo. Sin embargo, sólo tres días después estallaba, en numerosos puntos de España, la tantas veces anunciada revolución, que alcanzó su máxima expresión violenta y desintegradora en dos puntos: Asturias y Cataluña. El presente libro narra, con todo detalle y precisión, los trágicos momentos que se registraron en Barcelona y en otras ciudades de Cataluña la noche-madrugada del 6 al 7 de octubre de aquel año, vividos por Enrique de Angulo en las propias trincheras del «teatro de operaciones», como se diría en lenguaje castrense, a fin de transmitirlo de forma directa a los lectores de *El Debate*.

No voy a detenerme ahora en glosar el contenido del libro, que sería tanto como suplantar al autor, pero sí quiero llamar la atención sobre algunos detalles que estimo ilustrativos. Por ejemplo, el libro fue publicado en el mismo año de 1934, lo que indica que se trata de un reportaje de urgencia que sólo podía escribir, de manera tan minuciosa, un testigo ocular directísimo de tales acontecimientos. En segundo término advertimos que el libro no se editó en Barcelona, el lugar de los hechos. ¿No se atrevió ningún editor barcelonés a ello? Tampoco se publicó en Madrid, donde

podría haber tenido buena acogida, pero entonces había poca actividad editorial en la capital de España. Asimismo no lo hizo la propia empresa para la que trabajaba. ¿Motivos de unos y otros para eludir lo que podía ser un buen negocio? Lo ignoro. Incluso ignoro si llegó a plantear la publicación del libro a algún editor de Barcelona o Madrid. Ni en el prólogo ni en sus papeles he encontrado alguna referencia sobre el particular. En cambio sí se editó en Valencia, a cargo de la Librería Fenollera, de la calle del Mar, 17, sin duda una pequeña empresa que publicaría algún libro de vez en cuando. De todas formas no deja de ser un tanto extraño que el libro viera la luz a orillas del Turia, porque no me consta que Enrique de Angulo tuviera muchas amistades en la capital valenciana. Ello me hace sospechar que un tercero —¿su hermano Juan?— le gestionó la publicación en la casa Fenollera, pero en términos de tirada reducida, lo que hace que el libro, a pesar de su enorme valor documental, tuviera entonces poca difusión y ahora resulte totalmente inédito.

El reportaje cobra en estos momentos una gran actualidad, ya que demuestra que las tensiones centrífugas que se plantean ahora desde Cataluña al resto de España son las mismas, exactamente las mismas y a veces con las mismas palabras, que estuvieron en el origen y desarrollo de la rebelión separatista de octubre de 1934. Si ahora se pide una Cataluña independiente en el contexto de un «Estado federal (o confederal) español», entonces Companys proclamó, desde el balcón principal de la Generalidad, el «Estat Català dentro de la República Federal Española». ¿Hay alguna diferencia entre ambas exigencias? Una sola: en 1934, la coalición esquerrista-socialista-comunista —la misma del *tripartito* actual— se echó a la calle (los cenetistas permanecieron quietos), y hoy concentran todos sus esfuerzos en presionar, hasta el agobio, a un Gobierno nacional que saben débil y claudicante, si no es que el propio presidente del Gobierno toma la iniciativa para satisfacer a los separatistas, y que además ignora la naturaleza del llamado «problema catalán». Tampoco lo entendió Primo de Rivera, ni Franco, ni otros. Angulo, en cambio, no andaba desencaminado al plantear, entonces, el tema de la autonomía municipal y las mancomunidades comarcales. En último término el «problema catalán» no es propiamente un problema de toda Cataluña, sino una consecuencia del centralismo aplastante de Barcelona. Pero tampoco de los barceloneses en general, sino de la clase dirigente enquistada en los centros de poder de la capital del condado.

Esta clase, superpuesta a toda la población, y que por ello mismo podríamos calificar de casta oligárquica o dominante, no está formada por un cuerpo único monolítico, sino que al modo de los antiguos estamentos medievales, podemos distinguir en ella al menos tres capas o estratos. El de más arriba, por su posición económica, lo integra el gran empresariado financiero, industrial y comercial agazapado en la patronal Fomento del Trabajo Nacional, con un poder mucho mayor del que deja traslucir. Su poderío no ha decaído nunca, en ninguna situación, por muy adversa que a Cataluña pudiera parecer, salvo el paréntesis muy extremo de la guerra civil.

En un segundo escalón hallaríamos a la burguesía de clase media, más bien tirando a media-baja, funcionarial, docente, urbanita, jacobina (en la que abundan los *charnegos* precisados de hacerse perdonar su origen ante quienes dan y quitan canonjías), dada a la extremosidad y a las expresiones rotundas. Anidan, principalmente, en las numerosas logias de las distintas obediencias que existen en Barcelona, cuya casa madre tiene su domicilio en la Gran Vía de las Cortes Catalanas, 617. La sede histórica de la calle Aviñó, 27, que cita Enrique de Angulo, donde estuvo ubicada la Gran Logia Regional del Nordeste de España, dependiente del Grande Oriente Español, madriguera de los insurrectos de octubre de 1934, la ocupa ahora la Gran Logia Simbólica Española (Gran Oriente Español Unificado), masonería «irregular, adogmática y mixta».

En un tercer grupo encontraríamos al nacionalismo clerical que germina en las sacristías —es un decir—, pero con seguridad en muchas asociaciones católicas de Cataluña. Es una versión a escala menor del denostado nacional-catolicismo, a mi juicio dudosamente ortodoxo, antes franquista y ahora independentista.

Los intereses que se concentran en Barcelona han gozado desde antiguo de unos privilegios que no han tenido las demás regiones españolas, como si volviéramos a los tiempos mercantilistas del privilegio de ciertos puertos —Sevilla, Cádiz, etc.— exclusivistas del comercio con las Indias Occidentales u Orientales. Para demostrarlo no voy a remontarme a la permanente guerra de los aranceles de la segunda mitad del siglo XIX, que terminó con la victoria, obvia, de los industriales textiles de Barcelona, quienes lograron imponer las barreras proteccionistas de 1891 y 1906. Tal muralla, que permitía el afianzamiento de un mercado interior cautivo, hizo más que ricas a las grandes familias patricias barcelonesas: Güell, Muntadas, Batlló, Fabra, Serra, Sert, Valls, Milá, Mateu, etc. Hablaré de tiempos mucho más recientes y, según los catalanistas, terriblemente opresores.

La única región española, mejor dicho, la única ciudad española que ha gozado de la prerrogativa de tener un ministro exclusivo para velar por sus intereses locales ha sido Barcelona, en la persona de don Pedro Gual Villalbí, director, hasta su nombramiento como ministro franquista, de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de la Ciudad Condal.

Gual Villalbí, el defensor del «proteccionismo sano», siempre que beneficiara a su tierra naturalmente, había nacido en Tarragona en 1885, pero desde los tiempos de estudiante de Comercio —ahora Empresariales— vivió siempre en Barcelona, donde desarrolló toda su carrera profesional, empresarial y docente. En el gabinete del 25 de febrero de 1957 Franco lo nombró ministro sin cartera y, de hecho, sin contenido. Para vestir un poco el santo le fue añadida la presidencia del Consejo Económico Nacional, uno de esos organismos asesores cuyos dictámenes raramente aprovechan para algo, pero que sirven de refugio a los elefantes sagrados. Con esa presidencia podía tener despacho en Madrid, aunque siguió viviendo en Barcelona, y ayudar a López Rodó en el diseño, primero, del Plan de Estabilización de 1957, y los

posteriores planes de Desarrollo. Esto era la teoría, que no digo yo que dejara de cumplir, pero suponía poca sustancia para sentarse todas las semanas de *oyente* en el Consejo de Ministros. Don Pedro se mantuvo en el cargo hasta el 7 de julio de 1965, en cuyo ministerio sin cartera le sustituyó el también barcelonés Laureano López Rodó, mano derecha del todopoderoso almirante Carrero Blanco, que asumió la gran tarea de los planes de Desarrollo.

Uno de los polos de Desarrollo fue asignado a Tarragona, por casualidad patria chica de Gual Villalbí. La antigua y esplendorosa Tarraco sufría un muy largo proceso de decadencia, y a fin de atajarlo y relanzar su economía, el Gobierno, es decir, López Rodó, decidió instalar en ella un gran complejo petroquímico, parejo al de Huelva. Pero he aquí que los grandes empresarios barceloneses se quejaron, ¿a quién?, que habían dado todo el pastel a Tarragona y a ellos no les había tocado nada. Para «compensarles» se les concedió la nadería de la explotación del gas natural en toda España, a la sazón en régimen de monopolio. Se lo quitaban a Campsa y se lo cedían a unos particulares, pero no a unos particulares cualesquiera, sino a unos particulares de Barcelona. Franco seguía oprimiendo a los catalanes. Y no hablamos de la SEAT, de la Zona Franca del puerto de Barcelona y de otras menudencias similares.

Cierto que se prohibió el uso de la lengua autóctona en instituciones y organismos públicos, pero... no en todos. En la presidencia del Gobierno, por ejemplo, donde tenía el despacho López Rodó, yo presencié, a principios de los años setenta, conversaciones y reuniones en catalán con el entonces alcalde de Barcelona, José María Porcioles, y sus acompañantes, y no metieron a ninguno de ellos en la cárcel. Por cierto, a Porcioles lo veía de vez en cuando por allí, pero nunca detecté la presencia del alcalde de Madrid ni el de ninguna otra capital de España. A lo mejor sucedía que cuando yo iba a recabar información para la agencia Efe, donde trabajaba, era la hora de las visitas barcelonesas.

Como he apuntado antes, el problema no viene de Cataluña en su conjunto, sino del pulpo *barceloní*. Las clases dominantes capitalinas sueñan con hacer de Barcelona una nueva Roma mediterránea, una ciudad imperio, un imperio sobre *els Països Catalans*. ¿Qué dominios o colonias integrarían este imperio? En primer término los viejos condados catalanes, ya absorbidos por el condado de Barcelona. Seguidamente el antiguo reino de Mallorca (*les Illes*), más el reino de Valencia, más el Rosellón, más la Provenza, más la franja ribereña del Noguera Ribagorçana que pertenece a Huesca, más... ¿también Cerdeña?, ¿también Sicilia?, ¿también Nápoles?, ¿también los ducados de Atenas y Neopatria?, ¿también el Asia Menor? Nunca hay que olvidar que todo nacionalismo exacerbado es, por su misma naturaleza, expansivo, absorbente, voraz, agresivo, belicoso..., o sea, imperialista, y todo imperio acaba chocando y guerreando con sus vecinos, a los que pretende colonizar y dominar. Ahí tenemos el imperio *barceloní*. Que se lo pregunten, si no, a los valencianos, o a los navarros respecto a los separatistas vascos.

En la revolución de octubre de 1934 podemos distinguir, siguiendo el texto de Angulo, tres factores desencadenantes: el territorial, el social y el ideológico.

El territorial viene representado por la pretensión del *pulpo* barcelonés de constituirse en *nación* aparte pero sin perder el apetitoso y cautivo mercado español. Es decir, sí pero no, según cómo. Es un problema para España, que sigue igual desde hace un siglo o más, con las mismas demandas barcelonesas, los mismos argumentos, los mismos grupos políticos, los mismos intereses y hasta los mismos personajes aunque lleven nombres distintos. Un problema irresuelto e irresoluble mientras no se inyecten dosis masivas de antibióticos contra los focos infecciosos barceloneses que contagian a toda la sociedad catalana. ¿Y qué clase de antibiótico puede ser ése? La penicilina de la libertad: libertad de lenguas, libertad de enseñanza, libertad política, libertad de prensa y libertad televisiva. Mientras Cataluña no sea liberada de la dictadura cultural y política que padece desde décadas no será realmente libre ni soberana, la soberanía de los espíritus, de las personas. Pero una dictadura no puede curarse con otra dictadura. Ése fue el gran error de Primo de Rivera, y de Franco, al margen de la valoración general que pueda hacerse de sus respectivos regímenes. Una dictadura como la que ha impuesto el nacionalismo secesionista sobre un pueblo cohibido y presionado sólo puede vencerse con grandes dosis de libertad. La libertad, a la larga, lo cura todo. Bien entendido, la libertad responsable, esto es, el sistema de libertades en el que todo el mundo tiene que responder ante los demás de lo que hace y dice, no como ocurría en la República, que los sectores golpistas, sediciosos y revolucionarios, al final apenas respondían de nada. Por eso se reponían rápidamente de sus fracasos y proseguían en seguida sus maquinaciones. Así acabó la cosa.

El factor o problema social venía determinado por la pobreza y las abultadas cifras del paro, en buena medida provocadas por los efectos retardados de la Gran Depresión del año 1929. Ya entonces, eso de la globalización, para bien y para mal, no había quién lo parase. Muchísimo menos ahora con Internet funcionando a toda presión.

Las cifras oficiales registraban en mayo de 1934 un paro de 703.816 personas, o sea, el doce por ciento aproximadamente de una población activa que podríamos estimar en unos seis millones escasos de operarios. Un desempleo bastante elevado, con el agravante de que buena parte de los puestos de trabajo eran precarios o temporeros. Además, el mercado laboral empeoraba: en un año el paro había aumentado en 158.977 desempleados más. La situación social era, por tanto, grave, y en consecuencia campo abonado para las soflamas demagógicas. Ahora bien, la pobreza nunca se ha superado con mítines ni mucho menos con revoluciones. En todo caso, la insurrección catalana no fue obra de trabajadores en paro, ya que la CNT, sindicato ampliamente mayoritario, prefirió ver los toros desde la barrera, sino que la planificaron, organizaron y ejecutaron la propias autoridades autonómicas —de acuerdo con Azaña y los socialistas— a cuyas órdenes actuaron las milicias (los *escamots*) de Esquerra Republicana y las fuerzas de seguridad dependientes de la

Generalidad. En Asturias, en cambio, el protagonismo de la rebelión corrió a cargo de los mineros principalmente, que tenían trabajo estable. O sea, que tampoco aquí los parados tuvieron participación decisiva alguna.

Por lo que al factor ideológico se refiere, no es exagerado decir que la masonería por un lado, y el bolchevismo de Largo y sus seguidores por otro, hicieron aquel Régimen inviable. No concebían una República que no estuviera totalmente en sus manos. La República tenía que ser exclusivamente para los republicanos, pero no para todos los republicanos, sino únicamente para los que Azaña, Prieto, Esquerra y las logias legitimaran. Por supuesto, Lerroux, el más antiguo de todos los republicanos, a pesar de ser o haber sido masón —según relata en sus memorias—, no era en cambio lo suficiente sectario y jacobino para ser admitido en el club de los *legitimistas*. De tales republicanos dijo don Alejandro en un mitin en la plaza de toros de Zaragoza (10 de julio de 1932) que «en vez de gobernar para todos los españoles, gobernaban sólo para una clientela». Unos republicanos que en lugar de atraer y asimilar a los reticentes, como en cierto modo intentó la CEDA, pusieron todo su empeño en enfrentar a las dos Españas, para aplastar a los adversarios y alzarse con el santo y la limosna del poder a perpetuidad. Por ese camino la guerra civil estaba servida.

Vicente Alejandro Guillamón
Madrid, octubre de 2005

ENRIQUE DE ANGULO

**DIEZ HORAS DE ESTAT CATALÀ
REPORTAJE DEL 6 DE OCTUBRE DE 1934**



Nota de la editorial: Ediciones Encuentro ha querido respetar el relato original de ENRIQUE DE ANGULO según lo publicó en su día la Editorial Fenollera de Valencia, por lo que en el presente texto permanecen incluso las erratas de dicha edición.

I

ANTECEDENTES DE LA REBELIÓN SECESIONISTA

La Lliga, principal instigadora del sentimiento nacionalista. —La República, el Estatuto y el traspaso del Orden Público. —Miguel Badía. —Pérez Farrás. —Claudicaciones del Estado español. —La rebeldía contra el Tribunal de Garantías Constitucionales. —Desarme de los somatenes. —Desacatos a la Justicia española.

Desde hace cuarenta años se ha venido incubando el movimiento secesionista, que culminó en la noche trágica del 6 de octubre de 1934.

No es la Esquerra Catalana la principal responsable del mismo, sin que al sentar tal afirmación queramos exculparla en modo alguno. No lo son los infelices obcecados por las propagandas nacionalistas, que sinceramente y de buena fe odian a España por considerarla explotadora de la que creen su Patria única, Cataluña.

Tampoco lo son los jóvenes *escamots* que, fieles a tales principios, querían formar en el ejército libertador.

Las responsabilidades máximas pesan sobre quienes crearon un problema ficticio para servir medros y ambiciones políticas.

Hace cuarenta años no había separatistas en Cataluña. El arte, la literatura, el intelectualismo catalán, eran típicamente españoles, porque reciamente españoles eran Balmes, Fortuny, Milá y Fontanals, Prim, Monturiol, Pi y Margall, Víctor Balaguer, Mañé y Flaquer y todos los valores destacados en las principales manifestaciones de la vida espiritual y política.

Al alborear el Renacimiento literario en Cataluña con Buenaventura Aribau, siguió la propaganda política del nacionalismo.

Las «Bases de Manresa» fueron una de las primeras manifestaciones del «patriotismo catalán». La actuación de la Lliga Regionalista desde los primeros momentos fué un continuo fomentar de la rebeldía de Cataluña, envenenando la política general de España. En la Prensa y en el mitin se menospreciaban las esencias españolas, el Ejército era objeto de continua befa, se tomaba a chacota cuanto tuviera

marchamo español. La Lliga y sus hombres pusieron todo su empeño en acentuar hasta el máximo posible «el hecho diferencial». Crearon las Bibliotecas de la Mancomunidad y el Institut de Estudis Catalans, cuyos componentes no titubearon en bastardear el idioma catalán inventando palabras nuevas a fin de relegar al olvido aquellas que más se pareciesen al castellano. Fomentaron las instituciones culturales que tenían el primordial objeto de acentuar la separación entre la cultura catalana y la española. En las escuelas primarias de la Mancomunidad, fundadas por Prat de la Riba, se enseñaba a los niños una lamentable Historia de Cataluña que rezumaba «fobia» antiespañola; la Geografía de Cataluña se estudiaba como algo totalmente distinto a la Geografía de España.

El clero catalanista ponía, y sigue poniendo, especial cuidado en intensificar la predicación en catalán desterrando el castellano de las Iglesias. Los «Pomells de Joventut» y actualmente los «fejocistas» fueron y son instituciones piadosas francamente antiespañolas. Incluso el antiguo Foment de la Pietat Catalana cooperó a esta obra traduciendo al catalán los «gozos», motetes y las ingenuas devociones seculares que desde tiempo inmemorial rezaban en castellano los campesinos de las más apartadas aldeas de Cataluña.

Cambó ha repetido hasta la saciedad en innumerables discursos, que se debe a la Lliga el despertar del catalanismo en forma no sentida desde hacía más de trescientos años.

«Quiero más —decía en 7 de enero de 1923— este revivir de la conciencia catalana que cien leyes de autonomía; quiero más una Cataluña sin ninguna libertad, hablando en catalán y sintiendo en catalán, que eso le traerá la libertad, que una Cataluña con los mayores atributos de soberanía política, pero teniendo amortecida su conciencia nacional. Yo me acuerdo cuando salíamos del Círculo de la Lliga de Cataluña, en la Rambla de las Flores, durante la guerra de Cuba, al salir de allí encendidos de patriotismo catalán, nos sentíamos en la calle como extranjeros, como si no nos hallásemos en nuestra casa, porque no había ninguno que compartiese nuestras aspiraciones. Y nosotros las hemos infiltrado en todas las clases sociales de Cataluña.»

Y así, merced a esa labor persistente y tenaz se rompió el sentimiento de solidaridad entre Cataluña y el resto de los españoles.

Es de justicia, empero, hacer constar que la Lliga no es separatista. Comprende que Cataluña no puede estar separada de España.

Pero, cuando se ha sentado la premisa de «Cataluña nación», no es de extrañar que las masas que han respirado tales enseñanzas no se detengan en sutiles distinguos entre «nacionalismo» y «separatismo» y tiendan a hacer que la Nación Catalana y el Estat Català sean una realidad.

Por ello, es fuerza reconocer que esa pléyade de exaltados separatistas que odia de verdad a España y llegan a empuñar las armas y lanzarse a la guerra civil, son fruto de cuarenta años de labor antiespañola.

La triste realidad nos ha evidenciado la existencia de esas juventudes de Estat Català y de Nosaltres sols, de los «minyons de muntanya» y de los partidos nacionalistas de izquierda y derechas, que han superado los propósitos de los propagandistas. A la Lliga la desbordó Acció Catalana; ésta se vió desbordada por la Esquerra; la Esquerra se ha visto arrollada por Estat Català, que, a su vez, se veía acuciado por Alianza Obrera.

Como remate de la lucha se hubiera impuesto la F. A. I.

Con la caída de la Dictadura de Primo de Rivera se intensificó la propaganda separatista. Y las elecciones del 12 de abril de 1931 tuvieron por consecuencia la proclamación de la República Catalana.

Desde entonces Estat Català, Palestra y las demás juventudes nacionalistas se dedicaron de lleno a la propaganda antiespañola y a su organización militar, a ciencia y paciencia de las Autoridades, sin que nadie pusiera el menor obstáculo a las maniobras y prácticas de campamento y a las conferencias culturales, en las que se divulgaban los episodios culminantes de la guerra entre castellanos y catalanes en tiempos del Conde Duque de Olivares.

Las referidas elecciones, que sorprendieron incluso a tan experimentados electoreros como los regionalistas, denotan el paroxismo de «fobia» nacionalista a que había llegado la obra de catalanidad hasta entonces propagada.

Triunfó Maciá, por ser el más separatista, y con él el conglomerado de la Esquerra Catalana, donde formaban juntos republicanos antiguos como Companys, federales y sindicalistas con nacionalistas y de Estat Català.

Maciá proclamó, en la tarde del 14 de Abril, la República Catalana. No la pudo sostener, y ante la presión de los ministros Domingo, Nicolau y De los Ríos, la convirtió en Generalitat de Catalunya en espera de que el Pacto de San Sebastián diera sus frutos.

Las elecciones legislativas para las Constituyentes reafirmaron este matiz separatista, que se vió sancionado oficialmente al elaborar las Cortes el Estatuto de Cataluña, cediendo a la Generalidad prerrogativas esenciales del Poder del Estado, como el Orden Público y la Justicia, y entregándole mediante los traspasos de servicios elementos imprescindibles para organizar su vida independiente y preparar, en definitiva, la rebelión.

Con la promulgación del Estatuto se desbordó el entusiasmo de los separatistas. Bien sabían ellos que aquello era un gigantesco paso decisivo para la independencia.

El propio Maciá lo proclamó así y hasta intentó repetirlo en el banquete de gala que organizó la Generalidad para obsequiar al entonces Presidente del Consejo de Ministros, Azaña, con motivo de su viaje a Barcelona para la entrega oficial del Estatuto.

Desde el primer momento manifestaron bien ostensiblemente sus propósitos e intenciones. No cabe tratarles de hipócritas o disimulados.

Un año más tarde, después de las elecciones del 19 de noviembre de 1933, tan terriblemente adversas para Azaña, éste y sus hombres representativos fueron a Barcelona a sostener en un famoso mitin de la Plaza de Toros Monumental, que Cataluña era el último baluarte de la República. Y luego, particularmente, en comidas íntimas y en conciliábulos de conspiradores, se convino el plan de ataque para cerrar el paso al Poder de cualquier Gobierno de tendencia derechista: la independencia de Cataluña y la huelga general revolucionaria en toda España. ¡El marxismo aliado con el separatismo!

Durante este período, entre mil desmanes separatistas, presenciemos la exhibición continuada de banderas separatistas incluso ante el Presidente de la República, cuando el entierro de Maciá. Y cómo en plena Vía Layetana los grupos de *escamots*, pistola en mano, obligaban al teniente de Seguridad, Requena, a saludar a la estrella solitaria de la independencia.

Recuérdese que a principios de este mismo año fué detenido y encerrado en un calabozo el Diputado a Cortes doctor Albiñana, quien se salvó de una muerte segura gracias a que dos policías españoles impidieron con sus pistolas que los *escamots* le asesinaran en los pasillos de Jefatura.

En vísperas de entrar a prestar servicio los guardias de Asalto de la Generalidad, fueron revistados por el que había de ser su jefe, el teniente coronel Ricart, y al terminar éste su arenga con los vivas reglamentarios a España y a la República fué contestado con un «¡Visca Catalunya lliure!» Los guardias de Asalto aludidos llevaban en aquel momento mosquetones del Estado español. Ni Ricart, ni la autoridad superior, se atrevieron a castigar tal actitud ni aplicar las medidas disciplinarias procedentes.

Y a pesar de ese cúmulo de hechos, el Estado, en 1.º de abril, no vaciló en entregar el Orden Público a la Esquerra, traspasándole —a pesar de su incapacidad y de su enemiga— tan esencial atributo de la soberanía.

Aquí culmina la insensatez del Poder Central.

Desde este momento, la Generalidad se dispuso ya a organizar tranquila y concienzudamente las fuerzas de choque contra España.

El famoso Exèrcit Català de Escamots que (aunque había desfilado públicamente por las calles de Barcelona en perfecta formación militar detrás de la bandera separatista de la estrella solitaria) actuaba como organización clandestina y fuera de la ley, quedó convertido rápidamente en policía de la Generalidad con carácter de Autoridad, placa, carnet y armamento. De esta manera entró en la policía de Cataluña gente indeseable, con antecedentes penales, alguno reclamado por diversos Juzgados de España por toda clase de delitos comunes. Se dió el caso de que algunos de los que ocupaban los primeros puestos del escalafón eran analfabetos, hubo quien fué expulsado del Cuerpo por indeseable y fué luego readmitido... Pero todos eran de Estat Català, juramentados enemigos de España, servidores únicamente de la estrella solitaria. Y a la cabeza de todos, Miguel Badía, el hombre siniestro y sanguinario que

sometía a mortales torturas a sus prisioneros —díganlo los de la F. A. I.— y que rápidamente se fué encaramando hasta ser el verdadero amo de la policía y aun de Cataluña. Su influencia superaba a la del mismo Companys. El se erigió en «general en jefe» y dedicó toda su actividad y los fondos oficiales a organizar sus batallones y dotarlos de medios eficientes de combate. Entonces comenzó un desenfrenado contrabando de armas del que el Gobierno de Madrid tenía pleno conocimiento, siquiera no se atreviese a actuar, porque el Decreto de traspaso de servicios de Orden Público prohibía a la policía del Estado intervenir en esta clase de delitos. Y era precisamente la policía de la Generalidad la que tenía directamente interés en el asunto.

El Orden Público en poder de la Generalidad fué aprovechado hábilmente para preparar la insurrección. En los puestos de mando de Mozos de Escuadra, Guardias de Asalto y Somatenes que forzosamente tenían que ser mandados por militares españoles, fueron colocados aquellos que, como el teniente coronel Ricart, los comandantes Bosch y Guarner, Arturo Menéndez, Pérez Sala, Escofet y tantos otros, ofrecían absoluta confianza a los separatistas catalanes y a las logias masónicas.

El mando de Mozos de Escuadras ya lo desempeñaba desde los primeros días de la República el comandante de Artillería don Enrique Pérez Farrás, hombre dúctil a todas las situaciones políticas, valiente, audaz, con brillante hoja de servicios; fué entusiasta monárquico, amigo y admirador del Dictador Primo de Rivera; fundó el primer grupo fascista que se inició en España antes de 1923. Exaltado españolista, arrancaba frenético las cintas de la bandera catalana que lucían en las solapas los nacionalistas y disolvía a cintarazos las sardanas; su furor antirrevolucionario le llevó a abofetear a Marcelino Domingo cuando éste, después de la revuelta de agosto de 1917, fué llevado maniatado a Montjuich. De ello se jactó repetidas veces el comandante Pérez Farrás, si bien luego lo desmintió, asegurando que la agresión al detenido la realizó un soldado que estaba a sus órdenes; también provocó un serio conflicto en un pueblecillo veraniego de la costa por arrancar una gran bandera catalana que había en un entoldado de fiesta mayor. Más tarde Pérez Farrás se sintió catalanista y revolucionario; fué el hombre de confianza de Maciá, rindió honores a la bandera catalanista, presenció impasible cómo en las fiestas oficiales se postergaba y se ultrajaba la bandera republicana y terminó poniendo sus armas y todo su valer al servicio de Estat Català.

La Generalidad no sólo se rodeó de esos y otros colaboradores para preparar la insumisión, sino que correlativamente procuró apartar de los puestos de autoridad y mando de Cataluña a aquellos que podían estorbarle. En esta labor se veía bien secundada por los Gobiernos de Madrid. La forma en que la Generalidad decretó y el Gobierno de Madrid sancionó la expulsión de Anguera de Sojo de la Presidencia de la Audiencia de Barcelona, es una de las páginas de mayor ludibrio entre la serie incalculable de claudicaciones del Poder Central. Ultimamente, antes de la proclamación del Estat Català, la Generalidad decretó la expulsión de un grupo de

oficiales de guardias de Asalto de la Generalidad que no eran gratos a ésta por su indisimulado españolismo. Y el Gobierno de Madrid dejó en el mayor desamparo y permaneció frío e indiferente ante la situación que se creaba a ese puñado de oficiales del Ejército español, víctimas de la «fobia» separatista.

Si es desolador el balance de hechos que antecede, más triste es todavía considerar que todo ello no hubiera podido verificarse sin la anuencia y el apoyo de los Gobiernos de Madrid.

Sus claudicaciones son las verdaderas causas inmediatas del movimiento de rebeldía.

Y estas claudicaciones fueron en número incalculable.

Ya el Gobierno Provisional de la República vivió pendiente del Pacto de San Sebastián, misterioso pacto concertado entre un reducido grupo de políticos y que obligaba a toda la nación. Pacto que nadie, ni los mismos que lo suscribieron, conocían a conciencia. No hubo manera de saber lo que aquél contenía ni a qué obligaba.

Luego, durante el Gobierno Azaña, estuvo éste vendido constantemente a los 50 votos de la Esquerra, imprescindibles para un «quorum» parlamentario que le permitía disponer del Poder a fuerza de concesiones humillantes.

Desde el primer momento emprendió la Esquerra su campaña antiespañola. Puede afirmarse que todos los actos del Gobierno de la Generalidad con todas las claudicaciones de los Gobiernos de la República, eran otros tantos jalones que nos tenían que conducir fatalmente a la sublevación que con caracteres de guerra civil fracasó en la noche del 6 de octubre de 1934.

De estos Gobiernos, el más débil, el más complaciente con los separatistas fué el presidido por Samper. La Esquerra se reía de él, le ridiculizaba en sus periódicos, le llenaba de improperios y de groseros insultos en los grandes mítines presididos por Companys. Y Samper, paciente y servicial, aguantaba aquel chaparrón de ignominias, seguía traspasando cuantos servicios le proponía la Comisión y buscaba «fórmulas jurídicas» para resolver habilidosamente los conflictos que se complacía en plantearle la Generalidad.

Tal actitud llegó al desenfreno cuando se hizo pública la sentencia del Tribunal de Garantías constitucionales anulando la ley de Contratos de Cultivos, aprobada por el Parlamento Catalán el 12 de abril de 1934. El Gobierno de la Generalidad, según es de todos sabido, se rebeló contra la sentencia y contra el Tribunal, negándose terminantemente a dar cumplimiento a sus fallos.

¡Qué ajeno estaba Companys a que antes de cuatro meses iba a solicitar apremiantemente, con todo el Gobierno de Cataluña, que les juzgase el propio Tribunal de Garantías para escapar al rigor de un Consejo de Guerra!

Pero entonces el Gobierno de Cataluña, fiel a su programa demagógico y antiespañol, organizó manifestaciones callejeras de protesta, y solemne y

oficialmente, en una sesión apoteósica del Parlamento catalán, se dió la réplica al Tribunal de Garantías votándose por unanimidad, con sus puntos y sus comas, la misma ley que había sido declarada inconstitucional. Sólo se levantó a hablar en contra el diputado de la Lliga don Ramón de Abadal, que se vió vejado primero por el populacho en la calle y luego por los diputados de la Esquerra que con los gritos, denuestos e improperios no permitieron oír su voz.

Fué un día memorable de algazara y de escándalo. Las «masas patrióticas» que esperaban junto al Parlamento catalán la llegada del Presidente, se arrojaron sobre su automóvil oficial y arrancaron del mismo la banderola tricolor. Ni que decir tiene que fué ultrajada y pisoteada hasta desaparecer materialmente convertida en minúsculas briznas. Desde entonces ya no se izó más en el Parlamento y fué postergada de los demás edificios públicos.

El recibimiento que al día siguiente se tributó a los parlamentarios de la Esquerra y a los nacionalistas vascos que se retiraron del Congreso de los Diputados, fué otra explosión pública y rotunda de rebeldía antiespañola y una afirmación de propósitos separatistas.

En aquellos días se meditó el plan de la guerra civil, que orilló por entonces Companys alegando que no era lícito emprenderla a tiros contra un Gobierno que, como el de Samper, encajaba y asimilaba pacientemente todos los desplantes y actos de rebeldía de los separatistas, aun aquellos más intolerables y bochornosos.

El ambiente bélico llegó a envolverlo todo. La Generalidad y sobre todo el antiguo Gobierno civil (hoy Consejería de Gobernación) y la Comisaría general de Orden Público de la Vía Layetana, se convirtieron en verdaderas fortalezas preparadas para defenderse del más duro asedio. En los Centros de Estat Català y en las Juventudes de Esquerra no se oía hablar más que de armas y de municiones y de alistamientos de voluntarios. En grandes carteles se invitaba «a las juventudes patrióticas» a tomar las armas. El Gobierno de la Generalidad estuvo durante la madrugada del domingo 17 de junio último estudiando la actitud a adoptar en el caso, que creían inminente, de que llegase a Barcelona el Jefe de Estado Mayor Central, general Masquelet, a hacerse cargo del mando de la División y a incautarse del Orden Público en Cataluña. Hubo quien propuso secuestrarlo al llegar a territorio catalán, y no faltaron voluntarios para ello.

Este afán guerrero se exteriorizaba en todo momento, viniese o no a cuento. Aun en actos de por sí tan pacíficos como el homenaje al violoncellista Pablo Casals, se ovacionaba frenéticamente al consejero Gassol, porque siempre que en su discurso se refería a España lo hacía diciendo «el extranjero». A este mismo estado de excitación obedecieron los aplausos que se tributaron a Companys durante el *partido internacional* (?) Brasil-Cataluña, en que ondearon las banderas brasileña y catalana, con exclusión absoluta de la bandera tricolor.

Los periódicos de la Esquerra y muy especialmente los semanarios separatistas, publicaban exaltadas soflamas guerreras, como si se tratase de excitar el patriotismo

del pueblo en vísperas de una gran movilización. «Este es un momento trascendental —decían a grandes titulares en sus primeras páginas, a pesar del estado de alarma y previa censura—. Todos en guardia.» «Por la libertad de Cataluña. Orden, serenidad, disciplina...» «Os pueden llamar a filas hoy mismo.» «Los servicios de Orden Público nos pertenecen y hemos de estar todos a punto para impedir que nos los quiten.» «El Presidente Companys dará la orden. Nada nuevo en el Oeste.» «El pueblo catalán, compacto y disciplinado, forma el cuadro en torno a la Generalidad.» «El Parlamento de Madrid prepara la ofensiva contra Cataluña. ¡Alerta!» «El Gobierno español vacila.» «Cataluña ha marcado su directriz y tiene a su lado a los republicanos y socialistas españoles.» «El Gobierno Samper, débil.» «El Gobierno de Madrid tiene miedo.» «Parece que recoge velas.»

Todo esto pudo impunemente publicarse sin escándalo del Fiscal y con la resignada tolerancia de los Gobiernos de la República.

Hasta en el *Boletín Oficial de la Generalidad* se reflejaban los preparativos bélicos, pues dedicó en un día siete páginas al nombramiento de 1.066 aspirantes a guardias de Seguridad de Cataluña, todos los cuales tenían uniformes, correaes y armas preparadas.

De todas suertes el episodio más saliente de aquellos días y más eficaz para la causa separatista, fué el desarme del Somatén. Se llevó a cabo con una facilidad y sencillez que pone de relieve lo expeditivo de los procedimientos con que obraba la Generalidad y de un modo especial Dencás, Badía y los militares españoles Menéndez, Pérez Sala, Bosch y Guarner, al servicio de los hombres de Estat Català.

Fueron citados los afiliados al Somatén a revista de armamentos. Una vez reunidos los de los diferentes distritos se conminó —a los que no eran de la Esquerra— a entregar las armas sin más trámite ni acuse de recibo. En algunos casos intervinieron en la operación la policía y los guardias de Asalto de la Generalidad. A los Somatenes que no acudieron a la revista se les hicieron registros domiciliarios para desarmarlos.

De esta manera en un solo día la Generalidad se incauto cómodamente de dos mil armas largas y ochocientas cortas en la provincia de Barcelona. A eso llamaba pomposamente el Consejero de Gobernación «alijos» de armas en toda Cataluña», dando a entender que se trataba de un misterioso asunto «cavernícola» de gran importancia.

El Comisario de Orden Público de Gerona tuvo una iniciativa que muy pronto fué imitada. No sólo desarmaba al Somatén, sino que, como medida de previsión, se apoderaba de todas las armas y municiones existentes en las armerías y en poder de los particulares, aunque tuviesen licencia.

Este desarme general de los somatenistas no adictos a la Esquerra sirvió a los dirigentes de Estat Català para incautarse, según relaciones oficiales utilizadas para la operación, de un total de 81.469 armas, de las cuales 17.662 eran pistolas y

revólveres y las demás armas largas, principalmente fusiles Winchester; había un millar de Mausers.

Ni que decir tiene que mientras se daba de baja en bloque a esos millares de somatenistas no adictos, se extendieron a toda prisa los correspondientes nombramientos a favor de los 60.000 *rabassaires* inscritos como simpatizantes de la Esquerra, proveyéndoles de armas y municiones para su nuevo cargo.

Los carnets de Somatén se daban en blanco, sin requisitos legales ni formulismos reglamentarios. De esta manera se justificaba la actuación extralegal y la tenencia de armas de los *escamots* de Estat Català. Nadie, ni los mismos jefes ni el Comandante general, sabían el número exacto de los somatenistas inscritos en el milenario Cuerpo armado, que así pasó a convertirse en una potente milicia de partido de un carácter francamente fascista.

La manifestación de los *rabassaires* que organizó la Generalidad contra el pretendido fascismo de la Asamblea de Acción Popular de El Escorial, fué también otro acto de desacato contra el Gobierno de Madrid. Aparte de los vítores y cartelones subversivos y profusión de banderas separatistas y el espectáculo de todo el Gobierno de Cataluña cantando *Els Segadors* desde el tablado de la calle de Cortes, se pronunciaron por Ayguadé, Dencás y otros, discursos excitando francamente a la rebelión y alguno, como el del concejal Granier-Barrera, en que se insultaba, calificando de «ladrón», al entonces Presidente del Consejo señor Samper y a su jefe don Alejandro Lerroux.

Y todo ello bajo la presidencia de Companys que ostentaba el cargo de representante del Estado en Cataluña.

La anual manifestación conmemorativa del 11 de Septiembre se distinguió, como en años anteriores, por el alarde de banderas separatistas y por el furor con que pública e impunemente, en presencia de la autoridad, se rompieron y quemaron banderas republicanas. Las fuerzas de Seguridad y Asalto, al desfilas ante el monumento a Casanova, en presencia de Companys y del Gobierno de la Generalidad, rindieron honores a la bandera de la estrella solitaria, en medio del frenesí separatista y de continuados «Viscas» a «Catalunya lliure» y mueras a España.

En plena Sala de Justicia, con motivo de la vista contra el abogado Xammar, los *escamots*, capitaneados por el entonces jefe de Policía, Miguel Badía, promovieron formidable escándalo, agrediendo con un tintero al presidente mientras firmaba la sentencia y se llevaron triunfalmente en hombros a la calle al condenado, después de amenazar e insultar a los magistrados entre cantos de *Els Segadors* y gritos subversivos. Y acabaron su obra aquel día, deteniendo al fiscal señor Sancho, que había acusado al procesado en cumplimiento de su deber.

Más tarde, el acuerdo del Gobierno de la Generalidad de declarar indeseables a varios magistrados, el mitin contra la Justicia española en el Palacio de las Artes Industriales, de Montjuich, y el homenaje a Badía en el Palacio de Bellas Artes

fueron otros tantos alardes de agresión y fobia antiespañola.

¡Qué triste relación de hechos vergonzosos y de claudicaciones cobardes!

Y los Gobiernos de la República lo consintieron todo y, con inconcebible inconsciencia, facilitaron el que, al amparo del traspaso de servicios del Orden Público a la Generalidad, pudiera ésta preparar descaradamente la rebelión y organizar y armar el ejército que se había de alzar contra la Patria.

II

EL PODER AUTÓNOMO ORGANIZA LA HUELGA GENERAL

Las jornadas de los días 5 y 6 de octubre. —El Poder autónomo organiza la huelga general. —La F. A. I., contraria a la huelga. —Dificultades para el paro ferroviario. —La Esquerra toma militarmente Barcelona. —La F. A. I. contra Estat Català. —Actuación de Alianza Obrera.

Durante los días 5 y 6 de octubre la Generalidad y, especialmente, la Consejería de Gobernación, se enfrascaron en una labor ímproba: organizar en Cataluña la huelga general contra el Gobierno que se había formado en Madrid, presidido por Lerroux con participación de la C. E. D. A. Hubieron de vencer para ello la oposición de los obreros de la C. N. T., que se negaban a secundar el juego político de los separatistas.

La organización de la huelga general se verificaba, como hemos dicho, por la misma Generalidad, dándose por vez primera en la Historia el caso de un movimiento revolucionario dirigido por los propios encargados del Poder público.

Bajo la dirección de Dencás y Badía, los *escamots*, repartidos en pequeños grupos, se dedicaron durante los días 5 y 6 a organizar el paro, imponiendo el cierre en oficinas, Bancos, tiendas, fábricas y talleres, coaccionando desde primeras horas a los conductores de tranvías y autobuses, cosa difícil, pues esos obreros, como los de muchas fábricas, no estaban en manera alguna dispuestos a secundar el paro e hicieron circular los vehículos hasta bien entrada la mañana.

En las vías céntricas, los grupos de *escamots* o agentes de la Generalidad obligaban a descender de los coches a los pasajeros, amenazando a los empleados que los conducían. En ocasiones fueron apoyados en su actitud coactiva por los guardias y agentes de Policía, alguno de los cuales, en plena Rambla, rompió con la culata de su pistola los cristales de los tranvías.

El mayor escollo para la huelga fué la resistencia tenaz que opuso la F.A. I. Los de la F. A. I. se negaban a cesar en el trabajo. Cedían en algunas fábricas ante la coacción momentánea, pero tornaban al trabajo, y aún con más ahinco que nunca, tan

pronto como los coaccionadores se alejaban. Se dió el caso de ofrecerse los obreros de la F. A. I. a sus patronos para defender la fábrica y las mismas cajas de caudales. Por ello, el día 5, el paro no tuvo un carácter general, sobre todo en las barriadas fabriles. Hubo intentos de incendio de tranvías en la plaza de Cataluña, en el Paseo de Gracia y en la Rambla del Centro, cerca del cuartel de la Guardia civil, que tuvo que intervenir en sofocar el fuego. Fueron tiroteados varios vehículos en la calle de Menéndez y Pelayo; obstruídas las vías en el Clot y en la Ronda de San Antonio, donde se estacionaron numerosos coches en la imposibilidad de llegar a las cocheras, hasta que, en vista de que eran los propios guardias de Asalto de la Generalidad quienes realizaban las coacciones, la Empresa ordenó a sus empleados fueran retirados los tranvías de la circulación.

De semejantes coacciones fueron también objeto los autobuses. En alguna ocasión la Guardia civil, de vigilancia en uno de ellos, repelió las coacciones, disparando sus fusiles contra grupos que apedrearon los vehículos en la calle de Salmerón, hiriendo a dos de los revoltosos.

A mediodía del viernes las coacciones daban su fruto y se retiraron autos, taxis y tranvías. Sólo se veían circular los automóviles oficiales; los de los médicos, que se distinguían por llevar en la parte delantera una bandera amarilla; los de la Cruz Roja, y algunos camiones que ostentaban letreros en forma bien visible, indicativos de que eran portadores de comestibles de primera necesidad como pan, leche, pescado, etcétera, etcétera.

Incluso a los que formaban parte de los cortejos de entierros se obligó a descender de los coches, viéndose en la precisión de regresar a las cocheras sus conductores y de seguir a pie la comitiva.

Fueron múltiples las coacciones ejercidas en Bancos y establecimientos de comercio, principalmente frente a los almacenes de El Siglo, oficinas del Crédit Lyonnais, del Banco Internacional de la calle de Fontanella y algunos comercios del Paseo de Gracia.

A primeras horas de la tarde, un grupo armado de pistolas entró en la Redacción de *La Vanguardia* y obligó a su director, a su administrador y al personal allí existente a abandonar el local.

Los revoltosos se dedicaron asimismo a impedir la venta de los periódicos de derechas de Madrid, prendiendo fuego a los paquetes de *El Debate* y *A B C*, y reduciéndolos a cenizas.

A las seis de la tarde, frente al Banco Vitalicio, se reunió un grupo de un centenar de individuos que apedreó el edificio. Al acudir una camioneta de guardias de Asalto fueron recibidos a pedradas, y, por aturdimiento de los guardias, se produjo un tiroteo que causó la muerte a un transeúnte y una gravísima herida en el vientre a otro.

También costó no poco que el personal ferroviario abandonase el trabajo. Fué preciso boicotear los trenes fuera de Barcelona. El expreso de Madrid, de la mañana, fué detenido en Villanueva; el correo de Valencia, en Garraf, y el de Tarragona, en

San Vicente. En Martorell fué el propio alcalde quien, a las cinco y media de la madrugada del sábado, reunía a los ferroviarios para conminarles a que abandonasen el trabajo. También dejó de circular el tren que debió formarse en San Vicente y el rápido de Bilbao, pues hacia las dos de la madrugada se soltó a toda velocidad un tren de mercancías que milagrosamente no produjo una catástrofe al pasar por Lérida donde se le pudo desviar hacia Vilanova. Allí quedó detenido en la fuerte pendiente, gracias a que algunos empleados del tren habían tomado la precaución de dejar echados los frenos de los vagones.

En diferentes puntos de la línea fueron levantados los rieles, rotas las agujas, quedando interrumpida la comunicación con el resto de España.

Los demás servicios de la red del litoral y de los ferrocarriles del Norte en Cataluña se prestaron con normalidad durante el día del viernes.

No así los Metros y Ferrocarriles de Cataluña, a Tarrasa y Sabadell, que cedieron ya a media mañana a las coacciones de que habían sido objeto, suspendiéndose, desde entonces hasta nuevo aviso, la circulación de trenes.

Hasta mediodía del sábado, día 6, no se consiguió paralizar y cerrar las estaciones de M. Z. A. y del Norte. Para ello fué preciso que grandes grupos de somatenistas entrasen en las estaciones, disparando, incluso, algunos tiros, invadiendo las distintas dependencias y expulsando, pistola en mano, a obreros y empleados. Los guardias de Asalto de la Generalidad cooperaban ostentosa y personalmente a tales coacciones. Se dió el caso de que en la estación del Norte los obreros no quisieron abandonar el trabajo sin suscribir previamente un documento en el que se hacía constar que iban a la huelga por la fuerza de la autoridad.

La F. A. I. continuaba durante la mañana del sábado su oposición a la huelga. Los anarcosindicalistas provocaron incidentes numerosísimos. Grupos armados de sesenta a setenta individuos penetraron en los locales de los Sindicatos de las calles de Mercaders, Rosal, Guardia, Eures, Servet, San Pablo y Pasaje Bassols y algunos otros, levantando los precintos que los clausuraban. La policía tuvo que acudir a dichos locales, arrancando de ellos los letreros que, con las inscripciones de «Viva la F. A. I.» y otras, habían colocado los asaltantes, practicando detenciones, ocupando gran cantidad de documentos y volviendo a clausurar de nuevo los locales.

En la Brecha de San Pablo un numeroso grupo de individuos sacó en manifestación a la calle un retrato de Ferrer y Guardia, y varios espontáneos dirigieron la palabra a la multitud. Llegadas que fueron fuerzas de Asalto a dicho lugar se les hostilizó haciéndoles varios disparos, a los que contestaron, entablándose un violento tiroteo que prosiguió por espacio de dos horas, extendiéndose por la barriada de Atarazanas, ya que muchos individuos, apostados en los terrados, tirotearon a la fuerza pública.

Dencás, desde el antiguo palacio del Gobierno civil, organizaba con presteza, con la ayuda de Badía y Menéndez, las milicias de *escamots*, daba órdenes a los centros de Estat Català, impulsaba las requisas de autos y camiones, ponía en movimiento los

Municipios de la provincia integrados en su casi totalidad por adictos a la Esquerra. Estando en estos preparativos le llamó por teléfono el ministro de la Gobernación de Madrid, al que aseguró formalmente Dencás que podía estar tranquilo, que el Poder autónomo velaba por la conservación del orden público.

Apenas colgó el teléfono se jactó Dencás ante los periodistas de la unanimidad del paro que él mismo había impulsado en toda Cataluña, y siguió preparando cuidadosamente las partidas armadas de militantes de la Esquerra, que en la tarde del día 6 habían de adueñarse militarmente de Barcelona. Y, mientras ese momento llegaba, mandando legalmente sobre la Guardia civil y las fuerzas de Seguridad, Asalto y Vigilancia, las hacía servir de comparsa resignada ante la insurrección, con mengua de su propio prestigio y autoridad.

En la Generalidad el nerviosismo iba en aumento. Todo eran conciliábulos entre consejeros, diputados y elementos del partido de Esquerra.

Era ya del dominio público el forcejeo entre la tendencia templada, que no quería lanzarse a la rebeldía hasta que el Estado intentara quitar a Cataluña el Orden Público, y la extremista, que anhelaba ya el mismo viernes proclamar el Estado Catalán independiente. Los de Estat Català sintieron acuciadas sus impaciencias, merced a la actuación de Alianza Obrera, que el mismo día 5, por la tarde, se lanzó a la calle en manifestación separatista, empuñando armas y emplazando a Companys para proclamar la República Catalana.

Las escenas violentísimas que hubo entre Dencás y Companys, el ir y venir de gentes, las múltiples reuniones de destacados esquerristas, las órdenes e instrucciones que, sin cesar, se transmitían a los pueblos, todo hacía prever la inminencia del acontecimiento y la imposibilidad de sujetar a quienes creían llegado el instante de la rebelión, cuidadosamente preparado desde que, en 12 de junio, se votó la segunda ley de Contratos de Cultivo.

El Ayuntamiento también se adhería, aunque menos ostensiblemente. Ya en la mañana del viernes, el alcalde, accediendo a la petición del doctor Tusó, líder comunista que presidía la Asociación de Empleados Municipales, permitió la huelga del personal de la Casa. La política absorbía la atención de los concejales de la Esquerra y del alcalde. Estaban en continuo contacto con el Gobierno de la Generalidad.

De los Centros y dependencias municipales del resto de Barcelona, la ayuda a la rebelión fué mucho más eficaz. Ejemplo de ello, la actuación del jefe de los servicios de Beneficencia, el conocido separatista Roque Boronat, que convirtió el Asilo del Parque en arsenal de armas y pertrechos para los revoltosos, a los que se repartió rancho inclusive y a quienes se proporcionó comida, haciendo matar terneros para ellos en el Matadero.

Al fin, después de no pocos esfuerzos, venciendo la resistencia de los obreros que se negaban a secundar el paro, la Generalidad, usando y abusando de toda clase de coacciones y violencias, consiguió que al mediodía del sábado, suspendidos los

espectáculos, cerrados los cafés, paralizada la circulación rodada, quedase totalmente muerta la vida de la ciudad.

En los Centros de Esquerra había gran efervescencia creyendo llegada la hora de la «revancha de 1714». Se repartían armas en medio de la mayor alegría e ilusión.

Companyns, en cambio, estaba intranquilo. Los de Acció Catalana y el Grupo de L'Opinió estaban espantados ante el giro que tomaban las cosas y ante la insensatez de Badía y de Dencás.

Se sucedían las entrevistas, reuniones y discusiones.

A las once y media de la mañana del día 6 hubo un verdadero altercado entre Dencás y Companyns en el despacho de éste. El primero anunció que aquella misma tarde se lanzaría a la calle todo el ejército de jóvenes de Estat Català. Companyns lo prohibió terminantemente y Dencás salió furioso del despacho del Presidente y se encaminó con Badía a la Consejería de Gobernación.

A la una dió Dencás por la radio la orden de tomar militarmente Barcelona por fuerzas de la Esquerra. Grupos de jóvenes, armados de pistolas, carabinas y fusiles, en abigarrada formación, en mangas de camisa, despechugados, altaneros, se distribuyeron por las calles y plazas de la población. De toda Cataluña acudían mozos de Escuadra que, urgentemente llamados, se concentraban en el Palacio de la Generalidad, a cuya puerta fué montada una ametralladora. También los guardias de Asalto instalaron ametralladoras en la plaza de Cataluña con dirección a las Ramblas.

De todo ello se enteró Companyns por los periodistas. Lleno de alarma llamó por teléfono a Dencás. Dencás no le hizo caso. Se lo ordenó como Presidente. Dencás le desobedeció. En vista de ello Companyns, acompañado del consejero Martí Esteve, se trasladó precipitadamente a la Consejería de Gobernación, entablando vehementísima discusión. A poco, regresó Companyns a su residencia oficial, visiblemente descompuesto.

Durante toda la tarde, Barcelona, ocupada por las fuerzas del Estat Català, entregada a merced de las hordas separatistas, vivió horas de intensa inquietud. Todo hacía prever la gravedad del acontecimiento, que se veía como inminente.

No sólo el C. A. D. C. I. y los centros de Esquerra, sino incluso los edificios oficiales se convirtieron en arsenales de armas y municiones para las fuerzas insurgentes. En el cine Coliseum, convertido asimismo en depósito de pertrechos de guerra, se hacía el reparto de armas, bajo la dirección de un *caporal* o cabo, verdadero energúmeno que, entre terribles blasfemias, dirigía tarde y noche el armamento y distribución de grupos de las milicias de Palestra, entidad catalanista de las que más se han distinguido por su persistente y contumaz labor antiespañola y en la que hasta hace poco tiempo figuraban como directores elementos de la Lliga Catalana y de la Unió Democràtica de Catalunya.

Frente a la Universidad y en la plaza de Urquinaona, Badía, actuando de generalísimo, repartía armas, que hacía conducir en camiones, y revistaba las milicias armadas dándoles instrucciones para la lucha.

Ya ni Companys ni nadie podía ponerse enfrente. De esta manera, Dencás se adueñó de la situación.

No se veía por parte alguna ni soldados, ni Guardia civil, ni policías y guardias del Estado. Las milicias separatistas campaban tranquilamente como dueñas absolutas de toda la ciudad.

Sólo les inquietaba la F. A. I. Los anarquistas —enemigos irreconciliables de Badía y de la Esquerra— se dedicaron durante toda la tarde a hostilizar y sacar de quicio a los *escamots*. En este sentido hicieron cosas inauditas: Llegaron a cachear a los *escamots* y quitarles los fusiles, pistolas y cartucheras. Abrieron los Sindicatos, que mantenía clausurados Dencás. Asaltaron incluso el Casal Català de la plaza de Letamendi llevándose las armas y municiones allí depositadas. Desde diferentes Centros de Esquerra se tuvo que pedir auxilio a la Comisaría General de Orden Público, porque tenían miedo a que fuesen los de la F. A. I. a quitarles las armas.

Se temió que la F. A. I. se apoderase de la Fábrica de Gas, volase los gasógenos y cortase las conducciones de agua de Barcelona e hiciese paralizar las fábricas de electricidad.

Los anarcosindicalistas de la C. N. T. no sólo se opusieron tenazmente al abandono del trabajo en la huelga organizada a duras penas por la Generalidad, sino que, por la tarde, se entretuvieron en disparar contra los *escamots*, en un paqueo incesante.

Al acudir los policías a clausurar el Sindicato de la Madera fueron objeto de vivísima agresión. No atinaban a descubrir el sitio desde donde se les hostilizaba y supusieron que se les tiroteaba desde la torre de la iglesia de Santa Madrona. En su desconcierto, los guardias de Asalto se dispusieron a incendiar la iglesia. Suerte que, mientras estaban en los preparativos, llegó Badía y les disuadió de tal propósito, sin duda por entender que no había llegado la hora y era algo prematuro meterse entonces con la Iglesia. Se contentaron con detener a tres sacerdotes, a quienes pusieron en libertad así que se comprobó su no intervención en el tiroteo que persistía incesantemente.

También aquella tarde provocaron serios incidentes los afiliados de la Alianza Obrera Revolucionaria la cual con sus manifestaciones callejeras y sus amenazas fué uno de los factores que más pesaron para obligar a Companys a obedecer los designios de Estat Català. Aquella tarde, de vuelta de manifestarse en la plaza de la República, los de Alianza Obrera asaltaron la casa de la Avenida de la Puerta del Angel, en que hasta hace poco estuvo el Fomento del Trabajo Nacional e instalaron allí sus oficinas y cuartel de Estado Mayor. En los balcones pusieron un gran rótulo, que decía: «Incautado por la Alianza Obrera».

Dencás, al saberlo, ordenó a los *escamots* que se dirigieran allí y, sin detener ni cachear a ninguno, les conminaron a abandonar el local, a no requisar más autos y a someterse a la disciplina, pues de lo contrario se haría fuego contra ellos. Y así salvó el momento.

Todo Barcelona obedecía las órdenes de Dencás.

Sólo la F. A. I., al margen del movimiento, estaba ojo avizor a lo que pudiese ocurrir.

Y cuando, en la madrugada del domingo, día 7, los *escamots* huían arrojando fusiles y pistolas, los anarquistas iban tras ellos recogiendo tranquilamente el apetecido botín.

III

PROCLAMACION, VIDA Y MUERTE DE ESTAT CATALA

Dencás afianza su hegemonía en la Esquerra. —Horas de frenesí en la Generalidad. —Al fin, Companys se decide. —«Estat Català dentro de la República Federal Española.» —Inquietud y miedo. —Cañonazos en la plaza de la República. —Cunde el desaliento. —Las horas de la derrota. —Companys da por radio la noticia de la capitulación. —El Gobierno de la Generalidad prisionero.

Companys se resistía tenazmente a dar el grito de insumisión. Con claro instinto político comprendía que era embarcar en una disparatada aventura. Era un salto en el vacío, que a nada bueno podía conducir. Era jugarse a una carta incierta toda la autonomía conseguida y todo lo que en lo sucesivo pudiera lograrse en porfiado regateo con los Gobiernos de Madrid. ¡Si hasta se daba el caso de que los tan denostados políticos radicales eran quienes prácticamente otorgaron más y más eficaces concesiones! Pero Companys pasó la vida sembrando vientos y, fatalmente, había de verse arrollado por la inevitable cosecha de tempestades.

Estat Català aumentaba por momentos su influencia y su poderío. Tres años antes era sólo uno de los pequeños grupos integrantes del conglomerado de la Esquerra, pero desde que Badía se apoderó de la Policía de la Generalidad y la organizó a su gusto, seleccionando el personal y dando auge y carácter militar a las Juventudes separatistas, Estat Català llegó a convertirse en el sector más importante del Partido. Era un ariete que empujaba violentamente a la guerra de secesión.

Al principio, los de Estat Català arremetieron contra Selvas, a quien consiguieron anular en vida; también combatieron a sangre y fuego contra el Grupo Lluhi (llamado también grupo de L'Opinió). Ultimamente estaban dispuestos a alzarse contra el propio Companys.

Estat Català se veía a su vez empujado por Alianza Obrera, integrada por comunistas de las diferentes ramas, socialistas, sindicalistas disidentes de la C. N. T. y algún otro grupo revolucionario de menor cuantía, todos los cuales, siguiendo las instrucciones de Trotski, habían agregado a sus ideales revolucionarios la táctica

separatista, predicada con tal reiteración, entusiasmo y apremio, que amenazaban con llevarse detrás de sí toda la clientela de Estat Català, ya demasiado impaciente, viendo que las promesas de sus líderes encumbrados al Gobierno de la Generalidad no acababan de cuajar en realidades.

Todos apremiaban a Companys para que diese el grito de rebeldía y proclamase la República Catalana. Pero él se resistía bravamente, rechazando súplicas y amenazas.

Ya, cuando la rebeldía de la Generalidad, en el mes de junio, con motivo de la sentencia del Tribunal de Garantías Constitucionales, pudo apreciar Companys que eran mucho más de temer sus propios partidarios y, en especial, las Juventudes Nacionalistas de Esquerra, que el Gobierno de Madrid. Luego, con motivo de la constitución del actual Gobierno presidido por Lerroux e integrado por algunos ministros de la C. E. D. A., los elementos extremistas le acuciaban terminantemente a proclamar la rebeldía. Era un asunto político que para nada afectaba directamente a Cataluña, ya que de todos era sabido que el nuevo Gobierno se proponía respetar el Estatuto; era sólo un pleito de partidos, una exigencia demagógica. Y Companys se resistía.

Según el programa revolucionario, la República Catalana tenía que haberse proclamado durante la tarde del viernes. Todo estaba dispuesto para ello, pero no hubo manera de compeler a Companys. El sábado, con toda la ciudad tomada militarmente por los *escamots* armados, cuando invadían la plaza de la República las manifestaciones de Alianza Obrera esgrimiendo armas cortas y largas y emplazando al Gobierno de la Generalidad para las ocho de la noche, cuando todo su Gobierno en pleno y los jerifaltes de la Esquerra y de otros partidos le acuciaban y amenazaban, vimos a Companys salir de su despacho oficial y encaminarse decididamente a la Casa de Canónigos (donde tenía sus habitaciones particulares) con un gesto inequívoco de renunciamento, como si pretendiese sacudir la responsabilidad de lo que los otros pudiesen hacer. En aquella hora, las seis y media de la tarde fuimos invitados los periodistas a abandonar el edificio de la Generalidad. No cesaron por ello las presiones para vencer el ya harto abatido ánimo de Companys. Especialmente Dencás, Badía, Gassol y Ayguadé eran quienes con más ahinco trabajaban. Por parte de Companys estaban —aunque muy débilmente por cierto— Martí Esteve y Mestres. Se afirmaba también que Azaña no era partidario de dar el golpe, no por lealtad a la Constitución ni por respeto a la autoridad constituída, sino por pesimismo, porque todo aquel alarde del ejército de *escamots*, con su general en jefe Badía, se le antojaba una mojiganga tartarinesca y absolutamente inocua. Sin embargo, hicieron mella en Companys las órdenes de la masonería, los escritos de los socialistas, de Miguel Maura, Martínez Barrios y Sánchez Román, rompiendo su solidaridad con el Gobierno, con las Cortes y con las más altas instituciones de la República, la dimisión de Albornoz de la Presidencia del Tribunal de Garantías Constitucionales, y sobre todo la manifestación de la Alianza Obrera de las seis de la tarde.

A las siete y media reunió de nuevo Companys en el Salón de Sesiones de la Generalidad al Gobierno de Cataluña y a los diputados del Parlamento catalán allí presentes. En total, unas veinticinco personas.

De allí salió Companys sonriente y decidido. La suerte estaba echada.

A poco, leía desde el balcón central recayente a la plaza de la República su famosa alocución proclamando —según la fórmula impuesta por Azaña— el Estat Català dentro de la República Federal Española.

Todo fueron, desde aquel momento, ovaciones, plácemes, abrazos, lágrimas y hasta besos de entusiasmo. Companys estaba materialmente estrujado en medio del desbordamiento delirante de los suyos. Al abrazar y estrechar la mano del diputado del Parlamento catalán, doctor Soler y Plá, Companys exclamó:

—Ahora no podrán decirme que no soy nacionalista... Pero ahora veremos qué ocurre y en qué para todo esto...

Y seguidamente, sin desanimarse, sacudiendo todo su pesimismo anterior, recuperando el mando y llevando la iniciativa, redactó el oficio al general Batet para que se pusiese a sus órdenes; habló con el jefe de Mozos de Escuadra, comandante Pérez Farrás, para que dispusiese la defensa del edificio; conferenció con todos los Centros oficiales de la Generalidad, informándose de que cada uno estaba en su sitio y de que todo presentaba el mejor aspecto. Pérez Farrás manifestó su decidido propósito de continuar a las órdenes de Companys y de incluso «hacer fuego contra las tropas españolas para defender la Generalidad. Companys, y gran parte de los presentes, abrazaron y ovacionaron a Pérez Farrás. Una verdadera borrachera de frenesí invadía a todos. Nadie abrigaba el menor pesimismo, nadie barruntaba lo que iba a pasar. Todavía se tenía la esperanza, que en muchos era convencimiento, de que el general Batet, y en último caso la tropa, haría traición a España y se pondría al lado de los rebeldes. Por otra parte se confiaba en el indomable valor de esos millares de *escamots* bien armados y abundantemente pertrechados, que eran dueños absolutos de la ciudad, y que por su número, buena organización, excelente armamento y buen «espíritu patriótico», imposibilitarían, en último caso, la salida de las tropas de los cuarteles y desmoralizarían a la soldadesca harto trabajada ya por las células comunistas y por la masonería... Y aunque las tropas lograsen salir de sus cuarteles, ¿cómo iban a poder llegar hasta la Generalidad por el entresijo de calles y callejuelas de los barrios viejos de Barcelona?

El diputado del Parlamento catalán, Tauler, había salido hacia Capitanía siendo portador de un oficio de Companys invitando al general Batet a ponerse a las órdenes de Estat Català. Era la reiteración escrita de lo que por teléfono había comunicado Companys al general jefe de la 4.ª División.

Al regresar Tauler, todos le rodearon con ansiedad... El general Batet había contestado de palabra al oficio pidiendo una hora para meditar la gravísima determinación que se le exigía.

Y al primer momento de efusión y de optimismo irrefrenable, siguió una hora mortal de ansiedad y de duda. Todos, desde el presidente Companys hasta el último subalterno, paseaban silenciosos su enorme preocupación: «¿Qué hará Batet?»

Era impresionante el espectáculo de aquellos hombres abrumados por la angustiosa incertidumbre. Serios, cariacontecidos, cejijuntos... Mantenían hasta el último momento la esperanza en lucha con el temor a que les fallase la ayuda del Ejército.

Mientras tanto, Pérez Farrás arengaba a los Mozos de Escuadra.

Formó una sección de ellos ante el edificio de la Generalidad, disponiendo tuviesen los mosquetones a punto de hacer fuego a la voz de mando. Seguidamente dispuso la defensa del edificio con sus 360 Mozos de Escuadra y con algunos grupos de *escamots*, aparte del personal de la casa que se brindó a tomar parte activa en la contienda. El comandante Pérez Farrás quedó al frente inmediato de las fuerzas que había en la planta baja del edificio. Al capitán López Gatell se le encomendó la defensa del piso principal. El capitán Escofet cuidó de combatir al enemigo desde el terrado...

Sobre las diez de la noche llegaron a la plaza de la República dos secciones del primer Regimiento de Artillería de Montaña, al que precisamente pertenecía el comandante Pérez Farrás: las dos piezas iban protegidas por cincuenta artilleros a pie, con mosquetón. Más tarde se les agregaron una compañía de Infantería y otra de ametralladoras del Regimiento núm. 10.

Al llegar los artilleros, el comandante Pérez Farrás, pistola en mano, salió al encuentro del comandante de Artillería señor Fernández Unzué, y le preguntó:

—¿Adónde vais?

—A tomar la plaza y a apoderarnos de la Generalidad.

—No lo conseguiréis...

—Pues ya lo veremos...

Al propio tiempo el capitán Escofet se dirigía al centro de la plaza, y enfrentándose a la fuerza que llegaba a ella, le gritó:

—¡Alto a Cataluña!

—¡Viva la República Española! —replicó el jefe de artillería.

Entonces el comandante Pérez Farrás dió la voz de fuego a sus fuerzas, que dispararon las primeras descargas contra la artillería.

A consecuencia de este primer choque cayó mortalmente herido el comandante de Estado Mayor señor Suárez y resultaron heridos en un hombro el capitán señor Künel y siete soldados, de los cuales uno falleció poco después y otro quedó en gravísimo estado.

Los artilleros, a su vez, hicieron una descarga de fusilería, retirándose precipitadamente al interior del edificio el comandante Pérez Farrás, el capitán Escofet y los Mozos de Escuadra.

Desde la Generalidad, el Ayuntamiento, todos los terrados próximos y desde las calles adyacentes y por retaguardia, desde la Vía Layetana, se hizo intensísimo fuego contra la tropa. Cayeron heridas algunas acémilas, y otras, al verse libres del ronzal, emprendieron la fuga hacia el cuartel. Se dió orden a los soldados de que se guareciesen del interminable tiroteo, colocándose al abrigo de las fachadas. Mientras tanto, los oficiales convinieron en que para poder maniobrar las dos piezas era indispensable acallar el fuego de los terrados.

Y en efecto, el laureado capitán Lizcano de la Rosa llamó a una de las casas inmediatas. Le salió a abrir una anciana, y con ella subió hasta la azotea. Despojóse allí de gorra y guerrera, para quedar en mangas de camisa, como los *escamots* de la vecindad, y así, entre las sombras de la noche, sin despertar sospechas, pudo montar dos ametralladoras, con las que logró acallar el fuego de los terrados, circunstancia que aprovecharon los oficiales y soldados para montar en la calle las dos piezas de artillería y dispararlas contra la Generalidad y contra el Ayuntamiento.

Fácilmente, sin resistencia alguna, fueron luego tomados los terrados restantes por la tropa. Los *escamots* huían sin atreverse a resistir el cuerpo a cuerpo.

Abajo, en la plaza, se disparaban los cañones. El adoquinado hizo imposible ajar las cureñas y una de las piezas en el retroceso del disparo se inutilizó. Fué preciso relevarla de madrugada.

Imposible describir el efecto producido entre quienes ocupaban la Generalidad ante el hecho de la colisión, disipadora de la última esperanza de quienes confiaban más en la traición ajena que en su propio valor.

Companys y sus consejeros, que durante cerca de una hora, a partir de la en que Tauler les dió cuenta de su entrevista con el general Batet, habían estado inquietos, febriles, desasosegados, pendientes con el alma en un hilo de la decisión que éste tomara, al hallarse ante la realidad para ellos tan triste, cayeron en su mayoría en el más mortal desconcierto y desaliento. Ordenaron apagar inmediatamente todas las luces, trasladaron el aparato de radio que les servía de comunicación con el público, desde el antiguo despacho del consejero de Gobernación a otro más resguardado, deambulaban por los pasillos y salones a oscuras o alumbrados por una vela y en el más lamentable estado de inhibición mental. El ánimo de los que parecían más esforzados empezó a decaer. Gassol, los hermanos Aguadé y demás elementos de Estat Català, que eran los que más habían coaccionado a Companys para violentar su buen sentido, estaban lívidos y descorazonados. Gassol, en un diván se mesaba los cabellos y se lamentaba de tan irreparable locura. Análogamente el secretario de Companys, Alavedra, se mostraba anonadado e increpaba a quienes obligaron a Companys a realizar aquel acto catastrófico. Un mortal pesimismo y un tardío arrepentimiento se apoderó de todos. El retumbar del cañón les dió la certeza de que todos iban a sucumbir. Y la seguridad de una muerte cierta, sin gloria ni beneficio para nadie, puso pavor en todos los corazones.

Lluhí Vallescá se sentó en la escalera y se sujetó la cabeza entre las manos en un

estado de verdadera postración.

Todos aparecían acobardados bajo la pesadumbre del momento. Todos menos Companys, que se vió atacado por una vena de locura destructora. Llamaba por teléfono a los Círculos de Esquerra diciéndoles que salieran a la calle a quitar los fusiles a la Guardia civil y a los soldados. Daba grandes voces animando a todos a morir resistiendo, a vender caras sus vidas, a prepararse a ver cómo se hundía todo, cómo se aniquilaba todo, cómo quedaba todo destruído. Estaba magnífico, poseído de una especie de furia de destrucción. Hubo momentos en que sólo él y Pérez Farrás conservaban en alto grado el espíritu bélico, en contraste con el abatimiento cada vez mayor de los circunstantes. Junto a las puertas y ventanas los Mozos de Escuadra, impasibles y disciplinados, permanecían con el arma apercebida a la defensa.

A las dos de la mañana se reanudó el cañoneo. El comandante Fernández Unzué había pedido dos morteretes que fueron subidos a un terrado. Desde allí se enviaron sobre la azotea de la Generalidad y sobre la claraboya del Ayuntamiento unas granadas sin espoleta, a fin de que no hiciesen explosión y no causasen daños. Al mismo tiempo se disparó contra el balcón central del Ayuntamiento un cañonazo graduado al mínimo, que destrozó cristales y maderamen y lanzó los cortinones del balcón sobre la lámpara de cristal. Un balazo de fusil proyectó el tintero del alcalde contra un cuadro de su despacho; otro cañonazo causó algunos desperfectos en la fachada del Ayuntamiento. Pero en general, se procuró hacer el menor daño posible. De los dieciséis cañonazos que se dispararon esa noche en la plaza de la República, once lo fueron con pólvora sola o con granadas sin espoleta. El objeto era asustar, y ello se logró plenamente, poniendo en fuga y en trance de disolución a los famosos *escamots* del Exèrcit Català.

A las dos de la mañana se tenía en la Generalidad la evidencia del desastre. Los reiterados cañonazos y la amenaza del bombardeo aéreo del edificio acabaron por amilanar a los más animosos. Companys, pasado el período álgido de furor guerrero, cayó en una lamentable laxitud y un indescriptible abatimiento. Todos estaban vencidos y destrozados moralmente. No se hablaban entre sí, procuraban aislarse unos de otros... Y en medio de tanta desolación no faltó la nota grotesca, que puso un rictus de risa en todos aquellos hombres agobiados por el peso de la horrible derrota: el poeta Melchor Font, secretario particular de Ventura Gassol, estaba en trance de desesperación porque se le había alborotado un tanto su rizosa y bien cuidada cabellera y no tenía a mano un peine con que reparar el desaguisado.

Companys intentó comunicar por teléfono con Jefatura de Policía, y en vista de que nadie contestaba a sus llamadas, decidió enviar allí al capitán Escofet. Más tarde llamó Companys también telefónicamente al alcalde Pi y Suñer, y le dió la orden de que izase bandera blanca y parlamentase su rendición. Pero el señor Pi y Suñer se resistía a entregarse mientras no lo hiciese la Generalidad. Fué un violento forcejeo, que terminó accediendo el alcalde a obedecer por disciplina. Mientras tanto, seguía el

cañoneo excitando los nervios de los que permanecían encerrados hora tras hora en la Generalidad. Algunos ya no podían resistir más y se accidentaron. Tal ocurrió al locutor de la radio, que después de haberse pasado buena parte de la noche arengando a los catalanes para empuñar las armas y derramar hasta la última gota de sangre «para defender la Patria», sufrió tal soponcio, que muchos le dieron por muerto. Ello fué el origen del rumor extendidísimo al día siguiente por Barcelona, según el cual el famoso locutor de la radio murió a consecuencia de los disparos que se hicieron al entrar la tropa en la Generalidad.

Era interesante y en alto grado aleccionador el espectáculo que ofrecía la Generalidad a las seis horas de proclamado el Estat Català. Un aplanamiento general, una profundísima contrariedad sustituía la alegría desbordante de los primeros momentos. Ya no había plácemes ni felicitaciones. Sólo lamentos de contrición. Los que más se habían distinguido excitando a Companys a la aventura, eran quienes con mayor ahinco le suplicaban ahora, con las lágrimas en los ojos, para que se rindiera. Y en vista de que Companys, aun dentro de su lamentable decaimiento de espíritu, no accedía a tantas y tan apremiantes súplicas, se le llegó a amenazar con acusarle ante el general Batet de ser él el único responsable de la resistencia al Poder constituido.

Fué en aquellos momentos cuando sonó el teléfono llamando a Companys desde el Ateneo.

—Presidente —dijo el diputado *rabassaire*, Riera— estamos cenando aquí un grupo de amigos y al destapar el champaña brindamos por el Estat Català. ¡Visca Catalunya!...

—Sois unos... —replicó airadamente Companys. Y de un golpe colgó el auricular —.

Companys habló por teléfono con Dencás en la Consejería de Gobernación, se percató de que el estado de ánimo allí existente no discrepaba en nada del que dominaba en la Generalidad y llegó a pedirle que le enviase el carro blindado en el que intentaría huir el Gobierno de la Generalidad, a lo que Dencás contestó que no podía hacerlo porque las tropas atacaban en las cercanías de Gobernación y además porque el motor había sido objeto de un sabotaje.

Todas las arengas y arrogancias de la Radio eran pura ficción; no tenían más objeto que ver si a la desesperada acudían los *escamots* y los *rabassaires* de toda Cataluña al lugar de peligro y obligaban a las tropas a levantar el sitio, retirando los cañones, que resultaban de una molestia insoportable.

Companys reunió entonces a los consejeros y a los diputados del Partido allí presentes, cambió impresiones con las personalidades más destacadas de la Esquerra y decidió, al fin, cerca ya de las seis de la mañana, anunciar al general Batet su propósito de capitular.

Al efecto se levantó la comunicación telefónica en que se había aislado el antiguo edificio de Capitanía general y se pidió que en nombre del señor Companys, Presidente de la Generalidad, se pusiese al aparato el general jefe de la División.

Instantes después Companys capitulaba convencido ya de que era inútil resistir. Pero el general Batet exigía una previa satisfacción: que el propio Companys, reiteradas veces, comunicase por la Radio que el Gobierno de la Generalidad había capitulado. Además, tenían que darse prisioneros Companys y todos los que se encontrasen en el Palacio de la Generalidad. La primera condición es la que más vivamente contrarió a los vencidos. Companys, maltrecho, derrotado, anhelante, sin fuerzas ya, se acercó al micrófono y haciendo un supremo esfuerzo exclamó por cuatro veces, con una voz impresionante: ¡Cataláns! ¡Cataláns! ¡Cataláns!..., y enseguida la noticia escueta de que para evitar males mayores e inútiles derramamientos de sangre, el Gobierno de la Generalidad había capitulado ante las fuerzas del Ejército español.

Momentos antes surgió un incidente por demás doloroso. Se trataba de izar una sábana como bandera blanca que advirtiese a las fuerzas militares la rendición del edificio a fin de que cesase el fuego. El hacerlo resultaba por demás arriesgado, ya que los soldados de la plaza de la República, que eran objeto de un constante «paqueo», estaban ojo avizor para disparar tan pronto como notaren la menor anormalidad. Resultaba, pues, sumamente peligroso abrir el balcón central del edificio y asomarse a él aunque fuese para enarbolar bandera blanca. Entre todos los que en el edificio había se prestó un voluntario: el chofer de Pérez Farrás, quien resultó gravemente herido. Un mozo de Escuadra tuvo mejor fortuna.

Con no pocos esfuerzos pudo ser franqueada la puerta principal del edificio de la Generalidad, pues por orden de Pérez Farrás habían sido amontonados contra ella los doce automóviles que se hallaban en el vestíbulo y que habían de servir de mortal obstáculo a las tropas que intentasen penetrar en el recinto, aun después de derribadas las puertas a cañonazos. Despejado un tanto el paso entraron en la Generalidad el comandante Fernández Unzué con el alcalde y concejales que habían sido detenidos en el Ayuntamiento. Iban también otros oficiales y un pelotón de soldados. Todavía al llegar al patio gótico se les hizo una descarga a mansalva que, afortunadamente, no causó víctimas. El comandante Unzué, enérgicamente, recriminó en breves palabras a quienes así procedían; mientras, los otros oficiales contenían la indignación de los soldados que, después de haber pasado toda la noche jugándose la vida, dieron rienda suelta a su alegría vitoreando a España y gastando bromas a don Ventura Gassol, a quien acariciaban las melenas y le reprochaban humorísticamente el que no hubiese cumplido sus promesas de morir por Cataluña.

Companys —a quien le sorprendió la llegada de las tropas repitiendo una vez más por la Radio la noticia de su capitulación— al ver al comandante Fernández Unzué se repuso súbitamente, estiró su traje, se pasó la mano por la cara y dejó de repente su angustioso abatimiento para recuperar su prestancia de Presidente de la Generalidad. Lo que más le preocupaba, lo primero que exigió fué el no ser juzgado por el severo fuero militar, sino por el tantas veces denostado y desacatado Tribunal de Garantías Constitucionales.

En pocos minutos entregaron sus armas los mozos de Escuadra y quedó tomado

militarmente el edificio. Después salieron el jefe de las fuerzas con Companys, Pérez Farrás, los consejeros y concejales. Fueron todos en grupo, velozmente, a presentarse al general Batet. Tras ellos iban fuerzas del Ejército con el fusil a punto de hacer fuego.

Eran aproximadamente las seis de la mañana. Diez horas después de haberse proclamado entre vítores y alborozo el Estat Català.

IV

NOCHE DE MIEDO EN LA CONSEJERIA DE GOBERNACIÓN

Se instala el cuartel general de la rebelión. —La cena de Baltasar. —Dencás y Badía de uniforme. —Se organiza la lucha fratricida. —El cañoneo del edificio provoca el pánico. —Dencás pide desesperadamente auxilio. —Su grito de «¡Viva España!» —La huida por las alcantarillas. —La bandera bicolor del Somatén.

En la Consejería de Gobernación estaba el Cuartel general de los rebeldes. Desde allí Dencás, Badía, Arturo Menéndez y Pérez Salas dirigían las operaciones militares de toda Cataluña. También Vachier, en plan de jefe de Estado Mayor, se movía entre planos y tratados de estrategia. Badía actuaba y firmaba como general en jefe. Llevaban dos días de incesantes trabajos organizando a la fuerza la huelga general contra viento y marea de la F. A. I. y tomando militarmente Barcelona. Para mejor asesoramiento habían hecho venir en vanas ocasiones a Barcelona a dos oficiales franceses de Estado Mayor. Además, Menéndez, Pérez Salas, Guarnier y los demás militares españoles al servicio del movimiento separatista, conocían las medidas adoptadas y dieron su visto bueno como técnicos en la materia. Todos estaban satisfechos. Creían que era el momento estratégico de Cataluña y no del Poder Central. Confiaban en el movimiento revolucionario de toda España y sobre todo en la acción de la Masonería. Daban por seguro que el Ejército se pondría al lado de los de Estat Català y repasaban la lista y categoría de los masones significativos que hay en la guarnición de Barcelona.

Por otra parte, todos aquellos animosos *escamots* estaban en la calle con buen armamento, abundantes municiones y un coraje enorme, inflamados de un loco ideal separatista, bien dispuestos a impedir la salida de los cuarteles e incluso a proceder a su asalto, así como al ataque del edificio de la Comandancia general, al de Oficinas militares y al de la Delegación especial del Estado en Cataluña, sito en la calle Ancha. Respecto a este último, un capitán de Asalto de la Generalidad se comprometía a conquistarlo con solo cien hombres y apoderarse de la emisora de

Radio y del Teletype, que eran los únicos medios de comunicación que tenía el Poder Central con Cataluña.

Además, en los Centros oficiales de la Generalidad había abundancia de armas, municiones, bombas, gases asfixiantes que garantizaban con creces la resistencia a la pequeña ofensiva formularia que en todo caso pudieran hacer las tropas, si es que éstas lograban salir de los cuarteles y llegar ante la Generalidad, el Ayuntamiento, la Consejería de Gobernación y demás sitios estratégicos de la ciudad en poder de la Esquerra. Desde luego, el poseer las dos estaciones de Radio era una considerable ventaja, de la que se felicitaban Dencás y Badía. Por si algo les faltaba, tenían el control de Telégrafos, Teléfonos y Correos, lo que les permitió interceptar e incluso dejar aisladas las comunicaciones de Capitanía general con el Gobierno de Madrid y con el resto de España.

Todo les parecía favorable al generalísimo Badía y a su jefe Dencás.

La mayor resistencia que hubieron de vencer fué la negativa de Companys a proclamar el Estat Català, pero al fin se consiguió lo que por algunos momentos llegó a parecer un imposible. Ciertamente es que les molestaba la coetilla de «la República Federal Española», pero se daban por contentos con lo logrado.

Todo era júbilo y satisfacción en la casa. Los centenares de *escamots* allí congregados acudían a recibir órdenes de Dencás y su flamante Estado Mayor. Muchachas vestidas de enfermeras se disponían a atender a los que cayesen en la lucha que se avecinaba.

Momentos interesantes de estas primeras horas de frenesí vividas en Gobernación, fueron el instante en que, habiéndose vestido Dencás su uniforme de generalísimo, con la camisa fascista de color kaki verdusco, fué a ponerse el brazal en el que sobre las cuatro barras figuraba el triángulo azul con la estrella solitaria. Las ovaciones y vivas de los reunidos en el Palacio se sucedían, mientras las afiliadas al Estat Català se disputaban el honor de coser en su brazo el aludido distintivo.

Lo fué también el momento de hacer ondear en el balcón principal del edificio una gran bandera con la estrella solitaria, que fué izada por un guardia de Asalto, mientras los reunidos le rendían honores militares y la besaban llenos de entusiasmo. Media hora después, a requerimiento telefónico de Companys, hubo de ser arriada y sustituida por la bandera catalana corriente.

Dencás, poseído de una anormal agitación, acogía y propalaba entre los suyos las especies más disparatadas. Así, aseguró que el general Batet, al enterarse de la proclamación del Estat Català, vivamente emocionado como catalán ante la grandiosidad del acto, había solicitado un plazo de tres horas para ponerse a las órdenes del Gobierno de Cataluña. Al creerse que se acercaba la tropa bajó a las puertas de la calle vestido de generalísimo y dió un «¡Visca Catalunya lliure!», que fué coreado por un grupo de entusiastas destacados frente al edificio, lo que le sirvió para que al volver al interior exclamara: «¿No habéis oído cómo las tropas, con entusiasmo, están a nuestro lado?»

Apenas oyeron por Radio el discurso subversivo de Companys lo festejaron con un succulento banquete, sentándose en torno a la mesa Dencás, Badía, Pérez Salas, Menéndez, España, Domingo Montserrat y algún otro. En total los siete más destacados y entusiastas de los allí reunidos. Hubo champaña, café, buenos cigarros, licores de todas clases y gran derroche de optimismo y cábalas para el porvenir, que se presentaba risueño. Cuando al día siguiente visitamos el local pudimos apreciar lo que debió ser la grandiosidad del ágape: las botellas de cognac, anís, chartreuse, pipermin, etc., no aparecían descorchadas, sino rotas por el cuello al estilo de lo que se hace en las películas de apaches, sin consideración al líquido que se desperdicia. En el centro de la mesa, como adorno de circunstancias, algún trofeo guerrero: un espadín estoque y varias balas «dum-dum» alineadas en un caprichoso soporte.

Y al finalizar el festín, igual que en el episodio bíblico de la cena de Baltasar los comensales, aún en plena orgía, temblaron al ver aparecer la leyenda fatídica de «Mane, Thecel, Fares», de la misma manera Dencás y sus compañeros se estremecieron de pavor ante el estruendo del cañón que les recordaba la existencia de España, de aquella España que creían dormida y que se ponía en pie para abatir con el corazón generoso y el heroico patriotismo de sus soldados la traición separatista.

Al percatarse de que la tropa se enfrentaba con ellos, a pesar de su estupor, Dencás y Badía prepararon su gente para la lucha entre hermanos, cruenta, inverosímil, suicida.

Para la defensa del edificio había setecientos hombres. En el terrado y en los huecos estratégicos, ametralladoras. Las puertas las defendían guardias de Asalto; en los balcones, gruesos parapetos formados por sacos de cemento en envoltorios de papel fuerte en vez de arpillera. En el patio un carro de asalto blindado y otro por terminar, pues le faltaba la cúpula de la ametralladora, quizás por no haber podido llegar de Cádiz las planchas blindadas que se aprehendieron cuando el último alijo de armas. Por todas partes, fusiles, bombas, municiones, cargadores...

Para hacerse cargo de la cantidad de municiones existentes en Gobernación, baste decir que fueron llevadas en dos camiones, cargadas y embaladas como si fueran cajas de ladrillos para construcción.

De acuerdo con los planos estratégicos de defensa de la Consejería de Gobernación, estaban todos los terrados próximos ocupados por *escamots* con fusiles y bombas de mano para imposibilitar el emplazamiento de los cañones y para copar desde todas las bocacalles a las tropas que intentasen llegar ante el edificio.

Como es natural, los oficiales que mandaban la batería de montaña y la compañía de Infantería no quisieron aventurar a nuestros soldados en aquel círculo de fuego y colocaron un cañón ante Capitanía desde donde dispararon una granada que, debido a la oscuridad de la noche y al obstáculo visual que representaban las hojas de los árboles, dió en un balcón de la casa número 4 de la avenida del Marqués de la Argentera y de rebote a la esquina de la estación de M. Z. A., ambas contiguas al

edificio de Gobernación. Un segundo cañonazo dió de lleno contra uno de los balcones de las habitaciones particulares de Dencás, y aunque el destrozo material fué escaso, el efecto moral fué enorme, pues el edificio retembló de un modo alarmante.

Entonces cundió el pánico. Dencás y Badía, vestidos con «breeches» y leguis, una camisa de explorador, correa, cartucheras, un fajín rojo de general y grandes gemelos de campaña en bandolera, no cesaban de subir y bajar dando órdenes y mostrando en toda su crudeza su nerviosismo.

Se supo que en las primeras horas de la noche un cabo y doce guardias de Asalto de la Generalidad «se habían pasado al enemigo». Poco antes todos los oficiales de Asalto se habían presentado ante Dencás entregando sus placas con las barras catalanas. En vista de todo ello se dió la orden de que los servidores de ametralladoras y los fusileros que defendían el edificio como una fortaleza, afinasen la puntería principalmente contra los «traidores».

Entretanto, los artilleros que tenían enfilado el cañón contra el edificio, apreciando las dificultades para afinar la puntería en plena noche y el peligro de hacer blanco en las casas colindantes, decidieron reemprender el cañoneo al amanecer y hostilizar a los rebeldes con descargas de fusilería y ametralladoras.

Cerca de la madrugada sufrieron los rebeldes la primera baja. Un *escamot*, pistolero conocido por el apodo de *Cara tallada* y llamado Benigno Samper, que se encontraba en una de las habitaciones que dan a la plaza de Palacio, cayó gravísimamente herido de dos disparos de ametralladora. Inmediatamente fué conducido al primer piso, donde se había habilitado una enfermería. Desposeído de su camisa y de su camiseta, fué atendido por el propio doctor Dencás, que le apreció un balazo en la parte superior del brazo izquierdo y otro que le entraba por la región pectoral izquierda y le salía por la espalda, cerca de la columna vertebral. Le administraron dos inyecciones de aceite alcanforado y se intentó en vano cortarle la enorme hemorragia. Fué llamada la ambulancia de la Cruz Roja, que le condujo al Hospital, donde al día siguiente quedó en calidad de detenido. En su poder se encontró un salvoconducto de Badía nombrándole agente de enlace y ordenando se le atendiese en cuanto pudiese solicitar.

Fácil es comprender la depresión enorme que esta desgracia produjo en los harto decaídos ánimos de los *escamots* allí presentes. Todos se apilaban, resguardándose tras las gruesas paredes maestras del edificio que, como todas las edificaciones propias del tiempo de Carlos III, presenta como característica principal la reciedumbre de los muros.

Por si ello no bastase a calmar el pánico insuperable que allí reinaba, se reforzaron todavía esos muros con tres filas de sacos terreros. Nadie osaba atravesar la zona de tiro de los balcones. No cesaban de oírse los lamentos de quienes pretendían marcharse, acordándose de sus padres, de sus esposas, de sus hijos y hermanas.

Dencás también estaba perplejo.

¿Qué se había hecho de aquellos cincuenta mil fusiles repartidos a los bizarros *escamots* que durante todo el día habían tomado militarmente la ciudad? ¿Por qué no acudían ahora en tropel a libertarles? ¿Cómo era posible que en aquel trance comprometido les tuviesen abandonados?

Llamó por teléfono a todos los Centros de Estat Català, al cuartel general de Badía, sito en el café del teatro Novedades y al de Palestra, establecido en el Coliseum. dió órdenes apremiantes para que los *escamots* de toda Barcelona acudiesen en auxilio de Gobernación, de la Generalidad y del Centro de Dependientes, en vez de permanecer ociosamente haciendo guardia, cargados de armas y municiones, en sitios pacíficos donde no había lucha y donde su presencia era totalmente inútil.

También celebró conferencias telefónicas con los pueblos cercanos a Barcelona pidiendo a los alcaldes el envío de refuerzos de *rabassaires* armados.

En lo alto del edificio de Gobernación funcionaban potentes reflectores, que con sus intermitencias y parpadeos, daban la señal de socorro.

La Radio no cesaba de lanzar desesperadas demandas de auxilio.

Pero todo fué inútil. Nadie acudía al lugar de la lucha. Y Dencás no sólo no se podía librar del certero cañón enemigo sino que no podía atender las peticiones de refuerzos que le hacía Companys en medio de violentas y justificadísimas recriminaciones.

Se intentó sacar el carro de asalto que estaba en el patio de Gobernación, pero no se pudo hacer funcionar, pues había sido objeto de un acto de sabotaje, que algunos atribuían al capitán Segurado.

De pronto se reanudó el cañoneo. Un balazo dió en el escudo de mármol que corona la fachada, arrancando adornos que cayeron pesadamente a la calle en trozos de cinco kilos de peso. Otro cañonazo alcanzó a una de las ventanas del piso superior, algún otro pasó rozando las azoteas, donde los fusileros de Badía estaban tumbados sobre mantas hostilizando al Ejército. A cada cañonazo creían todos que se iba a producir la hecatombe y todos gemían y aun no faltó quien llorase...

Badía había salido a ver si conseguía reclutar fuerzas para hostilizar por retaguardia a los españoles y cogerles el cañón. También se creyó indispensable un acto espectacular en el centro de Barcelona: asaltar el edificio de la Telefónica en la plaza de Cataluña. Pero la empresa era arriesgada. Se pensó en encomendarla a la dirección personal de Arturo Menéndez que, vestido de artillero, tomaba parte activa en la defensa de Gobernación. Pero al final tuvo que encargarse de tan espinoso cometido (según nuestras referencias que no han podido ser debidamente comprobadas y que habrán de ser rectificadas de acuerdo con lo que resulte del sumario que están instruyendo las autoridades militares) un paisano, Daniel Domingo Montserrat, antiguo dirigente del Bloque Comunista Obrero y Campesino, hombre de

arraigados sentimientos revolucionarios y uno de los pocos que no buscaron jamás medro en las predicaciones subversivas. Se trata de un revolucionario al estilo romántico, un hombre siempre dispuesto a sacrificarlo todo, incluso la libertad, la tranquilidad y la propia vida en aras de su descabellada quimera. Recientemente salió del Bloque Comunista Obrero y Campesino por estimar su actuación débil e inocua e ingresó en Estat Català por considerarlo de mayor eficacia revolucionaria. Durante la trágica noche de Gobernación fué quizás el único que se mantuvo sereno y con alteza de miras —desde el punto, claro es, de los revolucionarios—. Aun convencido del fracaso no creía en la esterilidad del sacrificio, pues sostenía la tesis de que los muertos de hoy serían la simiente de la revolución de mañana. Fuerza es reconocer que los que le escuchaban no compartían ni poco ni mucho tales teorías.

Daniel Domingo Montserrat —según nuestras noticias—, salió con una patrulla del ejército de Estat Català a asaltar la Telefónica. Dieron todos un rodeo para evitar encuentros con la fuerza pública, y una vez en la plaza de Cataluña se desplegaron en guerrilla y avanzaron sobre la Telefónica, disparando al propio tiempo contra la fuerza que guardaba el edificio y que a su vez contestó violentamente, entablándose un vivo tiroteo que alejó a los rebeldes. Daniel Domingo Montserrat hubo de regresar al cuartel general de Gobernación sin haber podido complimentar su cometido porque a los primeros disparos desertaron sus *escamots* huyendo a la desbandada.

El frustrado asalto a la Telefónica fué otro golpe mortal asestado a la disciplina y al espíritu bélico de los hombres congregados en Gobernación, que veían cómo ni los *escamots* del resto de Barcelona ni los *rabassaires* que con tanto entusiasmo habían acudido otras veces a las manifestaciones y alardes pacíficos de la Esquerra atendían ahora las desesperadas llamadas que desde el micrófono de la Radio Barcelona y por todos los medios les hacía reiteradas veces Dencás.

Este, a las cuatro de la madrugada, desesperando de obtener el triunfo, falto de fuerzas y de energía, llamó por teléfono a la Guardia civil para emplazar a los jefes del Cuerpo a que se decidieran de una vez a ponerse al lado de la Generalidad amenazándole con que en el caso de no obedecer esta orden estaba dispuesto a echar a la gente contra los cuarteles. Se le contestó que la actitud de la Guardia civil había sido fijada a las ocho de la noche y que no había intención de variarla en lo más mínimo.

Ya, Dencás, no podía contener el desaliento de sus hombres.

Llamaban por teléfono a la Generalidad y la impresión no podía ser más pesimista. Igual ocurría con las llamadas a la Comisaría general de Orden Público, a los Centros de Esquerra y a los cuarteles generales de Badía.

Entonces sucedió lo inaudito. Dencás, el separatista Dencás, el hombre que nunca quiso ser español y que odiaba a España como el único enemigo de su patria Catalana; Dencás, el que siendo diputado de las Constituyentes desgarró con una hoja de afeitar los escudos de la República Española que había grabados en los pupitres de los escaños correspondientes a la Esquerra; Dencás, el hombre que tan violentamente

censuró a Companys porque en algunas sesiones agitadas del Parlamento español había accedido a vitorear a España; Dencás, el principal propulsor y paladín más exaltado del movimiento separatista fundamentalmente antiespañol, se agarró al micrófono de Radio Barcelona e hizo un llamamiento desesperado pidiendo la ayuda de todos los españoles para que acudiesen en auxilio de Cataluña, que a su vez se brindaba a ser el último y más firme baluarte de la República. Y terminó la arenga con un «¡Viva España!», que todos corearon estruendosamente entre aplausos. Fué el más significativo exponente del miedo. Era aquélla la primera vez que tales hombres vitoreaban a España y se dignaban hablar al público en castellano. En circunstancias normales sólo se hubiera logrado otro tanto amenazándoles con una pistola en el corazón.

Pero pasaba el tiempo y los refuerzos no llegaban. La masa de *escamots* que se encontraban en Gobernación nada sabía en concreto de lo que tramaban sus dirigentes y sólo podían deducir por su nerviosismo que las cosas iban mal. Las preguntas que se les dirigían eran contestadas a medias palabras. Reinaba un desbarajuste horrible. Aquellos setecientos hombres permanecieron toda la noche en la Consejería de Gobernación sin saber qué hacer con sus armas, pues no les dieron instrucciones ni había quien les dirigiese para organizarles en un plan de defensa. ¡Tantas prácticas militares y ejercicios de campamento para luego, a la hora de la verdad, no saber qué hacer! Badía, Dencás, Menéndez y demás cabecillas de la insurrección pasaban entre ellos sin hacerles caso. Esto produjo el consiguiente malestar. Cundía el desaliento, la indisciplina y la indignación. Nadie sabía positivamente nada de lo que en realidad pasaba y de lo que podía ocurrir. Sólo se sabía de cierto, con una evidencia dramática, que la tropa disparaba contra los separatistas al grito de «¡Viva España!», que los cañones afinaban la puntería y que al amanecer serían los aviones quienes bombardeasen el edificio, reduciéndolo a escombros con todos los que en él se encontrasen.

La gente estaba desanimada y se daba por vencida. Nadie se recataba ya de censurar y llenar de los más ignominiosos dicterios al «general en jefe», Badía, y al ministro Dencás. Pero éstos no tenían ya ocasión de oír los duros epítetos que en alta voz y sin recato alguno les eran dedicados. Los que figuraron como jefes de la insurrección durante la noche en la Consejería de Gobernación, recibieron desde la Generalidad la noticia telefónica de que Companys estaba dispuesto a capitular.

Nada dijeron a nadie de lo que en realidad ocurría, sino que cautelosamente, sin despertar sospechas, Dencás, Menéndez, Pérez Salas, España, Guarner y algún otro, recogieron el dinero en abundancia que tenían preparado para el caso y desaparecieron por el pasadizo subterráneo que se habían hecho construir meses antes para comunicar con las alcantarillas. Arturo Menéndez se despojó previamente de su guerrera de artillero, a la que arrancó el emblema de aviación, quizás por un movimiento de pudor, ya que debió parecerle bochornoso huir por las cloacas de la

ciudad después de haber surcado tantas veces victoriosamente el cielo de España pilotando los aviones de la Aeronáutica Militar...

No es que los cabecillas separatistas abandonasen a los suyos en el fragor de la pelea. Es que huían de sus propios partidarios. En una noche, Dencás, Badía y sus compañeros pasaron de la categoría de ídolos admirados a la de traidores infinitamente despreciados.

Y mientras todos creían que estaban reunidos para decidir la conducta a seguir en aquel trance, los fugitivos, llenos de un pavor insuperable, recorrían a tropezones las alcantarillas de la ciudad llevando en la mano el plano que tan minuciosamente habían estudiado para no equivocarse el camino que había de conducirles a sitio seguro.

Existen indicios de que —según indica el plano recogido más tarde en el edificio de Gobernación— los fugitivos se dirigieron hacia el Aeródromo. Debió ser una caminata larga, interminable, acuciados por el miedo, respirando una atmósfera nauseabunda..., y al llegar, al final, cuando sin duda se decidían a coger un avión en el que Arturo Menéndez les condujese al otro lado de la frontera, se vieron sorprendidos por una descarga cerrada. No esperaban ellos ser recibidos a tiros. ¿Qué habían hecho los aguerridos *escamots* durante toda la noche que ni siquiera lograron apoderarse del Aeródromo para que los cabecillas pudiesen huir?

Fué preciso volver sobre sus pasos y regresar al punto de partida para desde allí orientarse y tomar el camino hacia el Puerto o hacia la playa de Somorrostro. A pesar de los planos de las alcantarillas, los fugitivos no atinaron con la salida a la plaza de España para tomar un automóvil que, a prevención, tenía preparado también Menéndez en una fábrica de vidrio de Montjuich.

Realmente la fuga estaba bien planeada. Durante tres meses se estuvo trabajando en construir una mina subterránea que comunicaba los bajos del edificio de Gobernación con las alcantarillas. Por cierto que, debido a la proximidad del mar y a lo bajo del terreno, surgieron serias dificultades por las inundaciones. Se trabajó activamente, noche y día, con máquinas perforadoras y se intensificó la labor con motivo de la rebeldía de la Generalidad cuando la sentencia del Tribunal de Garantías Constitucionales declarando nula la Ley de Contratos de Cultivo del Parlamento Catalán. Entonces, a pesar de la extraordinaria reserva con que se llevaban a efecto los trabajos, el cronista que esto escribe transmitió la información a Madrid y de ello se habló incluso en el Parlamento, sin que se prestase al caso la menor atención por quienes debieran estar alerta de lo que en Cataluña se tramaba. Tan minuciosamente se llevó a cabo la obra de acceso a la alcantarilla, que hasta tenía instalación eléctrica. Y para mejor librarse de posibles perseguidores había en la desembocadura de aquella un profundo pozo que pasaba desapercibido por estar cubierto de aguas residuales y en el que indefectiblemente había de caer quien, por ignorar la existencia del cepo, no tuviese la precaución de avanzar colocando los pies en los pequeños bordillos laterales.

Al regresar los fugitivos al punto de partida emprendieron el camino en otra

dirección. Hay quien afirma que desembocaron en el Puerto y allí, a bordo de una gasolinera, se alejaron de Barcelona. Más verosímil es la versión según la cual desembocaron en la Barceloneta y salieron a un solar sito al lado del cine de la Marina. Con ella coinciden los periódicos que afirman que al salir de la alcantarilla el doctor Dencás cayó en el arroyo de aguas residuales y fué arrastrado entre los detritus e inmundicias de la ciudad, de donde fué sacado con la natural repugnancia por sus compañeros. En tan lamentable estado quedó el Honorable Consejero de Gobernación de la Generalidad de Cataluña que fué preciso, aun a riesgo de posibles delaciones, desposeerle del recién estrenado uniforme de *escamot* y pedir por caridad una chaqueta vieja y un pantalón, que accedió a regalarles un vecino.

¡Digno epílogo a tantas intolerables jactancias y a tan descabellada aventura!

A las seis de la mañana los altavoces de Gobernación dejaban oír el discurso de Companys capitulando y entregándose a las fuerzas del general Batet. Entonces se percataron los *escamots* de que los jefes de la insurrección habían desaparecido del edificio-fortaleza dejándoles traidoramente abandonados y vendidos. Fácil es imaginar la indignación desbordada de todos y el calibre de los epítetos que les dedicaban. Aquellos hombres que les habían engañado arrastrándoles con vehementes soflamas de encendido patriotismo y con arengas en las que juraban morir por la independencia de Cataluña, no tenían ahora la gallardía de entregarse y seguir la suerte de todos. Alguien lanzó la especie —que luego resultó ser cierta— de que Dencás aquella misma tarde había retirado del Banco varios miles de duros de la Beneficencia. Eso fué la gota de agua que acabó de desbordar los odios y los rencores contenidos.

Hacía rato que había cesado el tiroteo. Los cañones permanecían silenciosos. Un grupo subió a la azotea y dejó prendida de un tubo de hierro una sabanilla a manera de bandera blanca. Mientras tanto, otros quemaban precipitadamente papeles comprometedores y rompían fusiles y destrozaban muebles. Los que conocían la existencia del paso subterráneo a las alcantarillas se lanzaron allá en tropel, dejando en el fango señales inequívocas de la lucha que sostuvieron en su loca porfía de no ser nadie el último. Los que ignoraban ese portillo para huir quedaron perplejos en sus puestos. Hubo quien se decidió salir a la calle por la puerta principal del edificio. Se le vió desaparecer entre las callejuelas vecinas sin que nada le ocurriese. Esto animó a los otros, y, poco a poco, en pequeños grupos, fueron huyendo todos por la puerta grande, sin que nadie les hostilizase, a pesar de estar enfilados por una ametralladora.

Cuando las tropas recibieron orden de ocupar el edificio sólo quedaban dentro seis personas de las setecientas que habían permanecido allí toda la noche. Todo aparecía destrozado; los muebles y la ropa, en desorden; gran cantidad de rifles, inutilizados; las alfombras, levantadas; el suelo, sembrado de municiones; en algunos sitios, restos de papel quemado; tras las paredes y en las ventanas, fuertes trincheras

de sacos de cemento. En el patio, los dos carros de Asalto, en cuyo blindaje los soldados españoles escribieron con yeso, en grandes caracteres, varios «¡Viva España!» Seguidamente fueron abiertas las bocas de la alcantarilla y el pasadizo secreto por el que habían emprendido vergonzosa y precipitada fuga Dencás y sus lugartenientes.

En el piso principal, idéntico derroche de armas, municiones, atrincheramientos, armas destrozadas, etcétera, etcétera. En una habitación se había improvisado la enfermería con ocho colchonetas y un diván, que debió servir de mesa de operaciones. Ocultas entre unos edredones se encontró una camiseta, forma sport, de seda blanca, y una camisa, también sport, de hilo crudo, análoga a la que durante todo el día lucieron los *escamots*. Ambas prendas estaban ensangrentadas y presentaban orificios de balas en una manga y en la región pectoral izquierda y en la espalda del mismo lado. Seguramente ambos impactos debieron ser la entrada y salida de la misma bala, que atravesó de parte a parte a quien vestía tales prendas. En la camisa se notaba cómo había sido arrancado cuidadosamente el bordado de las iniciales y, quienes examinaron las huellas que dejó el hilo, creyeron adivinar una J y una D, lo que hizo presumir a alguien que se trataba del Consejero de Gobernación, don José Dencás. En una mesita auxiliar, junto al diván ensangrentado, aparecían varios útiles de botiquín y cajas de inyectables, dos de ellas abiertas y dos ampollas vacías de aceite alcanforado, junto a un algodón impregnado en yodo y la jeringuilla de inyecciones, con indicios de haber sido utilizada. Encima del mueble que servía de armario-botiquín, vimos un Cristo de bronce, de unos setenta centímetros de altura, presidiendo la estancia...

En el despacho oficial de Dencás vimos la mesa puesta, con siete cubiertos y restos de comida. Había algunos bocadillos, salchichón y otros manjares, que ninguno de los que allí estábamos osamos tocar, por si acaso eran una añagaza y contenían sustancias venenosas. Vimos también las botellas de champaña y licores rotas por el cuello. Junto a la mesa, el micrófono de Radio Barcelona y un pequeño teléfono portátil con una batería de acumuladores. Sobre otra mesa, varios pliegos de papel blanco, en uno de los cuales aparecía escrito con lápiz azul, de puño y letra de Dencás: «A la Radio, insistentemente, después de la victoria...», y a continuación unas instrucciones draconianas aconsejando a los simpatizantes de la revolución que no se mezclasen con las tropas, dando orden de disparar contra quienes no fuesen en mangas de camisa, disponiendo el asalto a los Bancos y la incautación de sus fondos, respondiendo con su vida los asaltantes de la fiel custodia y buena administración de esos fondos...

Por otras dependencias de la casa se encontraron los planos confeccionados por el Estado Mayor separatista, a cuyo frente estaba el fracasado concejal de Estat Català, señor Vachier. Planos de defensa del edificio, planos para la fuga por las alcantarillas, planos para asaltar el cuartel de Atarazanas... Faltaban los planos que nos consta tenían hechos, con los puntos estratégicos de la ciudad, la defensa de la Generalidad y

el Ayuntamiento, la forma de asaltar los diversos cuarteles, la cárcel, la Delegación del Estado en Cataluña... Faltaba también el plano general de Cataluña, con indicaciones para la guerra en guerrillas y también quizás el de los puntos vulnerables por donde debía entrar en Aragón el victorioso ejército de *escamots*... Es de suponer que todo ello fué reducido a cenizas, en la hoguera que se hizo para destruir papeles y documentos. Quedó, sin embargo, la lista negra, firmada por Miguel Badía, y en la que constaban los nombres de quiénes debían ser fusilados al día siguiente de triunfar la revuelta, allí donde se les encontrase, sin formación de causa y «haciéndoles sufrir poco». Nombres de militantes de la Lliga, de radicales, de personalidades destacadas de Barcelona y de unos pocos periodistas, de elementos de la F. A. I.... Figuraban, incluso, en la lista negra algunos afiliados a la Esquerra, poco afectos al Estat Català.

En el piso superior, en el armero de los guardias de Asalto, estaban los fusiles de éstos, intactos, como prueba de que no se habían disparado en toda la noche. En toda la casa, bombas, dinamita, municiones, botellas de líquido inflamable, igual al que hasta entonces habían empleado los terroristas para la quema de tranvías y autobuses... Por el suelo, derramado, un bidón de gasolina, como con ánimo de prender fuego, cosa de la que probablemente desistirían en consideración a que la mucha dinamita allí amontonada podría provocar la voladura del edificio con todos los que se encontrasen dentro y el consiguiente hundimiento de las alcantarillas, que eran el único escotillón de escape seguro.

En el terrado, gran cantidad de mantas para que sobre ellas pudiesen estar lo más cómodamente posible los tiradores.

Y, en un rincón, la guerrera de capitán de Artillería de Arturo Menéndez, de la cual había sido arrancada la insignia de Aviación.

Un detalle nos llamó poderosamente la atención. En el piso principal del edificio, junto a uno de los balcones de la fachada principal, estaba sacada fuera del estuche la bandera bicolor de los Somatenes. Trátase de una lujosa obra de arte, primorosamente bordada con rica pedrería en el escudo real. Al advenir la República, fué llevada en su vitrina a uno de los desvanes del entonces Gobierno civil. Por ello resultaba sorprendente verla allí respetuosamente conservada, intacta... después de una noche de fragor y nerviosismo. ¿Quién la había sacado del rincón donde permanecía oculta y olvidada? ¿Con qué propósito había sido llevada a la Secretaría, donde estaba la ciclostilo? ¿Es que, después de vitorear a España por la radio, alguien pensó en rendirse al Ejército español enarbolando aquella bandera en los balcones del edificio oficial de la Consejería de Gobernación?

V

EL AYUNTAMIENTO SE ADHIERE A LA REBELDIA

Lliga Catalana vota en contra. —El bombardeo. —Idilio interrumpido. —Miedo. —La rendición. —Cómo se fugó un teniente de alcalde. —Los concejales lloraban.

Tan pronto como Companys pronunció desde el balcón de la Generalidad su discurso de rebeldía, el alcalde hizo cursar las correspondientes citaciones convocando al Pleno municipal para celebrar sesión extraordinaria a las diez de la noche.

La mayoría de los concejales de la Esquerra estaban ya en la Casa. Pronto acudieron los de la Lliga. Los radicales se abstuvieron de concurrir.

No fué, por tanto, difícil celebrar la reunión con toda urgencia.

En ella, con el voto en contra de los concejales de la Lliga Catalana, aprobóse una proposición que apoyó el alcalde, a tenor de la cual el Ayuntamiento acordaba su firme y decidida adhesión al Presidente y Gobierno de Cataluña.

Minutos después de levantarse la sesión, los representantes de la ciudad advertían con espanto la llegada de las tropas a la calle de Jaime I, y, sin tiempo para escapar, dispusieron a pasar la noche más trágica de su vida.

Porque las horas interminables de ella fueron aún más febriles y pavorosas que las vividas en la Generalidad, ya que la ofensiva contra el Ayuntamiento fué más espectacular y aparatosa.

Al oírse los primeros disparos se retiraron los concejales de la Lliga y muchos de la Esquerra al Salón de Sesiones. Granier Barrera, que escuchaba la radio, intentó, durante algún tiempo, animar a sus compañeros, pues tomaba en serio las noticias de victorias del ejército catalán que por la radio comunicaba Dencás.

Pero nadie creía ya en ellas, y la angustia y el desconcierto iban en aumento.

Cerca de media noche, la artillería hizo fuego contra el Ayuntamiento, y del primer cañonazo quedó destrozado el balcón central, correspondiente al despacho del alcalde. Las balas y la metralla alcanzaron a cuadros y muebles. Otro cañonazo hizo retumbar la fachada.

Todas las dependencias que formaban el despacho de la Alcaldía, antedespacho y Secretaría particular recibieron los efectos del cañoneo. En el despacho del alcalde quedó desencajado y astillado el marco del balcón casi en su totalidad. Los cristales, rotos, y una pintura mural sufrió grandes desperfectos a causa de las quemaduras de la pólvora y de un tintero que fué proyectado por efecto de algún balazo. Los cortinones fueron arrancados y destrozados. Una de las cortinas fué proyectada contra la lámpara de cristal que pendía del centro del salón, quedando allí como un pingajo roto. La lámpara quedó desmenuzada, igual que las del antedespacho y la secretaria particular. Los muebles sufrieron desperfectos considerables. No se libró ni el cristal de la mesa de trabajo del alcalde.

También los cañonazos destrozaron el balcón, muebles, pinturas murales y retratos al óleo de la Secretaría y del antedespacho. El olor a pólvora quemada hacía irrespirable la atmósfera.

Fué preciso refugiarse en el interior, en el Salón de Sesiones y en el guardarropa. Pero ni aun allí había sosiego ni tranquilidad posibles. Dos granadas entraron por la claraboya y cayeron en la escalera. Fué otro motivo de preocupación el esperar con el consiguiente terror que de un momento a otro estallasen los artefactos.

El pánico se apoderó de todos los allí congregados, que, lívidos y desconcertados, no acertaban a refugiarse en el lugar más seguro. Hubo quien no paró hasta lo más profundo de los sótanos.

Del pavor que allí reinaba es buena prueba esta nota cómica. En aquellos momentos de desesperación y apuro, cuando a oscuras, corrían de un lado a otro los concejales y empleados de la Casa, en uno de los pasillos tropezaron dos individuos que a gatas discurrían. Era tal la turbación y el nerviosismo que les dominaba, que a pesar de que uno de ellos quiso averiguar por todos los medios con quién había tropezado, éste, balbuciente y tembloroso, no pudo, aunque lo intentó largo tiempo, pronunciar su nombre y apellido. Todavía ésta es la hora en que no se ha podido averiguar de quién se trataba.

Por cierto que en los momentos de mayor perplejidad, cuando más grande era el pánico que dominaba a todos, alguien que llevaba prevenida la bandera tricolor para izarla en el balcón principal en el instante del rendimiento, exclamó, quizás medio en sorna, ante un grupo de personalidades: «Aquí tengo la bandera republicana para el momento de la rendición, pero voy a buscar dónde está guardada la bandera bicolor, porque no sabemos qué intención ni qué exigencias tendrán los militares que nos bombardean.» Y todos inclinaron la cabeza, asintiendo ante la grandiosidad del trágico momento.

Así pasaron la noche el alcalde, todo el Gobierno municipal, los concejales de la Esquerra y los de la Lliga que asistieron al Pleno extraordinario para oponerse con sus escasos votos al acuerdo que adoptó la mayoría de adherirse al Estado Catalán.

También estuvo allí una pareja de novios, a quienes al pasar por la plaza de la República les sorprendió el tiroteo cortándoles el idilio. Lograron ambos refugiarse

en el Ayuntamiento, pero el ruido de los cañonazos y del interminable fusileo, el olor a pólvora, el fragor de la batalla y el miedo de todos debieron quitarles los ánimos y la inspiración para decirse madrigales y ternezas.

El concejal de la Lliga, señor Durán y Ventosa, percatado, como todos, de la locura realizada, no cesaba de asediar al alcalde, incitándole a que no se hiciese resistencia a la fuerza pública y no mezclase al Ayuntamiento en revueltas de un matiz francamente político, y, sobre todo, que no secundase la actitud insensata de la Generalidad...

En la turbación de aquellos momentos hubo individuo de la Comisión del Gobierno municipal que se acercó temblando a los concejales de la Lliga pidiéndoles recabaran del señor Cambó que intercediese cerca del Gobierno de Lerroux a fin de que no disparasen los cañones contra el Ayuntamiento.

La artillería, que había suspendido el fuego hacia las dos de la madrugada, al ser de día volvió a emplazar las piezas en dirección a las Casas Consistoriales. La rendición estaba ya en el ánimo de todos y era inevitable. El alcalde, después de haber hablado con Companys, telefoneó al general Batet, comunicándole que querían rendirse.

—Dígamelo por escrito —respondió el general.

—No puedo.

—Pues dígalo por radio y ponga la bandera blanca.

Y entonces todos fueron corriendo a buscar a los lavabos toallas que sirviesen para tal cometido.

El hombre que se mantuvo más tranquilo y sereno durante toda la noche en el Ayuntamiento fué el suboficial de la Guardia urbana señor Sans. El, desde el primer instante, presumiendo lo que iba a ocurrir, desarmó a los guardias de su mando, obligándoles a depositar sus armas en un armario, cuya llave guardó; luego, al entrar la tropa, tuvo la precaución de mostrar cómo las armas de sus subordinados no se habían disparado. Fué Sans el que a todos animaba y confortaba, el que acudía a todos los sitios de peligro, el hombre servicial y atento que se desvivía por atender a cuantos necesitaban de él. En medio de todos aquellos rostros lívidos, sorprendía la tranquilidad de ánimo de aquel subalterno que actuó aquella noche de providencia de todos. El fué quien en el momento decisivo, cuando el alcalde accedió a rendirse antes que la Generalidad, se prestó a sacar al balcón una toalla a la manera de bandera blanca. Para ello la ató al extremo de uno de los listones desprendidos del balcón central y la sacó con las obligadas precauciones por la brecha del cañonazo. Fué Sans quien luego abrió las puertas del Ayuntamiento y salió solo a la plaza a invitar al jefe de las fuerzas a parlamentar con el alcalde y tomar posesión del Ayuntamiento. Y aún, fué Sans quien se brindó a quedar en rehenes de las tropas como garantía de que no había de ocurrirle nada al comandante Fernández Unzúe, que entraba solo y sin armas en el edificio.

—No tengan ustedes miedo —dijo Sans a los oficiales que adoptaban tales

precauciones.

—No —le replicaron—. En todo caso quien habría de tener miedo es usted.

El comandante Fernández Unzué lo primero que pudo observar en aquella Casa fué el pavor general que todo lo invadía. Algunos concejales lloraban. Todos estaban lívidos. Al pasar por la escalera le previnieron al comandante tuviese cuidado con la granada que allí estaba sin haber hecho explosión, a lo cual contestó:

—No hay miedo. Las hemos lanzado sin espoleta para que no hiciesen daño.

Y en pocas palabras dió cuenta de que la táctica seguida había consistido en asustar produciendo el menor daño posible.

Seguidamente saludó al alcalde y a todos los presentes, estrechándoles la mano, cosa que no quiso repetir luego en la Generalidad, sin duda por el natural reparo que le producía la presencia de Pérez Farrás.

Y todos ellos, aun en tales circunstancias de pavor y turbación, hubieron de rendirse ante el valor y la hidalguía de aquel pundonoroso militar, que solo y sin escolta entró en las Casas Consistoriales, y sin violencia ni incriminaciones, lealmente les tendió su mano y trató a los vencidos con una caballerosidad realmente inesperada. ¿Cómo la podían concebir siquiera quienes habían sido fieles seguidores y entusiastas de los gobernantes del bienio, tristemente célebre por las deportaciones a Bata, los asesinatos de Casas Viejas y los confinamientos de Villa Cisneros? Por cierto que el alcalde, a pesar de la turbación de aquel trance, intentó pronunciar un discurso.

—Nosotros que queríamos a Cataluña...

El comandante le replicó:

—Perdone, yo no entiendo de política... Me han ordenado que tome la Generalidad y el Ayuntamiento y lo estoy haciendo. Si ustedes se rinden...

En aquellos momentos entraba un capitán con la pistola en la mano, recordando que acababa el plazo de quince minutos que se había dado para la capitulación, y ésta se consumó inmediatamente.

De los concejales de la Esquerra, tan sólo uno consiguió escapar en los últimos momentos. Por la parte trasera del edificio salió en una camilla de la ambulancia sanitaria cual si se tratara de un herido en la contienda, acompañado de sus dos secretarios que vestían batas de enfermeros. Mientras tanto, sus compañeros se entregaban presos a la fuerza pública.

A las siete de la mañana, el teniente coronel Martínez Herrera tomaba posesión de la Alcaldía y se incautaba de los fondos municipales, en tanto que el alcalde, señor Pi y Suñer, y todo el Gobierno municipal, eran conducidos junto con Companys y los consejeros de la Generalidad a bordo del «Uruguay» en calidad de detenidos.

VI

COMO SE RINDIERON LOS DEMAS CENTROS OFICIALES

La noche en la Comisaría General de Orden Público. —Los guardias de Asalto rinden honores militares a la bandera de la rebelión. —Se rinden los Centros de Esquerra. —Disgustos, protestas, «escamots» condenados a muerte por Badía.

Si deplorable fué la conducta poco heroica de los *escamots* en la Generalidad y en Gobernación, más lo fué todavía en los demás Centros oficiales y Cuarteles generales del resto de la ciudad, donde, sin bombardeos y sin lucha, se rindieron.

En la Comisaría general de Orden Público los policías de la Generalidad y los guardias de Asalto al servicio de Estat Català vieron llegar la trágica jornada llenos de entusiasmo y belicosidad. Los oficiales de Asalto montaron un aparato de radio en una de las habitaciones del último piso, pudiendo así oír la famosa alocución de Companys. Igual ocurrió en otras dependencias de la casa. Las opiniones y las actitudes de los agentes de policía de la Generalidad y de los guardias de Seguridad eran muy contradictorias. Se llevó una bandera separatista con la estrella solitaria de la independencia para izarla en el balcón principal. Pero pareció a algunos que era excesivamente reducido su tamaño. Fué preciso que saliera un automóvil para traer otra de mayores dimensiones. Mas continuaban las divergencias. Al fin, se decidió izar una bandera catalana sin el aditamento separatista. Mientras duró la ceremonia, los guardias de Asalto, en formación delante del edificio presentaban armas a toque de clarín y rendían los máximos honores militares, desfilando luego ante la bandera en medio de los aplausos y del entusiasmo de quienes desde todos los balcones del edificio presenciaban la maniobra dirigida por cierto por oficiales del Ejército español.

Desde Capitanía general se llamó por teléfono al teniente coronel Ricart, jefe de las fuerzas de Asalto de la Generalidad, dándosele cuenta de haber sido declarado el Estado de guerra y conminándole a que se presentase al general de la División con las fuerzas a su mando. Ricart replicó que no obedecía más órdenes que las emanadas

por la Generalidad. Por ello y por su actuación durante la noche, fué sometido a Consejo de Guerra, que le condenó a muerte.

Siguió el revuelo en el interior del edificio, pero, a poco, comenzaron las deserciones. Algunos oficiales de Asalto e incluso algunos agentes de la Generalidad optaron por presentarse a la Delegación Especial del Estado en Cataluña. El comisario jefe de la Brigada Social, señor Tarragona (que todavía continuaba en el edificio por no haberse posesionado aún del nuevo cargo que le confió la Generalidad en Tarragona), al ver el alarde guerrero de sus agentes, les conminó severamente, asegurándoles que no se haría fuego contra las fuerzas del Estado. Desde la propia Brigada Social se dió cuenta a Dencás del insólito hecho. Y Dencás dispuso fuese conducido el comisario, señor Tarragona, al calabozo, y le sustituyese en su cargo el que fué jefe del rondín de Badía, señor Sancho. Sin embargo, la conducta del señor Tarragona pareció dudosa; hay informes contradictorios acerca de él y se le ha sometido a un expediente.

Un testigo presencial de los sucesos de aquella noche ha denunciado al juez militar, que al atravesar la Vía Layetana los soldados que, por la calle de Jaime I, se encaminaban a rendir la Generalidad, salió de la Comisaría de Orden Público una Sección de guardias de Asalto que, a las órdenes de sus oficiales, se desplegaron en guerrillas y hostilizaron vivamente a las fuerzas del Ejército. Con ellos debían ir algunos agentes, ya que, a consecuencia del tiroteo, resultó gravemente herido el señor Llopis, de la Brigada Social, y heridos menos graves tres de sus compañeros. Desde la terraza del Bar Metro, un grupo de unos veintitrés guardias hizo fuego contra los soldados que protegían, desde uno de los terrados próximos, el paso de la Artillería e hirió gravísimamente a un sargento y a varios soldados.

Pero proseguían las deserciones en la Comisaría general de Orden Público. A medida que avanzaba la noche iba quedando allí menos gente. Ya ni contestaban a las llamadas desesperadas que Companys y Dencás les hacían desde sus respectivos reductos. Companys envió a la Comisaría de Orden Público al capitán Escofet que, al llegar, se percató de que nada quedaba ya que hacer.

Uno de los jefes de Asalto, el comandante Salas Ginestar, luego condenado a reclusión perpetua por el Consejo de Guerra, fué quien con más reiteración y contumacia contagió a todos su pesimismo y el que, aun sin pretenderlo, más contribuyó a precipitar la fuga de todos.

A la madrugada quedaban en el edificio algunos guardias de Asalto de la Generalidad, en actitud pacífica, con el comandante Salas Ginestar, el capitán Escofet y poquísimos agentes. El comisario, señor Coll, salió acompañado de un agente y, sin utilizar su coche oficial, antes bien montado en uno de los autos requisados, se fué, vencido y anonadado, a su domicilio para intentar huir luego al extranjero con un pasaporte que le facilitó el delegado del Estado, señor Carreras Pons. Poco después llegaron unos grupos armados de Alianza Obrera, que recriminaron a los pacíficos guardias que aún restaban y se aprestaron a defender el edificio y hacerse fuertes en

él contra las tropas. Pero pronto se convencieron de que la partida estaba totalmente perdida y no cabían ya tardíos gestos heroicos. Horas después sólo quedaban en la casa el telefonista y el comandante Salas. El comisario señor Tarragona salió sin que nadie le importunase y acudió a presentarse ante el delegado especial del Estado en Cataluña.

Poco antes de las siete de la mañana media docena de guardias civiles tomaban posesión, sin disparar un tiro, de lo que los *escamots* de Estat Català creyeron iba a ser un reducto invencible. Allí dejaron abandonadas armas en gran cantidad, bombas, dinamita, cargadores, municiones... Allí, como en la Generalidad, en Gobernación y en todos los locales de resistencia de Estat Català se encontraron en gran cantidad las balas «dum-dum», que era, por lo visto, el proyectil favorito del ejército de Estat Català, que si dió muestras de poco aguerrido y heroico, demostró, en cambio, ante la faz del mundo, la dureza de su corazón y lo artero de sus procedimientos que repugnan al más elemental sentimiento de humanitarismo. Una visita al Hospital militar y la contemplación de los horripilantes destrozos que las balas explosivas hicieron en las carnes de los soldados españoles heridos, bastaría para descalificar totalmente y llenar de ludibrio a los insurrectos de Estat Català.

También se entregó sin pena ni gloria el cuartel general de Badía, establecido en el Café Novedades de la calle de Caspe, próximo al Paseo de Gracia. Se había hecho allí gran acopio de armas y explosivos. Pero principalmente se hizo gran derroche de «patriotismo catalán» y de soflamas y gestos heroicos. A juzgar por lo que se decía se habían concentrado allí unos cuantos hombres de valor legendario dispuestos a anular la fama del Cid y a pasar a la Historia como forjadores de la independencia de un gran pueblo secularmente oprimido.

Pero no hubo caso. De allí salieron los *escamots* que durante toda la noche estuvieron pululando por las calles, bien cargados de armas y de municiones, cacheando a los inofensivos transeúntes, parando una y cien veces a los autos que se aventuraban a cruzar por la ciudad y actuando en plan de Ejército movilizado... bien lejos del lugar donde sonaban los cañones. Ni allí ni en ninguno de los Centros de la Esquerra y de Estat Català supieron contestar eficazmente a las reiteradas llamadas que les hacía Dencás para que atacasen por retaguardia a la artillería, se apoderasen de los cañones y desmoralizasen así a las tropas españolas, con lo cual daban por seguro que cambiaría radicalmente la fisonomía de la lucha. Pero todo eran excusas y evasivas. Luego, cuando se enteraron de que Companys había capitulado, todos se llamaban a engaño y sólo hablaban de cobardías y de traiciones.

Los que estaban en el Cuartel general de Badía pusieron pies en polvorosa, abandonando armas, brazaletes, estrellas solitarias y demás insignias «patrióticas» y huyendo por la puerta del Frontón Novedades, recayente a la calle de Cortes.

En los Casals de Estat Català, y sobre todo en el de la calle de Cortes, donde tenían el cuartel general las fuerzas de choque de Badía, se constituyeron Comités revolucionarios y se dió la orden de que se permitiera la entrada a los socios, pero que

no se autorizara la salida de ninguno de ellos hasta el día 6 por la tarde, para impedir pudiera ser divulgada su actuación clandestina o dejaran de comparecer el día señalado para la revolución los que se habían comprometido a actuar con las armas en la mano.

El día 4 se sirvió comida a cuantos se encontraban en el local de la calle de Cortes imposibilitados de poder salir del mismo. Para la manutención de cuantos se hallaban allí encerrados fué sacrificado un cordero, sirviéndose la ración a cambio de una cotización de cincuenta céntimos por individuo que se dijo estaba destinada a sufragar los gastos de la comida.

Al día siguiente, les fué servido a cuantos se encontraban en dicho local, que eran setenta, embutido y pan. Esta ración fué el alimento que se les proporcionó durante todo el día y el siguiente hasta llegar la noche, o sea la de la revolución, en que se les sirvió pan y un plato bastante escaso de judías fritas.

Ello dió motivo a protestas que llegaron a adquirir carácter grave. Hubo de acudir Badía, que ordenó la detención de los individuos que se habían distinguido en exteriorizar su descontento.

Estos individuos fueron conducidos a una habitación de la parte posterior del piso y encerrados en ella, diciéndoles que sólo saldrían de aquella cárcel para ser fusilados.

La ejecución ordenada debía tener efecto unas horas después, o sea cuando hubiese triunfado el movimiento sedicioso.

Cuando los que había en el local hubieron agotado las pobres provisiones de boca que les habían sido servidas, Badía les ordenó formar y seguidamente dispuso que una parte de los reunidos saliera a la calle, en donde debían actuar, quedando unos sesenta individuos en el local para la defensa del mismo, proveyéndoles de bombas de mano y armas largas y municiones para repeler la agresión, caso de que fueran atacados por las fuerzas leales al Gobierno de la República.

No hubo caso, pues al amanecer, antes de presentar batalla emprendieron todos la fuga junto con los centinelas que habían estado apostados en la calle.

Otro tanto ocurría en todos los Centros de Esquerra y en los Casals de Estat Català. La única excepción fué el Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria, donde no intervenían los de Estat Català, sino un grupo de separatistas disidentes de la Esquerra, los del Partit Català Proletari, capitaneados por Jaime Compte.

VII

LA MUERTE DE JAIME COMPTE

El Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria. —La tropa no puede enfilear las Ramblas. —Ilusión de un triunfo efímero. —Cañoneo, terror, pánico. —¡¡Cobardes!! —Sangre estéril. —La Comandancia de Somatenes batida a cañonazos.

De entre todos los focos rebeldes distribuidos por toda la población, el único sitio que ofreció seria resistencia a la tropa fué el Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de l'Industria, conocido vulgarmente por el nombre abreviado del C. A. D. C. I.

Ya desde muy antiguo fué el C. A. D. C. I. una entidad típica y fundamentalmente separatista. Se daba el caso absurdo de que los paladines de la *independencia* de Cataluña eran unos hombres que habían elegido voluntariamente para sí, como medio de vida, el ser *dependientes* del comercio. Allí fué donde Maciá dió su primera conferencia antiespañola, bajo los pliegues de la bandera catalana con la estrella solitaria de los filibusteros.

Era el C. A. D. C. I. el centro de todas las propagandas nacionalistas. Todo allí respiraba odio a España. Primo de Rivera clausuró el C. A. D. C. I., donde se ultrajaba a diario la bandera española. Y albergó allí, en calidad de realquilados, a los Sindicatos Libres, que hicieron de él, durante la Dictadura, una Asociación obrera de un carácter primordialmente español. Este es uno de los motivos principales de la impopularidad y de la enemiga que contra el Sindicato Libre sentían la Lliga y todos los partidos catalanistas.

Se consideraba que lo que se hiciese contra el Centre Autonomista de Dependents era una intolerable ofensa a la catalanidad oprimida. En efecto. El Gobierno Berenguer devolvió el C. A. D. C. I. a los catalanistas. ¡Tres años después tuvo que ser batido a cañonazos, en una lucha loca y disparatada contra el Estado español!

Al caer la Dictadura y advenir el Gobierno Berenguer, los Sindicatos libres salieron del C. A. D. C. I., y éste volvió a ser un nidal de separatismo, un verdadero avispero de revolucionarios. Allí se trabajó en pro de toda subversión social y antiespañola. Allí se rebelaron incluso contra la Esquerra, acusándola de reaccionaria y centralista. El Gobierno de Companys llegó a preocuparse por los avances que el

comunismo y el separatismo revolucionario hacían dentro del C. A. D. C. I., convirtiéndolo en un foco de rebelión, peligrosísimo para la propia Esquerra. Dencás hubo de intervenir en las últimas elecciones del C. A. D. C. I., que fué clausurado y vió suspendida la Junta, y tuvo que celebrar elecciones bajo la férula de un delegado gubernativo... Ni más ni menos que lo que años antes hizo Martínez Anido.

Y en la noche de la sublevación fueron los del C. A. D. C. I. quienes iniciaron con un nutridísimo tiroteo la ofensiva contra las tropas españolas. Tan violentas eran las descargas que desde allí se hacían, que imposibilitaron el paso de la compañía que tenía que proclamar el Estado de Guerra. No fué posible internarse en las Ramblas y avanzar hacia la plaza de Cataluña. Y aunque los soldados españoles seguían valientes su marcha, al son de la música y dando tan frenéticos vivas a España, que no permitían oír las detonaciones de los disparos, fué preciso por el momento desistir del objetivo.

Sin embargo, se fijó el bando en medio de un infernal tiroteo. Cayeron heridos tres músicos, sin que la Banda dejase de tocar. El comandante Ahumada recibió un balazo, que afortunadamente le atravesó sólo una manga... Pero noticioso el general Batet de que era imposible avanzar sin nuevas bajas y que era una temeridad internarse en las Ramblas, dió orden de que la compañía que tenía que proclamar el estado de guerra desistiese del intento y fuese a reforzar y proteger la batería que bombardeaba la Consejería de Gobernación.

Al retirarse la tropa quedaron los soldados del cuartel de Atarazanas repeliendo la ofensiva del C. A. D. C. I. El Centro y el cuartel son dos edificios fronterizos al extremo de la Rambla de Santa Mónica, casi en la Puerta de la Paz. Ya por la tarde, observando desde el cuartel el musitado movimiento y las preparaciones bélicas del C. A. D. C. I. se adoptaron medidas de precaución y se montó una ametralladora en los terrados que apuntaba en fuego directo al edificio de los separatistas.

Antes de que se declarase el estado de guerra, el coronel de Artillería, señor Llanas, telefoneó al general Batet dándole cuenta de que por iniciativa propia había sacado los cañones a la calle.

Cuando se retiró la compañía de Infantería que había sido hostilizada por los separatistas del C. A. D. C. I. éstos se crecieron, creyéndose victoriosos, y dispararon sus ametralladores contra el cuartel, cuyos soldados replicaban disparando desde las ventanas.

Salieron de Atarazanas una sección de infantería y dos piezas de artillería y se encaminaron hacia el Paralelo. Cerca ya de la Puerta de Santa Madrona desplegaron las tropas en guerrilla y avanzaron hacia la Delegación de Policía de Atarazanas, frente a la cual emplazaron un cañón. Entró allí un oficial que, pistola en mano, conminó a los guardias de Asalto y policías de la Generalidad a que se entregasen, cosa que hicieron sin ofrecer resistencia, dejando en el suelo sus fusiles y pistolas. Fueron conducidos presos al cuartel.

Mientras tanto, se montaba otra pieza de artillería en la calle de Santa Madrona,

junto a los tenderetes para la venta de libros de ocasión, apuntando al Centre de Dependents. La ametralladora y la pertinaz fusilería de los separatistas dificultaba no poco la labor de los artilleros, hasta que se pudo lanzar el primer certero cañonazo, que dió de lleno en la fachada, haciendo retemblar todo el edificio. A poco, una granada entró por el zaguán y reventó con gran estrépito en el fondo de la planta baja del Centro, donde estaba la biblioteca y las oficinas administrativas.

En el C. A. D. C. I. se había colocado el día anterior, una pizarra en la que se leía la siguiente inscripción: «El C. A. D. C. I. ha acordat continuar la vaga fins aconseguir el triomf de la causa obrera. Per la República Catalana.» Del primer cañonazo cayó el cartel a la calle.

Con ello se terminó la alegría en el C. A. D. C. I. Todos aquellos exaltados nacionalistas que habían estado conspirando con un ansia irreprimible de que llegase pronto la hora de hacer la guerra a España, quedaron paralizados de miedo al oír los cañonazos.

La alegría desbordada con que recibieron la noticia de que Companys había proclamado, ¡al fin!, el Estat Català, el frenesí con que disparaban sobre la tropa, la algazara con que veían caer a cada herido español disputándose unos a otros el mérito de la puntería, la vesania con que cargaban sus fusiles con balas «dum-dum», y el paroxismo indescriptible de risas y de vítores a Cataluña libre, y de mueras a España, a que se entregaron cuando vieron que las tropas desistían de avanzar por las Ramblas, todo ello se trocó de repente en lágrimas, gritos de terror y desbordamiento de miedo. El contraste superaba toda ponderación. Los que se sentían héroes descargando sus fusiles contra unos soldados españoles que proclamaban estoicamente el estado de guerra aguantando a pie firme y al son de la música aquella granizada de balas, se replegaron lívidos de pavor a las habitaciones interiores más resguardadas del C. A. D. C. I.

A grandes voces clamaban que se les había engañado. No era eso lo que se esperaban. Nadie osaba ya acercarse a los balcones para proseguir la ofensiva. Sin duda alguna creían todos que la guerra civil iba a quedar reducida a agredir a España y a que el Gobierno de Madrid sucumbiese en la agotadora labor de buscar «fórmulas jurídicas».

Jaime Compte, que capitaneaba los separatistas del Centre de Dependents, se encontró con que sus aguerridas huestes, paralizadas por el miedo, se negaban a proseguir la ofensiva. Compte era un exaltado separatista que adquirió fama y renombre juntamente con Badía y algún otro, por haber sido el cabecilla y el organizador del frustrado atentado dinamitero contra don Alfonso XIII en las costas de Garraf. Compte sufrió condena e intentó fugarse de la cárcel, añadiendo con este folletinesco episodio un galardón más al prestigio de que disfrutaba entre la juventud catalanista de aquellos días. Advino la República y Compte regresó del Dueso. Su llegada a Barcelona dió lugar a manifestaciones «patrióticas» y a choques sangrientos con la fuerza pública.

Cuando Maciá transigió con el Gobierno Provisional de la República y dió por terminada la República Catalana trocándola por la Generalidad, Compte se puso frente a la Esquerra. Y mientras Badía medraba a la sombra del Poder, Compte se entregaba de lleno a una campaña cada vez más rabiosamente separatista y educaba a los jóvenes que le seguían preparándolos e instruyéndolos para la guerra civil contra España. Puede asegurarse que ella constituía la verdadera obsesión de Compte, a la que dedicaba todos sus afanes. Pudo lograr, como Badía, fama y provecho al socaire del favor oficial y prefirió conspirar y organizar sus hombres para cuando llegase el ansiado día de luchar por la independencia de Cataluña.

Pero en la noche del 6 de octubre de 1934, Jaime Compte vió con desolación cómo se acobardaban todos ante los primeros disparos de la tropa y se negaban a seguir combatiendo. Compte les gritaba congestionado de indignación, daba vivas a Cataluña, pretendía enardecerlos, les arengaba excitando su patriotismo catalán... Todo era inútil. De entre aquellos centenares de hombres, sólo dos se prestaban a acudir a la brecha y seguir disparando. Con ellos se fué al balcón central, montó una ametralladora y disparó contra la tropa. Pero pronto cayeron muertos los dos que le acompañaban.

Compte volvió adonde estaban los otros. Todos permanecían petrificados por el terror sin osar obedecerle. Era inútil cuanto decía Compte por arrastrarlos a la lucha. Vitoreaba a Cataluña. Daba mueras a España. Resaltaba la importancia histórica del momento. Decía que Cataluña necesitaba del sacrificio y de la sangre de los patriotas... Les insultaba llamándoles «cobardes»... «¡Cobardes! ¡Cobardes!», les gritaba ronco de chillar y congestionado de indignación... Pero en la calle tableteaban las ametralladoras, se oía el rebotar de las balas, resonaba el cañoneo y la fachada se cuarteaba por efecto de las granadas que hacían trepidar el edificio. Eso y los lamentos de algunos heridos mantenían aterrados a todos, que clamaban lastimosamente entre llantos y lamentos, diciendo que les habían engañado, que no se figuraban ellos esto.

Y Compte, cansado de arengar a sus hombres, enronquecido de llamarles ¡¡¡cobardes!!!, viendo que eran inútiles sus esfuerzos, sus blasfemias y sus insultos, desesperado del fracaso y convencido de sus consecuencias, tomó una decisiva resolución, y en vez de descerrajarse un pistoletazo, exclamó enloquecido de ira:

—Ahora veréis cómo muere un catalán.

Y dirigióse, sólo, al balcón central del edificio, medio derruido por los cañonazos de nuestra artillería, donde cayó muerto con el pecho destrozado.

De entre los millares de separatistas que se habían levantado aquella noche en armas contra España, el único que pasará a las antologías de héroes del separatismo será Jaime Compte. Su gesto fué inútil para la causa que defendía. Su sangre, al correr estérilmente, sólo servirá para subrayar con un rojo trazo de ignominia la conducta deplorable, el miedo indescriptible de que hicieron gala todos, absolutamente todos los sublevados, desde el Gobierno de Cataluña y los

generalísimos Dencás y Badía, hasta el último *escamot*.

Todos. Hasta los militares españoles que se habían cubierto de gloria en Marruecos, sintieron, al hacer traición a su Patria, el escalofrío del miedo y se lanzaron a huir por las alcantarillas. Hacemos, naturalmente, la salvedad de Pérez Farrás, que cuando se entregó preso, y durante su comparecencia ante el Consejo de Guerra acusado de alta traición, y luego de condenado a muerte, mientras esperaba el seguro indulto, se mantuvo altanero y arrogante, con la cabeza enhiesta y el gesto altivo como si para él fuera un blasón de gloria, un timbre de orgullo el haberse sublevado contra España al servicio de los separatistas de Estat Català.

Al caer Jaime Compte, después de haber escupido el insulto de ¡cobardes! contra sus propios partidarios que le abandonaban en la lucha, no hubo en ellos la menor reacción, antes bien, el terror fué en aumento y sólo pensaron todos en huir despavoridos o entregarse a las tropas españolas para terminar de una vez aquella horrible y pavorosa pesadilla.

En tanto, los artilleros sacaban otra pieza del cuartel de Atarazanas y la emplazaron detrás del monumento a Colón para bombardear el edificio de la Comandancia general de Somatenes, desde donde los socialistas hacían un nutrido fuego contra la tropa.

Dos granadas atravesaron la puerta de hierro del edificio de Somatenes y estallaron con gran estruendo dentro del zaguán. Otra destruyó el reloj. Otra agujereó el escudo de bronce de la ciudad de Barcelona. Nuevos disparos abrieron brecha en lo más recio de la fachada...

Era una aleccionadora consecuencia del traspaso del Orden Público a la Generalidad. El Somatén, institución ciudadana armada, nueve veces secular, con un historial glorioso al servicio del orden y de España, había degenerado en una milicia separatista, que hubo de ser batida a cañonazos por los artilleros españoles.

Y para mayor ignominia, como un baldón que pone de relieve el inconcebible extremo de degradación a que habíamos llegado, se dió asimismo el caso de ser también oficiales del Ejército español quienes se prestaron a destituir a los antiguos somatenistas de ideología española, sustituyéndolos en Barcelona y en los pueblos por los afiliados al Estat Català y los *rabassaires*. Fueron militares españoles quienes lo armaron y reorganizaron en sentido antiespañol y les dieron instrucciones para la lucha contra España en la ignominiosa noche del 6 de octubre.

Y antes del amanecer del domingo quedó dominada la situación en medio del entusiasmo delirante de los soldados españoles, que durante hora y media, acostados sobre el duro asfalto de la Rambla, habían estado jugándose la vida en lucha contra los insensatos separatistas.

Poco después se recibió en el cuartel de Atarazanas la noticia de la capitulación de Companys, lo que hizo crecer hasta el paroxismo la alegría y el fervor patrióticos.

Mientras tanto, los *escamots* de todo Barcelona arrojaban las armas y corrían a esconderse en sus casas, a descansar, luego de una noche absurda en que varios miles

de hombres, con el fusil auestas, no osaron acercarse a los lugares donde la tropa española hacía frente.

Y los Centros de Esquerra y de las Juventudes de Estat Català, así como los «cuarteles generales del Exèrcit Català», eran también abandonados por sus defensores, sin resistencia alguna.

VIII

ESPAÑA SE DEFIENDE

La noche en el cuartel de la División. —Batet de acuerdo con Lerroux. —El oficio de Companys, contestado con el Bando de estado de guerra. —La primera agresión contra Capitanía. —Medidas de defensa. —Se presentan oficiales y guardias de la Generalidad. —Momentos de inquietud. —Elevada moral del Ejército. —Los planes de Batet para la madrugada. —Sorprende la capitulación de Companys. —Afabilidad, zalemas y cortesías. —Faltó Velázquez para un cuadro histórico.

En el Cuartel general de la División estaban prevenidos de antiguo acerca de lo que pudiera acontecer en un momento más o menos próximo, pero inminente. Sabían todos los preparativos que desde hace años venía realizando la Generalidad a fin de utilizar contra España todos y cada uno de los servicios que el Estado les iba cediendo de conformidad con las disposiciones del Estatuto. Hacía falta ser muy ciego para no pronosticar la guerra de secesión que se estaba incubando. Esta tenía que estallar al menor motivo, bien como protesta de una sentencia adversa del Tribunal de Garantías Constitucionales, bien porque se intentase mermar la más insignificante atribución concedida a Cataluña, bien porque en Madrid se constituyese un Gobierno que desagradase a la demagogia de Azaña, Prieto, Companys y demás aliados izquierdistas.

El levantamiento insurreccional de los separatistas, aliados o no a las izquierdas del resto de España, era una cosa fatal e inevitable. Era la consecuencia lógica e ineludible del Pacto de San Sebastián y del Estatuto de Cataluña y hasta de la Constitución de la República. ¿Es que había alguien en España capaz de creer que podían suceder todas estas cosas impunemente sin que nadie se estremeciese y sin que ocurriese una hecatombe? Todo ese alarde de preparativos bélicos que estuvo haciendo Estat Català, ese acopio de armas y municiones a ciencia y paciencia de las autoridades, ese tono de jactancia y de superioridad con que la Esquerra desacataba al Gobierno de Madrid y a las Instituciones de la República, los mítines contra la Justicia española, en los que se daban mueras a España y se excitaba a la rebelión

armada, la interminable serie de claudicaciones de los Gobiernos de Madrid..., todo hacía inminente la guerra de secesión que pudo ser gravísima tan sólo con que los *escamots* hubiesen demostrado en las barricadas una mínima parte de la gallardía de que hacían derroche cuando hablaban impunemente en los mítines o cuando vociferaban en las mismas salas del Palacio de Justicia y cuando escribían en sus periódicos amparados por la delictiva benevolencia del fiscal. Lo que ha ocurrido tenía que acontecer. Hay cosas que no podían seguir prevaleciendo. Algún día tenía que terminarse el bochornoso espectáculo de la Guardia civil haciendo guardia permanente ante la bandera de la estrella solitaria izada en el monumento tumba levantado a Maciá en el Cementerio Nuevo.

La inminencia de la insurrección que se preparaba fué en varias ocasiones tema de conversación entre los jefes y oficiales del Cuartel de la División. A nadie pudo cogerle de sorpresa lo que había de acontecer. Lo sorprendente hubiera sido que la insurrección no estallase nunca. Todos sabían asimismo que sería sofocada rápidamente, pero ninguno, ni aun el más optimista, pensó nunca que lo fuera tan pronto y con tan escasa resistencia.

El general Batet, jefe de la División, iba dando cuenta al ministro del movimiento de fuerzas de que disponía la Generalidad y de su armamento, así como de las medidas de precaución que él adoptaba.

Antes de estallar la huelga, prólogo del acto de rebeldía de la Generalidad, ya se habían adoptado por el general Batet algunas medidas de previsión, pues se tenían noticias que se estimaban fidedignas, de que se tramaba un movimiento de importancia y de carácter general en toda España, para principios de mes, dirigido por la C. N. T. y la F. A. I. No se perdían tampoco de vista los movimientos de las autoridades catalanas y de sus subordinados más o menos declaradamente separatistas, ya que muy bien pudiera darse el caso de que en último término se unieran a los extremistas de carácter social dispuestos a pescar en el río revuelto del desorden y de la revolución. Todos los elementos, F. A. I. y separatistas y Alianza Obrera, tenían un punto de coincidencia en su deseo de destruir el orden social establecido.

Se había dicho por elementos mismos de Estat Català a algunas personas que uno de sus planes era el de secuestrar a los jefes y oficiales al salir de sus casas para evitar que fueran al cuartel y conseguir así que al verse la tropa desprovista de mando, no pudiera actuar. Por eso sabemos que una de las medidas adoptadas por el citado general fué la de ordenar que durmieran en los cuarteles un número suficiente de jefes, oficiales y suboficiales para que en ningún momento faltara el personal necesario para el mando en sus distintos escalones. Esto se hizo ya el día primero de mes.

El día 3 se dispuso el acuartelamiento general de todas las fuerzas por haberlo así dispuesto el Ministerio de la Guerra.

Otra de las medidas adoptadas por el mando de la División fué la de que no se

permitiera la estancia de grupos en los alrededores de los cuarteles, con el fin indudable de evitar sorpresas, y para ello se hacía un servicio de patrullas que circulaban por las inmediaciones de los cuarteles como si se tratara de una campaña.

Como por otra parte, el consejero de Gobernación de la Generalidad o alguno de sus subordinados (cosa difícil de averiguar, ya que la disciplina entre esos elementos no era ninguna perfección y se adoptaban medidas, según parece, sin conocimiento de las verdaderas autoridades responsables), había dispuesto también unos servicios de vigilancia en las proximidades de los cuarteles, tenían que llegar a producirse incidentes que afortunadamente no revistieron gravedad. En uno de los primeros días del mes de octubre un auto pasó repetidas veces, durante la noche, por delante del cuartel de los Docks, enfocando una de ellas a un grupo de militares que estaba a la puerta del mismo y entre los que estaba el oficial de guardia. Detenido el auto e interrogados sus ocupantes manifestaron ser agentes de la Generalidad en servicio de vigilancia. Se nos ha asegurado que como consecuencia de esto hubo una enérgica reclamación del general Batet al consejero Dencás, ya que no es admisible que el Ejército sea vigilado por nadie que no sea él mismo.

A pesar de esto se repitió la operación un par de días después en el mismo sitio. Entonces fueron detenidos sus ocupantes, entrados en el cuartel y registrados, tomándose nota de sus nombres. Por cierto que uno de éstos se dirigió al capitán de cuartel que dirigía la operación y le preguntó: «¿Y usted cómo se llama?» A lo que contestó el interpelado: «El capitán de cuartel.»

Estos incidentes eran un par más de la serie de molestias y vejámenes que venían sufriendo estoicamente los oficiales con destino en Cataluña. Es indudable que con ello se perseguía el entrenamiento en lides bélicas de las *fuerzas* de Estat Català, y al mismo tiempo ver si con tales actos, agotada la paciencia, se hacía objeto de una agresión a los provocadores para así poder achacarlo todo a intransigencia del Ejército.

Sería interminable relatar la serie de agravios de todas clases que han tenido que sufrir estoicamente los militares españoles en Barcelona cuando la disciplina se lo imponía aun a costa del prestigio ante sus propios compañeros de otras regiones y en detrimento de su propio sistema nervioso. ¡Magnífico ejemplo de disciplina y obediencia han dado todos estos jefes y oficiales cuando se herían sus más hermosos sentimientos, aquellos con los que forman un verdadero culto estos hombres de honor!

Al mediodía del sábado, Dencás, después de leer por radio su alocución anunciando que los *escamots* de Estat Català, en funciones de somatenes iban a tomar militarmente la población, llamó por teléfono al general Batet y le comunicó que para garantizar el orden público había dispuesto que cordones de somatenes ocupasen los puntos estratégicos de la ciudad. Le contestó el general que, con ese objeto, no le parecía mal la medida, pero que se abstuviese de colocar somatenes y guardias de Asalto ante los cuarteles, porque éstos se guardan a sí mismos con la fuerza alojada

en su interior, y que los cordones de somatenes debían romperse en las inmediaciones de los cuarteles.

En efecto. En la tarde del sábado se vió por Barcelona un inusitado movimiento de *escamots* en mangas de camisa, algunos bastante desarrapados, todos con fusiles y con pistolas y buen acopio de municiones. En las Ramblas y en los parajes más céntricos de la ciudad sus jefes les arengaban como si se preparasen a participar en la más descomunal batalla que vieron los siglos. De un lado a otro iban y venían en automóviles abiertos, con gallardetes de la bandera separatista, Dencás, Badía, Ayguadé, Roque Boronat y demás altos dirigentes de los ejércitos de *escamots*. También en automóviles se transportaban armas y municiones que se repartían en plenas calles. Algunos de esos automóviles no cumplían las prescripciones ordenadas para circular por las inmediaciones de los cuarteles. Y por ello los centinelas del cuartel de Atarazanas procedieron aquella tarde a detener a tres coches de turismo que junto con sus ocupantes fueron introducidos en el patio del cuartel. En poder de los detenidos se encontró gran cantidad de armas y una abundantísima provisión de balas «dum-dum». Se notificó el hecho a la Comandancia militar, desde donde se dió orden de retener a las detenidos.

Al mismo tiempo, en todos los cuarteles se tomaban disposiciones para su defensa y se preparaba lo necesario para que pudieran salir inmediatamente las fuerzas que ordenase el Cuartel general de la División. En los terrados del cuartel de Atarazanas se montó una ametralladora apuntando al Centro Autonomista de Dependientes del Comercio, donde a todas vistas se estaban adoptando medidas bélicas contra el cuartel, de cuya disposición interior tenían los rebeldes minuciosos planos con el camino y táctica a seguir para apoderarse de un depósito de ametralladoras.

Las primeras medidas de los rebeldes consistieron en aislar telefónicamente el Cuartel general de la Región, que quedó incomunicado con Madrid y con el resto de España. El general Batet no podía hablar con el ministro de la Guerra ni por telégrafo ni por teléfono. Además, los pliegos oficiales podían ser intervenidos en Correos por los agentes de la Generalidad. No le cabía más recurso que trasladarse a la Delegación especial del Estado en Cataluña para utilizar el teletype que allí había instalado en línea directa con el Gobierno. Alrededor de las ocho de la noche el general Batet comunicaba por este procedimiento con el Gobierno y daba cuenta de la gravedad de aquellos momentos.

La conversación se interrumpió para que el Gobierno del señor Lerroux, reunido en el Ministerio de la Gobernación, escuchase por la radio el discurso de Companys proclamando el Estat Català.

Inmediatamente reanudaron la conversación. En la cabina de Madrid estaban Lerroux y el subsecretario señor Benzo. Ante el aparato de Barcelona, el general Batet y el señor Carreras Pons. Desde Madrid preguntaron al general Batet cuánto tiempo tardaría en establecer el Estado de Guerra, a lo que el general jefe de la División replicó, que como quiera que tenía adoptadas ya severísimas medidas de

previsión, le bastarían dos horas para ello. En su vista el ministro dió la orden de que se contestase al gesto de Companys declarando sin pérdida de tiempo el Estado de Guerra.

«¡Suerte y energía!», fueron las últimas palabras transmitidas desde Madrid.

Pero el general Batet no se enteró de ellas, pues había corrido presuroso al Cuartel de la División a cumplir con su deber.

Hacia las ocho y media de la noche fué llamado el general al teléfono por el presidente de la Generalidad, quien le requirió para que se pusiera a sus órdenes, con la fuerza de su mando, al lado del movimiento, a lo que contestó en catalán aquél, diciendo que se lo dijera por escrito, y que como se trataba de un asunto muy grave, lo tenía que pensar mientras le llegaba aquel escrito. Esto tenía por finalidad la de tomar sus disposiciones, ya que no dudó ni un momento en cuál era su obligación. Poco después llegó en un automóvil de la Comisaría general de Orden Público el diputado de la Esquerra señor Tauler con un pliego oficial para el general Batet. Era el oficio de Companys, en el que se le daba cuenta de haberse proclamado el Estat Català y se conminaba al general jefe de la División para que con las fuerzas de su mando se pusiese a las órdenes de los sediciosos. El general Batet contestó verbalmente al señor Tauler que, puesto que ellos habían meditado sobre el particular por mucho tiempo, precisaba que él se tomara también alguno para contestar.

Fuerza es hacer constar que esa contestación ambigua del general Batet produjo no poco desconcierto al llegar la noticia a la Generalidad, como también produjo ansiedad y un cierto optimismo en las altas esferas del recientemente declarado Estat Català.

Sin pérdida de tiempo se redactó e imprimió el Bando declarando el estado de guerra en la región y se dictaron disposiciones para que fuera proclamado solemnemente y fijado en las diversas esquinas de la población. El general Batet, junto con el teniente coronel jefe de Estado Mayor don Manuel Martínez, comenzó a dar órdenes a sus ayudantes los comandantes don Arturo Herrero y don Trinidad Lacanal y demás jefes y oficiales de Estado Mayor, con objeto de dominar rápidamente el movimiento faccioso. Su principal preocupación consistió en evitar en lo posible víctimas y destrozos.

Se avisó telefónicamente a los coroneles de la Guardia civil, dándoles cuenta de que por haberse declarado el estado de guerra dejaban de depender de la Generalidad. Con anterioridad se había dado idéntico aviso al teniente coronel Ricart, jefe de las fuerzas de Seguridad y Asalto de la Generalidad, quien enterado del caso replicó que él no estaba dispuesto a obedecer más órdenes que las que le diese Companys. Análoga a ésta fué la respuesta que le dió el comandante Pérez Farrás, jefe de los Mozos de Escuadra.

Y mientras llegaban las fuerzas que habían de proclamar el estado de guerra, se dispuso la defensa del edificio para prevenirse de un posible asalto, pues todo era de temer dada la ola de demencia que invadía la ciudad. Se hallaban de guardia en la

Comandancia militar 15 hombres del Regimiento de Infantería número 34 al mando del brigada José Moreno Lara, de cuya serenidad, energía y dotes de mando se hicieron posteriormente grandes elogios, pues hay que tener en cuenta que en tan críticos momentos no se reforzó la guardia. El comandante don Arturo Herrero fué encargado de la instalación de dos ametralladoras, que fueron colocadas primero junto a las garitas de los centinelas, pero que más tarde fueron subidas a la azotea por ser allí mayor su eficacia por alcanzar mayor radio de acción. Estas ametralladoras eran servidas por guardias de Asalto al mando del teniente don Justo Rodríguez. El capitán de la Guardia civil don Balbino Pascual Arévalo, que se presentó con 150 guardias de la benemérita, ocupó las terrazas próximas a Capitanía en toda la extensión del Paseo de Colón hasta la plaza de Antonio López. En la calle, dos soldados de la guardia detenían a cuantos vehículos y transeúntes se acercaban al edificio de la Comandancia militar. Ello provocó el primer tiroteo serio de la noche a eso de las diez y media, ya que al darse el alto a un automóvil negro que procedía de la plaza de Antonio López y que había estado pasando por aquellos parajes reiteradas veces sin detenerse a las voces de los centinelas, salió del interior del coche un capitán de Asalto que dijo:

—¡Qué alto ni qué...!

E inmediatamente él y los guardias que le acompañaban dispararon sus pistolas ametralladoras contra el grupo que formaban el comandante ayudante Lacanal, los capitanes de Estado Mayor don Carlos Güena y don Pascual Miñana, el sargento de Ingenieros don Miguel Maronda, chofer del general Batet. Afortunadamente tan nutrido tiroteo sólo produjo una herida leve al centinela Alfredo Sagues, que resultó rozado de bala en el muslo y que pudo disparar contra el coche, que se dió a la fuga, pero que tiroteado también desde el edificio de Oficinas militares de la Rambla de Santa Mónica, se vió cogido entre dos fuegos y hubo de parar acribillado a balazos. De su interior salieron el capitán de Seguridad don Maximiliano Biarneau, tres guardias de la Generalidad y un paisano. El capitán falleció apenas ingresó en el Hospital clínico, después de haber sido atendido por el médico militar doctor Ventosa en la enfermería del cuartel de Atarazanas.

A partir de este suceso se fué generalizando el tiroteo y se dispuso el emplazamiento de piezas de artillería del 7.º Ligero junto a la fachada de la Comandancia. Poco después llegó una compañía del 34 de Infantería, al mando del capitán Lechuga.

Desde primera hora comenzaron a llegar a la Comandancia algunos oficiales de Asalto que habían estado al servicio de la Generalidad y se presentaban espontáneamente para ponerse al lado de las fuerzas leales. Entre ellos llegaron algunos procedentes de la Consejería de Gobernación, dando cuenta del ambiente de rebeldía que allí se respiraba y de los preparativos bélicos que habían acumulado las autoridades de Cataluña para hacer frente al Ejército.

El general ordenó al teniente Zubiri, uno de los que le daban tales informes, que

regresase a la Consejería de Gobernación y que se trajese a toda la fuerza de Asalto que allí había y con ella al capitán. Hízole saber el teniente que él no tenía autoridad ni fuerza para que le obedecieran los guardias sublevados y en plena rebeldía. Además, el capitán era hombre de la intimidad y confianza de Dencás y de Badía. El general Batet insistió en su orden y el oficial marchó a cumplimentarla, si bien hizo constar que si se daban cuenta de su intención no le dejarían regresar vivo. Minutos más tarde era traído el oficial al Cuartel de la División herido de un balazo en un hombro a consecuencia de los disparos que contra él hicieron los guardias de Asalto de la Generalidad apostados en el edificio de Correos y Telégrafos. El mismo heroico teniente siguió, a pesar de ello, prestando servicio y recibió aquella noche otra herida gravísima.

A eso de las diez se presentó el capitán don Joaquín Segurado, de la compañía de Asalto de la Generalidad, que estaba de servicio en Gobernación y que consiguió huir de allí con un sargento y seis guardias, llegando indemnes a ponerse al servicio de España, a pesar del intenso tiroteo que contra ellos se hizo desde Gobernación. También fueron tiroteados por los carabineros del puerto y aun por las fuerzas de Capitanía y de la Delegación del Estado en Cataluña, si bien cesaban las hostilidades cuando se daban a conocer al grito de «¡Viva España!»

El capitán Segurado se puso a las órdenes del general Batet y dió interesantísimos pormenores de cómo estaban pertrechados los rebeldes dentro del edificio de Gobernación, cuál era el emplazamiento de las ametralladoras y dónde estaba el depósito de ciento cincuenta kilos de dinamita, con bombas explosivas, líquidos inflamables y material que hacía especialmente peligrosa aquella zona del edificio inmediata a la salida subterránea que tenía dispuesta Dencás para su fuga por las alcantarillas. dió cuenta también de que en todos los terrados y alturas estratégicas que rodeaban a Gobernación se habían pertrechado los fusileros de Estat Català, para encerrar en un círculo de fuego de fusil y ametralladora a las tropas que intentasen acercarse a Gobernación. El general Batet dispuso que el capitán Segurado fuese con la batería y con las tropas que tenían que rendir Gobernación.

Igualmente se fué disponiendo en el cuartel de la División todo lo concerniente a la proclamación del Estado de Guerra y al asedio de los edificios oficiales, donde se habían hecho fuertes los sediciosos. Estos habían comunicado telefónicamente el edificio con el resto de Barcelona, proporcionando con ello, sin saberlo, una no pequeña comodidad, pues así se evitó la molestia de llamadas inoportunas y se tuvo sólo comunicación directa con la mayor parte de los cuarteles, que era lo que en aquellos momentos interesaba.

Toda la noche duró el tiroteo en torno al Cuartel general de la División. Los soldados que montaban la guardia, así como la Guardia civil que patrullaba por los alrededores rivalizaban por su celo, entusiasmo y heroísmo. Un guardia civil que se encontraba cerca de Correos se vió atacado de improviso por dos *escamots*. Sostuvo dura lucha con ellos, y cuando les había herido de muerte notó por la sombra que otro

individuo se acercaba cauteloso por detrás con ánimo de descerrajarle un tiro en la nuca. Volvióse rápidamente el guardia civil en el momento en que su adversario le disparaba, atravesándole el cuello de un balazo. Herido y todo el guardia civil se revolvió contra su enemigo, se lanzó sobre él y le dió muerte. Luego entró en la Comandancia, dió cuenta de lo ocurrido y sin dejar que le curasen su herida, chorreando sangre, pidió se le autorizase ir con quien le quisiese acompañar a apoderarse de la Generalidad y traerse detenidos a todos sus moradores.

No se perdió el contacto con el Ministerio de la Guerra, si bien para ello se hacía preciso que en alguna ocasión se desplazara algún jefe u oficial del Estado Mayor o ayudantes del general a la Delegación del Estado de la calle Ancha, a fin de comunicar con Madrid por medio del teletype, como medio rápido, pues siempre existía la radiotelegrafía militar, que tiene enlace constante con Madrid.

También en el Cuartel de la División hubo momentos de ansiedad y de incertidumbre, pues eran muchos los factores adversos y no se tenía una absoluta seguridad respecto a la moral de la tropa y a la mella que pudieran haber hecho en los soldados las desatentadas propagandas subversivas. ¡Si hasta jefes y oficiales del Ejército estaban franca y decididamente al lado de los separatistas!

Hubo en los primeros momentos dificultades serias para relacionarse con la Guardia civil, debido a la incomunicación telefónica.

Se dió orden al cuartel de Atarazanas, a fin de que salieran fuerzas de Ingenieros a incautarse de la emisora de radio de la calle de Caspe. Y, en efecto, los soldados, con el mejor espíritu, montaron en dos camionetas y se dispusieron a cumplir tan arriesgado objetivo. Pero no en vano Dencás había tomado militarmente toda Barcelona por las fuerzas rebeldes separatistas. Y los camiones no pudieron alejarse ni enfilarse las Ramblas o el Paralelo ante la seguridad de verse cercados y aniquilados por todas partes. Además, no tenía el Ejército ni un carro de Asalto ni un camión blindado. Tal y como estaba Barcelona no se podía avanzar hacia el interior de la ciudad sin previo despeje de caballería o sin hacer sonar el cañón con eficacia. Fué preciso desistir del asalto a la emisora de Radio Barcelona, que, por cierto, estaba bien defendida por los *escamots*, ya que en la misma calle de Caspe, en el Café de Novedades, sito en la acera de enfrente, tenía establecido Badía su cuartel general, y en Capitanía hubo de sufrir el general Batet la contrariedad de saber que durante toda la noche, a pesar del estado de guerra, estuvo funcionando la Radio al servicio de los rebeldes, propalando noticias falsas y excitando continuamente a la rebelión...

Después de haberse proclamado el Estat Català salió una Compañía de Infantería, con banda y música, a proclamar solemnemente el estado de guerra y fijar el correspondiente bando en diferentes sitios de la ciudad.

La proclamación del estado de guerra fué hecha con las formalidades reglamentarias ante el edificio de la Comandancia Militar, y luego continuó la Compañía por el Paseo de Colón y las Ramblas, en donde fué recibida con fuego nutrido desde varios lados, especialmente del C. A. D. C. I., local del Partido

Socialista, y de la plaza del Teatro. Consiguió avanzar, no obstante, la Compañía hasta cerca de esta última plaza, gracias a la protección de las tropas del cuartel de Atarazanas, pero como los tiros de éstas no hacían efecto en los que estaban resguardados en las bocacalles de más arriba, la tropa se encontró entre unos fuegos cruzados que hacían muy expuesto su avance, por lo que el general, consultado el caso, ordenó se recogieran las bajas y se replegase la Compañía al Cuartel general para donde fuera necesario.

Casi al mismo tiempo que lo anterior fueron sacadas unas piezas de Artillería del 7.º Ligero, enfilando el Paralelo y otras enfilando las Ramblas. Estas últimas hubieron de emplazarse luego frente al edificio del C. A. D. C. I., para contener el fuego de fusil y ametralladora que desde el mismo se hacía, disparando con metralla y, al no conseguir su finalidad, con rompedora, hasta que los efectos de este fuego en el personal y en la casa obligaron a sus defensores a rendirse llorando. Igualmente hubo de hacer algunos disparos contra el local citado del Partido Socialista.

El general Batet decidió no distraer inútilmente a las tropas ni exponer a los soldados a un sacrificio excesivo. Por ello dió orden de atacar exclusivamente los focos principales de rebeldía, aquellos en que precisamente estaban el Gobierno faccioso de la Generalidad y los «generalísimos» de Estat Català. Contra ellos concentró su atención, haciendo, por el momento, caso omiso de lo que pudiera ocurrir en el resto de Barcelona. La realidad de los acontecimientos vino a demostrar su acierto. Al enarbolar bandera blanca el Ayuntamiento, la Generalidad y Gobernación, quedó automáticamente sofocada la rebeldía. El flamante ejército catalán, al enterarse de que sus jefes capitulaban huyó a la desbandada y se disipó con las primeras luces del amanecer.

El general Batet, para conseguir su objetivo, sacó de los cuarteles el menor número posible de soldados. En conjunto, unos trescientos para toda Barcelona. Los suficientes, a su juicio, para una actuación eficaz y para presentar poco blanco a los contrarios.

En torno a Capitanía, el tiroteo era impresionante. Desde Gobernación se hostilizaba a la tropa con ametralladoras. Igualmente, los guardias de la Generalidad, apostados en el edificio de Correos, hacían imposible el tránsito hacia la Vía Layetana. Con dirección a la Rambla de Santa Mónica se oía intenso tiroteo. Y aunque la Guardia civil dominaba los terrados inmediatos a Capitanía, no cesaban los rebeldes de hostilizar por la encrucijada de calles a la espalda del edificio. Desde el primer momento, los rebeldes lo dominaban todo y hubieran podido entregarse impunemente a toda clase de desmanes. El ejército no dominaba más que el puerto y una pequeña zona del paseo de Colón, desde Capitanía hasta el cuartel de Atarazanas. Lo demás estaba a merced de los *escamots*.

No fué incapacidad del ejército, sino precaución. Los propósitos del general eran hostilizar durante la noche los Centros oficiales donde estaba concentrada la rebeldía, a fin de dar la sensación de que, desde el primer momento, el Ejército actuaba. Esta

primera actuación de la Artillería debía ser benévola y como de tanteo, con el objeto de no causar bajas ni graves daños, sino más bien asustar a los sitiados y prevenirles de que España estaba decidida a actuar con el rigor que fuere preciso. Y, al amanecer, con la luz del día, según la táctica del general Batet, debía intensificarse con granadas rompedoras el bombardeo, tomar al asalto los edificios públicos y hacer avanzar las tropas implacablemente hacia el interior de Barcelona, sin contemplaciones ni miramientos, como correspondía a la dignidad de España y al honor del Ejército.

No hizo falta esta segunda fase de la ofensiva. Los hechos demostraron que se pudo sofocar la rebelión por la táctica del miedo.

Los cañones que bombardearon el edificio de Gobernación tuvieron que emplazarse ante la fachada de Capitanía, junto a la bocacalle de Narciso Oller. Y desde allí hubieron de disparar, a pesar de las dificultades que ofrecían la distancia, la oscuridad de la noche, el enramado de los árboles y la proximidad de casas de vecinos. Se dispararon unos cuantos cañonazos, más con ánimo de asustar a los rebeldes que de hacerles daño, y se suspendió el cañoneo hasta la madrugada.

En el Cuartel de la División existía algún desasosiego acerca de lo que pudiera haber ocurrido a la batería que fué a atacar la Generalidad y el Ayuntamiento. La radio afirmaba que aquellas tropas habían sido aniquiladas; más tarde se dijo que los artilleros estaban sitiados dos en la calle de Jaime I, entre la Vía Layetana y la plaza de la República; se anunció luego que las fuerzas de la Generalidad salían a coparlos.

Pero pronto se desvaneció toda sombra de revés que pudieran abrigar los más desconfiados. La tropa, desde el primer momento, dió muestras de un espíritu militar y de una moral insuperables. Hacía falta refrenarlos para que no cometiesen verdaderas imprudencias arrastrados por su entusiasmo irreprimible. Varias veces pretendieron los soldados de Atarazanas asaltar cuerpo a cuerpo el Centro de Dependientes.

A esta moral de las tropas contribuía la actitud de sus jefes y oficiales. La presencia de ánimo, la serenidad ante el peligro del comandante Fernández Unzué fué, por ejemplo, la causa principal de que en la plaza de la República los artilleros cumpliesen con su deber en un heroico alarde de desprecio a las balas enemigas.

Y así se dió el caso elocuentísimo y muy digno de ser tenido en cuenta, de que a la misma hora en que los soldados catalanes del ejército español escribían con su sangre una página de glorioso heroísmo, los *escamots* de la Esquerra se entregaban, abandonados de sus jefes y llorando de miedo. Y téngase en cuenta que al principio las bajas en el ejército eran muy superiores a las de los rebeldes. Y en el balance final no hubo gran desproporción.

Durante largo rato el Cuartel de la División estuvo sin noticias de las tropas de Artillería e Infantería que habían ido a sitiar la Generalidad. Se oían los disparos de los cañones, pero no había comunicación con los jefes que dirigían la expedición. Entre el Paseo de Colón, donde estaba el general Batet, y la plaza de la República, donde se hallaba en situación que pudo ser comprometidísima (con bajas de

importancia entre sus oficiales y tropa) el comandante Fernández Unzúe, habíase interpuesto, desde mucho antes del estado de guerra, una barrera de *escamots* que, con sus fusiles y hasta con bombas de mano y gases asfixiantes hacían lo posible para cerrar el paso por aquel laberinto de callejuelas y encrucijadas.

Afortunadamente, tres policías de la Delegación Especial del Estado se prestaron a llegar hasta la plaza de la República para averiguar qué es lo que allí ocurría.

Poco después llegaron los refuerzos en socorro de los artilleros, se evacuaron los heridos y se organizó el ataque a la Generalidad para el amanecer.

Cerca de las seis de la mañana sonó inopinadamente el teléfono del general. Era que la Esquerra había levantado la incomunicación para que Companys pudiese dar cuenta al jefe de la Cuarta División de su propósito de capitular.

Aquello sorprendió a todos los presentes. ¿Cómo era posible tal cosa? ¿Qué nueva añagaza les preparaba la Esquerra? ¿Es que iban a caer sobre Barcelona las nubes de *rabassaires* que habían sido llamados persistentemente durante la noche? ¿Cómo se rendía Estat Català sin haber puesto en juego sus formidables elementos ofensivos?

La llamada telefónica llenó a todos de desorientación y recelo. ¡Si precisamente hasta aquel momento la ofensiva del Ejército no había sido sino un tanteo, un amago de ataque con más estruendo que efectividad agresiva!

A poco se oía por la radio la voz lastimera de Companys declarándose vencido.

A las siete menos cuarto llegaban a Capitanía, en calidad de prisioneros de guerra, el Gobierno de la Generalidad (excepto Dencás, que huía por las cloacas), Pérez Farrás, el alcalde y los concejales de la Esquerra.

Todos llegaban lívidos y cariacontecidos, salvo Pérez Farrás, que permanecía altivo y orgulloso entre sus compañeros de armas, a quienes había estado combatiendo toda la noche.

Un capitán de Estado Mayor lanzó un formidable, un estentóreo «¡Viva España!», que retumbó en la casa como un cañonazo y que los detenidos oyeron con indisimulada contrariedad.

Batet los recibió en su despacho, extremando —quizás más de lo pertinente— la cortesía y dándoles toda clase de explicaciones. Como catalán sentía en el alma que sus deberes de general jefe de la Cuarta División le hubiesen impuesto el más violento sacrificio de su carrera militar. El general Batet, pese a su facilidad oratoria, no encontraba palabras para disculparse ante sus prisioneros y reiterar el dolor que le producía su propia conducta.

No consintió Batet que quedasen los detenidos en el pasillo o en la antesala ni que fuesen encerrados en cualquiera otra dependencia de Capitanía. El mismo los acondicionó amablemente en su despacho con más exquisita cortesía que la que derrochó el marqués de Spinola cuando el valiente Justino de Nassau, vencido tras cuatro meses de heroica defensa, le entregó las llaves de Breda.

Faltó aquella mañana en la Capitanía general de Barcelona un Velázquez que

inmortalizase en un nuevo cuadro de «Las lanzas» la gentil y caballerosa escena de la rendición de la Generalitat de Catalunya.

¡Si al menos hubiera habido cerca un caricaturista!

IX

LA REVOLUCION EN EL RESTO DE CATALUÑA

Defección de los «rabassaires». —Martirios de sacerdotes y propietarios. —La F. A. I. desborda el movimiento. —Agresiones a la Guardia civil. —Los revoltosos intentan secuestrar a los familiares del general Batet. —Los sucesos en Lérida, Gerona, Villanueva y Geltrú y otras poblaciones.

Sofocado en flor el movimiento separatista de Barcelona, apenas tuvo importancia en el resto de la región. Sólo se dieron destellos fácilmente apagados, conatos de sublevación que cesaban tan pronto como acudían las fuerzas españolas, pueblos que se declararon independientes para ondear bandera blanca al ver aparecer en el horizonte los aviones de la Aeronáutica Militar.

Hubo también algún acto de ferocidad; quema de iglesias, martirios de sacerdotes, asesinatos de propietarios, agresiones a la Guardia civil... Eran botones de muestra de lo que hubiera sido la revolución en el campo y en los pueblos de Cataluña si no se llega a rendir tan rápidamente la Generalidad y se hubiese dado ocasión para que los *rabassaires* liquidasen de un modo revolucionario su hartado pleito con los amos de las tierras.

La importancia del movimiento revolucionario en el resto de la región catalana no alcanzó, pues, ni con mucho, el grado de exaltación, de aparente organización y de entusiasmo que parecían las características del de Barcelona. Y ello es lógico, pues aparte de que fuera de Barcelona no existe ambiente separatista, la desorganización fué aun mayor y el desconcierto se produjo desde los primeros momentos. La rapidez con que el movimiento fué sofocado en la capital hizo tardíos los esfuerzos de algunos de los dirigentes que querían acudir a Barcelona ante los desesperados llamamientos de Dencás en la madrugada del domingo.

En algunas poblaciones se dió una característica muy significativa, y es que apenas triunfante el movimiento separatista fué rápidamente desbordado luego por elementos comunistas y anarquistas. Era la consecuencia obligada de lo que hubiera ocurrido en el supuesto de que el éxito hubiera coronado el insensato movimiento de Estat Català. A la postre, la F. A. I. hubiera aprovechado en beneficio propio los esfuerzos y sacrificios de los separatistas.

Nota culminante de la sedición en los pueblos ha sido la absoluta defección de los *rabassaires*.

Durante estos tres años los elementos esquerristas habían cultivado con todo cariño, para que les sirvieran en los momentos decisivos como fuerzas de choque, a los *rabassaires*. Primero Companys y luego los diputados Aragay y Riera, entre otros, los habían organizado, alentado y preparado para cuando llegara el día grande en que el Gobierno de Cataluña los necesitare. Sus Agrupaciones formaban en masa en las manifestaciones patrióticas que periódicamente se celebraban para recuento de fuerzas, y, con grandes carteleras, en viajes pagados y abigarrada formación, los hemos visto desfilar varias veces por las calles de Barcelona. Pocos días antes, no más lejos del 30 de septiembre, se reunían en número de muchos millares en Reus, donde Companys les arengó y Gassol les emplazó para que cuando el presidente de Cataluña les diera el grito de «¡Alerta!» contestaran con el de «¡Alerta está!», prestos a luchar por las libertades de Cataluña.

Pues bien, vino la huelga general. La organizaron en cada Municipio los alcaldes y concejales; se echaron a la calle los hombres de izquierda, se proveyó de armas abundantes a los *rabassaires*; se hicieron los dueños absolutos de campos y de pueblos. Y cuando se dió el grito supremo, cuando llegó la soñada hora de la liberación y de la lucha, los *rabassaires* se echaron para atrás, no correspondieron a la esperanza que en ellos tenían depositada sus dirigentes.

Desde los distintos pueblos de toda Cataluña los *rabassaires* seguían al minuto, pendientes de la Radio, las incidencias del momento. Supieron que había lucha, que las fuerzas del Ejército se enfrentaban con el Gobierno de Cataluña y que la victoria no era la tan ansiada y prometida. Y entonces, con un instinto conservador y positivista que caracteriza al payés catalán, desistieron unánimemente de emprender la marcha armada hacia Barcelona.

Los camiones que, cargados de *rabassaires*, se habían movilizado en las últimas horas de la tarde del sábado para acudir al llamamiento que les hacía Dencás apremiantemente, se despoblaron. Todos desertaban alegando enfermedades, asuntos de familia, necesidades del trabajo, olvidos, excusas y pretextos varios.

De la concentración hecha en casi todos los pueblos del Panadés, muy pocos llegaron a salir. Los camiones estaban preparados con el chofer dispuesto, provisión de gasolina, todo a punto. Sólo faltaban los *rabassaires* armados. Pero éstos no aparecían. Todo eran excusas, largas y aplazamientos. Nadie tenía ganas de acudir a los llamamientos de Dencás. Se dieron casos pintorescos, como lo ocurrido en cierto lugar del Panadés, en que los caciques de la Esquerra, a fuerza de insultos, amenazas, violencias y algún que otro coscorrón, consiguieron llenar tres camiones de «voluntarios» *rabassaires* que a la fuerza eran llevados a Barcelona. Pero al llegar los camiones cerca de Gélida sufrió una *panne* el que iba en vanguardia, circunstancia que aprovecharon todos, absolutamente todos los expedicionarios (incluso los jefes),

para desertar. La mayor parte de los camiones de *rabassaires*, que cargados de armas y municiones acudían a Barcelona en plan guerrero, se entregaban mansamente, sin resistencia, a la primera pareja de la Guardia civil que les daba el alto en la carretera. Tres autoómnibus que lograron llegar hasta el Prat del Llobregat, fueron tiroteados, porque se creyó que iban a asaltar el Aeródromo. La huída y el pánico fueron generales, y aquellos pueblos que parecía que iban a ser pasto de toda clase de ferocidades (y seguramente lo hubieran sido si las posibilidades de éxito las hubieran tenido en su favor) fueron los que se entregaban más fácilmente al Ejército, saludando en muchos de ellos con sábanas desde los balcones y azoteas el paso de los aviones.

Los alcaldes y concejales que habían alegremente proclamado la República Catalana abandonaron los edificios comunales, disolviéronse las milicias armadas, ocultáronse los armamentos y diéronse a la fuga los principales rebeldes antes que las fuerzas leales se adueñasen de nuevo de la situación.

No puede extrañar tal actitud a quienes conozcan la realidad verdadera del estado de cosas en el campo de Cataluña. Las actitudes de violencia pueden acogerse cuando la desesperación y el hambre son compañeras de los rebeldes. No tienen tan fácil acogida entre quienes siempre han vivido con holgura y actualmente disfrutaban de insospechado bienestar, ya que, al amparo de la ley de Contratos de Cultivo o de la aquiescencia de las autoridades, los *rabassaires* se quedaban con la totalidad o gran parte de los frutos, rentas y cosechas pertenecientes a los propietarios.

En Lérida, ya en la mañana del día 5, los revoltosos, armados, en funciones de somatenistas, pararon un tren de mercancías procedente de Zaragoza, a unos dos kilómetros de la estación, y, habiendo sido obligados a descender del mismo el maquinista y el fogonero, soltaron los frenos y pusieron la locomotora a todo vapor. El tren emprendió veloz marcha y fué a estrellarse contra una vía muerta, gracias a la pericia del guardaagujas, que, al darse cuenta de la velocidad del convoy, cambió la aguja, resultando completamente destrozados treinta y cinco vagones.

Aduenados los esquerristas de la población, acometieron a tiros a los Padres del Convento de Franciscanos que trataban de salir de él vestidos de paisanos, resultando heridos gravísimos el notable historiador padre Pedro Sanahuja, el padre Luis González, y menos grave el padre Francisco Casanovas.

En el pueblecillo de Navás, después de haber incendiado la iglesia parroquial durante la noche del sábado, se apoderaron los revoltosos del anciano cura párroco y, luego de haberle hecho víctima de los más cruentos atropellos y vejaciones, le asesinaron de ocho a diez balazos, ensañándose aún con su cadáver, que, después de arrastrado por las calles, fué arrojado a través de la tapia del cementerio. La propia conducta se hubiera seguido en San Vicente de Castellet, a no mediar uno de los revoltosos que, recordando a sus compañeros el acuerdo que habían tomado de no cometer ningún crimen, salvó de una horrible muerte al párroco y al vicario, que

habían sido ya encerrados en la iglesia, atados frente al altar mayor y, bien rociados de bencina, en espera, con la consiguiente angustia, de que prendieran en ellos las llamas que devoraban el templo. La furia vandálica contra la religión culminó en otros pueblos tan importantes como Villanueva y Geltrú y Villafranca del Panadés, donde los revoltosos saquearon e incendiaron las iglesias, mientras huían los sacerdotes con grave riesgo de sus vidas.

Pero hemos dicho que en otros sitios el movimiento fué desbordado, y los elementos del Estat Català fueron sustituidos por los de la F. A. I., que se apoderaron de los Ayuntamientos y dominaron hasta la llegada de las fuerzas del Ejército o de la Guardia civil. Tal ocurrió en población tan importante como Tarrasa, donde los *escamots*, en la mañana del domingo, noticiosos de la rendición de Companys, desistieron de su actitud de rebeldía. Pero tan pronto como hubieron desalojado el Ayuntamiento los elementos de la Esquerra, que habían izado la noche antes la estrella solitaria, se posesionaron del edificio grupos de obreros afiliados a la F. A. I., quienes se apoderaron de las armas y municiones que había allí, fueron a asaltar la prisión y camparon tranquilamente a sus anchas como dueños absolutos de la ciudad hasta que la Guardia civil se enfrentó con ellos y pudo dominar la situación, tras de vanas horas de tiroteo.

Aunque a las dos de la tarde del sábado se dieron desde Gobernación órdenes a Villanueva, a fin de evitar quemas de iglesias, y aunque se conminó al alcalde con destituirle y entregarle a la Guardia civil, no se pudo evitar que, un cuarto de hora después, se proclamara allí la República Socialista, con quema de iglesias y asaltos al Ayuntamiento, a la Lliga Catalana y a otros locales.

Los extremistas de la localidad, ayudados por *rabassaires* armados de la comarca, penetraron en las iglesias cercanas al cuartel de la Guardia civil, izando la bandera roja en el campanario de la iglesia de San Antonio. Seguidamente comenzaron a tirotear el citado cuartel, contestando los guardias en la misma forma. El tiroteo, que fué de una gran intensidad, se prolongó hasta mediodía.

En Villanueva y Geltrú es donde más peligro corrió la Guardia civil. Al proclamarse el Estat Català se concentraron los guardias de Sitges y Villanueva. Poco después se personaron en el cuartel el alcalde, un concejal, el jefe de la Guardia Municipal, el teniente de Asalto, Ezequiel San Miguel, y el diputado de la Esquerra en el Parlamento de la República, señor Ventosa y Roig (que más tarde se presentó ante el Congreso, en sesión memorable, haciendo protestas de españolismo y de ser ajeno al movimiento sedicioso). El alcalde expuso al capitán de la Guardia civil que habiéndose declarado el Estado Catalán iban a que entregase las armas y a que las fuerzas se sumasen al movimiento. Replicó el capitán que la Guardia civil era fundamentalmente española y que no haría fuego contra España ni se entregaría vivo a los sediciosos.

Ante esta contestación se marcharon los visitantes, y el teniente de Asalto, dijo:

—Mi capitán, si el sargento y yo podemos escaparnos vendremos a presentarnos a usted.

A lo que contestó el capitán que no hacía falta que se escaparan, pues ya estaban en el cuartel.

Sitiada la Guardia civil en su casa cuartel hubo de defenderse con verdadero heroísmo contra los revolucionarios, que le pusieron un cerco en toda forma.

Desde un coche de turismo lanzaron contra el cuartel bombas de mano, originando la explosión de una de ellas el hundimiento de las cloacas y el de los cimientos de un ala del edificio. Fué preciso desalojar las mujeres y niños a un sitio más seguro. Además estallaron las cañerías de conducción de gas y tuvieron los guardias que sufrir, sin descansar en la lucha, las molestias de aquellas emanaciones.

Las fuerzas de socorro se veían privadas de llegar. De Hospitalet salió un camión conduciendo a veinte guardias, pero sufrió una *panne*.

Destacáronse entonces cinco de ellos y un cabo, los que fueron recibidos con violento tiroteo a su llegada a la ciudad. Al hacerse cargo de tal lucha, los sitiados hicieron una valentísima salida y lograron unirse a aquéllos, recogieron sus bajas y entraron juntos en el en el cuartel.

Al fin, llegaron fuerzas de carabineros, que levantaron el asedio no sin sufrir bajas tan sensibles como la muerte de un alférez y de un cabo. Pero la situación no fué dominada hasta el día del domingo, en que, por orden del general Batet llegó a Villanueva un barco de guerra con una columna de desembarco, formada por una sección de marinería y un destacamento de Carabineros.

En San Cugat del Vallés, los de la F. A. I. proclamaron el Comunismo libertario, se enseñorearon durante todo el día de la población y sólo cedieron el campo tras de violenta lucha con la fuerza pública. Lo propio aconteció en Granollers, que para la rendición del Ayuntamiento, ocupado por los de la F. A. I., precisó la cooperación de la sexta batería del Regimiento de Montaña, número 1, dos compañías del de Infantería, número 9, y una Sección de veinte guardias de Asalto, que hubieron de bombardear el edificio del Ayuntamiento, haciendo hasta veinte cañonazos.

El domingo, la Guardia civil salió para San Quírico de Besora a libertar el puesto de carabineros, que se hallaba sitiado por los revoltosos, siendo la fuerza hostilizada al pasar por Torelló y Oris, repeliendo la agresión y causando un muerto y varios heridos a los sediciosos, continuando la marcha y regresando a Vich con los carabineros libertados.

Es de hacer constar que los revolucionarios levantaron la vía, hicieron barricadas en la carretera e intentaron volar un puente en Manlleu para cortar el paso a la Guardia civil.

La simple llegada de una compañía del Tercio extranjero bastó para pacificar aquella comarca.

En casi todos los pueblos la Guardia civil procedió en las primeras horas del domingo a rescatar Ayuntamientos, arriar banderas separatistas, detener Comités

revolucionarios e incautarse de armas, municiones y explosivos. Fueron detenidos así cabos de Somatén, alcaldes, jueces municipales, diputados de la Esquerra...

Hay que tener en cuenta que los guardias civiles, así como los carabineros, hubieron de permanecer acuartelados toda la noche del sábado, sufriendo el cerco y en ocasiones violentos asaltos por parte de los revoltosos, que depusieron su actitud al oír por radio la capitulación de Companys. Gracias a la rapidez con que el general Batet actuó desde las primeras horas de la noche del sábado en Barcelona y gracias a que Companys depuso su actitud al amanecer el domingo pudieron salvar la vida esos centenares de beneméritos soldados españoles diseminados por los pueblos, aldeas y carreteras de Cataluña.

Los revoltosos intentaron secuestrar a los familiares del general Batet, que pasaban temporada en Llinás del Vallés.

A las dos de la madrugada del domingo presentóse a la entrada de la mencionada población un automóvil ocupado por unos individuos. Un vecino de Llinás dió el alto al vehículo en cuestión, preguntando a sus ocupantes qué propósitos les guiaban. Creyendo éstos, sin duda, encontrar buena acogida, manifestaron que su intención era secuestrar a los familiares del general Batet, que residen temporalmente en Llinás.

Ante esta manifestación se les contestó que podían volverse, ya que no se consentiría que llevasen a efecto sus propósitos.

La finalidad de la maniobra no necesita ser descubierta, teniendo en cuenta que la situación de los revoltosos era en aquella hora comprometida en Barcelona y unos rehenes de tal calidad en su poder hubieran sido, al parecer de ellos, una prenda preciosa.

Para terminar, y aunque en su esencia en toda Cataluña fueron los mismos los hechos de rebeldía cometidos, destacaremos, como botón de muestra de la lucha habida y de la cobardía de los rebeldes, lo sucedido en Lérida y en Gerona con ocasión de la proclamación del Estado de Guerra en la madrugada del domingo y la llegada de tropas a Sabadell.

En Lérida, durante la tarde del sábado, los revoltosos se apoderaron de la emisora de Radio y, luego, del edificio de la Comisaría de la Generalidad, donde proclamaron también la República Catalana. Se hicieron fuertes en la Comisaría y hostilizaron a las fuerzas del Ejército que salieron a declarar el Estado de Guerra. La actuación de las autoridades gubernamentales y la de los rebeldes fué desconcertante. Unos y otros parecían poner poco empeño en actuar y en lastimarse mutuamente. Cuando en la madrugada del domingo se rindieron sin pena ni gloria los más destacados elementos de la Esquerra organizadores de la sedición, fueron objeto de las más amables zalemas y atenciones por parte del coronel Campíns, que mandaba el Regimiento de Infantería.

Al recibirse en la Comandancia Militar de Gerona la orden de declaración del estado de guerra, salieron, entre doce y una de la madrugada del domingo, fuerzas del

batallón de Montaña, número 2, a proclamar la ley marcial. Pero al aproximarse al antiguo edificio del Gobierno civil, que ocupaban el comisario de la Generalidad don José Puig Pujadas, el ex ministro señor Santaló, el diputado a Cortes don Melchor Marial y otros directivos de la Esquerra, fueron recibidas con violento tiroteo, a consecuencia del cual resultó muerto el comandante de Estado Mayor don Rafael Domínguez Otero. Las fuerzas leales repelieron enérgicamente la agresión hasta lograr rendir a los rebeldes, que disparaban desde los balcones de la casa, donde se parapetaban con colchones.

Y como nota curiosa, altamente demostrativa del valor con que procedieron los elementos separatistas, destacaremos un suceso ocurrido en Sabadell. Aliados con la Esquerra se apoderaron de dicha ciudad los elementos obreros sindicalistas del Grupo de los Treinta, esto es, de los afines a Pestaña, disidentes de la C. N. T. Corrió el rumor de que se acercaban a Sabadell fuerzas del Ejército, y entonces, los grupos de hombres movilizados arrojaron las armas a un solar cercado próximo a una casa en construcción. El propietario del solar avisó por teléfono, poniendo al corriente de lo que ocurría a la Guardia civil, pero ésta, imposibilitada de salir del cuartel y temerosa de que se tratase de alguna añagaza, dió órdenes a su comunicante que guardara las armas. No se confirmó la noticia de la llegada de tropas y los revoltosos volvieron a buscar sus armas. El propietario se negó a entregárselas, alegando que ya había avisado de ello a la Guardia civil y temía responsabilidades, pero, en vista de que los revoltosos porfiaban, se llamó nuevamente por teléfono a la Guardia civil, la que autorizó que fuese devuelto el armamento. De poco práctico sirvieron las armas a los sindicalistas, pues al llegar efectivamente las tropas al mediodía se volvió a repetir la maniobra de la mañana. Y entonces fueron los de la F. A. I. quienes se apoderaron de las armas abandonadas y con ellas hicieron obstinadamente frente a la tropa, desde un barranco sito en las afueras de la población, costando no poco rechazarlos.

A esto quedó reducida la guerra civil declarada por Cataluña al Estado español.

Habían preparado con la complicidad y tolerancia de los gobernantes españoles todos los resortes que España había dejado en sus manos por mandato del Estatuto, movilizaron al pueblo para un movimiento insurreccional, lo habían pertrechado abundantemente, lo lanzaron, en suma, a la guerra contra España; y cuando, al fin, España decidió defenderse, cuando se les presentó ocasión de luchar abiertamente, los separatistas abandonaron el campo y, sin valor, sin un gesto de heroísmo, se entregaron a discreción o huyeron a la desbandada.

¡Menguado resultado para tan trascendental rebelión!

X

LA NOCHE TRAGICA EN LA CALLE

Barricadas, cacheos, registros. —Soledad en las calles. —La emoción de la radio. —El «¡Viva España!» de Dencás. —A las siete de la mañana ante el Centre Autonomista de Dependents. —Recorriendo el teatro de operaciones. —Sitiados en Jefatura superior de Policía. —Reorganización de la Policía y destitución de «escamots». —La Jornada del domingo. —«Pacos». —Llega el Tercio.

El cronista pasó la noche del sábado al domingo en el centro de la ciudad. Tuvo ocasión de ver cómo se levantaban barricadas. Hubo de sufrir repetidos y minuciosos cacheos por parte de los *escamots* que, armados hasta los dientes, pululaban por toda Barcelona. Era imposible dar cien pasos sin que las patrullas de Estat Català detuviesen al viandante y le registrasen con todo esmero, inspeccionando sus papeles y preguntándole el objeto de su permanencia en las calles.

Sin cafés ni espectáculos públicos, paralizada la circulación rodada, en un ambiente de terror y de incertidumbre, Barcelona parecía muerta. Las calles, desiertas, sólo veían alterada su soledad por el paso de los *escamots* armados, que deambulaban inútilmente de un lado a otro, sin tener nada que hacer, pues ni siquiera les quedaba el recurso de cachear a los transeúntes, ya que los noctámbulos más recalcitrantes optaron ese día por refugiarse en sus hogares. Era peligroso y de una molestia insoportable exponerse a la pertinaz inquisición de los jóvenes separatistas de Estat Català y de Nosaltres Sols y de la Alianza Obrera. Por otra parte, el interés de la noche estaba en los receptores de radio.

La Radio Barcelona mantuvo en tensión durante toda la noche los nervios de los radioyentes. Es imposible una mayor ansiedad. Jamás podrá compaginarse una velada de Radio más emocionante y sensacional. Comenzó ya al mediodía del sábado, cuando Dencás dió la orden de que Estat Català ocupase militarmente Barcelona. De ese discurso de Dencás se hizo un disco que fué reiteradamente radiado. Por su parte, y utilizando la propia emisora de Radio, el presidente Companys recomendaba orden, serenidad y disciplina a todos, y aseguraba que el Gobierno de la Generalidad estaba

pendiente de los sucesos de Madrid y obraría en consecuencia de acuerdo con las circunstancias.

A las ocho de la noche dió la radio una nota de especial emoción: el discurso de Companys proclamando el Estat Català y poniéndose en franca rebeldía contra el Gobierno de Madrid, contra la Constitución y contra el propio Estatuto de la Esquerra.

¡Triste sino el de la Constitución republicana! Apenas aprobada se votó una ley que, con la excusa de Defensa de la República, permitió al Gobierno Azaña conculcar la mayor parte de los artículos de la Constitución que quedó virtualmente no sólo incumplida, sino contradicha. Y a los dos años, los socialistas y los republicanos de Azaña y los de la Esquerra, se levantaron en armas contra la Constitución que ellos mismos habían hecho con su sectarismo, aprobándola e imponiéndola con sus votos que les daba la mayoría absoluta en las Cortes Constituyentes. Y para que todo sea absurdo en torno a la Constitución, se dió el caso de que mientras Azaña, los socialistas y la Esquerra la combatían, eran las derechas de Gil Robles (el más destacado paladín de la oposición anticonstitucional en el Parlamento) quienes se erigían en celosos defensores de la legalidad constituída.

Y Radio Barcelona no cesó de dar notas y más notas sensacionales. La radiodifusión fué el más formidable y eficaz instrumento del separatismo catalán. Todo era difundir proclamas del Gobierno catalán en rebeldía. Y arengas del locutor excitando a los catalanes a las armas y a disparar sin compasión contra los soldados españoles y a esquilar y destruir el Ejército. La radio, los Centros oficiales y las tertulias de Esquerra eran un venero de noticias «optimistas». Se daban noticias del triunfo de la Revolución en toda España, de la sublevación de la Escuadra de Cartagena, de alzamientos en Galicia, en Andalucía y en Extremadura, de que el movimiento victorioso de Asturias se corría por todo el Norte. Se daba por seguro que los nacionalistas vascos, en fraternal alianza con los socialistas, no solamente se imponían a las fuerzas del Gobierno, sino que se disponían a acudir en ayuda de Cataluña para consolidar la independencia.

Y la radio, después de dar una noticia sensacional o de soltar una arenga bélica excitando a aniquilar a los soldados... radiaba alegres sardanas o discos del Orfeo Català o típicas canciones populares en Cataluña. Y al terminar la música volvían las arengas bélicas y las excitaciones de odio antiespañol y de guerra sin cuartel, para volver de nuevo a radiar sardanas y hasta plegarias a la Virgen de Montserrat. Y *Els Segadors*, cuya letra: «Catalunya triomfant tornarà a ésser rica i plena...», sonaba a funeral, a burla trágica en tan terribles momentos.

Era un contraste enloquecedor capaz de hacer saltar los nervios al más templado. Aquellos blasfemos izquierdistas, arrastrados por un sectarismo irrefrenable; aquellos hombres aliados a los comunistas, dominados por una pasión volteriana de la que hacían gala y que formaba parte de su programa político, radiaban a medianoche, entre gritos de guerra y clamor de odios y estampidos de las detonaciones, el *Virolay*,

de Verdaguer:

*Rossa de abril, Morena de la Serra
De Montserrat estel,
Il.lumineu la catalana terra
Guieunos cap al cel.*

Y enseguida, más imprecaciones a la lucha, y aquel grito mil veces repetido en la noche por el locutor de la radio:

—¡Catalans! ¡¡Catálans!! ¡¡¡A les armes!!!

Fuera se oía el retumbar de los cañones y el incesante disparar de los fusiles. Los *escamots*, cansados de trajinar inútilmente de un lado a otro de las calles, bajo el peso de su fusil, pistolas y municiones, estaban sobreexcitados, y al menor rumor, sin razón ni motivos, acuciados por un miedo indescriptible, disparaban sus armas, provocando en el centro de la población absurdos tiroteos, inútiles e ineficaces, porque donde estaba empeñada la lucha era en la Rambla de Santa Mónica y en la plaza de la República y delante de la Consejería de Gobernación. Y allí no osaban acercarse ninguno de aquellos millares de *escamots* que por la plaza de Cataluña y en la Diagonal, Paseo de Gracia, Rambla de Cataluña, calle de Cortes, en el Paralelo y por las más pacíficas calles y plazas de la población lucían su bravura, despechugados y fanfarrones, con el dedo dispuesto a apretar el gatillo al menor sobresalto.

Desde la plaza de Cataluña pudimos controlar al minuto el cañoneo próximo, las descargas de la fusilería, el asalto al edificio de la Compañía Telefónica.

La técnica de la rebeldía era completamente distinta a todas las ensayadas por las diferentes revoluciones que han conmovido a Europa en los últimos tiempos. Ni la de los soviets, ni la marcha fascista sobre Roma, ni las socialistas e hitlerianas de Alemania, tienen parecido alguno con la empleada en Cataluña. Tampoco se inspiraron los separatistas en el libro de Malaparte, *La técnica del golpe de Estado*, que orientó la revuelta de Austria, y no dudamos que algunos incidentes de la última sedición socialista en Madrid y en Asturias.

No. La insurrección catalana seguía una técnica absolutamente inédita. Contaba con el poderoso auxilio de la radio y se hacía a base de noticias falsas y canciones.

Dencás, que había ido a la insurrección confiado en el valor de sus *escamots* y en la elocuencia de sus arengas, utilizaba como arma primordial de combate la radio. Por ella seguía dando noticias optimistas para los rebeldes respecto al curso de la batalla que se desarrollaba ante la Generalidad y la Consejería de Gobernación. Se afirmaba que en la calle de Jaime I estaba sitiada una batería, y que el Ejército de Cataluña se disponía a coparla atacando a los artilleros españoles simultáneamente por la plaza de la República y por la Vía Layetana. Pero, poco después, la propia radio demandaba insistentemente auxilio a todos los catalanes. Pedía a los *escamots* que acudiesen en ayuda de los Centros oficiales sitiados por un puñado de soldados. Ordenaba a los

rabassaires que acudiesen en socorro de Barcelona. Era un S. O. S. cada vez más angustioso, aunque no faltaban al principio alardes de potencia guerrera y seguridad en el triunfo. Y enseguida los inevitables discos de música catalana.

Ni los *escamots* ni los *rabassaires* hicieron caso. En todos los pueblos había camiones preparados para llevar a Barcelona a las falanges de *rabassaires* que constituían la suprema esperanza de los forjadores de la independencia de Cataluña. Lo que ocurría era que no había *rabassaires* dispuestos a hacer la excursión para batir el cobre en una guerra que podía ser muy gloriosa, pero que nadie la quería ni sentía en los pueblos de Cataluña. Los somatenes del Bruch, los defensores de Gerona y los heroicos voluntarios de Africa no necesitaron de apremios, ni de arengas, ni de excitaciones patrióticas para lanzarse al campo a defender a España luchando y venciendo a los ejércitos, hasta entonces invencibles, de Napoleón, y a los fanáticos soldados del sultán de Marruecos. El ideal hispánico forjó héroes en Cataluña, pero a los catalanistas les falló su heroísmo cuando se les llamó a luchar contra España en Prat de Molló y en la tragicómica intentona de la noche del 6 de octubre. Ni una ni otra jornada bélica figurará en la Historia con los honores de epopeya gloriosa.

Y en vista de que las Juventudes de Estat Català y los campesinos de toda Cataluña no respondían a los angustiosos y apremiantes llamamientos de la radio, Dencàs sorprendió a todos con un discurso inesperado y desconcertante: llamó para que acudiesen en auxilio de los separatistas que hacían la guerra a España a los comunistas, anarquistas, republicanos... y a todos los españoles. Fué un desgarrador alarido de impotencia. Y para mayor escarnio, Dencàs, dominado por el miedo, lanzó ¡¡¡por radio!!! aquel inolvidable «¡Viva España!», que se clavó como un dardo en el ánimo de cuantos le escucharon.

Después de ello pocas emociones dió la radio, hasta las seis de la mañana en que se oyó la voz desfallecida y tétrica de Companys vencido, deshecho, sin ánimos, anhelante...: «*Catalans! Catalans! Catalans! Atenció, catalans!... El president de la Generalitat, creient esgotada tota resistència i per a evitar més sacrificis, capitula...*» «¡Catalanes! ¡Atención, catalanes!... El presidente de la Generalidad cree agotada toda resistencia y capitula...»

Y una y otra vez la misma cantinela para que quien no lo hubiera entendido bien de primera intención pudiera desechar todas sus dudas. ¡El Gobierno de la Generalidad capitulaba ante aquel centenar de bravos soldaditos españoles que mandó el general Batet a sofocar la insurrección con la consigna expresa de hacer el menor número posible de bajas.

Estaba la radio repitiendo una vez más la fórmula de capitulación, cuando se oyó un tiroteo y enmudecieron todos los altavoces. Era que había entrado en la Generalidad el heroico comandante Fernández Unzué.

A las siete de la mañana tuvo el cronista ocasión de contemplar la alegría, el frenesí patriótico de los soldados que en la Rambla de Santa Mónica habían sostenido fuego hasta rendir a los rebeldes del Centro de Dependientes y la Comandancia de

Somatenes y Partido Socialista. Durante varias horas habían estado aquel puñado de valientes jugándose la vida, echados en tierra, sin un cobijo que les defendiera del intenso y mortífero tiroteo que de todas partes les hacían los de Estat Català disparando con balas «dum-dum». Sólo contemplando aquel espectáculo de entusiasmo desbordado de las tropas, que lanzaban las gorras y los fusiles al aire, gritando «¡Viva España!» y se abrazaban a sus oficiales en un incontenible arrebató de fervor patriótico, se podía comprender el excelente espíritu de la tropa durante aquella memorable noche.

Todavía estaban calientes los cartuchos disparados por los mausers y se desprendían cascotes de la Comandancia de Somatenes y del Centro de Dependientes que eran los dos edificios más seriamente bombardeados.

A las siete y media estábamos en la Comandancia general y recibíamos de labios de uno de los jefes del Estado Mayor una detallada información de todo lo ocurrido durante aquella noche memorable en que se pusieron en juego tantos factores inciertos y en que la victoria final parecía tan problemática.

Todos los que pasaron la noche en el antiguo Palacio de la Capitanía general estaban plenamente percatados del cúmulo de circunstancias adversas que se habían tenido que vencer y que habrían podido hacer más difícil la victoria. Aun duraba la sorpresa por la rápida capitulación de Companys cuando en realidad el ejército no se había empleado a fondo, pues, según los planes de Batet, la ofensiva en serio no iba a comenzar hasta el amanecer. Todavía se notaba en los rostros de aquellos militares la profunda pena por la muerte de sus compañeros y en especial por la del capitán de Estado Mayor don Gonzalo Suárez Navarro. Reinaba allí una irreprimible indignación contra los militares traidores que se habían alzado en armas al lado de los separatistas; contribuyó a ello la presencia de Pérez Farrás y su aire altanero y jactancioso, que estuvo a punto de provocar un serio incidente que pudo ser gravísimo. Se elogiaba unánime y calurosamente el valor, el comportamiento y la serenidad del comandante Fernández Unzué, que rindió la Generalidad, y que a pesar de las difíciles circunstancias especialmente adversas de los primeros momentos, supo cumplir su cometido y evitar un mayor número de víctimas entre su tropa. Su actuación durante aquella noche le hizo, a juicio de todos, acreedor a una alta recompensa.

Por entre la puerta entreabierta del despacho del general Batet pudimos ver durante brevísimos instantes al Gobierno de la Generalidad abatido y en el más lamentable estado. Horas después, alrededor del medio día del domingo, fueron conducidos Companys y sus compañeros a bordo del «Uruguay», convertido en prisión flotante.

Mientras tanto, iban llegando a Capitanía grandes núcleos de detenidos que, custodiados por la tropa, se alineaban a lo largo del Paseo de Colón.

El cronista se trasladó luego a la Consejería de Gobernación. Aun no hacía hora y media que se había rendido. Todavía se vislumbraban los últimos fugitivos.

Quedaban dentro aún algunos de sus defensores durante la noche trágica. Una mecanógrafa de Dencás recogía documentos para llevárselos, pero fué obligada a dejar las cosas en su sitio.

En la fachada del edificio se notaba el poco estrago que allí hizo el benévolo cañoneo. Una bala de cañón fué a dar contra un balcón simulado recayente a la plaza de Palacio, desprendiendo la persiana; otra bala produjo ligeros destrozos en el escudo monumental que remata el edificio. Un cañonazo desviado derribó un balcón de una casa contigua al edificio donde se había hecho fuerte Dencás; de rebote dió la bala en la esquina de la fachada de la Estación de M. Z. A. Observamos un detalle curioso: una bala de fusil atravesó la gruesa fachada de Gobernación recayente a la plaza de Palacio y le quedó fuerza perforadora para atravesar un tabique interior, yendo a parar a la galería del primer piso.

En otro lugar de esta obra detallamos el aspecto interior que presentaba la Consejería de Gobernación con los muebles en desorden y destrozados durante las operaciones de defensa y huída de los revoltosos.

En la escalera de mármol se pudieron apreciar señales inequívocas del miedo insuperable que padecieron aquella noche los sublevados.

Fuimos en compañía de un grupo de agentes y de unos guardias de Asalto que iban a incautarse de la Comisaría general de Orden Público, que había sido abandonada por los revoltosos. También allí estaba todo en desorden. Cada ventana era una barricada. Por todas partes armas y municiones. Todas las balas de fusil eran «dum-dum». El edificio estaba preparado no sólo para resistir un ataque del exterior, sino para defenderse dentro en caso de que llegasen a entrar los asaltantes. Por lo visto querían defender palmo a palmo hasta el último rincón. Pero no hubo caso. De allí huyeron los sublevados sin disparar un tiro. Pudimos recorrer toda la casa, el despacho de Badía, el de Coll, los calabozos en que estuvo preso el doctor Albiñana para ultrajar en él la representación parlamentaria. Vimos el pasadizo trágico donde Badía hacía apalear a los anarquistas y donde es fama que halló la muerte más de un detenido...

Apenas entramos en el edificio con el grupo de agentes y guardias que iban a incautarse del mismo, se oyó un intenso tiroteo. Los guardias civiles y de Asalto, desde los balcones repelieron enérgicamente la agresión. Eran las nueve y media de la mañana del domingo. Se montó rápidamente una ametralladora que dominaba estratégicamente la puerta de entrada, único sitio practicable para introducirse en el edificio.

El tiroteo fué tan intenso, que hasta una pareja de infantería que estaba a la puerta de la Jefatura, arrojó los fusiles al suelo y levantó los brazos al aire. Pronto llegamos refuerzos de guardias de Asalto. Pero el tiroteo persistía con una violencia que no amainaba. Era imposible salir del edificio sin arrostrar el peligro de una muerte segura. El cronista aprovechó aquellas horas de forzado encierro para copiar las interesantes anotaciones de los blocks de notas que había sobre la mesa de despacho

de Coll, en los que el comisario superior de Policía de la Generalidad había ido apuntando minuto por minuto las incidencias de la preparación de la huelga.

Cerca de las doce llegó a Jefatura el coronel de Carabineros don Joaquín Ibáñez, que había sido nombrado por el general Batet jefe superior de Policía. A primeras horas de la mañana había ido con su nombramiento a la Delegación del Estado, donde los agentes le ovacionaron con entusiasmo. Fué luego a recorrer toda Barcelona para ver el aspecto de la ciudad. En la plaza de Cataluña le sorprendió un tiroteo y realizó personalmente gestiones para evitar que los «pacos» se guareciesen en el edificio de la Telefónica. Se incautó también de las emisoras de radio. Llegó a Jefatura cuando más intenso era el tiroteo por aquellos alrededores. Adoptó medidas de defensa, subió a los terrados, inspeccionó los de las casas vecinas... Y cuando los revoltosos se cansaron de hostilizar, el coronel Ibáñez realizó la labor más importante después de sofocado el movimiento: dió por anulado el Cuerpo de Policía de la Generalidad, borró todo vestigio de los *escamots*, y con los escasos elementos que contaba, improvisó una policía neta y primordialmente española. Eran pocos y les tocaba a todos multiplicarse en el trabajo, pero todos se prestaban gustosos a ello.

Se contaba con los agentes y guardias de la Comisaría del Estado. De diferentes puntos de España fueron reincorporándose los funcionarios del Cuerpo de Policía, que anteriormente habían sido trasladados por no avenirse a las órdenes de la Generalidad. Se hizo una selección de los guardias que ofrecían absoluta garantía de lealtad y podían pasar a servicio del Estado. También se seleccionó en los primeros momentos a los Mozos de Escuadra, los cuales, después de una patriótica arenga, prometieron emocionados servir en lo sucesivo lealmente a España, como así lo hicieron y demostraron cumplidamente.

En cuarenta y ocho horas quedaron reorganizados todos los servicios a pesar de la escasez del personal. La falta de gente se superó con el entusiasmo y eficacia que todos ponían en secundar al coronel Ibáñez, que en esta ocasión demostró una vez más sus insuperables condiciones de jefe, ya que supo tener al personal disciplinado y contento, a pesar de obligarle a multiplicarse en el trabajo.

Tan eficaz fué la actuación de la policía, que la F. A. I. intentó un atraco pistola en mano en un despacho del Paseo de San Juan y el intento quedó frustrado, muriendo en la contienda dos atracadores y resultando otro herido, si bien un guardia de Seguridad hubo de perder también la vida en la refriega. No pudo evitarse, sin embargo, que en plena noche unos desconocidos entrasen por la puerta trasera en las cocheras de tranvías de San Andrés y huyeran después de quemar algunos coches. Pero cuando un mes más tarde intentó la F. A. I. declararse en huelga general como protesta por los fusilamientos de Asturias, la autoridad logró hacer fracasar rotundamente el paro en Barcelona y en toda Cataluña.

El presidente interino de la Generalidad publicó en el *Boletín Oficial* un decreto dejando suspensos de empleo y sueldo a los antiguos *escamots* separatistas que integraban la Policía de la Esquerra.

El domingo, día 7 de octubre, transcurrió en un ambiente de sobreexcitación y alarma. Los perdidosos no se avenían a la derrota. Era demasiado bochornosa la realidad de que unos trescientos soldados escasos hubiesen terminado en sólo diez horas con todas las ilusiones de Estat Català y sus «generalísimos» y su numeroso y excelente armamento... Y los *escamots* se entregaron a la faena de sembrar la alarma por el procedimiento rifeño del «paqueo». Los «pacos», desde alturas estratégicas, estuvieron hostilizando a los soldados y a la Guardia civil y a los autos oficiales. Había «pacos» en las torres de la Catedral y de otras iglesias y en la de Jaime I, que es la más alta edificación que hay en Barcelona, verdadero Belvedere que domina las Ramblas, el Paralelo, el Paseo de Colón y todo el puerto. Desde los altos del Palacio de Bellas Artes se hostilizó al vecino cuartel de San Agustín. Hubo un impresionante tiroteo alrededor de Capitanía general, en la plaza de Cataluña, en todo el casco de Barcelona. La fuerza pública contestaba muchas veces sin saber de dónde partía la agresión, y ello contribuía enormemente a multiplicar la alarma, hasta que se adoptó la táctica de no contestar sino a blanco seguro. De esta manera con menos ruido fué más eficaz la represión; algunos «pacos» pagaron con la vida su belicosidad y otros desistieron de quemar más pólvora, pues en realidad muchos tiraban al aire. Se hicieron millares de disparos y fué escasísimo el número de heridos.

Los separatistas tuvieron, todavía el mismo domingo por la tarde, la audacia de intentar impedir la salida del tren militar con tropas para Sabadell. Con este motivo se armó un gran barullo de detonaciones en torno a la Estación del Norte, pues la tropa repelió la agresión y el ruido dió la sensación de una batalla campal. El tren salió sin más contratiempos y regresó luego trayendo a la Guardia civil, que en Sabadell hubo de soportar el asedio de los rebeldes.

También a la misma hora hostilizaron los *escamots* el edificio de Consejería de Gobernación. Los rebeldes se hicieron fuertes en una casa de la Barceloneta. Fué preciso enfilárles la artillería. Al segundo cañonazo terminó la hostilidad. Pero uno de los cascos de granada prendió fuego en las materias inflamables que había almacenadas en los Depósitos Comerciales del puerto, provocando un intenso fuego por demás aparatoso, ya que produjo una espesísima humareda, ardiendo la casi totalidad del edificio. Hasta la madrugada no pudieron los bomberos sofocar el incendio. Y unas horas después logró la policía detener a nueve de los revoltosos.

Al día siguiente llegaron los aviones de bombardeo. En Barcelona se carecía de esta poderosísima arma ofensiva. Ello nos confirma más en nuestra idea de que la táctica de Batet era vencer la sublevación por el miedo, pues la orden del bombardeo aéreo que tanto alarmó a los sublevados no podía cumplirse por falta de elementos.

A última hora de la tarde del lunes atracó en el puerto el vapor «J. J. Síster», que transportaba dos banderas del Tercio de legionarios, de guarnición en las plazas africanas. Las operaciones de ataque del barco y desembarco de los legionarios se prolongaron hasta cerca de medianoche, a cuya hora las dos banderas, correctamente formadas y precedidas de la banda del Regimiento número 34, se dirigieron a su

alojamiento.

Los sones de la música militar y los cánticos de los legionarios despertaron al vecindario que en aquellas horas se hallaba en las casas, poblándose rápidamente los balcones y bajando muchas personas a la calle para presenciar el inesperado desfile y ovacionar a los legionarios.

Las banderas del Tercio, después de pasar ante el edificio de la Comandancia militar, desde cuyo balcón central el general Batet presenció el desfile, siguieron por las Ramblas, plaza de Cataluña y Cortes hasta el recinto de la Exposición, en uno de cuyos edificios quedaron alojados.

El paso de los legionarios fué saludado por espontáneas manifestaciones de entusiasmo de los vecinos y transeúntes. En la plaza de la Universidad, donde fueron revistados por varios jefes del Ejército, llegó a congregarse numeroso público que no cesó de aplaudir a los soldados aclamando al Ejército y a España con impresionante fervor patriótico.

En la plaza de Cataluña la banda interpretó el Himno de la Legión.

Los legionarios entonaban canciones humorísticas con el estribillo: «¿Dónde están los *rabassaires*?» Prestaron servicio de patrulla por toda la ciudad, pero su presencia era ya totalmente innecesaria, pues Barcelona y Cataluña entera estaban pacificadas. La llegada del Tercio disipó al último «paco».

En los primeros días, a raíz de sofocado el movimiento, cambió radicalmente el aspecto político de Barcelona. Con el Gobierno de la Generalidad prisionero, bajo la impresión del estado de guerra, militares al frente de los cargos administrativos del Municipio y de la Generalidad, actuando los jueces militares en continuos Consejos de Guerra en los que se pedían y se imponían penas de muerte... Se había pasado de una desenfrenada orgía separatista a un ambiente de franco y exaltado españolismo. La gente vitoreaba a España en plena calle y aplaudía al Tercio, al Ejército y a la Guardia civil. La radio hablaba en castellano y tocaba música española, dejando de tocar *Els Segadors* y cesando en el abuso cansino y machacón de las sardanas. No se veían ya banderas separatistas con la estrella solitaria. Los catalanistas que habían puesto sus ilusiones en la Revolución iban de un lado a otro lívidos y desencajados. Pasaban de tres mil los detenidos y constantemente venían de los pueblos nuevas remesas de gentes a disposición del auditor. Eran centenares los que vivían inquietos, esperando de un momento a otro caer en poder de la Justicia. Los militantes de la Esquerra, que habían conseguido «enchufes» y colocaciones en los organismos públicos sin oposición ni concurso, sólo en gracia a sus méritos como separatistas, sintieron el escalofrío de una inmediata cesantía. Todos, desde Companys al último catalanista, daban por irremisiblemente perdidos el Estatuto y la autonomía con su Parlamento catalán, y el Gobierno de la Generalidad, y el Orden Público, y la Enseñanza, y la Justicia...

Una semana después había cambiado el panorama y volvía a renacer un fundado optimismo entre los vencidos.

XI

LA TÁCTICA MILITAR DE BATET

Se consigue dominar el movimiento en pocas horas. —Cañones sin protección de infantería. —Actuación de la Guardia civil. —Centenares de sublevados se fugan de Gobernación por la puerta principal. —Companys y el Gobierno de la Generalidad también pudieron haber huído impunemente. —La radio subversiva en pleno estado de guerra. —Condescendencias y debilidades.

Mucho se ha discutido y se discutirá todavía la actuación del general Batet para sofocar el movimiento. ¿Tenían algún fundamento las esperanzas que en él pusieron los sublevados?

¿Se hubieran atrevido éstos a dar el golpe separatista sin contar con la complicidad del general que tantas protestas hizo siempre de su catalanismo entusiasta y decidido? ¿Podía creer Companys que el general Batet iba a obedecer el famoso oficio del presidente de la Generalidad conminándole a que se sumase a la sublevación? ¿Fué acertada la táctica militar seguida por el general Batet?

Lo cierto es que desde que se proclamó el Estat Català y se recibió orden de declarar el estado de guerra, el general Batet no titubeó un sólo momento. Expuso al ministro su opinión de que sería más prudente emprender la ofensiva al amanecer y no en plena noche cerrada, pero no discutió la orden de proceder enérgicamente antes de dos horas. Apenas recibió la intimidación de Companys por teléfono para que se sublevara, el general Batet le contestó que tenía que pensarlo, y acto seguido, al colgar el auricular del teléfono dió orden de redactar e imprimir, sin pérdida de tiempo, el bando de estado de guerra. Inmediatamente adoptó las medidas que creyó oportunas para rendir a los rebeldes en los mismos Centros oficiales donde se habían hecho fuertes.

Mientras tanto, Companys y sus amigos esperaban impacientes la decisión de Batet. Dícese que alguien —no sabemos con qué fundamento— confiaba en el poder persuasivo de la masonería, tan hondamente infiltrada en el Ejército. Los más sabían que el general jefe de la División no sólo era un gran catalán, sino que alardeaba de catalanista. En ocasiones, hablando con Companys le aseguraba que el día que

hiciese falta sabría demostrar que él sabía ser mucho más catalán y sabría servir los ideales catalanistas con mucha mayor eficacia que los políticos de la Esquerra.

Ante los desmanes de los catalanistas contra los oficiales del Ejército derrochó Batet prudencia y ecuanimidad, dictando aquella tan acremente criticada orden de permanecer «ciegos, sordos y mancos» ante los alardes y provocaciones de los separatistas y ante la pública exhibición de la bandera con la estrella solitaria. El general no intervino en casos disciplinarios como el del teniente coronel Ricart, que consentía que sus guardias de Asalto contestasen con vítores a Cataluña libre cuando en actos oficiales se daban los vivas reglamentarios a España y a la República. Tampoco evitó que el comandante Vicente Guarner, jefe de la Plana Mayor de Infantería simultanease este cargo oficial con el de secretario del comandante Pérez Salas en la Comandancia de Somatenes, donde se almacenaban armamentos para los rebeldes y se urdían planes de movilización y se sabía a ciencia cierta cuál era la manera de pensar y de sentir y cuáles eran los propósitos de Dencás respecto a España... Sería interminable la enumeración de hechos que ponen de relieve el grado de condescendencia del general para con los catalanistas más exaltados. No cabe culparle por ello. En otro lugar de este libro insistimos en que no ya el general Batet, sino el propio Presidente de la República y los ministros del Gobierno de Madrid hubieron de permanecer «ciegos, sordos y mudos» ante el desfile de banderas separatistas con motivo del entierro de Macià. No se olvide tampoco que un Gobierno presidido por Lerroux destituyó injustificadamente de la Presidencia de la Audiencia de Barcelona al señor Anguera de Sojo en un momento en que éste defendía los prestigios del Poder central y las prerrogativas de la Magistratura contra las exigencias e intromisiones del Gobierno de la Generalidad. Desde el advenimiento de la República las autoridades de Cataluña han tenido que vivir en precario, dejando jirones de la propia autoridad en aras de una política de «conllevancia» que proporcionaba más amarguras que gloria y satisfacciones.

Pero es lo cierto que los sublevados de la Generalidad creían tener motivos para pensar que en aquel momento grave el general Batet se decidiría a servir la causa de Estat Català. En su ilusión vana algunos aseguraban que mediaba un compromiso solemne. Se dice que si Companys no hubiese tenido esperanzas en Batet no se hubiera sublevado.

Mas pronto pudieron desengañarse. El general Batet contestaba a cañonazos el insolente oficio de Companys.

¿Fue buena la táctica estratégica de Batet?

No cabe duda que bastaron unos cuantos cañonazos (con el expreso designio de causar el menor daño posible) para terminar en menos de diez horas una sublevación de hombres perfectamente armados y equipados para llevar a cabo una guerra civil. Pero el factor principal de la derrota de Estat Català no estribó en la dureza y eficacia con que actuó el Ejército. Lo decisivo fue el miedo de los *escamots* y la desorientación de los cabecillas, que con mucho fajín rojo y gemelos en bandolera,

inútiles para operar de noche, lo primero que habían hecho era un plano de las alcantarillas para asegurarse la fuga. Pero sobre todo fué la PROVIDENCIA quien veló aquella noche por España.

Cincuenta mil fusiles nuevos tenían los *escamots* en Barcelona. Si para manejarlos hubiera habido medio millar de hombres valientes, decididos a todo y dispuestos a emplear las ametralladoras, bombas, gases asfixiantes y demás elementos bélicos de que disponían, es lo cierto que a los soldados les hubiera sido difícil salir de los cuarteles. Mucho más absurdo e inexplicable resulta llevar dos cañones a la plaza de la República por el laberinto de callejuelas y encrucijadas de aquel viejísimo barrio. La primera descarga de los Mozos de Escuadra hizo caer once artilleros y algunas acémilas. Fué tan intenso el tiroteo que desde todas partes se hacía, que los soldados tuvieron que guarecerse en los huecos de las casas, dejando abandonadas las piezas de artillería mientras los mulos regresaban solos a las cuadras del cuartel.

Fué una gesta heroica. Fernández Unzúe no podía estar expuesto en medio de las calles esperando llegase la fuerza de infantería que había de servirle de protección y se decidió a entrar solo con sus cañones y sus artilleros en la plaza de la República y allí maniobrar bajo el fuego del enemigo.

Para Fernández Unzúe todo encomio es pequeño, por su valor, su serenidad y el acierto con que supo evitar bajas entre su gente.

Pero fuerza es reconocer que si los contrarios, muy superiores en número y poseedores de bombas de mano hubieran tenido arrestos, pudieron haber aniquilado en un cuerpo a cuerpo valientemente a aquella cincuentena de artilleros no repuestos aún por lo rápido de la agresión de que les hizo objeto Pérez Farrás al frente de sus Mozos de Escuadra.

Pero pudo más el miedo de los rebeldes que la excelente ocasión de apoderarse de los cañones.

Resulta inaudito que llegase la artillería a la plaza de la República sin protección alguna, mucho antes que la compañía de infantería y la de ametralladoras que había de protegerla. Ello constituye una temeridad que pudo costar carísima.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en aquella famosa noche tan pródiga en emociones y en enseñanzas ocurrieron hechos insólitos e inesperados. No se olvide que la Guardia civil, uno de los más firmes y abnegados puntales de la causa del orden en toda España, había estado dependiendo directamente de la Generalidad y más concretamente de los líderes destacados de Estat Català, que mangoneaban la Consejería de Gobernación y el Orden Público de Cataluña. La Guardia civil fué obligada por la Esquerra a prestar los servicios que más pudieran ofender a su españolismo. Y hubo de rendir honores oficiales a la bandera catalana y tuvo que sufrir la humillación de hacer guardia permanente día y noche ante la bandera de la estrella solitaria de la independencia que ondeaba en la tumba de Macià.

No es, pues, de extrañar, que en los primeros momentos surgiesen tropiezos y

dificultades imprevistos para que el reintegro de la Guardia civil al servicio del Estado, sacudiéndose la férula de la Generalidad, se hiciese con la rapidez y el automatismo que todos hubieran apetecido.

Ni que decir tiene que la Guardia civil no dudó un momento ni dejó pasar un segundo para ponerse al servicio de España tan pronto como Companys declaró el Estat Català. A las ocho y media de la noche bajó a toda velocidad por las Ramblas una camioneta cargada de guardias civiles que, vitoreando a España en medio de los disparos de los *escamots*, se dirigió al cuartel de Atarazanas para hacer constar su entusiasmo y su alegría por verse de nuevo al servicio directo de las autoridades españolas. Era indescriptible la emoción y el contento de los guardias.

El coronel del 19 Tercio fué el primero que llegó al Cuartel de la División para ponerse a las órdenes del general Batet, quien dispuso que se encomendase la defensa del antiguo edificio de Capitanía a una sección de ciento cincuenta guardias civiles llegados del cuartel del Consejo de Ciento. La benemérita ocupó los terrados vecinos a Capitanía, montó allí las ametralladoras y cooperó para combatir a los revoltosos.

En los cuarteles de la Guardia civil se adoptaron medidas de defensa, se arpilleron las ventanas y se formaron parapetos, colocándose ametralladoras en sitios estratégicos. El comandante del puesto de la barriada de la Salud comunicó a sus superiores que podían disponer de todos los guardias, porque las mujeres se ofrecían a defender ellas solas el cuartel, pues conocían el manejo de los fusiles y se sentían capaces de enfrentarse contra los *escamots* separatistas y rechazarlos si es que había alguno que osaba atacar o plantar cara a la benemérita.

En torno a los cuarteles de la Guardia civil y en un radio de doscientos metros, maniobraban pequeñas patrullas de dieciséis guardias que, ocultos en la sombra, daban el alto a los paisanos armados y a los coches y camiones que conducían *escamots* y elementos de Alianza Obrera. De esta manera, a las doce de la noche habían sido detenidos, sólo en el cuartel de Ausias March, 299 paisanos y recogidas más de 400 armas entre cortas y largas. Todos se entregaban a la Guardia civil sin ofrecer resistencia. Tan sólo un automóvil con *rabassaires* procedentes de Esparraguera al pasar junto al monumento de Verdaguer se negó a obedecer la voz de alto y disparó contra los guardias civiles, que repelieron la agresión, entablándose un breve tiroteo, a consecuencia del cual resultaron muertos tres de los ocupantes del coche. Los demás consiguieron huir.

También cerca del cuartel de las Navas de Tolosa se entabló un tiroteo entre la Guardia civil y los revoltosos, matando a tres de éstos e hiriendo a otro.

Y sin embargo, en los primeros momentos el general Batet no pudo utilizar, conforme sus deseos, los valiosísimos servicios de la benemérita. Se dieron órdenes que en un principio no fueron bien interpretadas. Por eso quizás pueda explicarse en parte la temeraria aventura de enviar a la plaza de la República media batería sin las imprescindibles fuerzas de protección.

La Guardia civil no ocupó tampoco los terrados, torreones y demás alturas

próximas a la Generalidad para dominar el paso de las fuerzas españolas. Esta maniobra se tenía que haber realizado antes de la declaración del estado de guerra. Y, según el decreto de aplicación del Estatuto, la Guardia civil prácticamente estaba al servicio de la Generalidad y no podía en aquellos momentos obedecer más órdenes que las dimanadas desde Consejería de Gobernación y desde la Comisaría general de Orden Público, que eran precisamente los focos principales de la revolución separatista.

Era un absurdo contrasentido, urdido y sancionado por los Gobiernos de la República en cumplimiento del malhadado Pacto de San Sebastián.

La Guardia civil no podía, reglamentariamente, obedecer las órdenes directas del general Batet hasta que se hubiese declarado el estado de guerra.

Por esta y por algunas otras circunstancias existían en el Cuartel de la Cuarta División serias preocupaciones, pues hasta las tres de la mañana no se supo con certeza la actitud definitiva de la Guardia civil.

Es más. El general Santiago, jefe de la Guardia civil, no se presentó al general Batet hasta las siete y media de la mañana del domingo. Es decir, una hora y media luego de haber capitulado Companys. Y se presentó vestido de paisano.

El general Batet no adoptó contra él medida alguna disciplinaria. Mes y medio después fué trasladado a Córdoba.

Otro aspecto interesante de la operación militar es el relativo a la fuga de los sublevados. En la Generalidad fueron detenidos Companys, los consejeros del Gobierno de Cataluña y gran parte de los que allí pasaron la noche. Sin embargo, fuerza es reconocer que pudieron escapar todos tranquilamente por la parte posterior del edificio sin que nadie les molestase. Por la puerta que daba a la calle de San Severo estuvieron entrando y saliendo gentes durante toda la noche, hasta que a las tres y media de la mañana Companys mandó cerrar definitivamente aquella puerta. ¿Por qué no la aprovechó él? ¿Es que le pareció poco gallarda la huída? ¿Es que temía caer en una celada que pudiese causarle la muerte segura? ¿Es que al presentarse él a las autoridades quería evitar que otros sufriesen el rigor del castigo que recababa para sí? Además de la puerta de la calle de San Severo pudieron aprovechar la de la parte posterior de la casa de Canónigos que da salida a la plaza de la Piedad.

Lo cierto es que el general Batet se preocupó principalmente de que no se disparase mientras no partiese la agresión de los rebeldes y que al cañonear los edificios se hiciese el menor daño a las personas y a las cosas. Granadas con la espoleta al cero o sin espoleta, salvadas para asustar... Pero a los sitiados les quedaba libre la salida.

En la Consejería de Gobernación ocurrió otro tanto. Fuera del «generalísimo» Dencás, Menéndez, Guarner y Pérez Salas, que huyeron por las alcantarillas, los demás salieron a las siete de la mañana, en pleno día, por la puerta principal del edificio. Tampoco se había tomado ninguna prevención para evitarlo. Claro que había

pocas fuerzas y muchos sitios a que atender.

Surge también la pregunta: ¿Por qué el general Batet no se apoderó de la radio? ¿Cómo quedó ésta toda la noche en manos de los rebeldes?

No cabe por ello criticar la actuación del general.

Sabido es que con anterioridad a la declaración del Estado de Guerra, nada podía hacerse por desposeer al Gobierno de la Generalidad del libre uso de tan importante medio de difusión de su propaganda. Las concesiones hechas por los gobernantes de Madrid permitían que algo tan trascendente y de tan vital importancia para la seguridad y el interés nacionales como los servicios de radiodifusión, pasara, al ser traspasados los servicios, a la Generalidad rebelde. Y conste, que con verdadero empeño procuró mitigar el mal el señor Cid, ministro que fué de Comunicaciones.

Pero el hecho real e indiscutible es que, en estado normal, la radio fué arma legalmente utilizada por la Generalidad para sus propagandas.

Mas al venir el estado de guerra; cuando toda España había podido apreciar los estragos que tal actuación causaba; cuando se veía que la más eficaz labor en pro del alzamiento la realizaban por medio de la radio, cuando por ella se llamaba a las armas y se incitaba a la guerra civil contra la patria, el general Batet inmediatamente acordó que una compañía de Ingenieros saliese a incautarse de las emisoras de Radio, pero hubo de aplazar el intento para cuando amaneciese, en vista de lo descabellado que hubiera sido un avance por las Ramblas de noche y en aquellas circunstancias.

Acaso fuera providencial el retardo. Porque así pudieron estar enterados todos de los apremiantes llamamientos de los caudillos de la sublevación, de su angustia desesperante, de aquel ignominioso «¡Viva España!» de Dencás luego de haber llamado en su auxilio a todas las regiones españolas, a las masas de todas las políticas y a los mismos comunistas y anarquistas.

Bien valía la pena de que aquella noche, para eterna vergüenza de los sublevados, hubiese continuado, como continuó, la radio en poder del Gobierno de la Generalidad.

Algún reparo se opone al general Batet con respecto a la exquisita amabilidad con Companys y los detenidos y a las excusas, quizás excesivas, que les dió, acentuando el sentimiento que le causaba haber tenido que cumplir con su obligación de militar. Por su tono y por sus palabras parecía que el culpable era él y que sus prisioneros eran los vencedores. Sin embargo, es de caballeros y de españoles no extremar el rigor con los vencidos. También causó un tanto de desconcierto la alocución que leyó por la radio al día siguiente. Aquel preámbulo suyo prometiendo no faltar a la verdad y asegurando que sus labios jamás fueron manchados por la mentira, pareció a algunos una fórmula retórica inadecuada en aquellas circunstancias. Estiman que un general en jefe no debe perder un segundo ni gastar un átomo de saliva en hacer protestas de sinceridad, que nadie pone en duda, y que tampoco parecía procedente dar al pueblo catalán, ni al español, ni mucho menos a «la humanidad entera», unas explicaciones que sólo el Gobierno podía exigirle.

Pero la labor de crítica a posteriori es fácil de hacer.

Difícilmente se encontrará un hombre cuya conducta escape a todas las censuras.

Lo cierto es que el general Batet, a pesar de las circunstancias que parecían adversas, logró, con menos de medio millar de hombres, sofocar la rebelión separatista en el transcurso de una noche, causando el mínimo de daños personales y materiales.

¿Que la medrosidad de los *escamots* le facilitó la faena? Ciertamente. Pero nosotros estamos convencidos de que si hubiera hecho falta emplearse más a fondo, el general Batet no hubiera titubeado en sofocar la rebelión haciendo uso de la máxima violencia y de la más decisiva energía.

Quizás no sea tan digna de elogio su excesiva condescendencia, que podría parecer debilidad o prurito catalanista, después de sofocada la rebelión, en pleno estado de guerra.

XII

CÓMPLICES DE LOS SEPARATISTAS

Cuarenta años de predicación catalanista. —El rigor desatentado de la Dictadura. —Pacto de San Sebastián, República, Estatuto. —Moscú y Amsterdam ordenan adoptar la táctica separatista. —La figura siniestra de de Azaña. —El «pacto de la Font del Lleó». —¿Se quiso secuestrar a Azaña en San Hilario de Sacalm? —Los íntimos de Azaña, sublevados. —Campana impunista.

Cómplices de los separatistas han sido todos los políticos españoles que dieron beligerancia a los prohombres del catalanismo desde hace cuarenta años, en detrimento de quienes enarbolaban en Cataluña, como cosa fundamental y básica, la bandera española por encima de todos los amores regionales. También alcanza responsabilidad a quienes por pasión política obstruyeron, hasta hacerle fracasar, los esfuerzos de don Antonio Maura por imponer su famoso proyecto de Ley de Administración local. Al cabo de veintiséis años, sigue teniendo actualidad aquel proyecto de Maura, que quizás sea aún la solución definitiva del problema catalán. La autonomía de Municipios y su mancomunidad por comarcas, satisfaría plenamente las ansias autonomistas de toda Cataluña con excepción, claro es, de los mangoneadores políticos, que necesitan crear el centralismo barcelonés para su medro personal. Pero eso lo repudian las comarcas. En cambio, dar personalidad geográfica, histórica y administrativa a la comarca de Vich, a la del Vallés, y a la de Manresa, y a la del Plá de Bages, a la del Ampurdán y a la de Tortosa, etc., sería hacer una obra típica y tradicionalmente catalana, que alejaría para siempre al fantasma separatista y satisfaría a Cataluña mucho más que ese absurdo Estatuto de la Esquerra que creó en Barcelona una copiosa e inútil burocracia, tan innecesaria como cara. Es una realidad innegable la prevención, la animosidad, el encono que hay en todo el campo y en las comarcas de Cataluña contra el «barcelonismo».

Cómplices de los separatistas de ahora han sido la mayor parte de los políticos españoles de las tres últimas décadas, que se prestaron a ser juguete de los catalanistas a pesar de la diáfana claridad con que Prat de la Riba proclamó en *La*

Nacionalitat Catalana sus ansias y sus propósitos separatistas en forma que al más necio no le podía caber duda de sus intenciones.

Incluso la Dictadura cometió errores fundamentales en lo que respecta al problema catalán. Prestó demasiada atención a lo superficial e inocuo y permaneció impasible ante la labor eficaz y perseverante de los intelectuales y políticos antiespañoles bien pertrechados en los organismos culturales y administrativos del Estado. Fué una torpeza análoga a la que se cometió en Madrid dando a los socialistas puestos de privilegio y de organización.

Lástima que en este sentido no se siguieran las orientaciones políticas que sustentaban hombres como don Fernando Alvarez de la Campa, quien por cierto realizó una acertada obra de saneamiento administrativo al frente del Municipio de Barcelona de 1924.

En Cataluña, la actuación de la Dictadura, a pesar de su buenos deseos sobreexcitó la sensibilidad «patriótica» de los catalanistas.

El exceso de atención que prestaban los gobernantes a mil pequeños incidentes sin importancia dió lugar a que se convirtieran en símbolos de rebeldía la bandera catalana y las canciones místicas de Mossén Cinto Verdaguer y hasta las sardanas. Mejor hubiera sido que, en vez de perseguirse la bandera catalana se le hubiese dado carácter de cosa históricamente españolísima como son la «Señera» de Valencia, las «barras» de Aragón, las «cadenas» de Navarra y el «león rampante» y la «madeja» de Sevilla y todos los símbolos heráldicos del escudo de España. El Rey, en sus viajes por Cataluña, debió acaso llevar en su coche el guión de las cuatro barras con preferencia al pendón morado de Castilla, pues por su jerarquía era Rey de Castilla y Aragón y conde de Barcelona. Y en el Palacio Real de Pedralbes debió ondear con la bandera nacional la de las cuatro barras. Nada se hubiera perdido si el propio Rey hubiese izado en lo alto de la Exposición de Montjuich, junto a la bandera española, la bandera catalana.

Con eso, esta última no hubiese llegado a ser símbolo de rebeldía contra España.

E igual debió ocurrir con las sardanas y con todas las manifestaciones folklóricas de Cataluña, impidiendo sirviesen de excusas para acentuar el hecho diferencial. Y en Madrid debieron organizarse con carácter oficial fiestas regionales, en las que se otorgasen premios a la mejor sardana y a la mejor jota e incluso al mejor fandanguillo. Albéniz, Granados y Vives, los tres grandes músicos catalanes que tan españolísima obra musical realizaron, debieron servir de ejemplo muy digno de atención. Hasta los Juegos Florales de Barcelona, en vez de ser prohibidos hubieron debido ser hábilmente subvencionados por el Estado, a fin de hacer de ellos algo que, dentro de su regionalismo, fuese eminentemente español. Por eso la obra, bien intencionada de la Dictadura, lejos de resolver el problema lo agravó, pues al socaire de esas prohibiciones infantiles, desaires y desatenciones, se forjó un ambiente popular, torvo y hostil, de incontenible rebeldía, de creciente separatismo.

Maciá, el teniente coronel que levantó en Prat de Molló partidas armadas contra

España, fué el hombre símbolo de los descontentos de la Dictadura.

Pero los cómplices principales del separatismo, los que más contribuyeron a la labor desespañolizante de Cataluña, fueron los que, a conciencia del mal que hacían, suscribieron el malhadado Pacto de San Sebastián. Hombres que se habían distinguido por su españolismo anticatalanista; hombres que habían hecho gala en plenas Ramblas de su fervoroso e inquebrantable amor a España frente a la fobia de los nacionalistas que encubrían con más o menos disimulo el ansia de la independencia; hombres que temblaron de indignación y compusieron grandilocuentes discursos parlamentarios ante el propósito de crear la Mancomunidad catalana, que se les antojaba como un delito de lesa patria, como un atentado contra la unidad española establecida por los Reyes Católicos; hombres que de su anticatalanismo hicieron culto, no vacilaron en firmar un pacto con los más destacados paladines del separatismo.

Y cuando, por virtud de lo pactado, el Comité revolucionario proclamó la República, lo hizo porque horas antes Maciá había proclamado la República Catalana y había comunicado a todas las Cancillerías el hecho de la independencia de Cataluña. Ciertamente es que luego Nicolau d'Oliver, Marcelino Domingo y Fernando de los Ríos, como embajadores plenipotenciarios del Gobierno de Madrid, consiguieron de Maciá que transigiese, convirtiendo la República Catalana en la Generalidad de Cataluña.

Pero España había hipotecado ya su soberanía sobre Cataluña, y en Cataluña, desde el presidente Maciá hasta el último propagandista de Nosaltres Sols, se enfrascaron en una vigorosa campaña separatista que se hacía públicamente a la faz del día, sin ambages ni rodeos, enarbolando en plena calle y en las ceremonias oficiales la bandera catalana con la estrella solitaria.

Luego se dió el espectáculo de la discusión y aprobación del Estatuto. Con sus mil incidencias que serían desconcertantes y hasta divertidas si no hubieran traído tan trágico final.

Y en el salón de Sesiones del Congreso vimos lloriquear en defensa del Estatuto, no ya a Amadeo Hurtado y a Companys, sino a Ossorio y Gallardo, el que cuando fué gobernador civil de Barcelona, en los años 1907 a 1909, daba órdenes severas a sus guardias para que impidiesen a cintarazos las manifestaciones catalanistas ante la estatua de Rafael Casanova, los 11 de septiembre. Paladines del Estatuto de los separatistas fueron los personajes que años antes protestaban de la Mancomunidad catalana y aun el propio don Alejandro Lerroux, que llegó a imponer su autoridad, obligando repetidas veces a su minoría a votar lo que a todas luces repugnaba a sus conciencias de españoles.

Miguel Maura hizo un pedestal de su antiestatutismo. Se hicieron famosos sus discursos y sus frases y sus desplantes en el Parlamento y en la calle. Pero después afirmó que se había equivocado y se confesó entusiasta partidario de un Estatuto que puso todos los resortes de la autoridad y del Poder en manos de Estat Català para

hacer la guerra a España.

También los socialistas y comunistas de todas las tendencias adoptaron la táctica separatista como el mejor y más eficaz medio de hacer la revolución. En Cataluña la Alianza Obrera hacía competencia a Estat Català y a Nosaltres Sols, en su obsesión separatista. Moscú dió orden de fomentar el separatismo en Cataluña, en Vasconia, en Galicia y hasta en Valencia y Aragón. El pasado verano, Indalecio Prieto, del brazo de los ultracatólicos separatistas vascos, entonó con hipócrita voz de sochantre el *Guernikako arbola*, sin perjuicio de que luego de la fracasada revolución, se descubriese que en las listas negras de los socialistas de Bilbao figuraban en primer término, para ser ejecutados sin formación de causa, los diputados Aguirre, Monzón y demás personajes bizcaitarras que habían estado coreando llenos de emoción y de entusiasmo los inesperados y en él inconcebibles «acordes» de Indalecio Prieto.

Pero entre todos los cómplices de la Esquerra separatista destaca Azaña. El fué el paladín más decidido del Estatuto. Por los votos de la Esquerra, indispensables para el «quorum» parlamentario, hizo caso omiso del unánime clamor de España. Entonces es cuando afirmó que no le importaba «la calle». Y aprovechó la coyuntura de la «sanjurjada» del 10 de Agosto para suspender ciento diez periódicos, entre ellos los más importantes y de mayor tirada en Madrid, que más se distinguían por su oposición al Estatuto y que más ahincadamente predecían que con el tiempo cada uno de los capítulos del Estatuto se habrían de convertir en terribles armas ofensivas de rebelión contra el Estado. Y así, precipitadamente, a mata caballo, ahogando el clamor unánime de todo el país, amordazando a la prensa española, guillotinando los debates parlamentarios, consiguió Azaña aprobar el Estatuto. Era el cumplimiento del Pacto de San Sebastián con los separatistas. Era la consigna categórica e ineludible de la secta masónica.

Al mismo tiempo, Azaña, desde el Ministerio de la Guerra, trituraba al Ejército e intentaba dejarlo incapaz de poder sofocar en un momento dado la sublevación socialista y separatista que pudiera estallar algún día en España. En Barcelona, población de más de un millón de habitantes, sólo quedaba una guarnición de poco más de tres mil soldados, deficientemente instruidos y con armamento viejo, incompleto y a todas luces insuficiente. Si no hubiera sido por el miedo insuperable, por el pánico cerval del *Exèrcit Català* y de sus jefes; si detrás de cada uno de los cincuenta mil fusiles que tenían los separatistas en Barcelona hubiera habido un valiente; si se hubiera sabido hacer un mediano uso de tantas armas y tantas municiones, y ametralladoras, y bombas, y dinamita, y gases asfixiantes, las tropas españolas habrían sido totalmente aniquiladas en sus propios cuarteles y el alzamiento de los *rabassaires*, constituídos en Somatén por la Esquerra, habría convertido el campo y las montañas de Cataluña en un volcán.

El ejército, triturado por Azaña, no hubiera podido soportar, dentro de unos meses, el movimiento revolucionario y separatista, si, como se pretendía, hubiera estallado simultáneamente y con igual furor y virulencia en Asturias, y en Cataluña, y

en Extremadura, y en Galicia, en las Vascongadas y en Aragón... Afortunadamente no ha sido así, y el levantamiento socialista y separatista sólo ha revestido caracteres de guerra civil en Asturias. En Cataluña fué una vergonzosa fuga a la desbandada de los separatistas.

Las reformas en el ejército, el contrabando de armas y la Comisión de Industrias Militares fueron los tres más firmes puntales con que Azaña cimentó eficazmente la revolución.

¿Qué hacía Azaña en Barcelona el día de la sublevación y en las semanas anteriores? ¿Cuál fué la actuación de Azaña en orden al movimiento?

Azaña tenía plena consciencia de lo que se tramaba.

Ya recién aprobado el Estatuto, cuando Azaña, a la sazón jefe del Gobierno, se trasladó a Barcelona para hacer entrega de la nueva ley al Gobierno de la Generalidad y recibir los aplausos del pueblo catalán agradecido, Azaña pudo percatarse, sin género alguno de duda, de los propósitos francamente separatistas que animaban a los gobernantes de Cataluña.

Uno de los festejos que se organizaron con motivo de la estancia de Azaña en Barcelona consistió en un banquete de gala en la Casa Lonja. Fué un banquete espléndido, a veinte duros cubierto. Más de doscientos comensales de lo más encopetado de la Esquerra. Lo más interesante había de ser los discursos de Maciá y de Azaña. Maciá había puesto sus cinco sentidos en aquella pieza oratoria, llamada a ser histórica. Consultó a los prohombres del catalanismo izquierdista, perfiló una y cien veces las cuartillas, de acuerdo con las opiniones del Consejo de la Generalidad, que estuvo deliberando minuciosamente acerca de cada concepto y de cada palabra. Maciá y sus consejeros estaban satisfechos de aquella obra.

Pero Azaña tuvo el capricho de conocer de antemano el texto de tan estudiado discurso. Maciá ordenó le fuese llevado al hotel, y se dió el caso insólito de que aquella pieza literaria no fuera del agrado de Azaña, quien, ante la estupefacción de todos, prohibió terminantemente que tal discurso fuera leído.

No se conformó Maciá con que se le enmendase la plana. «Azaña —decía— será muy dueño de corregir sus discursos en castellano que haya de pronunciar en Madrid, pero él no es quién para oponer reparos a los discursos que en catalán quiera leer el presidente de la Generalidad en Cataluña.»

Y llegó la hora del banquete, y, todavía estaban forcejeando los dos personajes. Azaña no transigía en manera alguna con una frase que él consideraba intolerable en su presencia, ya que en ella afirmaba Maciá que el Estatuto era un paso gigante, una conquista definitiva para que Cataluña consiguiese la total independencia de España. Maciá no se avenía a retirar tal frase que, al fin y a la postre, reflejaba la estricta verdad por todos conocida y sentida. Tuvo Azaña que imponerse, amenazando con que si Maciá leía aquella frase él se levantaría para declarar que quedaba en suspenso el recién aprobado Estatuto y regresaría inmediatamente a Madrid sin más protocolos ni contemplaciones. Aquella comida de gala en la Casa Lonja de Barcelona comenzó

con tres cuartos de hora de retraso, y aunque el menú era succulento podemos afirmar que se indigestó a no pocos. Seguramente Azaña sintió recrudecerse su afección hepática. El jefe superior de Policía no ocupó su asiento oficial en el banquete. Mandó un representante suyo, mientras él quedaba en la calle por si había de disponer el inmediato regreso de Azaña a Madrid y protegerle contra los comensales. No se leyó el discurso ni desapareció el ceño entre el ilustre invitado y sus anfitriones. Mas Azaña quedó bien percatado de cuáles eran los propósitos de los prohombres de la Esquerra al recibir el Estatuto aprobado por las Cortes Constituyentes.

Unos meses después, a raíz de las elecciones de 19 de noviembre (en que el cuerpo electoral infligió rotunda repulsa a los gobernantes del bienio azañosocialista) cuando la mayor parte de los ministros y personajes influyentes en aquella época quedaron sin actas; cuando el propio Azaña, rechazado de todos los distritos, obtenía un acta de último lugar en Bilbao a la sombra de Indalecio Prieto, regateando los votos al socialista Zugazagoitia, que por deferencia a Azaña se quedó sin acta), Azaña, Prieto, Casares Quiroga y Marcelino Domingo fueron a Barcelona a proclamar, como ya hemos recordado, en un mitin monstruo en la Plaza de Toros Monumental, que Cataluña era el último baluarte de la República. No recataron sus halagos a los separatistas, sus propósitos de rebeldía, y sus acres, irrespetuosas y hasta delictivas censuras contra el presidente de la República y contra la soberanía de las Cortes.

Y, aunque insistamos en lo que ya tenemos dicho, recordaremos que en la sobremesa de la comida íntima celebrada en la Font del Lleó, y en otras reuniones más o menos reservadas, los hombres del «bienio» hicieron con los separatistas un nuevo pacto, consecuencia histórica del de San Sebastián: Para impedir cualquier posible intento de gobierno Gil Robles o de una participación de las derechas en la República, Companys proclamaría, cuando el caso llegase, la República Catalana, y los socialistas promoverían la huelga general revolucionaria que imposibilitaría la movilización militar contra los separatistas catalanes.

Este plan no se pondría en práctica hasta que Azaña declarase que era el momento oportuno para obrar con eficacia.

Consecuencia de este pacto fué el cambio de orientación de los socialistas de toda España en favor del separatismo. También Moscú dió orden de que los comunistas adoptasen en España la táctica de fomentar los separatismos. Largo Caballero, que tan violentas y contundentes discusiones había tenido con los de la Unión Socialista de Cataluña, por las tendencias nacionalistas de éstos, cedió el paso a Indalecio Prieto, que no sentía escrúpulos en aliarse con los nacionalistas vascos y catalanes y entonar el himno «cavernícola» y «retrógrado» del *Guernikako arbola*.

Azaña estaba al tanto de todo esto, que era público y notorio, incluso para aquellos que no habían asistido al Pacto de la Font del Lleó.

Así prepararon la revolución, unidos Azaña, la Esquerra y los socialistas.

Llevando a la práctica este acuerdo, se recordará que ya en el mitin de las

Juventudes de Izquierda Republicana, celebrado en el Teatro Pardiñas, de Madrid, el domingo primero de julio de 1934, se hizo la declaración de que sólo se harían alianzas y uniones políticas con los socialistas y con la Esquerra. Y que en el propio mitin Azaña afirmaba: «El verdadero interés republicano, el nacional, defensor del interés colectivo de toda España, está en Barcelona...» «Antes que la República sea convertida en botín del fascismo o de los monárquicos preferimos cualquier catástrofe, aunque nos toque perder...» «Aun queda mucha sangre por derramar... para fecundar muchos terrenos republicanos y que la República vuelva a surgir pujante, vigorosa y guardadora del honor de España.» Se trata de un discurso cuya lectura resulta interesantísima después de los sucesos de la noche del 6 al 7 de octubre.

Y Azaña fué estrechando sus relaciones con Companys y los políticos de la Esquerra en todo el período de preparación de la insurrección armada contra España. E iba y venía con frecuencia a Barcelona y pasaba largas temporadas buscando alivio a su hígado en San Hilario de Sacalm, donde los agüistas no cesaban de hacerle desaires, pero donde los gobernantes de la Esquerra no desperdiciaban ocasión de atenderle y obsequiarle.

Se temió pudiera ser objeto de un atentado y se le rodeó de un especial servicio de vigilancia. Parece que había un complot de algunos exaltados de la F. A. I. y de fuera de la F. A. I. para secuestrar a Azaña, tatuarle las palabras «Casas Viejas» en la frente y «dejarle suelto» en una carretera de Aragón para que fuese andando hasta un pueblo que tuviese estación de ferrocarril. La policía de la Generalidad extremó su celo en torno a Azaña para librarle de las asechanzas de sus enemigos en forma que tres veces al día tenían que comunicar los agentes a la Consejería de Gobernación que no ocurría novedad al político alcalaíno.

Y Azaña continuaba colaborando con quienes se alzaban en franca rebeldía contra el Gobierno Samper y desacataban al Tribunal de Garantías y predicaban sin ambages ni rodeos la guerra civil. La amistad con Azaña no les sirvió de freno en su frenesí separatista. Los periódicos más adictos a la política y a la persona de Azaña —como *La Rambla*— fueron los que hicieron mayor alarde de entusiasmo bélico.

Al plantearse la crisis del Gobierno Samper y encargar el Presidente de la República el Poder a Lerroux con ministros de la C. E. D. A., la Esquerra decidió ir ya a la revolución. Los separatistas catalanes que habían conseguido su Gobierno de la Generalidad, y su Parlamento catalán, y su Policía, y la Instrucción pública, y la Justicia municipal, y tantas otras cosas que se mangoneaban sin control ni intervención de España, no se resignaban a perder su control y su intervención en el Gobierno de Madrid. La Esquerra, que no permitía que nadie, ni las Cortes ni el Tribunal de Garantías se inmiscuyesen en las cosas de Cataluña, no estaba dispuesta a permitir que las derechas influyesen en España ni que se constituyese en Madrid Gobierno alguno que no fuese del completo agrado de los separatistas.

Y a la reunión que celebró el Gobierno de la Generalidad para adoptar medidas de

violencia contra la libre determinación de España, fué llamado y acudió Azaña quien, acompañado de Lluhí Vallescá llegó al palacio de la Generalidad a las dos menos cuarto de la madrugada. No era la hora más a propósito para visitas de cumplido. Allí permaneció hasta bien entrado el día siguiente y tomó parte en las deliberaciones en torno a proclamar de nuevo la República Catalana. Se asegura que a iniciativa de Azaña se adoptó la fórmula de «Estat Català dentro de la República Federal Española».

La Generalidad, en los momentos más difíciles, ponía especial empeño en mantener contacto con Azaña y mimarle y atenderle. Así, a las cuatro veinticinco de la madrugada del sábado día 6, quedó dispuesta una guardia policíaca en el Hotel Colón al servicio de Azaña.

A las siete de la mañana del mismo día se pidieron refuerzos para la guardia de Azaña. Por cierto que en la Comisaría general de Orden Público se dió el caso pintoresco y significativo de que ningún *escamot* se prestaba a realizar tal servicio. Todos alegaban estar cansados; ninguno quería rebajarse a servir al político castellano. Pero la Generalidad dispuso ese homenaje en honor de su aliado y fué preciso obedecer. Casi hubo un plante de policías...

A última hora, cuando todo estaba preparado y el golpe era inminente, Azaña se acobardó. Sintió un invencible pesimismo. No le inspiraban la menor confianza Dencás ni Badía, como generalísimos de aquella caterva de *escamots* que pululaban por las calles de Barcelona armados hasta los dientes y haciendo guardia de honor a las puertas del Hotel Colón donde se hospedaba Azaña. Este había expresado su desconfianza a Companys. Pero ya era tarde. No es que se mostrase contrario al movimiento ni que sintiese escrúpulos de fidelidad a la Constitución y a la integridad de España. No. Es que él dudaba del valor personal de los separatistas y abrigaba serios temores de fracaso con todas sus desagradables consecuencias. Es que le entró un horripilante pavor a que el Gobierno fuese a hacer con él lo que él hacía con cuantos se sublevaron contra su omnímodo poder en los días de las Cortes Constituyentes.

En vísperas de estallar el movimiento y aun el mismo día 6 de octubre estuvo Azaña en contacto continuo con Lluhí, con Menéndez y con otros cabecillas de la insurrección.

A nadie le pasaba desapercibida esa actividad de Azaña y esta íntima camaradería con los separatistas catalanes.

Existe un acta de la Junta celebrada por la Directiva de Acción Republicana de Barcelona bajo la presidencia de Azaña y con asistencia de Bello, durante la tarde del día 6, en el Hotel Colón. Esta Junta terminó (según en la misma se hace constar) media hora antes de que Companys proclamase el Estat Català. Azaña salió del Hotel inmediatamente a esconderse en lugar seguro (cosa que también hizo por su parte Luis Bello) sin cumplir el acuerdo principal de la reunión que consistía en disuadir a Luis Companys del propósito de sublevarse. Pero a pesar de ello, Azaña ni vió al

entonces Presidente de la Generalidad ni denunció al Gobierno de Madrid el complot de que tenía noticia tan cierta.

No menos significativa es la participación de los amigos y correligionarios de Azaña en la revuelta. Arturo Menéndez, capitán de Artillería, director general de Seguridad durante el bienio famoso y hombre de la especial amistad y predilección de Azaña, principalmente desde la famosa represión de Casas Viejas, colaboró asidua y eficazmente con la Esquerra desempeñando un puesto de confianza en la organización de los Somatenes y, por lo tanto, en la adquisición de armas y municiones para dotar a los *rabassaires* y *escamots* que eran improvisados somatenistas mediante carnets en blanco, sin atender las formalidades y requisitos esenciales que exigía el Reglamento. Arturo Menéndez, después de estar con Azaña en el Hotel Colón se dirigió, luciendo su uniforme de artillero, al antiguo edificio del Gobierno civil para disponer la defensa del mismo, a las órdenes de Dencás y de Badía en calidad de generalísimos. Y allí estuvo Menéndez toda la noche tomando parte activa en la rebeldía hasta que, noticioso de que Companys capitulaba, huyó por la cloaca para escapar del Consejo de Guerra.

Y con él los comandantes Bosch y Pérez Salas y el capitán Guarner, cuya gorra fué encontrada al día siguiente cubierta del polvo de los sacos terreros que en las ventanas y balcones servían de parapeto a los que disparaban sus fusiles contra las tropas españolas.

Correligionarios o simpatizantes de Azaña eran Pérez Farrás, Bosch, el teniente coronel Ricart y la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército, que han sido condenados por el Consejo de Guerra y que han sido reclamados en rebeldía.

Frecuentemente iba Azaña al Ateneo Fénix de la calle de Aviñó, donde están domiciliadas diferentes logias masónicas a las que pertenecen Prieto, Companys, Menéndez y la mayor parte de las personalidades complicadas en el movimiento. Presidente de una de esas logias es el comandante Soriano, quien después ha sido comisionado por la autoridad militar para realizar determinadas averiguaciones judiciales con motivo de los sucesos en que estaban comprometidos sus subordinados en jerarquía masónica.

Desde el primer momento se ha puesto especial empeño por descargar de responsabilidad a Azaña. A poco de detenido se decretó su libertad por considerársele inocente de toda culpa. Y si quedó preso en el barco fué a requerimiento de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, que encargó al magistrado señor Alarcón el sumario por el alijo de armas descubierto en Asturias.

Y esa campaña impunita parece continuar y halla valedores en Madrid. Se buscan firmas para pedir la libertad de Azaña; se hará campaña de prensa y se ejercerán todas las presiones e influencias de que la Masonería pueda hacer uso para salvarle de toda responsabilidad.

Pero la conciencia pública no se engaña.

España entera ha podido ver de perfecto acuerdo unidos a Azaña y a la Esquerra.

Los barceloneses están enterados de los conciliábulos habidos hasta el último momento entre el hombre siniestro y los que prepararon y consumaron la rebelión secesionista. ¿Qué importa que en los últimos instantes se acobardara, si había coadyuvado al movimiento, lo había alentado y preparado?

Su arrepentimiento sólo tiene un adelanto de horas en relación al de todos los autores directos de la insurrección. También Companys, Pi, Dencás, etc., se arrepintieron, y bien amarga y desesperadamente, de haberse lanzado a él. Pero fué unas pocas horas después, cuando vieron su fracaso y su derrota.

XIII

Decepcion entre los catalanistas

Tras el pesimismo, la esperanza. —Represión paternal. —Los «rabassaires» pagan. —La Esquerra, partidaria del Tribunal de Garantías. —Gassol no es separatista. —Propaganda de impunidad. —Los policías de la Generalidad, dispuestos a volver a sus cargos. —El jefe superior de Policía cesa en su cargo. —La detención de Azaña. —Sentencias de muerte. —Indultos. —La Esquerra, dentro de la legalidad.

En los dos primeros días, a raíz de sofocada la insurrección, vivieron los elementos separatistas, y en general los catalanistas de todas las tendencias, un profundo pesimismo, un convencimiento de que el Estatuto había caído deshecho como un cadáver más entre los escombros de los bombardeos.

Todo parecía irremisiblemente perdido. Cataluña, sin Gobierno de la Generalidad y en pleno desconcierto social, económico y político; después de tres años y medio de mando de la Esquerra, no tendría más Estatuto ni más autonomía que lo que el Parlamento y el Gobierno de Madrid decidiesen.

Del movimiento subversivo de Cataluña sólo quedaban tres cosas, a cual más lamentable: la loca insensatez del Gobierno de la Generalidad, la falta total de gallardía por parte del ejército catalán y el alarde espeluznante de refinada crueldad, de instinto salvaje, de saña criminal de que dieron muestras los separatistas disparando con balas «dum-dum» contra la tropa.

Los primeros momentos que siguieron a la capitulación de Companys fueron de estupor entre los catalanistas. No podían creer lo que veían. Se habían creído a pies juntillas cuantos infundios propagó la radio. Los ingenuos separatistas estaban convencidos de que la artillería se había pasado a los rebeldes y de que los *escamots* salían a copar las fuerzas españolas sitiadas en la calle de Jaime I. ¡Como si no estuviera allí el comandante Fernández Unzúe! Las llamadas desesperadas de Dencás y el «¡Viva España!» por la radio causaron sorpresa; la capitulación de Companys les llenó de desconcierto. Fué un demasiado rápido despertar a la realidad.

Al día siguiente, el pesimismo invadía a todos. Estaban abochornados. La derrota

parecía rotunda, absoluta y terminante. Por todas partes surgían estrategias de café, que pretendían explicar los errores cometidos y cuál debiera haber sido el plan táctico que no habría fallado. Todos consideraban una grave equivocación no haber contado con la alianza de la F. A. I. Y eran muchísimos los que se consideraban traicionados por Companys y, sobre todo, por Dencás y Badía. No faltaba quien, con la mayor ingenuidad, creía que la misión del ejército español en este caso era ponerse al lado de quienes pretendían desmembrar a España.

Comenzaron a conocerse detalles descorazonadores. Dencás y Badía no habían puesto en práctica el plan estratégico que el día 4 habían expuesto a sus amigos del Casal Catalanista de la calle de Cortes y que a todos les había parecido admirable. Consistía tal plan en llevar 15.000 hombres armados en camiones a las carreteras fronterizas para luego levantar los pueblos y trasladar el Gobierno de la Generalidad a un lugar inexpugnable como el Santuario de Queralt.

También se supo que en el Centro de Dependientes había 300 socios, que cuando vieron montar el cañón pidieron auxilio a Dencás, quien les anunció la salida de 500 hombres armados del cuartel general de Novedades. Pero tal refuerzo no llegó. Y en el momento decisivo desertaron los defensores del C. A. D. C. I., quedando sólo 17 fanáticos capitaneados por Compte y González Alba. Ambos murieron en la porfía. El último destrozado por una granada.

Se afirmaba también que aquella noche, durante las horas de miedo, algunos de los más relevantes personajes de la Esquerra que ocupaban altos cargos de representación, sufrieron soponcios y desmayos de pánico y juraron no volver a intervenir más en la política.

Todo ello contribuía a aumentar la decepción y la vergüenza de la derrota.

Poco a poco, los pesimismos y la desolación fueron disminuyendo. Los periódicos de la Esquerra contribuyeron no poco, con sus chanzas, a la situación militar, y con sus comentarios optimistas y con grandes retratos de Companys, a levantar el espíritu de los vencidos. Hasta se les dijo que lo ocurrido no era si no un paréntesis en la lucha que ha de llevarles a la victoria final.

Por otra parte, la represión gubernativa era paternal. ¡Ni más ni menos que la ferocidad de Azaña a raíz de lo del 10 de agosto! No hubo castigos de carácter extrajudicial. Ni intervino el Gobierno en castigar a los que él creyera culpables. No hubo presos gubernativos, ni deportaciones en masa, ni encarcelamientos prolongados durante largos meses, ni confinamientos a las Hurdes... el Gobierno de Madrid se inhibió de toda venganza y persecución. Sólo actuaron jueces militares. Ni siquiera hubo gran prisa ni celo en detener a los presuntos culpables. Incluso los que habían intervenido directamente en los sucesos —como el diputado Tauler y los elementos del grupo de L'Opinió— fueron puestos en libertad seguidamente, si bien luego —quizás por indicaciones de Madrid— fueron nuevamente encarcelados.

Pronto se supo que las consecuencias de la derrota no eran tan catastróficas para el catalanismo. El Estatuto no se ha perdido. Los políticos de Cataluña y los de

Madrid ponen especial empeño en respetar la legalidad. Tan pronto como pase la anormal situación del estado de guerra volverá a tener Cataluña su Gobierno de la Generalidad y su Parlamento, y, sobre todo, su enseñanza. Y, más o menos trabajosamente, se irá salvando todo lo que se creía irremisiblemente perdido.

En Madrid y Barcelona se celebraron varias reuniones de los más significados elementos de la Lliga, Acció Catalana, Unió Democràtica de Catalunya y Esquerra para ocuparse del futuro e inmediato Gobierno de la Generalidad y del Ayuntamiento de Barcelona. Por lo que se refiere a la Generalidad se proyectó la continuación de ésta presidida por el señor Martínez Domingo como vicepresidente segundo del Parlamento y con un Gobierno a base de los partidos catalanistas citados y de los radicales, que en estos últimos tiempos se muestran tan solícitos, propicios y «comprensivos» con los catalanistas.

Los *rabassaires*, tan levantiscos y agresivos, depusieron su actitud de jactancia y rebeldía tan pronto como tuvieron noticias de que, vencida la rebelión de Companys había que someterse a las sentencias del Tribunal de Garantías Constitucionales, a las decisiones del Gobierno de Madrid, a los contratos y a los fallos de los Tribunales. Durante dos días pareció que el problema del campo en Cataluña había quedado radicalmente resuelto.

Pero de nuevo volvieron los *rabassaires* a su indisciplina. La capitulación de Companys no había traído consigo el hundimiento de todo el tinglado autonómico. No se procedió al desarme en los pueblos, ni a la recogida de carnets del Somatén... No eran destituidos ni los alcaldes, ni los jueces municipales, ni los fiscales nombrados por la Esquerra entre separatistas, *escamots* y *rabassaires*. Ni siquiera fueron disueltas las Comisiones Gestoras que creó la Esquerra y que constituyen una de las más graves tachas de inconstitucionalidad de la ley catalana de Contratos de Cultivo, que declaró nula el Tribunal de Garantías. Y la Unión de Rabassaires, que no fué disuelta ni siquiera molestada, a pesar de sus antecedentes revolucionarios y su actuación de rebeldía, aconsejó a sus socios persistiesen en su actitud como si nada hubiese ocurrido. Más tarde, con motivo de un bando del general Batet, conminando a los *rabassaires* con castigar a los que no cumpliesen los contratos y las sentencias de los Tribunales ordinarios, algunos *rabassaires* se hicieron los remolones, a fin de demorar el pago de sus rentas. Bastaron, sin embargo, unas cuantas detenciones y procesamientos para que todos depusiesen su actitud.

Por primera vez, desde la proclamación de la República, los propietarios rústicos de Cataluña cobraron sus rentas. Algunos *rabassaires* pagaron, además, parte de sus deudas.

Era el único aspecto de la vida catalana en que se apreciaba la eficacia de la represión del 6 de octubre.

Por lo demás, todo volvía a su estado anterior. Ciertamente no se exhibían ya banderas separatistas con la estrella soberana de la independencia y que las emisoras de radio no terminaban sus sesiones con *Els Segadors*, sino con sardanas. Pero en

todo lo demás iba resurgiendo el espíritu anterior al 6 de octubre. Y en las tertulias separatistas se daba la consigna de que «el Gobierno de la Generalidad seguía reunido en sesión permanente a bordo del *Uruguay*».

Pero lo cierto era que el Gobierno de la Generalidad estaba hartó preocupado y cariacontecido procurando soslayar responsabilidades y moviendo todos los resortes para que no le juzgara el Consejo de Guerra, sino el Tribunal de Garantías Constitucionales.

¡Habían pasado sólo cuatro meses de la aparatosa y estridente rebeldía de la Generalidad contra el Tribunal de Garantías Constitucionales!

Era repelente el espectáculo que daban aquellos hombres procurando descargarse unos contra otros su propia responsabilidad. Las delaciones se multiplicaban. Cada uno procuraba exculparse, aun perjudicando al compañero. Companys hubo de saborear las amargas hieles de la traición y de la ingratitud.

Ventura Gassol, con voz lastimera, aseguraba al juez que él no es ni ha sido jamás separatista... Santaló dió una pintoresca explicación para probar la coartada. Según él aquella noche estuvo paseando por el campo y disfrutando de la soledad de un bosque... ¿Cenar?... Sólo cenó un pedazo de pan y una onza de chocolate que se encontró por los bolsillos... Lluhí Vallescá alegaba que en los cajones de su mesa de despacho se encontrarían escritos y documentos probatorios de su candorosa inocencia.

Los únicos culpables de todo resultaban ser Dencás y Badía... sin duda porque habían logrado escapar.

Companys, sin embargo, es quien con más serena firmeza ha mantenido la dignidad de su cargo.

Mientras tanto, se intensificaba la labor de impunismo. Muchos de los que más activamente estuvieron cooperando a la revolución campaban libremente por sus respetos, como si no hubiesen delinquido. Los miembros del Patronato Universitario, que habían estado presentes al acto de insumisión de Companys y le habían felicitado por ello y habían permitido sin protesta que la radio proclamase aquella célebre noche la adhesión de la Universidad al nuevo régimen, seguían actuando en sus cargos, mangoneando la Universidad... hasta que un grupo de cuarenta catedráticos visitó al general Batet protestando de ello y pidiendo se aclarasen urgentemente responsabilidades. Tres miembros destacados del Patronato Universitario fueron, al fin, detenidos y procesados por participación en la rebeldía separatista. Uno de ellos era precisamente ¡un representante del Poder Central en el Patronato Universitario de Barcelona!

La actuación impunista en los días siguientes a la rebeldía ha sido tan intensa y adquirido tales caracteres, que el detallarla ocuparía varios capítulos que harían interminable el trabajo.

¡Qué diferencia entre el proceder del Gobierno Lerroux y la actuación de las izquierdas a raíz del 10 de agosto de 1932!

Entonces Ossorio y Gallardo se apresuró —antes de que la causa saliese del poder del fiscal— a iniciar una despiadada campaña en favor de la pena de muerte para Sanjurjo. Luego de la insurrección separatista se ha apresurado el propio Ossorio a aceptar la defensa del principal encartado.

Y ya se prepara el ambiente para asegurar de Companys que no es ni ha sido nunca separatista. Que la insurrección era típicamente española. Que nunca ni él, ni los consejeros de la Generalidad, ni el partido de la Esquerra, ni el periódico de Companys, *L'Humanitat*, fueron separatistas ni se rebelaron contra España.

Por su parte, los extremistas de carácter social han hecho y siguen haciendo una intensa propaganda para hacer creer a la opinión que todos los destrozos y salvajadas de Asturias son obra exclusiva del ejército español. Según ellos, los mineros no mataron ni a un solo ingeniero, ni a un cura, ni a un guardia civil, ni hicieron estallar un gramo de dinamita. Todo fué vesania, espíritu destructor de las derechas encaramadas en el Poder, Si no hubiera ido el ejército a Asturias nada hubiera ocurrido. Los mineros no hicieron más que defenderse.

Al menos eso se difundía tenazmente por Barcelona mediante chácharas de café y hojas clandestinas y reuniones al aire libre en Canaletas, en la plaza de Maciá y en las Ramblas...

La campaña impunista tuvo un aspecto musitado: el propósito decidido de que los *escamots* de Estat Català que habían sido seleccionados por Dencás y por Badía para la policía de Barcelona volviesen a prestar servicio y ¡se les diese entrada en el escalafón de la policía española! También se dió orden de que volviesen a prestar servicio los policías del Estado que habían pasado a servicio de la Generalidad y que estaban sujetos a expediente.

Los altos Poderes de Cataluña patrocinaban ambos proyectos y dispusieron que el expediente fuese roto y regresasen a Madrid los comisionados de la Dirección General de Seguridad que habían ido oficialmente a Barcelona con este objeto.

Pero tales comisionados regresaron a Madrid a tiempo de llevar consigo el expediente antes de que fuese inutilizado.

El general Batet llegó a enviar a un oficial de la Guardia civil a Madrid para recabar del Consejo de Ministros fuese aprobada una lista de *escamots* que debían volver a actuar de policías. Ello alarmó a los ministros que determinaron saliese inmediatamente para Barcelona el subsecretario de Gobernación, señor Benzo, quien a su regreso propuso al Gobierno que de ninguna manera debían ser readmitidos los *escamots* de Badía en sus funciones policíacas sin cursar previamente sus estudios en la Escuela Central de Policía, de Madrid. Que urgía incoar el expediente que se estaba instruyendo para depurar la conducta de los policías del Estado que pasaron a la Generalidad. Que, mientras tanto, tales policías debían seguir prestando servicio, a resultas, claro es, del expediente. También proponía que a los *escamots* que fueron policías de la Generalidad se les concediese el privilegio de entrar en la Escuela Central sin previo examen de ingreso.

Estos dos últimos puntos no fueron del agrado de la policía española, que se sometió a ellos disciplinadamente, si bien huyendo del contacto con los que integraban una brigada especial de expedientados, a las órdenes del comisario señor Tarragona.

El coronel Ibáñez, en funciones delegadas de jefe superior de Policía compartió desde el primer momento el sentimiento españolista de sus subordinados. Ello le dió una enorme popularidad entre los policías de Barcelona y los de toda España, pues el pleito local había adquirido caracteres generales que a todos afectaban.

Tan pronto como llegaron de Madrid los asesores de la Dirección General de Seguridad a proseguir el expediente que tanto empeño había en romper, el coronel Ibáñez recibió del general Batet la orden de cese.

A poco se recibió en Jefatura de Policía un telegrama de la Dirección General en que se decía a Ibáñez, de parte del ministro de la Guerra, que no abandonase el cargo hasta nueva orden.

Veinte minutos después el general Batet volvía a conminar al coronel Ibáñez para que, en el término de un cuarto de hora, abandonase la Jefatura de Policía.

Ello produjo entre el personal de Vigilancia y Seguridad el revuelo consiguiente.

Vivió también en esos días Barcelona momentos de emoción y de interés, como la incertidumbre acerca del paradero de Badía, Dencás y Menéndez, hasta que se supo que habían traspuesto la frontera.

Azaña fué detenido, agazapado en el balcón de la casa del doctor Gubern, en el número 120 de la calle de Lauria. Estaba tan bien escondido, que no fué encontrado sino después de un segundo registro hecho en la casa, pues los policías entraron en sospechas al ver una taza de café y una maleta desordenada que producían cierta confusión y desasosiego. Al descubrir los policías a Manuel Azaña casi tumbado en el balcón para pasar desapercibido, le encañonaron con sus pistolas, le dieron el alto y le ordenaron que se pusiera en pie con los brazos en alto, lo que obedeció trémulo y rápidamente el señor Azaña, diciendo que estaba a disposición de la autoridad y preguntando al propio tiempo por qué se le detenía, contestando los agentes que lo hacían obedeciendo órdenes superiores.

Entonces Azaña les hizo entrega de unos documentos que tenía en la mano y les rogó que lo antes posible lo condujeran a la Jefatura de Policía.

En un autotaxis se hizo el traslado, no cruzándose durante el camino una sola palabra entre el detenido y los que le conducían.

Una vez llegados los agentes y el señor Azaña al edificio de la Jefatura Superior de Orden Público, el ex jefe de Gobierno fué introducido en uno de los aposentos de la brigada de Investigación Social. No se le cacheó, bastando su palabra de que no tenía armas. Se le habilitó una dependencia con una cama para que pasase allí la noche.

A la mañana siguiente fué conducido al Cuartel de la División y luego al «Ciudad de Cádiz».

Durante el camino, Azaña se mostró muy satisfecho de las atenciones que se habían tenido con él y de la amabilidad con que le trataban los agentes. Uno de éstos le contestó:

—Don Manuel, además de ser policías, somos caballeros.

Este mismo policía le ofreció un cigarrillo y lo aceptó; pero al ir a encenderlo era tal su nerviosismo que no acertaba a hacer coincidir la llama del fósforo con el extremo del cigarrillo, por lo que el agente tuvo que prenderle fuego.

El señor Azaña se mostraba abatidísimo y en extremo nervioso.

Al llegar a la Comandancia Militar había en una de las dependencias algunos militares, a los que conocía seguramente el señor Azaña, y nombrando a uno de ellos, murmuró:

—Me están mirando.

Esta exclamación en labios de Azaña parecía ser un lamento por no verse saludado por quienes debían haber tenido, en otras ocasiones, alguna relación con él.

Azaña, que haba dicho de sí mismo que era un Robespierre, demostró plenamente la certeza de su aserto. Fué un Robespierre en los días de mando y esplendor, y se mostró acobardado y abatido al comparecer ante la Justicia.

Más emocionantes resultaron todavía los Consejos de Guerra, en juicios sumarísimos, que, aparte de varias penas de reclusión perpetua, condenaron a muerte al comandante Pérez Farrás, al capitán Escofet y al teniente coronel Ricart.

La pasión de los impunistas y de los antiimpunistas se polarizó en Pérez Farrás. El revuelo entre los militares era enorme. Hubo un momento en que parecía inminente el cumplimiento de la sentencia. Pero a los dos días, el propio comandante Pérez Farrás desechó radicalmente toda preocupación y se mostró convencido de que no se le ejecutaría. No había en España quien fuese capaz de arrostrar la responsabilidad de fusilarle. Y, recobrada su jovialidad, bromeaba con los otros presos, les garantizaba el indulto, daba vítores separatistas y comunistas y hasta dijo que algún día volvería él triunfante a Montjuich para hacer fusilar en los fosos a sus enemigos.

Cerca de un mes tardó en llegar el indulto. Era ya inhumano tener tanto tiempo condenados a muerte a aquellos hombres sometidos a la tortura de la más enloquecedora incertidumbre. Aunque sólo fuera por esta circunstancia, la noticia del indulto fué recibida con un profundo suspiro de satisfacción por toda Barcelona.

¡Lástima que la gracia del indulto no alcanzase también a los pobres mineros fusilados en Asturias, cuyos delitos no pueden parecer tan graves como los cometidos por otros que han sido indultados!

Y así transcurrieron los días siguientes al levantamiento del día 6 de octubre. Cada jornada nos traía una nueva emoción.

Se fueron descubriendo documentos importantes, entre ellos los ficheros de Ayguadé y el de la *Gaceta Internacional*. Se hizo pública la acusación de estafa contra Dencás. Fué encontrado el plan militar para invadir España, con los caminos

más rápidos y accesibles para asaltar Madrid y otras poblaciones españolas.

Cesó el presidente de la Audiencia de Barcelona y fué trasladado de presidente de Sala a la de Cáceres.

El señor Prieto Bauces estuvo en Barcelona a hacerse cargo del conflicto universitario. Fué nombrado también un delegado de Orden Público y don Onofre Sastre recibió el encargo de inspeccionar la auditoría de Barcelona.

Los diputados a Cortes de la Esquerra acordaron por unanimidad volver al Parlamento. Companys, desde el barco, comisionó al señor Rubió Tuduri para que les hiciera volver de su acuerdo, «pues no teniendo ninguno de ellos dotes parlamentarias iban a hacer el ridículo».

El vaticinio de Companys se cumplió plenamente en todas sus partes. No pudieron hacer un ridículo mayor y fueron desautorizados por la Esquerra.

Mientras tanto, por orden del juez militar eran detenidos el doctor Ayguadé y algún otro diputado de la Esquerra, que se apresuró a protestar de ello ante el presidente del Congreso, señor Alba, acuciando su celo para velar por las altas prerrogativas de los diputados de la nación.

¡Sólo nos restaba ver a la Esquerra, que en un día de esplendor detuvo y encerró en un inmundo calabozo al diputado a Cortes doctor Albiñana, tan celosa del fuero parlamentario!

Hoy día, con ansia febril, solicita respeto a la inviolabilidad de diputados sediciosos, apela a la autoridad del Tribunal de Garantías para escapar del fuero de guerra y pide el cumplimiento estricto de la Constitución y el Estado.

¡Como si no hubieran sido ellos mismos los que dirigieron el alzamiento en armas del 6 de octubre, que es el más inicuo ataque imaginable contra España, la Constitución y el Estatuto!

XIV

CONSECUENCIAS Y ENSEÑANZAS DE LA NOCHE ROJA

Cuarenta y seis muertos y ciento diecisiete heridos. —Más de treinta millones de pérdidas. —La juventud que odia a España. —Lo que hay que evitar. —Los escándalos financieros de la autonomía. —Hacia la revisión del Estatuto. —Autonomía municipal y mancomunidades por comarcas. —¡No más impunismo! —Excitemos y despertemos el patriotismo español de los catalanes.

Son incalculables las consecuencias desoladoras que ha producido a España, y más concretamente a Cataluña, la falta de patriotismo español de muchos de los catalanes.

La criminal revuelta arroja un balance trágico.

Por la rapidez de la represión el daño tanto material como moral ha sido mucho menor de lo que pudiera imaginarse.

Sólo en Barcelona hubo cuarenta y seis muertos y ciento diecisiete heridos (de los cuales dieciocho muertos y setenta y cinco heridos pertenecían a la fuerza pública), aparte de los revoltosos que han sido asistidos en casas y clínicas particulares.

La economía de Cataluña tampoco podrá olvidar el inmenso quebranto sufrido con ocasión de los pasados sucesos.

Puede calcularse en cuatrocientos mil el número de obreros que dejaron de trabajar de los días 5 al 9 de octubre, ascendiendo por tanto a tres millones de pesetas aproximadamente el importe de los jornales que dejó de percibir la clase proletaria.

Las pérdidas sufridas por los patronos son casi imposible calcularlas por la complejidad de los factores integrantes de la producción. Júzguese que sobre la fabricación y venta interrumpidas subsisten los mismos gastos de alquiler, dependencia, contribuciones, etc.

Considérense las múltiples anulaciones de pedidos que no se sirvieron en las fechas convenidas, el deterioro de mercancías por falta de producción e interrupción de las comunicaciones, las expediciones dejadas de cuenta y, en fin, los infinitos

quebrantos y trastornos que a cada negocio origina tan general paralización.

Unanse a esto las pérdidas experimentadas por las Compañías de tranvías y ferrocarriles, que pueden calcularse en quinientas mil pesetas las primeras y en más de dos millones de pesetas las derivadas de la paralización ferroviaria en los servicios de viajeros y mercancías.

Considérense las infinitas pérdidas sufridas asimismo por el comercio de todas clases, los Bancos, Compañías navieras, espectáculos, taxis, etc., y aun por las cajas de la Generalidad y Municipios de toda Cataluña.

Y piénsese, finalmente, en el perjuicio moral que a la industria catalana causara en toda España el intento de separación. No es por tanto aventurado el cálculo de competentes economistas que —según datos de *La Vanguardia*— cifran en más de treinta millones de pesetas los perjuicios sufridos por aquélla en los pasados días.

¡Y a nadie se ocultará que el triunfo de la revolución por unos días o unas semanas siquiera, hubiera acarreado la total ruina económica de la Cataluña independiente!

¿Y qué decir de la tortura moral, de la tragedia íntima, de las angustias indecibles, que el porvenir reserva a aquellos militares españoles que por indecisión de un momento, por una ceguera indisculpable se prestaron a colaborar con unas autoridades regionales que traicionaron a la Patria, alzándose contra ella? Purgarán merecidamente durante su vida o gran parte de ella su culpa, luego de verse repudiados por sus propios compañeros de armas, deshonorados ante la conciencia pública, despojados de su uniforme, truncadas, en fin, sus vidas...

Y queda una última consecuencia, más desoladora todavía, más difícil de reparar, más indignante y execrable. Un problema gravísimo y de difícil solución que hay que afrontar urgentemente. Esa pléyade de jóvenes separatistas que, imbuídos por el virus de cuarenta años de exacerbado nacionalismo, odian sinceramente y con la mayor buena fe a España.

Es una realidad dolorosa, pero innegable, la existencia de esas ingentes masas catalanas, a las que se les ha hablado de «Cataluña como Patria única», a quienes se les ha exaltado hasta la hipérbole, hasta el paroxismo, las glorias, virtudes y tradiciones de la tierra, mientras se les pregonaba la burla o el menosprecio para cuanto tuviera algo de España. Era lógico que tales enseñanzas les impulsaran a la rebelión, al alzamiento en armas, a la guerra separatista.

Esas juventudes han sido vencidas. Podrán experimentar hoy el amargor de la derrota, podrán perder la fe en los jefes que cobardemente han huído abandonándoles ante «el enemigo». Pero en el fondo de sus almas quedan intactos los ideales, vibran y vibrarán al calor de los sentimientos de catalanidad que les han inculcado, y cuando la ocasión se presente volverán de nuevo y con más ciego ímpetu a luchar por la libertad de la Patria, que creen oprimida.

Urge, pues, reparar el daño causado, pero urge más el evitarlo en lo sucesivo.

De nada nos serviría el esfuerzo y abnegación del ejército, verdadero salvador del

momento apurado y terrible de la insurrección, si no ponemos los medios imprescindibles para, con toda urgencia, apagar los rescoldos que pueden el día de mañana encender fuego más vivo y devorador aún que el ahora sofocado. Es preciso, con una urgencia ineludible, hacer una obra cultural que reconquiste el sentimiento hispánico de los catalanes. Es apremiante despertar en Cataluña el patriotismo español como una cosa ancestral y típica de los catalanes.

No pueden admitirse ni la propaganda ni las consecuencias de doctrinas atentatorias a la unidad de la Patria, que tienen su origen ya en Prat de la Riba, verbo e inspirador de la Lliga, cuando decía: «La Patria Catalana, grande o pequeña, es nuestra única Patria», que «No hay Patria más que de una sola clase», que «España no es nuestra Patria, sino una agrupación de varias Patrias». Prat de la Riba, «el seny ordenador de Cataluña», descubría en su libro *La Nacionalitat Catalana*, la táctica solapada e hipócrita para difundir el separatismo sin despertar recelos: «Huíamos —dice en la página 63 de la edición de 1910— de usar abiertamente la terminología propia, pero íbamos destruyendo las preocupaciones, los prejuicios, y, con calculado oportunismo, insinuábamos en sueltos y artículos las nuevas doctrinas, barajando intencionadamente las palabras región, nacionalidad y patria, para ir acostumbrando poco a poco a los lectores.»

Esto no puede seguir prevaleciendo. Es de todo punto necesario vigilar la actuación de todos los partidos políticos, prohibiéndoles sigan infiltrando doctrinas más o menos solapadamente separatistas. España, en este sentido no puede seguir siendo una excepción en Europa. La legislación española y el celo de nuestros gobernantes ha de ser en este respecto igual a la de Francia, que no permitiría en ningún sector del país las propagandas equívocas, los distinguos de «patriotismo», las sutilezas del concepto nacionalista, los desdenes antipatrióticos de que han hecho siempre gala todos los partidos catalanistas.

Porque es un hecho cierto y hay que decirlo bien claramente: Por casi todos los catalanistas de todas las tendencias políticas, de derecha y de izquierda, se observó el desarrollo del movimiento insurreccional con una ansiedad no exenta de simpatía.

A él se lanzó sola la Esquerra. Lo propulsó y lo organizó el Estat Català. Le siguieron con entusiasmo los genuinos partidarios de Companys y con temor los de la Acció Catalana y grupo de L'Opinió. Lo apremiaron y exigieron airados los extremistas de Alianza Obrera. Pero todos los catalanistas lo esperaban con inquietud, con cierto recelo por falta de confianza en los dirigentes, mas palpitando al unísono en el sentimiento nacionalista.

Recuérdese que el diputado Romeva, de la Unión Democrática de Cataluña, votó en el Parlamento catalán la segunda ley de Contratos de Cultivo, adhiriéndose con ello a la rebeldía contra el Gobierno Samper. Durante el verano, los oradores de ese partido intervinieron en la propaganda que en el Norte de España realizaban unidos nacionalistas vascos y esquerranos. Y en los Centros de Unión Democrática se confeccionaban mochilas y vendas para los voluntarios catalanes. Y hasta algunos de

sus afiliados patrullaron armados la noche trágica.

El señor Nicolau D'Olwer se ha permitido desautorizar la insurrección, pero correligionario suyo es, de Acció Catalana Republicana, el consejero Martí Esteve, que firmó la declaración de Estat Català que leyó Companys solemnemente a las ocho de la noche del 6 de octubre de 1934. Otro firmante del manifiesto era el consejero Comorera, de la Unión Socialista de Cataluña, correligionario del inefable diputado a Cortes, Serra Moret.

Puede ser que ni los de Unión Democrática de Cataluña, ni los de Acció Catalana Republicana, ni la Unió Socialista de Catalunya luchasen a tiros por las calles de Barcelona durante la noche del 6 al 7 de octubre. Pero si el movimiento hubiera triunfado, ni que decir tiene la alegría y el júbilo con que la mayoría de sus afiliados habrían recibido tan definitivo avance en el camino de la liberación de Cataluña.

Los Minyons de Muntanya, institución al parecer apolítica, dedicada a fomentar en los jovencitos la cultura física y el amor a la tierra; a pesar de estar integrada en parte por elementos de marcado carácter religioso, no sólo simpatizaba, sino que activamente participó en la insurrección. De esta institución forman parte laicos y católicos, en secciones independientes, pero teniendo al frente una misma dirección y radicando su domicilio social en el de Palestra. Con esto basta para comprender cuál fué su actuación en los últimos sucesos. Estuvieron al lado de Palestra.

En cuanto a la Lliga Catalana, ya sabemos que por medio de sus concejales hizo oposición en el Ayuntamiento de Barcelona a la adhesión de éste a la rebelión.

Pero no se vió entre sus aliados actitud alguna de protesta ni surgió clamorosa la voz del *Seny* catalán. A este propósito sería interesante saber si es cierto que el Gobierno de Madrid requirió en aquellos gravísimos momentos a los dos más destacados prohombres de la Lliga para preguntarles, quizás, la actitud de su partido con respecto a la insurrección, y si no es menos cierto que ni uno ni otro accedieron a acudir al llamamiento amparándose, como otras tantas veces, en excusas dilatorias... hasta el lunes siguiente, sofocado ya el movimiento.

La Lliga estaba al margen del movimiento; es más, era contraria al mismo. De todos son conocidas las luchas habidas en estos últimos tiempos entre la Esquerra y la Lliga. No podían, pues, ir a una en el movimiento de rebeldía, cuyo triunfo representaba, por otra parte, el hundimiento económico de Cataluña. La Lliga, encarnación de la burguesía y del capitalismo catalán, no podía patrocinar un movimiento que pondría en serio peligro toda la industria de la región y todos los intereses de la economía catalana.

Mas, para una gran masa de catalanistas formados en las predicaciones de la Lliga, para aquellos que no atinan a diferenciar el sutilísimo matiz que separa los conceptos «nacionalismo» y «separatismo», existía un íntimo, un instintivo sentimiento de simpatía hacia los rebeldes. Repudiaban a los dirigentes del movimiento, comprendían la locura de la empresa, temían el desquiciamiento y la ruina de Cataluña, pero el gesto de rebeldía contra España se acogía con inconfesada

emoción y complacencia. Ni uno sólo hubiera osado tomar las armas para defender a España contra aquellos insensatos. Como ni uno sólo se encontró con ánimos de dar un «¡Viva España!» al día siguiente, al paso de las tropas, sin duda, porque tal vitor está proscrito de las solemnidades y actos oficiales de la Lliga que, en cambio, suelen terminar con el significativo himno de *Els Segadors*. La Lliga no envió su representación oficial a los solemnes funerales que se celebraron en sufragio de los jefes, oficiales y soldados muertos en lucha contra Estat Català. Sólo acudieron a la catedral los tres o cuatro miembros de la Lliga caracterizados por su tendencia españolista.

¡Hasta tal punto está infiltrado en la conciencia de muchos catalanes el sentimiento de catalanidad!

Para contrarrestar esas tendencias hay que laborar intensamente por despertar en el fondo del alma catalana los casi apagados rescoldos de amor a España. El propio Cambó, ¡quién lo dijera!, proclamó en pleno Congreso de los Diputados, veinte días después de vencido el movimiento, esta apremiante necesidad de despertar el patriotismo español de los catalanes. Estamos absolutamente conformes.

Es urgente realizar, desde la escuela primaria, desde el púlpito, desde el libro, el periódico, el folleto, desde la tribuna pública, en fin, con todos los medios de propaganda de que se pueda hacer uso, una activísima campaña de españolización de Cataluña. Es preciso combatir las doctrinas, clara o encubiertamente catalanistas, con la difusión de los sacrosantos ideales de amor a España, a nuestras tradiciones y costumbres, a la lengua de Cervantes, a las instituciones que la hicieron grande y gloriosa.

Es de todo punto necesario cultivar el amor a Cataluña, pero siempre dentro de la unidad de la patria española.

Hay también que laborar activamente en el orden social y realizar cuanto antes una concienzuda y enérgica policía de desarme.

Será imprescindible revisar la obra de la Comisión Mixta de Traspasos de Servicios y estudiar sus valoraciones y examinar los abusos o deficiencias que se haya podido cometer.

Resultará de una gran ejemplaridad que el pueblo catalán y los del resto de España vayan conociendo las cuentas que reflejan la administración de la Esquerra, aunque el total conocimiento de tales cuentas es absoluta y rotundamente imposible. No hay en Cataluña nadie capaz de desentrañar esas cuentas. Recuérdese que cuando se inauguró el Parlamento catalán los diputados de la Lliga pidieron insistentemente que la Esquerra rindiese cuenta de su gestión durante el primer año de República. No hubo manera de conseguirlo. Maciá se sintió gravísimamente ofendido y alegaba que el pueblo, al darles de nuevo sus votos, les otorgó su confianza y quedaban relevados de la humillación de dar explicaciones acerca de la inversión de fondos. Y así nos quedamos sin saber a cuánto habían ascendido los gastos de aquellas partidas importantes, como la propaganda del Estatuto; el banquete de gala a Azaña, con los

viajes, hospedajes y dispendios del numeroso acompañamiento; la lujosa instalación de la residencia oficial del presidente de la Generalidad...

El presidente interino de la Generalidad hizo pública, el 12 de noviembre, una nota en la que denunciaba que las malversaciones de Dencás en los fondos de Beneficencia «revisten las características de una estafa». Del expediente incoado resulta que el Comité de Asistencia Social, que ni se reúne ni actúa en favor de los menesterosos, gastaba mensualmente de 30 a 40.000 pesetas en comilonas, francachelas, mujeres y gastos secretos. Sólo se dedicaban unas 3.000 pesetas en favor de los necesitados.

El mismo día se hizo público que en los tres primeros años de República, el Comité Pro Liceo tenía un déficit de 398.256'86 pesetas, como consecuencia de las desastrosas temporadas de ópera, baile y fiestas emprendidas bajo la actuación del Consejero de Cultura de la Generalidad, el poeta Gassol. ¡Cerca de ochenta mil duros! ¡Caro costó el capricho de que los personajes de la autonomía luciesen algunas noches sus pintorescos trajes de etiqueta, ya que no faltaron entre ellos quienes acudieron a las funciones de gala vestidos de frac y tocados con boina!...

Es preciso hacer una intensa propaganda por toda Cataluña de todo esto y de otras muchas cosas no menos interesantes que no caben en los límites de un libro. Es preciso preparar al pueblo catalán para que vote en plebiscito otro Estatuto más lógico, más real, más en armonía con la manera de ser y de sentir del pueblo de Cataluña, ajeno completamente a la demagogia y a los intereses partidistas de sus políticos.

El Estatuto de Cataluña aprobado por las Cortes Constituyentes no satisfizo a nadie. Ni a los catalanes, ni al resto de los españoles, ni a los propios diputados que lo votaron.

Apenas fué aprobado el Estatuto, la Esquerra proclamó solemne y reiteradas veces por boca de Maciá y sus líderes más destacados que aquél no era el Estatuto que ellos querían, y que si lo aceptaban era sólo por fuerza de las circunstancias y por el convencimiento que todos tenían de que aquello podía servirles para que Cataluña recobrase su independencia.

La Lliga —que ahora se muestra tan celosa partidaria de que sea respetado y mantenido el Estatuto de la Esquerra— lo censuró acremente en sus días. Alegaba que todavía le parecía poco. Más tarde Cambó pidió que se les quitasen facultades. Siempre hizo constar la Lliga que ella y sus hombres eran totalmente ajenos a la confección y aprobación del Estatuto y que ninguna responsabilidad les alcanzaba ante Cataluña por aquella ley autonómica.

Los demás partidos catalanistas se manifestaron, igualmente, contrarios al Estatuto de la Esquerra. Unos lo consideraban excesivo, otros creían que era todavía insuficiente, todos coincidían en que era inadecuado.

En el resto de España el Estatuto levantó una polvareda de protesta. Recuérdense los mítines y manifestaciones de protesta contra el Estatuto. Las campañas de prensa.

El clamor popular. Azaña, ante aquel arrollador movimiento de opinión, replicó desdeñoso que él no oía el ruido de la calle. Tampoco quiso oír los magníficos e incontestados discursos parlamentarios de Sánchez Román, de Miguel Maura, de Gil Robles, de Lamamié de Clairac... de Royo Vilanova, que con su contumacia, con su terquedad baturra, con su obsesión españolista, con su incansable porfía en obstruccionar aquel Estatuto consiguió una popularidad, una aureola de simpatía de que hay pocos precedentes en la historia política de España.

Aquel Estatuto sólo satisfizo a Azaña, a Bello y a sus amigos, que aplicando la «guillotina» en el Parlamento, hicieron aprobar a toda prisa aquella trascendentalísima ley.

Una gran importancia ha de tener la revisión del Estatuto. La nueva ley no ha de hacerse atendiendo a las apetencias e intereses de los políticos catalanistas, sino con miras a las realidades geográficas, históricas y raciales de España. Acerca de ello insistimos en lo que apuntamos ya en otro capítulo de este libro. Quizás la clave de la verdadera solución estribe en la autonomía municipal que preconizaba don Antonio Maura hace ya veintiséis años. La autonomía de los Municipios y su mancomunidad por comarcas estaría más de acuerdo con la realidad, con la historia y con el deseo de los catalanes, que no ese Estatuto de la Esquerra, pergeñado por los políticos y aprobado en un plebiscito que fué una irrisión, ya que en él se falseó en desvergonzados «pucherazos» la voluntad popular.

Cataluña no fué nunca una unidad política, como intentan hacernos creer los historiadores catalanistas. No hay que confundir el condado de Barcelona con Cataluña. Esta estaba integrada por condados independientes, con sus costumbres, sus límites geográficos y hasta sus dialectos típicos, bien distintos unos de otros. Estas comarcas pusieron especial empeño en no ser absorbidas por Barcelona. Se dió el caso de que el Panadés se levantó en armas contra el conde de Barcelona, que pretendía sojuzgarle. Jamie I, el Conquistador, no puede ser considerado como símbolo de la unidad de Cataluña, pues era rey de Aragón y conde de Barcelona, y agregó a su corona otras comarcas y reinos, como Valencia y Baleares, que no tenían tradición catalana. La misma legislación catalana, de que tan orgullosos se muestran —y con razón— los catalanistas, no regía en toda Cataluña, sino sólo en el condado de Barcelona y quizás también en alguna otra comarca.

Todavía se conserva en Cataluña latente esa aversión secular de las comarcas contra el absorbente centralismo barcelonés. Cualquier curioso viajero que recorra el campo y las aldeas de Cataluña podrá comprobar la certeza de ese hecho. La fobia antibarcelonesa se ha acentuado ahora como consecuencia de la experiencia dolorosísima del Estatuto. Cataluña, que dió razas de héroes y movió ejércitos de voluntarios que lucharon por la gloria y por la independencia de España, se negó a acudir al llamamiento que el 6 de octubre le hizo Barcelona. El futuro Estatuto autonómico, que ha de ser sometido a plebiscito de Cataluña, se ha de hacer a gusto de las comarcas catalanas y no a capricho de los políticos que influyen y actúan desde

Barcelona. Además, las comarcas, al recobrar su personalidad, no sentirán veleidades separatistas, porque el separatismo es planta exótica cultivada artificialmente en Barcelona.

Y mientras tanto, en los momentos actuales hay que acabar con el impunismo dominador y triunfante. No puede prevalecer el actual estado de cosas. No puede consentirse que, a las pocas semanas de sofocarse una insurrección, que resultó cómica, pero pudo ser altamente trágica, la Esquerra encuentre valedores de altura que se esfuercen en ayudar a sus hombres y en salvar su obra.

Las consecuencias de la derrota del 6 de octubre han sido las más benévolas que se podía esperar. En este sentido nadie hay en la Esquerra que, con razón, pueda sentirse quejoso ni descontento. Trato exquisitamente amable, excepción para muchos del fuero de guerra, indultos, mínimo rigor en las detenciones. ¡Qué diferencia de la ferocidad y vesanía de que hicieron gala los gobernantes del bienio azañista!

En los primeros momentos, la Esquerra se consideraba vencida y aniquilada y daba por irremisiblemente perdidos el Estatuto y la autonomía. Quince días más tarde la preocupación legalista de los Gobiernos de Madrid llenaba a todos de confianza y optimismo. Ya se espera la conservación del Estatuto con el Gobierno de la Generalidad y el Parlamento catalán y frondosísima burocracia administrativa integrada en su casi totalidad por nuevos funcionarios de Estat Català, que disfrutaban de sus cargos sin oposición, en gracia sólo a su separatismo.

El proyecto presentado a las Cortes por el Gobierno Lerroux, es cierto que transitoriamente priva a los dirigentes de la Esquerra del mangoneo en las Consejerías de la Generalidad y del Parlamento catalán. Pero los organismos subsistirán, la serie incontable de empleados adictos a la Esquerra seguirán desempeñando sus cargos en los Centros y dependencias administrativas y la depuración precisa seguirá sin hacerse.

Cuando se convoquen el día de mañana elecciones para el Parlamento catalán, podrán ser reelegidos, con una gran probabilidad de éxito, Companys, los ex consejeros de la Generalidad y los presos de la Esquerra más gravemente comprometidos. Si así sucede, presenciaremos el caso de que los hombres que tanto se opusieron a la concesión de amnistía para las derechas exigirán luego idénticos beneficios. Y el Parlamento de Cataluña volverá a elegir presidente de la Generalidad a Companys, quien constituirá su Gobierno en forma análoga al del 5 de octubre de 1934.

Fuerza es reconocer, y los propios sublevados no podrán desmentirnos, que si hubiese triunfado la revuelta, no se hubieran mostrado ellos ni tan débiles ni tan condescendientes. La revolución triunfante hubiese sido cruenta. Precisamente Companys se lamentaba no hace mucho de que el 14 de Abril no hubiesen rodado cabezas.

Si hemos de evitar un mañana aciago e irreparable; si hemos de sacar de los

trágicos días que hemos vivido saludables enseñanzas; si deseamos para Cataluña días de esplendor y de bienestar, hemos de poner todo nuestro esfuerzo, todos, gobernantes y ciudadanos, castellanos y catalanes, ricos y pobres, altos y bajos, en laborar con el amor más ferviente, con el más vivo anhelo de nuestras almas por España y en lograr que Cataluña sea el más rico florón de nuestra patria, no sólo por su apogeo y progreso económico, sino por sus altos valores morales y espirituales, que son el alma de su pueblo y la esencia de su tradición.

ANEXOS

PREVENCIONES DE LA AUTORIDAD MILITAR

Nota dada por el General de la 4.^a División en la tarde del día 5 de octubre de 1934.

«Los Cuarteles y edificios militares se considerarán como guarida permanente, y cuantos elementos de ella se destaquen para algún servicio o para no permitir en las inmediaciones de los mismos el menor desorden ni coacción, se considerarán y actuarán como centinelas.

La fuerza dará el alto a cualquier grupo sospechoso, y en caso de no ser obedecida a la tercera intimación, hará uso de las armas.

Los jefes, oficiales y suboficiales, vestirán de uniforme hasta nueva orden, llevando las armas reglamentarias. Si previeran la posibilidad de ser hostilizados, llevarán consigo escolta. Los individuos que a ésta pertenezcan, serán vigilados por el oficial o suboficial, a fin de observar la actitud que pudieran adoptar, y a la menor duda que alguno de ellos ofrezca, procederán con todo rigor, ya que la disciplina no admite comentarios ni diálogos.

Siempre que tengan que destacarse fuerzas irán éstas con relativa separación entre los individuos que las formen, y es responsable de cuanto ocurra el jefe de las mismas.

La fuerza, aunque sea constituída por una sola pareja, evitará llegar hasta donde haya grupos; pero, si se opusieran a su marcha, los disolverá por la fuerza y continuará su camino sin permitir verse rodeados o mezclarse entre paisanos, sea cual fuere su condición, al objeto de que en todo momento tengan la debida libertad para

actuar en la forma que proceda.

Los cuarteles son guardia permanente, y cualquier jefe, oficial, suboficial, clase o soldado que de aquéllos se destaque para cualquier servicio, se considerará como destacado de una gran guardia, y a tal efecto, cualquier insulto que reciba, se considerará a fuerza armada.»

PROCLAMACION DE LA REPUBLICA CATALANA

DISCURSO DEL SEÑOR COMPANYS

Pronunciado desde el balcón de la Generalidad a las ocho de la noche del 6 de octubre de 1934

«¡Catalanes!

Las fuerzas monarquizantes y fascistas que de un tiempo a esta parte pretenden traicionar la República, han logrado su objetivo y asaltado el Poder.

Los partidos y los hombres que han hecho públicas manifestaciones contra las menguadas libertades de nuestra tierra, los núcleos políticos que predicán constantemente el odio y la guerra a Cataluña, constituyen, hoy, el soporte de las actuales instituciones.

Los hechos que se han producido dan a todos los ciudadanos la clara sensación de que la República, en sus fundamentales postulados democráticos, se encuentra en gravísimo peligro.

Todas las fuerzas auténticamente republicanas de España y los sectores sociales avanzados, sin distinción ni excepción, se han levantado en armas contra la audaz tentativa fascista.

La Cataluña liberal, democrática y republicana, no puede estar ausente de la protesta que triunfa por todo el país, ni puede silenciar su voz de solidaridad con los hermanos que, en las tierras hispanas, luchan hasta morir por la libertad y por el derecho. Cataluña enarbola su bandera y llama a todos al cumplimiento del deber y a la obediencia absoluta al Gobierno de la Generalidad, que desde este momento rompe toda relación con las instituciones falseadas.

En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el Gobierno que presido asume todas las facultades del Poder en Cataluña, proclama el Estado Catalán de la República Federal Española, y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el Gobierno Provisional de la República, que hallará en nuestro pueblo catalán el más

generoso impulso de fraternidad en el común anhelo de edificar una República Federal libre y magnífica.

El Gobierno de Cataluña estará en todo momento en contacto con el pueblo. Aspiramos a establecer en Cataluña el reducto indestructible de las esencias de la República. Invito a todos los catalanes a la obediencia al Gobierno y a que nadie desacate sus órdenes. Con el entusiasmo y la disciplina del pueblo, nos sentimos fuertes e invencibles. Mantendremos a raya a quien sea, pero es preciso que cada uno se contenga, sujetándose a la disciplina y a la consigna de los dirigentes. El Gobierno, desde este momento, obrará con energía inexorable para que nadie trate de perturbar ni pueda comprometer los patrióticos objetivos de su actitud.

Catalanes: La hora es grave y gloriosa. El espíritu del Presidente Maciá, restaurador de la Generalidad, nos acompaña. Cada uno en su lugar, y Cataluña y la República en el corazón de todos.

¡Viva la República y viva la Libertad!»

EL DISCURSO DE DON VENTURA GASSOL

«Catalanes:

Acabáis de oír al Honorable Presidente de la Generalidad, don Luis Companys. Sus palabras tienen un eco histórico que nos recuerda que es el digno sucesor del inmortal don Francisco Maciá y el fiel continuador de su historia de gestas gloriosas y de sacrificios ejemplares al servicio de Cataluña, de la República y de la Libertad.

Yo, ahora, en nombre del Gobierno, os ruego que os derraméis por Barcelona y por Cataluña para dar a conocer la buena nueva histórica de la proclamación del Estado Catalán en la República Federal de España.

Asistid a las fuerzas del Gobierno de Cataluña, y ayudadlas a imponer el orden que hoy, más que nunca, es indispensable. Defendedlo con palabras y con actos, si es necesario, contra cualquier agresión, cueste lo que cueste y venga de dondequiera que venga.

Este movimiento en defensa de la República del 14 de Abril triunfa en todos los lugares de España.

Nuestra Cataluña es inmortal.

Nuestra Cataluña es invencible, pero es preciso que todos estén alerta para seguir en cada instante la voz y las órdenes del Gobierno de Cataluña.

¡Viva Cataluña, viva la República Federal!»

ACTA DE LA SESION DEL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA ADHIRIENDOSE A LA PROCLAMACION DEL ESTADO CATALAN

«En la ciudad de Barcelona, siendo las diez y veinte de la noche del 6 del mes de octubre de 1934, bajo la presidencia del señor Escofet y con asistencia de los señores Mori, Rosell, Granier Barrera, Pumarola, Cordoní, Junyent, Cortés, Hurtado, Gispert, Bernades, Altaba, Codó, Salvadó, Plá, Pi y Suñer, Ventós, Durán y Reynals, Vilalta, Martínez Cuenca, Durán Ventosa, Sagarra, Roda Ventura, Vendrell, Bausili, Codolá, Saltor, Calderó, Carbonell y Oliva, consejeros, se reunió en sesión extraordinaria el Ayuntamiento de Barcelona, actuando de secretario el titular del mismo don José María Pi y Suñer.

El presidente manifestó que se leería una proposición presentada por distintos consejeros, dando cuenta el secretario de la misma.

La proposición dice así:

«Al Ayuntamiento Pleno. —Los consejeros municipales que suscriben, ante la proclamación del Estado Catalán de la República Federal Española, fieles a los ideales que han servido lealmente toda la vida, proponen al Pleno consistorial que acuerde su firme y decidida adhesión al Presidente y al Gobierno de Cataluña. — Barcelona, 6 de octubre de 1934. —Lo firman el alcalde, señor Pi y Suñer, los consejeros regidores y algunos concejales de la mayoría consistorial.»

Se levantó a defenderla el señor Pi y Suñer, glosando sus conceptos y pidiendo al Pleno que la aprobase.

El señor Durán y Ventosa se opuso, en nombre de la minoría de Lliga Catalana, extendiéndose en consideraciones, para demostrar la improcedencia de dicha proposición.

Rectificaron ambos, sosteniendo sus respectivos puntos de vista.

El señor Durán y Ventosa pidió votación nominal, que dió el siguiente resultado:

Votaron que sí: Mori, Rosell, Granier Barrera, Pumarola, Cordoní, Junyent, Cortés, Hurtado, Gispert, Bernades, Altaba, Codó, Salvadó, Plá, Pi y Suñer, Ventós, Durán y Reynals, Vilalta, Martínez Cuenca, Carbonell, Oliva y el presidente, señor

Escofet. Total, 22.

Dijeron que no: Durán y Ventosa, Sagarra, Roda Ventura, Vendrell, Bausili, Codolá, Saltor y Calderó. Total, 8.

Dado cuenta del resultado, el presidente declara aprobada la proposición y se levanta la sesión a las diez cuarenta.»

PROCLAMAS ARROJADAS POR AVIADORES

El domingo por la mañana, por los aviones de caza de la tercera Escuadra de Aviación militar, fué arrojada sobre Barcelona la siguiente proclama:

«AL PUEBLO DE BARCELONA

Al declararse en la noche de ayer el estado de guerra por orden del Gobierno de la República, las fuerzas encargadas de proclamarlo fueron violentamente hostilizadas, viéndose obligadas a repeler con toda energía la agresión. En el cumplimiento de su deber que no es otro que el mantenimiento del principio de autoridad y el imperio de la ley, actuarán en todo momento con el máximo rigor, y por ello advierto a todos la necesidad absoluta de acatar sus órdenes y de prestarles todo el apoyo ciudadano que las circunstancias exigen.

Yo espero de la población de Barcelona que, consciente del imperioso deber que la situación actual me impone, acogerá mis indicaciones con el mayor interés acatando con ello a la única autoridad legítima, que es la que en estos momentos ostento.

Barcelona, 7 de octubre de 1934.

El general de la Cuarta División, *Domingo Batet.*»

ALOCUCION DEL GENERAL BATET PRONUNCIADA ANTE LAS EMISORAS DE RADIO, A LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE DEL LUNES 8 DE OCTUBRE DE 1934

Catalanes, españoles todos y a la humanidad entera me dirijo en estos momentos solicitado y requerido por la verdad, a la cual he rendido siempre tributo y que puedo decir que mis labios sólo se han abierto para la verdad más estricta.

Voy a referirme sucintamente a cómo se desarrollaron los hechos acaecidos la noche del 6 al 7 de octubre.

A las ocho aproximadamente de la noche, el entonces Presidente de la Generalidad proclamó desde el balcón del Palacio de la Presidencia la República Federal Catalana, y diciendo que rompía desde aquel momento todas las relaciones con el Gobierno de la República Española.

A los pocos momentos me requería en conferencia telefónica para que con mis fuerzas me pusiera a sus órdenes. Contestación mía: Que no podía resolver en un instante lo que él había meditado y preparado durante días, si bien el cumplimiento del deber me decía bien claramente cuál era mi conducta a seguir.

A los pocos momentos un diputado de la Generalidad me traía el oficio requiriéndome por escrito lo que en conferencia telefónica me había exigido.

Desde aquel momento no podía haber duda acerca de los propósitos que tenían.

Además, había presenciado durante el día el transporte de municiones y el transporte de armas y la organización de guerra montada en diversos puntos de la ciudad.

No obstante, en mi afán de evitar un día de luto y que fuera consecuencia de aquellos actos la maldición de todos, intenté ponerme, no al habla, sino en contacto directo, con quienes dependían de mí y estaban en la Generalidad, y al efecto ordené que comparecieran inmediatamente. Fué rechazada mi orden diciendo que sólo obedecían las órdenes del Presidente de la Generalidad.

Coincidiendo con tales hechos, el Gobierno de la República Española declaraba el estado de guerra, que resultaba ser contestación al Presidente de la Generalidad.

Ordené inmediatamente que se publicara el bando al propio tiempo que tomaba las medidas oportunas para evitar el derramamiento de sangre.

La compañía que llevaba el bando no hizo más que doblar el Paseo de Colón y entrar en las Ramblas, cuando fué hostilizada desde el Centro de Dependientes. Al mismo tiempo se veían ocupadas las calles que conducen a la plaza de la República en donde está la Generalidad y la Alcaldía.

Al llegar allí las fuerzas, uno de los jefes de la Generalidad se adelantó a preguntar qué es lo que iban a hacer. Contestación de mis fuerzas: —A defender la República. —¿Cuál? —le preguntaron—, ¿la Federal Catalana o la República Española? —La República Constitucional —contestó mi tropa—. —Entonces, —replicaron— las armas dirán cuál debe ser, si la Federal o la constituída legalmente. Y dispararon desde la Generalidad, causándonos bajas. Mis tropas tenían la orden terminante de no atacar a menos que fueren agredidas. Y así fué. Y unos y otros sufrimos sensibles bajas. Desde aquel momento se contestó la agresión con la agresión, puesto que sabía que con cuanto mas energía yo obrara, menos sangre sería derramada. Aquella noche se entabló un verdadero combate ante la resistencia de aquella organización. Y aquella energía tuvo su efecto, puesto que a las seis de la mañana, aproximadamente, tuve la agradable sorpresa de que me llamara telefónicamente el Presidente de la Generalidad diciéndome que consideraba estéril toda resistencia y se entregaba como único responsable de aquellos acontecimientos. Le dije que comunicara por radio su capitulación para que llegara a conocimiento de todos aquellos que llevados por su fantasía, faltos de toda razón, sin aquellas altas virtudes que exigen los ideales, intentaban implantar sus propósitos.

La Generalidad con todo su Gobierno, el Ayuntamiento con todos los concejales de su partido y de Estat Català, se rindieron a las fuerzas y fueron trasladados a este cuartel general de la Cuarta División. Se inició seguidamente el sumario en esclarecimiento de los hechos y se determinó en dónde serían guardados los detenidos, y con todas las consideraciones fueron trasladados al vapor «Uruguay». Esos son los hechos acaecidos en la noche del 6 al 7 de octubre, noche histórica en la que experimenté una amargura grande por el derramamiento de sangre que quise evitar a toda costa, sin ser escuchado.

Los pueblos, los hombres que viven dentro de un régimen democrático deben desarrollar sus ideales dentro del orden y deben procurar día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, hacer el sacrificio más alto para la consecución de sus ideales. Respetables son todos los ideales cuando son expuestos dentro de la legalidad, pero son execrables cuando quieren imponerse por la violencia.

Y nada más. Estos son los hechos, pero no quiero terminar sin expresar mi gratitud fervorosa y mi afecto sincero hacia todos mis subordinados por el cumplimiento de su deber, en el que se superaron siempre ofrendando el sacrificio de sus vidas. Sacrificio moral y material que han sabido inculcarles los jefes y oficiales y clases subalternas, que en todo momento enseñaron con el ejemplo a sus

subordinados. Virtudes militares que no son de estas que tienden a la destrucción, sino que muestran el constante sacrificio de nuestros días, nuestras horas y minutos por el bien de la Patria, lamentando que haya de implantarse la fuerza para hacer entrar en razón a los que no la tienen.

Un caluroso saludo a los radioyentes y desearles que esas virtudes les inspiren en su conducta, especialmente a los catalanes y a los españoles, y digo catalanes porque Cataluña no es más que una región de España. Las virtudes y el arte no tienen fronteras y por tanto pueden servir de ejemplo a la humanidad entera.

CRONOMETRACION DE LOS SUCESOS

Al presentarse los agentes del Estado en el edificio de la Comisaría de Orden Público para incautarse del mismo, pudo verse cómo en el despacho del que fué comisario, señor Coll, había unos blocks con notas verdaderamente interesantes, en las cuales, minuto por minuto, constaban todos los detalles de los sucesos revolucionarios.

Estos datos, en extracto, son:

Sábado. —A las 13'35, camioneta Hotel Ritz. (Se refiere a la incautación de una Camioneta del Hotel Ritz para preparar la fuga de dos desconocidos que fueron muertos por la Guardia civil al pasar por la plaza de Lesseps.)

A las 15'45, comunica el señor España que en la imprenta de *Solidaridad Obrera* hay cuarenta y seis individuos de la F. A. I. Se envía camioneta. (De aquí en adelante se toca la obsesión que tenían con la F. A. I.)

A las 16, protección a la Catalana de Gas.

A las 16'05, Casal Català, Estat Català del distrito quinto, piden protección, porque no son más que dos y tienen depósito de armas y municiones y temen a la F. A. I.

A las 16,10, telefonema del consejero salgan fuerzas a Fomento Trabajo Nacional, instrucciones serias a los de Alianza Obrera que no se detenga ninguno, que no se registre ni cachee. No requisen más autos, que se atengan a la disciplina, pues de lo contrario hay órdenes de hacer fuego contra ellos.

A las 16'14, vigilar carreteras, no pase coche Madrid. Armas y municiones para los somatenes de la Rabassada, que dicen que carecen de ellas.

A las 16'20, de Huesca viene un tren abarrotado de revolucionarios que, a medida que avanza a Lérida, viene levantando vía tren.

A las 16'25, el consejero dispone que se averigüen las intenciones. Se levanta la vía del tren, en Lérida, y ver quiénes son, para proceder a desarmarlos. Dice habrá que pedir fuerzas al ejército.

A las 3'30, delegado Estado tiene confidencias de que a las cuatro se producirá huelga general revolucionaria en Barcelona y que a las siete se ha de producir movimiento carácter político.

A las 3'45, estación tomada militarmente.

A las 4'45, madrugada sábado, queda dispuesto el servicio referente a Azaña. Se encarga señor Martínez y otros agentes.

A las 4'55, se reitera al capitán ayudante de la Rambla que deje hacer la huelga, pero que mantenga el orden.

A las 5'10, la Compañía de Tranvías reclama por la pasividad con que se hacen parar los tranvías.

A las 6'30, autobuses plaza Universidad y plaza España. Grupos de más de mil personas se han encarado con la pareja y les dicen que ellos deben hacer retirar la fuerza.

A las 8'10, Tomás y Piera pide instrucciones desde Hospitalet.

A las 8'40, se permite toda manifestación sin disturbios.

A las 9'10, paran trenes de Sarriá.

A las 9'45, Reus y Villanova, paro ferroviario.

A las 10'55, se quema tranvía en Paseo de Gracia.

A las 11, quedan parados rápido y correo de Madrid en Villanova y Sitges.

A las 12'20, paro «Metro», antes tranvías y autobuses.

A las 12, Somatén de San Pol de Mar se apodera de Ayuntamiento; detiene alcalde.

A las 3 tarde, asalto *La Vanguardia*, pistola en mano.

A los 2'07, ordenar a Villanueva vaya quemar iglesias; si el alcalde quiere hacer tonterías que no haga caso la Guardia civil.

A las 2'15, se ha proclamado la República Socialista en Villanova, con quema de algunas iglesias. Asalto al Ayuntamiento y a la Lliga catalana. Guardia civil de Sitges y Mozos de Escuadra de Villanueva se trasladan allá. Llega al pueblo un camión con gente extraña, que poco después sigue en dirección contraria.

A las 4'45, el Comité revolucionario ocupa la estación de Martorell. El alcalde de Martorell da órdenes de no dejar trabajar.

A las 5'50, el jefe del Casal Nacionalista de Estat Català de la Baja de San Pedro comunica que un auto de matrícula Madrid recorre los cuarteles dando órdenes.

A las 5'55, el alcalde de Martorell reúne a los ferroviarios para comunicarles que paren.

Día 5. —A las 9'30, los Sindicatos se apoderan de los locales. La F. A. I. constituye un peligro.

A las 11'10, asalto Estat Català de la plaza de Letamendi.

A las 11'45, la Comisaría del Sur dice que el capitán Sampedro no hará fuego contra sus compañeros del ejército.

A las 12'30, la Comisaría del Sur comunica que el teniente Hernández ha de quedar en sustitución del capitán Sampedro, que es dudoso.

Documentos



GOVERN DE LA GENERALITAT
DE CATALUNYA

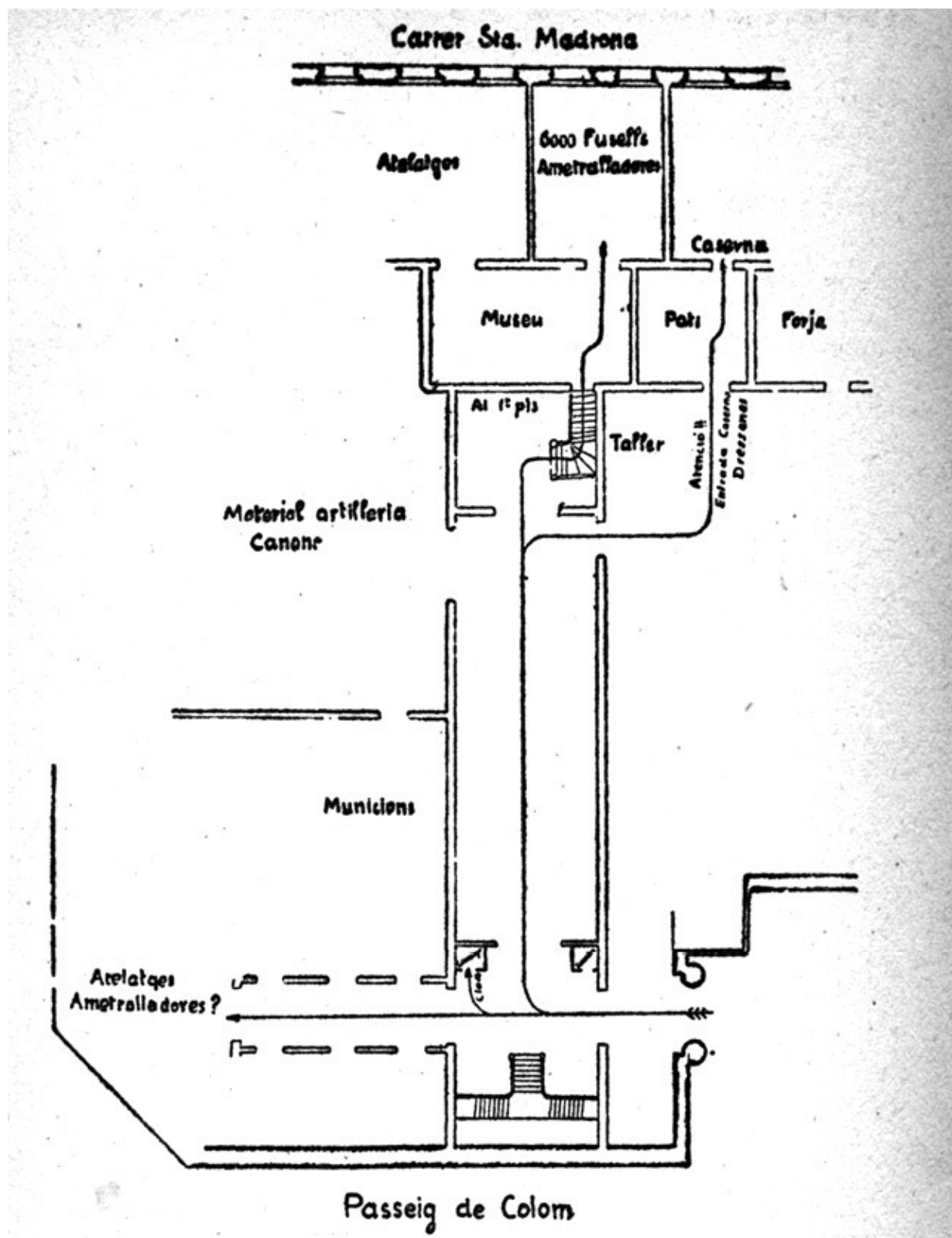
Excm. senyor.

Com a President del Govern de Catalunya,
requereixo a V. E. perquè amb la força que comana
es posi a les meves ordres per a servir a la Republi-
ca Federal que acabo de proclamar.

Palau de la Generalitat, 6 d'octubre del 1.934

Excm. senyor Domènec Batet, General de Catalunya.

Facsímil de la orden cursada por Companys al general Batet para que se pusiera al servicio de la República Catalana. El texto dice así: «Gobierno de la Generalidad de Cataluña.—Excmo. señor. Como presidente del Gobierno de Cataluña requiero a V. E. para que, con la fuerza que manda, se ponga a mis órdenes para servir a la República Federal que acabo de proclamar.—Palacio de la Generalidad, 6 de octubre de 1934.—Luis Companys.—Excmo. señor Domingo Batet, general de Cataluña.»



Plano del camino que habían de seguir los revolucionarios del Estat Català para apoderarse de 6.000 fusiles ametralladoras del cuartel de Atarazanas.

SERVEI Circulació d'autos

El ciutadà Juan Salvador, consignatari de viatges

demana circulació per Barcelona
i un volant a part per transportar
equi portar.

Barcelona - 6 Octub 1843



SERVEI

El ciutadà Antonio Badia

demana un val per a 6 dinars

Barcelona

6-Ac 201



En la parte de arriba se lee: «Servicio de circulación de «autos». El ciudadano Juan Salvador, consignatario de buques, pide circular por Barcelona y un volante aparte para transportar equipajes.» Abajo: «El ciudadano Antonio Badía pide un vale para seis comidas.» En ambos talones figura el sello de la Consejería de Gobernación.

EXERCIT NACIONAL DE CATALUNYA
SERVEI D'INCAUTACIÓ

00003

CONSTANCIA D'INCAUTACIÓ

la Casa Beristain i C^a

ha entregat pel servei de l'exèrcit de Catalunya un

extractor de mà per a
ametralladora

Barcelona, . 6 Octub. 1934

El General Cap.



Miguel Badia

EXERCIT NACIONAL DE CATALUNYA
SERVEI D'INCAUTACIÓ

00003

ORDRE D'INCAUTACIÓ

S'ordena a la Casa Beristain i C^a

posi immediatament al servei de l'exèrcit de Catalunya un

extractor de mà per a
ametralladora al porta-
dor del present.

Barcelona, . 6 Octub. 1934

El General Cap.



Miguel Badia

Este documento es una orden de incautación. En el duplicado consta que la incautación se ha efectuado. Dice así: «Ejército Nacional de Cataluña.—Servicio de incautación.—Orden de incautación.—Se ordena a la casa Beristain y Compañía que ponga inmediatamente al servicio del Ejército de Cataluña un extractor de mano para ametralladora al portador de la presente.—Barcelona, 6 de octubre.—El general en jefe, Miguel Badia.» Hay un sello de la Consejería de Gobernación. El documento ha sido hallado también en la Consejería de Gobernación.

EXERCIT NACIONAL DE CATALUNYA
SERVEI D'INCAUTACIÓ

00001

CONSTANCIA D'INCAUTACIÓ

Antonio Bayarte
queda autoritzat

ha entregat pel servei de l'exèrcit de Catalunya _____

material

Barcelona, 6 Octub. 1934

El General Cap,



[Signature]

EXERCIT NACIONAL DE CATALUNYA
Servei de Comunicacions i Enllaç

00002

VIA LLIURE

atorgada a

Antonio Bayarte

Barcelona, 6 Octub. 1934 del 1934

EL GENERAL - CAP,

[Signature]

Este documento es una especie de carnet de libre circulación. En el anverso dice: «Ejército Nacional de Cataluña.—Servicio de Comunicaciones y Enlace.—Vía libre otorgada a Antonio Bayarte.» En el reverso se lee: «Ejército Nacional de Cataluña.—Servicio de incautación.—Constancia de incautación.—Antonio Bayarte queda autorizado. Ha entregado para el servicio del Ejército de Cataluña, material.» En ambas caras firma el general en jefe Miguel Badía, y hay un sello de la Consejería de Gobernación. El documento ha sido hallado en la Consejería de Gobernación.

Barcelona 5 d'octubre de 1934

Delegat del Partit Nacionalista Català a
Tarragona

Patriota; Si no ho haveu fet ja, en nom del Consell de Govern del Partit us ordeno concentrar tots els homes del Partit i proclamar la Republica Catalana.

Amb les actuals autoritats de Catalunya o en contra d'elles

La bandera estelada es la de la nostra revolució

Preneu els edificis publicos

Cal no sentir febleses. La vida dels catalans ens interessa. La dignitat de la Patria ens interessa mes. La vida dels enemics no cal tenirla en compte. Amb energia. Sense crudeltats, pero.

Cal pendrer els edificis publicos fer presoner les autoritats de qualsevol ordre que s'oposin a la nostra acció.

No oblideu incautar-vos dels cabals existents als banos. De la honestetat amb que aquets cabals siguin administrats en responeu amb la vostra vida.

Per la Republica Catalana !A vencer!

Tots els patriotes que vulen la Republica Catalana, un soldat del nostre exercit

Proclama revolucionaria hecha circular por el Poder faccioso de la Generalidad de Cataluña.

EPÍLOGO OBLIGADO SOBRE ENRIQUE DE ANGULO (Y ESPAÑA)

El reportaje de Angulo sobre los sucesos de 1934 en Barcelona y Cataluña corrobora la tesis de Pío Moa, expuesta principalmente en sus libros *Los orígenes de la Guerra Civil Española* y *El derrumbe de la segunda república y la guerra civil*, ambos publicados por Ediciones Encuentro en 1999 y 2001, respectivamente, según la cual la confrontación fratricida, temida por muchos, alentada por otros, comenzó, en efecto, en octubre de 1934, aunque todavía haya quienes cierran los ojos a la evidencia y se niegan a reconocerlo.

Los acontecimientos del año y medio siguiente, con la decidida colaboración del propio presidente de la república, no hicieron más que engordar la gigantesca bola incandescente que se precipitaba ladera abajo hacia el estallido final. Alcalá Zamora provocaba de forma reiterada crisis ministeriales, ponía palos en las ruedas de los efímeros gobiernos de centro-derecha y condicionaba la formación de los nuevos gabinetes. Esas argucias y zancadillas de perro viejo perturbaban en gran manera la estabilidad de las instituciones y anunciaban un desenlace en extremo preocupante.

En ese contexto, el 20 de septiembre de 1935, después de la enésima crisis, Alcalá Zamora pidió a Joaquín Chapaprieta, hasta entonces ministro de Hacienda, independiente, tan independiente que sólo se representaba a sí mismo en el Parlamento, que formara nuevo gobierno. Chapaprieta había sido compañero de peripecia política del presidente desde el monarquismo liberal al republicanismo. En la monarquía había sido, como don Niceto, ministro con García Prieto, de Industria y Comercio, en 1922, y de Trabajo, en 1928. A pesar del desplante, uno más, del presidente a las minorías mayoritarias, cedistas y radicales prestaron su concurso al nuevo presidente del Consejo. No obstante, Lerroux escribió de Alcalá Zamora refiriéndose a estas fechas: «A partir de ese momento histórico la República comenzó a naufragar. La pilotaba un demente que llevaba a bordo, sin percatarse de ello, el explosivo y la traición».

En esta coyuntura, octubre de 1935, estalló el escándalo del *estraperlo*, un asunto menor de corrupción marginal, que agigantaron las izquierdas hasta el paroxismo,

con la complicidad y estímulo del mismo jefe del Estado. Objetivo: destruir a Lerroux, el auténtico republicano entre tanto republicano de aluvión, al partido Radical y, de rebote, a la CEDA, su principal aliado, últimos baluartes dentro de la ley que frenaban la invasión jacobino-marxista. Lo consiguieron: la maldad se impuso a la justicia y a la verdad. Los hechos, en síntesis, sucedieron así: dos aventureros judíos —la mala hierba puede crecer en el más florido jardín—, llamados Straus, afincado en Méjico, y Perl, holandés, gestionaron autorización para explotar una ruleta eléctrica fraudulenta denominada *straperlo*, apócope de sus apellidos. A tal fin buscaron apoyo en un promotor de boxeo y un periodista, y a través de ellos llegaron a cargos públicos y funcionarios de segundo y aún menor nivel, entre otros a Aurelio Lerroux, hijo adoptivo del jefe radical y delegado del Estado en la Compañía Telefónica Nacional. Finalmente lograron permiso provisional para exhibir el invento en el casino de San Sebastián. El éxito de público fue completo, pero tres horas después de su inauguración apareció la policía y clausuró el juego por orden del ministro de la Gobernación, De Pablo, amigo de Alcalá Zamora.

Ya de vuelta a Méjico, Straus reclamó las cantidades que según él había gastado en la puesta en marcha del negocio, *gestiones* y regalos, entre ellos dos relojes de oro, que importaban, entre ambos, 5.700 pesetas. Como nadie le devolvía nada, decidió extorsionar a Lerroux, al que exigía el pago del dinero «invertido», «con el fin de evitar el escándalo de una reclamación judicial». Querella que por cierto no interpuso nunca ante ningún juzgado. Lerroux rechazó de plano el chantaje, pero entre tanto (5 de septiembre) el presidente de la República recibía la denuncia de Straus y, en lugar de devolverla al denunciante para que la cursara por vía judicial, o remitirla de oficio al fiscal, o informar de inmediato al afectado, don Niceto la guardó en un cajón a la espera de hacerla pública en el momento que a él le interesara. Un mes después, Alcalá Zamora entregaba oficialmente al jefe del Gobierno, Chapaprieta —pero nunca a Lerroux— la denuncia del *estraperlista*. Chapaprieta no tuvo más remedio que remitirla a las Cortes, y de ese modo estalló el escándalo. Durante días y días no se habló de otra cosa en toda la nación, cada vez en tonos más feroces y destructivos contra el Partido Radical.

El Congreso exculpó a Lerroux, por amplia mayoría, tras el dictamen de la comisión nombrada al efecto, de toda responsabilidad en tan ajena y diminuta corruptela, pero el daño ya estaba hecho. De esa forma, un pillo chantajista, amigo de un agente de Azaña, logró desatar un escándalo monumental, debidamente orquestado por políticos y periodistas rencorosos y sin escrúpulos, al objeto de influir de manera decisiva en los destinos de España. Estas prácticas miserables no sería la última vez que se emplearan en estos predios.

«Nadie formuló cargo ni acusación contra mí —escribió Lerroux—. Hube de soportar la innoble comedia de siempre. En dos horas viví cien años». Herido en su honor y honradez personal, que era su único patrimonio, dimitió del Gobierno, junto con su correligionario Rocha (24 de octubre). Seis días después Chapaprieta presentó

el recompuesto gabinete, pero duró poco. Abandonado por todos los que podían apoyarle (radicales, cedistas y agrarios), tuvo que dimitir (10 de diciembre de 1935).

Alcalá Zamora hizo infinidad de consultas para constituir nuevo gobierno, pero los sucesivos encargos fracasaban (Martínez de Velasco, jefe de los agrarios, el resucitado Miguel Maura, de nuevo Chapaprieta, una fórmula dual Maura-Portela, que el primero rechazó airado). Todo inútil. En realidad era un sainete urdido por el presidente para poner sobre el tapete el as que guardaba en la bocamanga: la solución Portela Valladares, vizconde de Bryas, personaje sin ninguna representación parlamentaria, tan ninguna que ni siquiera tenía acta de diputado, pero con una misión concreta, disolver las Cortes y crear un partido de urgencia a imagen y semejanza de sus mentores (Alcalá Zamora-Portela) que pudiera suplantarse al partido Radical. Un partido de «centro republicano», según lo definió el marrullero Portela, como si Lerroux no hubiera sido jamás republicano ni estuviese en el fiel de la balanza política.

El nuevo gobierno se presentó el día 14 de diciembre, y el 31 entraba nuevamente en crisis tras la renuncia de algunos ministros. Pocas horas después, Portela recomponía totalmente el ministerio pero con personajes oscuros sin apenas presencia en el Congreso, y el día 7 de enero de 1936 se hacía público el decreto de disolución de las primeras Cortes ordinarias de la República, casi dos años antes de que expirase su mandato. Las elecciones generales quedaban fijadas para el 16 de febrero. Equivalía a destapar la caja de los truenos.

Una semana después se presentaba el manifiesto del Frente Popular, una coalición de izquierdas inspirada por la KOMINTERN y que en Francia había alcanzado el poder con el socialista León Blum a la cabeza, unos meses antes. Suscribían el documento Izquierda Republicana, Unión Republicana, PSOE, UGT, PCE, Juventudes Socialistas, partido Sindicalista de Ángel Pestaña y POUM. La CNT-FAI apoyaría desde fuera. El manifiesto en sí no era especialmente agresivo ni belicoso. Unas cuantas generalidades ambiguas y no mucho más. Sólo en un punto se mostraba claro y contundente: la reivindicación de la revolución de octubre de 1934, amnistía general de los insurrectos y condena rotunda de la represión subsiguiente. Es decir, defensa a ultranza del impunitismo. Así pues, aquellos hechos sangrientos se convirtieron en el santo y seña de la propaganda electoral del Frente Popular. «Somos los de octubre», repetían. Los derrotados de entonces querían tomarse la revancha. Empezaba a escenificarse el segundo acto de la tragedia nacional.

La campaña electoral fue horrible, delirante, sobre todo por parte de las izquierdas; sin embargo no se registraron grandes alteraciones del orden público. Éstas vendrían después, durante las votaciones y los días posteriores.

La jornada electiva se vio muy perturbada por actos vandálicos, rotura de urnas, coacciones en las puertas de los colegios y un estado de agitación generalizada que concluyó con un anormal y fraudulento recuento de votos. El mismo día 16 por la noche, grupos estacionados en la Puerta del Sol y ante la Cárcel Modelo de Moncloa,

en la capital de España, proclamaban ya, sin conocerse ningún resultado, la victoria del Frente Popular. Comenzaba el baile que se propagó rápidamente a toda la nación; esto es, reverdecía el 14 de abril.

El 17 por la tarde, la prensa afín al Frente Popular anunciaba un triunfo «aplastante, arrollador, impresionante, formidable: nueva proclamación de la República auténtica». No obstante se desconocían todavía datos oficiales y seguros.

El día 18 se anuncia el anticipo de los resultados de la primera vuelta (faltaba la segunda), que fueron los siguientes:

Derechas: CEDA, 120 escaños; Renovación Española, 13; agrarios, 12; independientes, 12; tradicionalistas, 11. Total, 168.

Centro: portelistas, 21; Lliga, 10; radicales, 5; mauristas, 2. Total, 38.

Sin adscripción: PNV, 3.

Izquierdas: socialistas, 77; Izquierda Republicana, 63; Unión Republicana, 27; Esquerra, 22; comunistas, 11; Acción Catalana, 5; sindicalistas, 1. Total: 221. Les faltaban 15 escaños para alcanzar la mayoría absoluta, mientras que la CEDA continuaba siendo la minoría mayoritaria.

Evidentemente el gran perdedor de la jornada electoral fue el partido Radical, que salió triturado de la contienda. De 102 diputados obtenidos en noviembre de 1933, quedaba reducido a cinco. Alcalá Zamora había conseguido, por fin, abatir la pieza mayor tanto tiempo perseguida y hostigada, pero, ¿a qué precio?

Un terremoto de furor y violencia sacudía a todo el país. Portela, el pelele desbordado por los acontecimientos, se derrumbó como un castillo de naipes. Al ver la que se le venía encima decretó el estado de guerra, pero a las pocas horas se echó atrás. El 19 por la mañana dimitía con todo su gobierno de manera irrevocable, y se daba a la fuga sin esperar a la segunda vuelta, que estaba obligado a presidir, ni a contrastar definitivamente el escrutinio. El bombero pirómano huía despavorido al comprobar la magnitud del siniestro que entre él y el presidente habían provocado. Por la noche de ese mismo día Azaña formaba ministerio sólo con republicanos y se hacía cargo del poder sin cumplir ninguno de los trámites impuestos por la Constitución. Por supuesto no esperó al recuento definitivo de las papeletas previsto para el día 20 en las Juntas Provinciales del Censo, ni a que se celebrase la segunda vuelta. Sin embargo, el cómputo final de votos no era tan favorable y manifiesto como se atribuían las izquierdas. Según Salas Larrazábal, recogido por César Vidal en su libro *Checas de Madrid* (página 70), de un total de 9.716.705 votos emitidos, 4.511.031 correspondían a las derechas, 4.430.322, a las izquierdas, y 681.825 al centro. Se registraron además 91.641 votos en blanco o atribuibles a candidatos menores sin significación política clara. En estas cifras no se aclara en qué grupo se incluyen los votos del PNV, aunque pienso que los engloban dentro de las derechas. ¿Dónde estaba la «aplastante, arrolladora, impresionante, formidable» victoria frentepopulista? Pero una vez ocupado el poder, ¿cómo iban a detenerse en tiquismiquis reglamentistas de unos votos de más o de menos?

El primero de marzo se celebró la segunda vuelta, pero estaba ya todo decidido. Por encima de cualquier otra consideración prevalecía la voluntad y los intereses del Frente Popular. Lo expresó sin ambages Alcalá Zamora, pero una vez exiliado en Suiza, en declaraciones al *Journal de Genève* el 17 de enero de 1937. Decía así: «A pesar de los refuerzos sindicalistas (CNT), el Frente Popular obtenía un poco más, muy poco, de doscientas actas, en un Parlamento de 473 diputados. Resultó la minoría más importante, pero la mayoría absoluta se le escapaba. Sin embargo, logró conquistarla consumiendo dos etapas a toda velocidad, violando todos los escrúpulos de legalidad y de conciencia.

»Primera etapa: Desde el 17 de febrero, incluso desde la noche del 16, el Frente Popular, sin esperar el final del recuento del escrutinio y la proclamación de los resultados, la que debería de haber tenido lugar ante las Juntas Provinciales del Censo el jueves 20, desencadenó en la calle la ofensiva del desorden, reclamó el poder por medio de la violencia. Crisis: algunos gobernadores civiles dimitieron. A instigación de dirigentes irresponsables la muchedumbre se apoderó de los documentos electorales: en muchas localidades los resultados pudieron ser falsificados.

»Segunda etapa: Conquistada la mayoría de ese modo, fue fácil hacerla aplastante. Reforzada con una extraña alianza con los reaccionarios vascos, el Frente Popular eligió la Comisión de Validez de las actas parlamentarias, la que procedió de una manera arbitraria. Se anularon las actas de ciertas provincias donde la oposición resultó victoriosa; se proclamaron diputados a candidatos amigos vencidos. Se expulsó de las Cortes a varios diputados de las minorías. No se trataba solamente de una ciega pasión sectaria; hacer de la Cámara una convención, aplastar a la oposición y sujetar al grupo menos exaltado del Frente Popular. Desde el momento en que la mayoría de izquierdas pudiera prescindir de él, este grupo no era sino el juguete de las peores locuras.

»Fue así que las Cortes prepararon dos golpes de Estado parlamentarios. Con el primero se declararon a sí mismas indisolubles durante la duración del mandato presidencial. Con el segundo me revocaron. El último obstáculo estaba descartado en el camino de la anarquía y todas las violencias de la guerra civil».

Don Niceto dice verdad, pero omite un dato fundamental, que fue él, con sus maniobras de político enredador y vengativo, quien prendió la mecha de la santabárbara. Luego le agradecieron los servicios prestados echándole de mala manera de la poltrona presidencial. «Roma no paga a traidores.» Hay una referencia, sin embargo, que no puede pasarse por alto: la denuncia de un estado efectivo de guerra civil. Y ahora todavía existen *estudiosos* que se empeñan en sostener que el cainismo no comenzó hasta el 18 de julio.

Lo que vino seguidamente es de todos sabido. Huelgas incesantes, atropellos reiterados a los derechos individuales y colectivos de los «enemigos», asesinatos de unos y a veces de otros, violencia imparable o que no se quería parar... La nación se cuarteaba y hundía. La revolución estaba de nuevo en marcha. La reacción no podía

tardar en producirse.

Sería muy interesante recuperar las crónicas que mandaba Enrique de Angulo desde Barcelona en esos meses aciagos. Seguramente resultarían en estos momentos muy aleccionadoras, como lo es su pormenorizado relato de los sucesos de octubre de 1934, pero aparte del trabajo que ello supondría, excedería con mucho el propósito de esta edición.

El tercer acto del horrible drama que ensangrentó a España dio comienzo con el asesinato del líder monárquico Calvo Sotelo, el 13 de julio de 1936, a manos de miembros de la escolta personal de Indalecio Prieto, llamada la *Motorizada*, aunque los disparos mortales los efectuara un tal Luis Cuenca, pistolero político. Gil Robles se escapó porque los matones no dieron con él aquella trágica noche.

Cuando estalló el conflicto final y el general Goded fracasó en su intento de apoderarse de Barcelona, Enrique de Angulo estuvo expuesto a sobresaltos y persecución, pero los papeles personales del autor no son muy explícitos sobre su peripecia azarosa de aquellos meses. Según informa al jesuita mallorquín, padre Bibiloni, en un memorando del que hablaremos más adelante, pasó trece meses en «zona roja-separatista», lo que da a entender que durante un tiempo al menos estuvo escondido en Barcelona, donde seguía viviendo su mujer con los siete hijos que ya tenía entonces. En agosto de 1936 lo buscaron en la capital de España unos milicianos de la checa de Bellas Artes mandados por un redactor del *Heraldo de Madrid*, de acuerdo con el testimonio posterior de un primo al que detuvieron, registraron la casa y luego soltaron, al confundirle con Enrique de Angulo. En ese mismo mes las patrullas de Control desvalijaron su casa de Barcelona, sita en la calle Bruch, 62, segundo, pero tampoco dieron con él. El 16 de octubre de 1939 dirigía una carta al ministro de la Gobernación, Serrano Súñer, por una faena que acababa de hacerle el gobernador civil de la provincia, que se verá en su momento, en la que explicaba que «fue detenido por los ‘escamots del Estat Català’ el mismo día 19 de julio de 1936 luchando en las calles contra el Frente Popular y sufrió luego encarcelamiento, fugas, persecuciones, checas, hambres y la enorme tortura de vivir trece meses en la zona roja sin poder trabajar para mantener a (mi) numerosa familia».

Angulo debía de conocer al *cuñadísimo* de los tiempos de la JAP (Juventudes de Acción Popular), que presidía Serrano Súñer, porque encabeza la carta llamándole «mi respetado amigo y ministro». Es decir, nada de *Excmo. Sr.*, ni cosa por el estilo.

La familia tiene idea de que pasó por tres checas, pero no han sabido precisar más, ni dónde estuvo escondido durante más de un año ni cómo llegó a Madrid para pasarse a la zona *nacional*. En cambio, la odisea de la evasión y sus consecuencias inmediatas las explica con cierto detalle en el memorando dirigido al padre Bibiloni, que hemos citado antes. Este jesuita estaba recogiendo información sobre los miembros de la Compañía martirizados por las «hordas marxistas» y que, invocados por algún devoto, éste hubiese podido recibir un determinado favor de cualesquiera

de ellos. Angulo se apresuró a escribirle explicando que le debía la vida nada menos que al hermano Codina, del colegio de Sarriá donde había estudiado, pero no porque quisieran matarle los *rojos*, que también querían, sino porque estuvieron a punto de fusilarle ¡los *nacionales*!

De acuerdo con su narración, a principios de agosto de 1937 huyó de Madrid «al verse perseguido tras una campaña de la prensa marxista contra su persona, por considerarle afecto a Franco». Escapó siguiendo el curso del Tajo y después de cinco días de caminar a escondidas, llegó a las inmediaciones de Belvís de la Jara, entre Puente del Arzobispo y Talavera. Llegado a este punto el 8 de agosto, cruzó el río a nado, durante el día, mientras le disparaban desde lejos los dos bandos. Era una temeridad pasarse a plena luz diurna, ya que podía ser visto con facilidad, como sucedió, desde una u otra parte, pero aún era peor hacerlo de noche, porque a esas horas se exponía a ser confundido con los saboteadores del ejército popular que trataban de infiltrarse en las filas enemigas para dinamitar la vía férrea.

Localizado por soldados nacionales, se hizo cargo de él un alférez de caballería llamado Inestrillas (supongo que padre y abuelo de los Inestrillas de la época actual) y, conducido a la comandancia de Talavera, dijo ser periodista católico, corresponsal de *El Debate*, y que podían avalarle el cardenal primado, doctor Gomá; el obispo de Orihuela (huido de su sede), doctor Irastorza; Antonio Goicoechea (jefe de Renovación Española, a la que había pertenecido); Joaquín Bau, José María Pemán, Pedro Sainz Rodríguez, conde de Vallellano, Gil-Robles..., pues nada, como si no citara a nadie. Algún alma *piadosa*, de las muchísimas que florecieron en aquellos días feroces de odios africanos y envidias criminales, dijo que en *El Debate* no le conocían. Sin embargo, empezaron a recibirse avales por teléfono, y a la vista de ellos los jurídicos de la Junta de Clasificación de Prisioneros y Evadidos acordaron su libertad provisional.

Pese a ello, el comandante militar de la plaza, Planas de Tovar, inducido por aquella denuncia y su propio espíritu de ordeno y mando, lo hizo llamar a su presencia y sin más preámbulos ni rodeos le anunció su propósito de mandarlo fusilar. Huelga decir el pánico que le entró al pobre hombre. ¡Para eso se había pasado a los *buenos*! Unos guardias de Asalto lo condujeron esposado al cuartel de la Guardia Civil de Yuncos, donde estaban encerrados algunos prisioneros.

Aterrorizado por lo que se le venía encima, se encomendó con todo el fervor de su alma al hermano Codina y ¿fue milagroso?, menos de dos horas después lo llevaron ante el comandante de Estado Mayor, Francisco Bonel, que tenía que tomarle la última declaración previa a la decisión final. En medio de un estado de angustia total y a pesar de su formación jurídica, Angulo no profería más que incoherencias y desatinos. Pero en medio de semejantes despropósitos se le ocurrió decir que si viviera don Francisco Mut, al que daba por muerto como otros militares amigos suyos de Barcelona, seguro que daría la cara por él. Pero Mut no había muerto, sino que con el grado de teniente coronel ocupaba la jefatura del Estado

Mayor de la división 13, al mando del general Barrón, que a duras penas contenía las embestidas del ejército de Líster en la ofensiva de Brunete. Bonel, de inmediato, llamó por teléfono a Mut, cuyo cuartel general se hallaba en Navalcarnero, sólo a treinta kilómetros de Yuncos, al que preguntó si conocía «de algo al prisionero». Mut no se limitó a confirmarlo, sino que acudió inmediatamente con su coche oficial a rescatar al viejo amigo, y lo retuvo varios días a su lado hasta que se recuperase en parte de tantas penalidades y sobresaltos. El mismo teniente coronel Mut lo llevó a Salamanca y a Burgos, donde Angulo quería presentarse a las autoridades del cuartel general de Franco, para ofrecer sus servicios de periodista.

Pero antes de proseguir hemos de dar unos pasos atrás al objeto de recuperar al personaje que tenía empeño en fusilarle. Con el grado de coronel, Planas de Tovar fue el primer gobernador civil de Valencia después de la contienda. En la ciudad del Turia todavía hay muchos que recuerdan las hazañas de este coronel. Pepe Barberá, durante años presidente de la Asociación de la Prensa Valenciana, y padre de la actual alcaldesa de Valencia, Rita Barberá, contaba con mucha gracia anécdotas increíbles del susodicho. Planas de Tovar no es que fuera rígido o estricto, sino que se comportaba como una verdadera mula parda, que por delante mordía y por detrás coceaba. Ordenó, por ejemplo, que las mujeres tenían que cubrirse con el albornoz al salir del agua en la playa. Ni siquiera aquellos bañadores de una pieza, que tapaban incluso lo que algunas no tenían de suyo, bastaban para no contrariar al señor gobernador. Y, a fin de hacer cumplir sus órdenes, dispuso que patrullaran por las playas parejas de policía a caballo que no debían tolerar la «impudicia» de tomar el sol sin albornoz. Por supuesto, las mujeres se saltaban a la torera la orden gubernativa, pero, claro, sin desafiar al poncio, de modo que cuando se veía en lontananza la pareja de guardias, corría la voz de aviso, «¡que viene la moral, que viene la moral!». Así, pues, merced a las genialidades del coronel, la *moral* se vistió de policía y llevaba porra al cinto.

Fernando Vizcaíno narra en sus memorias, *Los pasos contados*, que el día que cesaron a Planas de Tovar, el dibujante Emilio Panach publicó un *mono* en el vespertino *Jornada*, propiedad de FET y de las JONS, en el que se veía a un hombre saliendo despedido por la ventana. Debajo, un vendedor de *iguales* voceaba: «¡Hoy sale, hoy...!». Todo el mundo lo entendió, hasta el nuevo poncio, el *vieja guardia* salmantino, Ramón Laporta, que multó a Panach y le prohibió firmar con su nombre. En adelante lo hizo con el seudónimo de *Milo*, que mantuvo el resto de su vida profesional. Estas anécdotas revelan el talante del personaje que quiso fusilar a nuestro hombre, y el alivio que sintieron los valencianos cuando se lo quitaron de encima.

Ni en Salamanca ni en Burgos estimaron el ofrecimiento de Enrique de Angulo y a principios de noviembre de 1937 lo encontramos en San Sebastián como «corresponsal en frentes de guerra» de la agencia Logos, perteneciente a *La Editorial Católica*. Pero en la zona Norte duró poco. Sólo dos meses después, apenas

comenzado 1938, pidió a Luis de Galinsoga, director de *ABC* de Sevilla, si tenía un hueco en el periódico. Angulo y Galinsoga se conocían de antiguo, de los tiempos de la Juventud Maurista. Galinsoga, que con el tiempo sería director de *La Vanguardia* y gran apologista de Franco, le contestó el 13 de enero, ofreciéndole el puesto de redactor de mesa, uno de los más modestos en la estructura de los periódicos antes de informatizarse. Consistía en repasar los teletipos, corregirlos, añadirles signos de puntuación y mayúsculas, que no figuraban en el sistema de transmisión telegráfica, pegarlos en las cuartillas y titularlos. Un trabajo anónimo, oscuro, pero absolutamente necesario en la confección de todo diario. Tampoco el sueldo debía ser muy alto, porque Angulo se vio precisado a completar sus ingresos ejerciendo la corresponsalía de Logos en Sevilla. Así transcurrió todo el año 1938.

La incorporación al *ABC* sevillano le impuso la afiliación a Falange. En aquellos tiempos los periodistas que no tenían carnet del partido único no podían trabajar. A Enrique de Angulo le extendieron el 4 de febrero de ese año uno provisional como «militante de Madrid», presentado por Renovación Española, su verdadera casa matriz.

La familia, entre tanto, andaba todavía «por ahí». El 21 de junio de 1937, con Angulo en paradero desconocido, el Gobierno de la República extendió un pasaporte a nombre de su mujer, Felisa Zapatero, y sus siete hijos, residentes aún en Barcelona, para que pudieran viajar al extranjero. Las autoridades se quitaban de encima ocho bocas (nueve con la de la abuela Mariana, que se unió a la expedición) improductivas y molestas en medio de tanta penuria.

Con el visado de los consulados de Francia y Gran Bretaña, partían de Valencia el 8 de julio a bordo del vapor francés *Maine* —un nombre de infausta memoria en la historia de España— con 500 pesetas de papel y tres de plata en el bolsillo, según hizo constar en el pasaporte el jefe de policía de la comisaría portuaria. Con semejante *capitalón*, la vieja, la madre y toda la camada llegaron a Marsella dos días después, y el 12 reemprendían el viaje hacia París, donde una hermana religiosa del padre les acogió y les dio cobijo. Angulo dice de este episodio que los suyos salieron de España «amparados en el pabellón británico». En la capital francesa permaneció la familia hasta que a mediados de 1938 se reunieron todos en Sevilla.

Y ahora viene otro de los numerosos sucesos que agitaron la vida del escribano. Barcelona, la Barcelona de sus amores y amarguras, fue *liberada* entre la tarde del 26 de enero y la madrugada del 27. Las tropas de Franco entraron por las grandes avenidas barcelonesas, desde los altos de Montjuich, el Tibidabo y Vallvidrera, ¡sin disparar un solo tiro! No obstante, su avance dentro de la capital fue lento, no porque ofreciera ninguna resistencia el Ejército popular a las órdenes del *generalísimo rojo* Modesto, antiguo sargento de la Legión, sino porque lo impedía la multitud, los cientos de miles de barceloneses que salieron entusiasmados a la calle con banderas, muchas banderas bicolors —¿de dónde demonios las habían sacado?—, abrazando, besando, estrujando, vitoreando a los soldaditos liberadores, navarros y *paisas*

mayormente. Un recibimiento en verdad desbordante, sobre todo por parte de las mujeres, muchas de ellas famélicas y angustiadas por la suerte de sus hombres, padres, hijos, maridos, hermanos, parientes, novios, que habían desaparecido del mapa sin dejar ningún rastro. Conste que no invento nada. Los testimonios gráficos están ahí en archivos y hemerotecas. Bueno, estaban, no sé si aún seguirán donde deberían estar.

Los periodistas fueron los primeros ¡cómo no! en subirse al carro triunfador. El mismo día 27 apareció una edición de sólo cuatro páginas de *La Vanguardia*, ahora *Española*, «Diario al servicio de España y del Generalísimo Franco», con un gran titular a toda página: «Barcelona para la España invicta de Franco». Tan sólo dos días antes, el 25 de enero, la otra *Vanguardia*, la que no se adjetivaba *española*, tal cual que ahora, encabezaba la edición con estos titulares: «El Llobregat puede ser el Manzanares de Barcelona». Y en el subtítulo: «Las tropas españolas contienen con heroísmo los intensísimos ataques de las divisiones italo-fascistas». ¡Ay la propaganda política! ¡Ay los plumíferos propagandistas! Los periodistas serviles de todos los bandos y todos los tiempos.

Al releer lo de *italofascistas*, me viene a la memoria la coplilla aquella que circulaba por la España de Franco durante la guerra y aún mucho después, cuya letra decía así:

*No te enamores, niña bonita,
y no desprecies a los bravos españoles,
los italianos, se marcharán,
y de recuerdo, y de recuerdo,
un bebé te dejarán.*

Si el día 27 apareció *La Vanguardia Española*, el 28 lo hizo *El Correo Catalán*, periódico católico de tendencia tradicionalista, asimismo con sólo cuatro páginas, impreso en los talleres del conde de Godó, que no habían sufrido ningún desperfecto durante todo aquel tiempo. En los días sucesivos lo hicieron otros diarios, bien incautados por las nuevas autoridades, como el cenetista *Solidaridad Obrera*, la *Soli*, convertido en *Solidaridad Nacional*, bien porque sus propietarios habían hecho méritos a los ojos de Franco. Todos los empresarios de prensa cuyos periódicos reaparecieron tras la guerra, todos sin excepción, digan lo que quieran ahora sus herederos, apoyaron a Franco, especialmente con su *óbolo* en las cuentas opacas de los bancos suizos. El general no se mostró desagradecido con ninguno de ellos.

Uno de los favorecidos y de pronta reaparición fue *El Noticiero Universal*, «diario de la noche», propiedad de Francisco Peris Mencheta, periodista valenciano que prosperó en Barcelona. La dirección del rotativo en esta nueva etapa se la encargaron a nuestro hombre, dado su conocimiento de la vida barcelonesa, su probado españolismo y su adhesión a Franco, como todo el mundo entonces. Sin embargo, no parecía que fuese muy *azul*, según se desprende de su biografía.

Instalado nuevamente en la Ciudad Condal, donde había alquilado un piso en la

calle Mallorca, 270, tercero, pidió a la familia que se fuera con él, pero la mujer se hacía la remolona, y no porque le asustara un traslado más, pues a los muchos de antes le seguirían otros varios después, como si fuera *el baúl de la Piquer*. Parecía que a doña Felisa, siempre con su numerosa prole y la suegra a cuestas, le preocupara la idea de retornar a Barcelona. Acaso su instinto de mujer le hacía temer nuevas tormentas. Pero ante la insistencia de Enrique no tuvo más remedio que hacer el hatillo y mudarse a la nueva residencia. El 27 de abril de aquel año, la autoridad militar le extendía el salvoconducto que la facultaba para viajar desde Sevilla a la Ciudad Condal, que con los maltrechos transportes de entonces, vendría a ser como trasladarse de un continente a otro.

De esa época hay, entre sus papeles, copia de cierta «declaración testifical» —no dice ante qué instancia o autoridad concreta— a favor del conde de Godó como dueño de *La Vanguardia*, defendiendo su trayectoria monárquica, eximiéndole de la orientación política del periódico durante la República y de la deriva final nacionalista que le imprimió su director, *Gaziel*, seudónimo del periodista Agustí Calvet.

No me consta que luego nadie diera la cara por Enrique de Angulo cuando se vio obligado a dimitir, como director de *El Noticiero*, el 6 de octubre de 1939, apenas ocho meses después de haber sido nombrado para el cargo. Se le acusaba de «enemigo del régimen y desafecto a V. y al Generalísimo», según escribió a Serrano Súñer, ministro de la Gobernación, en la carta ya mencionada, del 16 de dicho mes. Empezaba otro de los numerosos calvarios que tuvo que sufrir el autor a lo largo de su azarosa vida.

El gobernador civil, don Wenceslao González Oliveros, comenzó a perseguirle a finales de agosto. El 31 de ese mes le escribía una carta en la que le decía: «...en contestación a su escrito del día de la fecha, debo manifestarle que la desconsideración, capciosidad e insidia (de *El Noticiero*) no son hacia mi persona, sino hacia otras que están por encima de mí...». En el último párrafo exigía se le enviara «a la mayor brevedad, relación nominal de todos los redactores de ese periódico».

Ese mismo día contestó Enrique de Angulo, desconcertado y temeroso, sin saber, decía, a qué venía todo aquello. A vuelta de motorista, insistía el gobernador, de nuevo por escrito, que «fomentar, aunque sea oblicuamente, deslealtades y divisiones contra la unidad de Mando, que por fuero propio y consentimiento nacional corresponde exclusivamente al Caudillo, es juego peligroso que debo cortar y cortaré». Enrique de Angulo leía las cartas del gobernador y no era capaz de entender nada. Y lo que «largaba» el *poncio* ante los demás periodistas y a todo aquel que quisiera escucharle.

Todo el mes de septiembre siguió la campaña, cada vez más enconada, incluidas pesquisas policiales, contra la permanencia de Angulo al frente de *El Noticiero*. González Oliveros «amenazó a la empresa con suspender el periódico, imponer una

fuerte multa y desterrarme de Barcelona», escribía el afectado al «Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos Españoles», el 12 de diciembre de 1939. (Una mínima observación entre paréntesis: no le llamaba Caudillo de España.) Y todo eso le sucedía a él, uno «de los más destacados periodistas de derechas que desde hace años viene actuando en Barcelona», añadía dolorido en dicho escrito. De derechas y españolista, en «los días del apasionado fetichismo separatista de Maciá». Entonces, ¿qué pecado político tan horrendo habría podido cometer para merecer tan duro castigo? Él, Enrique de Angulo, que siempre había sido totalmente leal a la cadena de mando, empezando por el teniente general Luis Orgaz Yoldi, «quien ha sido nombrado por S.E., General Jefe de la Cuarta Región Militar». ¡Ahí, ahí precisamente dolía a quien podría doler! En su «cortés y respetuosa consideración personal» hacia dicho general estaba el quid de la cuestión.

Orgaz era un militar africanista como Franco, pero a diferencia de éste, al proclamarse la República pidió la baja en el Ejército, aprovechando los beneficios que ofrecían las leyes de Azaña, para expresar de ese modo su disconformidad con el nuevo régimen. Más monárquico que el propio rey y conspirador impenitente, se pasó todo el tiempo de la República urdiendo complots y maniobras subterráneas que no pasaban, en general, de simples maquinaciones de café. Como era de esperar, tan pronto como supo —porque entonces se sabía todo en seguida, Gobierno incluido— que Franco, Varela y Mola se habían reunido (marzo de 1936) para organizar un levantamiento militar, se apuntó el primero.

Enrique de Angulo, en su buena fe y entusiasmo patriótico, creyó, igual que la inmensa mayoría de los españolitos de entonces, que los generales de Franco formaban una piña en torno al designado Generalísimo, pero la realidad pintaba de muy distinto color, y el primero que lo sabía era el propio Franco, aunque los piques en el mando no trascendieran al público. Para algo estaba la censura de prensa.

Todos los altos jefes y los menos altos se sublevaron por dos causas comunes a todos ellos: acabar con aquella República caótica y sectaria, poco amiga de los militares, y atajar la revolución bolchevique que estaba en marcha. Pero en lo demás —proyectos de futuro, aspiraciones individuales, resquemores personales, etc.— podía haber grandes diferencias, y las había. Como buenos profesionales aceptaron la unidad de mando con pocas reservas, conscientes de que sólo una jerarquía bien definida podía superar la extrema debilidad militar de la que partían. Pero alcanzada la victoria, ¿qué? Ésa era la gran incógnita cuya solución se aplazaba para el día después. Y a decir verdad, la cosa no se presentaba nada clara. De los generales supervivientes (murió Sanjurjo, Mola, Goded, Fanjul...), unos, como Orgaz, Ponte, acaso Kindelán y otros situados en la *reserva* (Dávila, Gómez-Jordana, los hermanos Vigón), deseaban el retorno de la monarquía *alfonsina*. Varela y Solchaga, en cambio, se inclinaban por la otra rama dinástica. Yagüe era falangista. El fogoso y díscolo Queipo de Llano, que había montado, con Ramón Franco, el numerito golpista del aeródromo madrileño de Cuatro Vientos, para implantar, ¡ya!, la República, se volvió

contra sus antiguos compañeros de viaje cuando la pareja Azaña-Prieto echaron con malas artes de la presidencia republicana a Alcalá Zamora, consuegro de Queipo. A éste habría que añadir, en el sector republicano, a los lerrouxistas Cabanellas y Aranda. En cuanto al resto, tal que Alonso Vega, Muñoz Grandes, Moscardó, Martín Alonso, García Valiño, Barroso, Beigbeder, el moro Mohamed el-Mizzian, etcétera, simplemente eran franquistas.

Franco conocía todos estos «matices» de sus generales. En rigor, se conocían todos entre sí de sobra, pero cada cual esperaba su momento, después de los tiros, para exponer sus preferencias o exigir su parte alícuota de poder. Sin embargo, el *Generalísimo*, acabada la guerra y acomodado en el sillón, no parecía tener ninguna prisa en buscar una solución institucional definitiva. Tuvo tan poca, que terminó muriéndose en él. De ahí que, en aquellos momentos todavía inciertos, ser periodista de origen monárquico y cultivar la amistad de un general más monárquico todavía, «desterrado» de hecho a la esquina extrema de España para domeñar a las huestes anarco-marxistas-nacional-esquerristas si volvían a las andadas, no dejaba de ser una actividad sospechosa para el núcleo duro que intentaba afianzar el caudillismo.

Se lo manifestó sin ambages el entonces director general de Prensa, Enrique Giménez Arnau, con la estridencia de su peculiar estilo personal. Así lo explica Angulo en el escrito elevado al Jefe del Estado citado anteriormente: «...el Director General de Prensa, don Enrique Giménez Arnau, me reprochó rotunda y terminantemente como una grave acusación mi amistad personal con el Excmo. Teniente General Orgaz; añadió que ello, por sí solo, me hace acreedor a las más duras represalias gubernativas, y que, como director de un periódico me estaba vedado corresponder a las atenciones amistosas y, aun de pura cortesía, de la Autoridad Militar y, ni siquiera visitarle sin previo y especial permiso del Gobernador Civil. Todo ello me lo ratificó a grandes voces y de manera descompuesta el pasado día 8 de diciembre, insistiendo en que mi ‘grave delito’ me hace indigno de dirigir un periódico en Barcelona y aun me resta confianza para cargo de responsabilidad en el periodismo el ‘ser amigo del General Orgaz’». La cita, algo larga, delata el aire que se respiraba en las alturas políticas y el talante que se gastaban los perros guardianes de la *Nueva España* en el *Año de la Victoria*, como era obligado añadir en todos los escritos después de la fecha.

Enrique de Angulo no terminaba de entender aquello. ¿Acaso no se había hecho el Alzamiento para restablecer el orden tradicional de España violado por la República? El que no fuese una restauración inmediata no suponía que algo así no sucediera algún día, y ¡sucedió! Pero a buenas horas, mangas verdes, debió de pensar Angulo al cabo de tantos años.

De todos modos, lo que más le dolió no fue que lo echaran a la calle, que también, claro, sobre todo en el bolsillo, sino que le acusaran de «enemigo del Régimen» y «desafecto al Caudillo de España». Lo cierto era que una acusación así suponía, en aquellos tiempos, como poco la «muerte civil» y la marginación

profesional en un gremio tan sensible a los avatares y altibajos de la política. Y así fue.

Enrique de Angulo se encontró «dimitido» y tirado en la calle, sin ningún ingreso con que atender a su numerosa familia y sin que nadie respondiera a los reiterados escritos elevados hasta las más altas instancias. Necesitaba ayuda urgente, pero de modo especial pedía que «se me dé ocasión para reivindicar mi prestigio como patriota... y como periodista intachable», según le decía a Serrano Súñer el 14 de octubre del *Año de la Victoria*.

Todo fue inútil. Nadie le contestó ni nadie volvió a darle trabajo en ningún medio informativo. El 18 de noviembre de aquel año volvía a escribir al rígido y obstinado gobernador civil, mero ejecutor sin duda de órdenes superiores, reiterándole su petición de audiencia para «disipar todo recelo que no debió en manera alguna existir y que desaparecería tan pronto como V. tenga la bondad de escucharme». El autor de la carta alegaba, para que el poncio le recibiera, «la difícil situación que Vd. puede suponer para atender a las necesidades de mi familia y mis siete hijos». Callada por respuesta.

El director de *Ya*, Juan José Pradera, en carta asimismo del 18 de noviembre, trataba de consolarle, pero no le admitía en su redacción. Casi un mes después, el 16 de diciembre, Angulo rogaba a Peris Mencheta, una «ayuda económica» para su familia. Pedía limosna.

Impotente, humillado y rechazado por todos, como si fuera un apestado, arrojó la toalla y decidió reincorporarse al cuerpo de interventores del Estado en la Explotación de Ferrocarriles, al que probablemente pertenecía desde bastantes o muchos años atrás, aunque se hallara en situación de excedencia voluntaria. El 1 de noviembre de 1940 lo encontramos ejerciendo dicha función en la ciudad alicantina de Elda, pero avecindado en la gemela villa de Petrel. Allí alquiló una finca rústica con caserío, secano y huerta con derecho a 48 horas quincenales de riego, pero debía de ser con un caudal muy reducido. En caso de recibir el aporte medio con que riegan los huertos de la Ribera o la Plana, la finca superaría los grandes naranjales —entonces— del barón de Llaurí o el de Cárcer. No imagino que fuera así.

Allí pasó, con su familia, un cierto tiempo, pero no muy largo. El veneno del periodismo podía en él más que la paz bucólica que disfrutaría a orillas del Vinalopó. De esa forma, el primero de mayo de 1942 se incorpora en Madrid a la redacción de *Ya*, heredero de *El Debate*, su vieja casa. Otra vez la *troupe* de mudanza en su continuo rodar. Se instalaron en la calle Fernández de la Hoz, 62, bajo. Entre tanto le había nacido en 1940 su octavo hijo, Antonio María, que murió cuando tenía cuatro años.

Escarmentado por los cambios bruscos de la fortuna, ahora no dejó el empleo de los trenes en el ministerio de Obras Públicas —ni lo dejaría en adelante—, que lo alternaba con el trabajo en *Ya*. Eran tiempos duros de estrecheces y pluriempleo generalizado. Todos los chupatintas del país trabajaban en dos o más sitios. También

los militares, y los policías, y los guardias municipales, y los enseñantes que se dice ahora, y los empleados de banca, y los amanuenses y chapuzas, es decir, todo el mundo. Y el que no tenía dos empleos ocupaba sus horas libres en el trapicheo del estraperlo, como los maquinistas, revisores y otro personal de RENFE. Esto último mientras duró el racionamiento. Lo que no desapareció, en cambio, fue el pluriempleo, que acabó siendo un *deporte* nacional, signo de nuestro atraso, hasta bien entrados los años ochenta.

Enrique de Angulo disfrutó de un período de cierto sosiego y tranquilidad, durante el cual tuvo dos hijas más: Paloma, nacida en 1942, y Paz, que echaba el cierre a la fábrica en 1945. El nombre que impuso a la recién nacida, extraño a la familia, revela lo que quería y esperaba del estado general de España, después de tanto sufrimiento nacional y tantas angustias personales.

Esa sensación de cierta paz social y personal le animó a reemprender el vicio solitario de la creación literaria, el oficio más individualista, obsesivo y puñetero de cuantos practica el ser humano. Hombre de formación legalista, inscribía en el Registro de la Propiedad Intelectual todos sus partos y fabulaciones. Entre 1942 y 1943 registró varios argumentos o sinopsis de películas: *Don Bárbaro o la fuerza del vino*; *Maribel, detective por amor*; *Carmina*, y *El beso que no se dio*. En diciembre de 1942, la Editorial Lumen de Barcelona, le publicó en su colección Lábaro, el libro *El arte de ser abuela* (¿novela?, ¿conjunto de anécdotas de su propia madre?, no lo he podido averiguar). Se hizo una tirada de 4.000 ejemplares, que me parecen muchos para aquel tiempo —y para éste en la gran mayoría de las ediciones—, pero al cabo de un año únicamente se habían vendido 524 copias. El propio autor se tuvo que encargar de remitir ejemplares a los periódicos para que le publicaran la oportuna reseña. En la carta que, con el libro, envió a don Teodoro Llorente, director de *Las Provincias* de Valencia y patriarca de las letras valencianas, se lamentaba de que era la obra de un «periodista un tanto eclipsado en la profesión». También le informaba de que hacía unos meses que se había incorporado a la redacción de *Ya*.

En los años siguientes no se le conocen nuevas tentativas literarias, hasta que en 1949, el director de cine Juan de Orduña, le encargó un guión cinematográfico basado en la novela *Pequeñeces* del jesuita padre Coloma, para una película que iba a producir Cifesa de Valencia. Angulo cumplió el encargo con toda diligencia, pero, al ver el guión definitivo, agarró tal rebote, que escribió en seguida a Vicente Casanova, consejero delegado de Cifesa-Producción, diciéndole que tal engendro final «en nada se parece al que hice y que figuran con preferencia unos señores a quienes ni siquiera conozco»; por lo tanto «releva muy gustoso a Cifesa del compromiso de que figure también mi nombre en la excesiva lista de ‘guionistas’». Ciertamente no lo acompañaba la suerte.

Llegamos ya a la etapa americana, otra historia para no dormir. Como recordarán los más viejos del lugar, al acabar la guerra mundial en mayo de 1945, la ONU, fundada el 26 de junio de ese mismo año, acordó, a instancias de la Unión Soviética,

sólo un mes después de su constitución, condenar a España por su apoyo a las potencias del Eje. La condena consistía en negar el ingreso de nuestro país en la incipiente organización mundial e imponer un bloqueo internacional con la consiguiente retirada de embajadores acreditados en Madrid.

La decisión de la ONU originó, como reacción, grandes manifestaciones, naturalmente *espontáneas*, en todas las capitales y ciudades de España, con pancartas tan bizarras como aquella que decía: «Si ellos tienen UNO (siglas inglesas de la ONU), nosotros tenemos dos». Eso es, «a lo mero macho», que diría un mejicano. Pero todo el ardor patriótico y el griterío desafiante de las pancartas y la prensa, siempre entusiasta con el Mando, no podían ocultar el tremendo mazazo que recibía sobre todo la maltrecha economía española, que con muchas dificultades se recuperaba de los enormes destrozos de la guerra civil. Además, en octubre del año anterior, habían entrado por la frontera francesa, para «levantar en armas al pueblo español», unos mil quinientos *maquis* comunistas, rápidamente neutralizados.

A la vista de la situación, en uno de sus conocidos golpes de timón, Franco hacía una remodelación del gobierno el 25 de julio de 1945, coincidiendo con las fechas que se debatía y acordaba la condena de la ONU a España. Del tal gobierno desaparecía la figura del ministro secretario general de FET y de las JONS, que había ocupado desde mayo de 1941 el arquitecto superfalangista bilbaíno José Luis de Arrese (en otro gabinete posterior sería designado ministro de la Vivienda, de nueva creación) y, lo que era más significativo, cesaba —para siempre en cualquier cargo— Serrano Súñer como ministro de Asuntos Exteriores, partidario de la derrotada Alemania nazi.

Para sustituir al *cuñadísimo*, Franco echó mano del *propagandista* católico Alberto Martín Artajo, discípulo de Herrera Oria. Hombre bueno, paciente y generoso, aunque los democristianos *auténticos* de la época lo tacháramos de *colaboracionista*, emprendió la muy difícil tarea de sacar del pozo a una España con tantas necesidades y carencias. Hizo un verdadero encaje de bolillos para que el cerco internacional no nos ahogara. El problema no era que Franco continuase o no, sino que el país quedara a merced de la voracidad soviética, que ya intentó hacerse con España en la guerra civil, y podía repetir la jugada ahora, iniciada con la invasión de los *maquis*. Una segunda plataforma comunista en el patio trasero de Europa era un suicidio, pero Stalin mandaba con la aquiescencia de Gobiernos occidentales complacientes.

Martín Artajo empezó por atraerse la voluntad de Perón, quien, haciendo caso omiso del bloqueo, decidió mandar cargueros repletos de trigo que permitían paliar el hambre de los españoles. Argentina no regalaba sus envíos, ciertamente, que bien que los cobró, pero al menos permitía racionar barritas de pan integral, esa clase de pan que tanto se estima en nuestros días, especialmente en las dietas de adelgazamiento. Entonces, una dieta así era innecesaria.

Seguidamente vino aquello de la «tradicional amistad hispano-árabe» —a ver si

ahora se lo explica alguien al moro del Sur, a Ben Laden y a los terroristas islámicos —. Martín Artajo se ocupaba de agasajar y pasear por España a los más encopetados jeques de los países que propició el arqueólogo y agente inglés, Lawrence de Arabia. Los opuestos —poquitos, muy poquitos, pero perfectamente malavenidos—, hacíamos chistes —por lo bajini, no se vaya a creer— con tanta chilaba arriba y abajo. Sin embargo, el desfile de sayones blancos supuso la posibilidad de comprar otra vez petróleo y arrinconar definitivamente el inviable gasógeno (oigan, una energía alternativa).

De esa forma, pasito a pasito, Martín Artajo iba abriendo nuevas puertas hasta llegar a la que más interesaba, la de Estados Unidos. La URSS estaba apretando de firme en todos los frentes, y los occidentales, curados ya de ingenuidades desastrosas, no podían permitirse el lujo de rechazar ningún posible aliado. Fue así como España, a pesar de Franco, entró de nuevo en el concierto internacional. En 1950 la ONU aceptó el restablecimiento de relaciones diplomáticas con España. Ese mismo año la Cámara de Representantes norteamericana aprobaba un primer crédito a favor de nuestro país. Inmediatamente se abrió de manera oficial la embajada española en Washington, que de manera oficiosa ya venía funcionando desde unos meses antes.

En esta operación encontramos de nuevo a Enrique de Angulo, nombrado en octubre de 1949, imagino que por sugerencia del propio ministro, agregado de Prensa en la importantísima y flamante representación diplomática española en la capital de USA. Parecía que después de tantos sinsabores, quebrantos y humillaciones, volvía a remontar el vuelo y colocarse en el nivel que seguramente por méritos propios le correspondía. Huelga decir que arrastró otra vez consigo a todo su regimiento, excepto a la hija tercera, Carmina, ya casada en España, y a la madre, doña Mariana, fallecida en diciembre de 1942. Los años siguientes debieron de pasar tranquilos, porque no he tropezado con ningún papel que me permita suponer lo contrario.

Hallándose en el ejercicio de dicha función, comenzó a mandar crónicas americanas a la agencia Logos, firmadas con seudónimo. ¿Eran incompatibles ambos trabajos? Quizás, pero no puedo suponer que Angulo realizara actividades de corresponsal más o menos encubiertas por propia iniciativa. Me inclino a pensar más bien que actuaría por encargo del embajador y con el consentimiento o estímulo del propio ministro, a fin de transmitir al público lo que no podían hacer desde los despachos oficiales. ¿Conocía también el asunto la dirección general de Prensa? Seguramente sí, porque a fin de cuentas los agregados de Prensa de todas las embajadas tenían una dependencia orgánica de esta dirección general, aunque en lo funcional estuviesen al servicio del embajador respectivo. Por lo tanto es de presumir que el organismo del que dependía Angulo conocería lo que éste hacía más allá de la estricta agregación de Prensa, máxime cuando estaba obligado a remitir a su superior orgánico en Madrid un informe decenal sobre lo que publicaban periódicos y radios de allí sobre España.

Al parecer todo funcionaba sin problemas, pero el 18 de julio de 1951, Franco

hizo una remodelación a fondo del gobierno, aunque mantuvo a Martín Artajo en Exteriores. Entre los nuevos ministros figuraba Gabriel Arias Salgado, encargado de la cartera de nueva creación denominada de Información y Turismo. Era un lavado de cara a lo de Prensa y Propaganda que regía hasta entonces. Lo de Propaganda quedaba feo de puertas afuera.

Arias se tenía por persona de sólida formación teológica de base tomista, pero olvidaba que Dios hizo al hombre libre. Había sido seminarista de no sé que orden religiosa. Recién acabada la guerra civil fue, durante cuatro años, gobernador civil de Salamanca y, andando el tiempo, delegado nacional de Prensa y Propaganda, antecedente del referido ministerio. Su obsesión parecía ser la salvación espiritual de los españoles, mediante el control de los medios informativos y artísticos.

José María Pemán recoge en su libro de memorias un diálogo delator del espíritu integrista del personaje. Le pregunta Pemán, con retranca jerezana: «Ministro, ¿es verdad que lleva usted una contabilidad exacta de los que se salvan ahora en España gracias a sus métodos coercitivos y parece que se ha mejorado mucho la balanza de pagos metafísicos, y que nuestras exportaciones al Paraíso superan cada vez las cifras del mes anterior?». A ello responde Arias Salgado: «Cada año hago un discurso en la Asamblea de la Prensa. Luego, esos discursos, ampliados, se reúnen en tomo. El conjunto viene a formar una teología de la Información. Parto de Santo Tomás que dejó sentado para siempre que la libertad es la opción entre los bienes posibles, pero excluido el mal», sólo que el ministro se reservaba el derecho de definir el bien y el mal en el terreno temporal. La teología, parte al menos de ella, se había trasladado, por decisión unilateral de este singular ministro, de las universidades eclesiásticas al ministerio de Información y Turismo. Naturalmente, con tan amplios y elevados propósitos, sus discursos venían a ser como ríos meandrosos y profundos que no alcanzaban nunca el mar. Excelente somnífero para echar una larga siesta de pijama y orinal, como podría haber dicho Camilo José Cela. Por esta razón, los profesionales del ramo le llamaban —*off de record* por supuesto— «Hectáreas Salgado».

Pero en la elaboración de su innovadora y originalísima teología de la información, contaba con un ayudante no menos firme y sofista que el propio ministro, y al que, según las lenguas de doble filo, escribía sus interminables discursos. Me refiero a Valentín Gutiérrez Durán, también ex seminarista, creo que de los agustinos, que impartía, si la memoria no me falla, *Régimen Jurídico de Prensa*, en la Escuela Oficial de Periodismo, creada al socaire del nuevo ministerio. Don Valentín como, obviamente, le llamábamos los alumnos, tenía su aquel. Puntualísimo, rígido, estricto. Entraba en clase con puntualidad de corrida de toros y daba un margen de tres minutos, sólo tres, para echar el cierre. Si llegabas un solo segundo después te quedabas en la calle, y las faltas de asistencia podían ser definitivas para la nota final de la asignatura. De todas formas no era un hombre áspero ni brusco, sino de modales afables y circunspectos. Nos trataba a todos de usted, pero su aparente suavidad venía a ser como una máscara que ocultaba una pedagogía de hierro.

En una ocasión, Alejandro Fernández Pombo, número uno de la promoción Europa (1958), la última que tuvo nombre propio, y con el tiempo director de *Ya* (1974-1980) y presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid y de la Federación Española (1999-2003), preguntó a Gutiérrez Durán con la mayor ingenuidad, porque Alejandro es incapaz de malicia alguna, no sé qué de la censura. Una nimiedad, seguro; tan nimia que ni siquiera él se acuerda. ¡Madre, qué dijo! Como si hubiese mentado a sus muertos, a los muertos de don Valentín, por supuesto. Éste se revolvió enfurecido y espetó al acoquinado alumno: «Como vuelva usted a mencionar esa palabra le suspendo..., le suspendo en junio y en septiembre». En otros términos. De la censura no se podía hablar, ni siquiera pronunciar su nombre. Y ya que no tenía nombre, no podía existir. Clarísimo.

Arias Salgado creó también Televisión Española en los estudios algo improvisados de la avenida de La Habana. Las presentadoras tenían que salir bien abrigaditas, no fuera cosa que terminaran acatarrándose, y, cuando alguna aparecía por allí con un vestido ligeramente aireado, el celador de la moral del ente mandaba sobreponerle un chal que tenían siempre a mano. Los chales de TVE se hicieron famosos en toda España, y los zumbones de rigor no tardaron en sacarle punta al asunto: «Con Salgado, todo tapado».

El ministro nombró director general de Prensa a Juan Aparicio. De aspecto físico mussoliniano, accitano ejerciente, fundador, con Ramiro Ledesma Ramos, de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas), simpatizantes del nacionalsocialismo teutónico, inventor del lema «¡España: una, grande y libre!», promotor de los cursos de verano de Salou y del certamen internacional de habaneras de Torre Vieja. Escribía con un estilo muy *sui generis*, frondoso, barroco, enrevesado, prolijo, de períodos e incisos alargados y espesos, de muy difícil lectura y comprensión. Aparecían sus artículos en *El Español*, semanario que editaba su propia dirección general. Como al mismo tiempo Juan Aparicio desempeñaba la dirección de la Escuela Oficial de Periodismo, los alumnos ya sabíamos lo que teníamos que hacer. Nadie nos imponía ninguna lectura concreta, mas por si acaso... Lo mismo que esos profesores que publican un libro con los apuntes de sus clases.

En una fecha tardía de 1952, Enrique de Angulo fue llamado a capítulo con urgencia por el director general de Prensa. Vino en seguida, pero ya no volvió. Cesado de manera fulminante por motivos que no he podido descifrar, no le pagaron siquiera los gastos de retorno de la familia, que de momento tuvo que quedarse en Virginia. Lo haría un tiempo después, por barco, pero ya mermada. Las dos hijas mayores, Felisa y Ana María, se habían casado en el ínterin con americanos y, lógicamente, optaron por quedarse allí para los restos. Enrique, que cursó derecho y periodismo como el padre, fue más sensato y después de algunos pinitos en esta profesión que Dios guarde —la de periodista—, se dedicó definitivamente a la abogacía. Vivió unos años en Estados Unidos y en Puerto Rico y, una vez jubilado, se acomodó en Segovia. Los demás, Tere (María Teresa), Memé (Mercedes), Carlos —

que posteriormente emigraría también a Estados Unidos, aunque volvió luego a España—, Paloma y Paz, regresaron a Madrid, y con los años, cada cual, como es de suponer, emprendió su propio camino, no en todos los casos alfombrado de flores.

Angulo, de nuevo laminado por la trituradora de carne de periodistas instalada en la dirección general de Prensa, derrotado y entristecido, se vio obligado a retornar a su eterno cobijo de *La Editorial Católica*, como redactor de internacional de *Ya*. El hablar inglés alguna facilidad le daba. Y otra vez vuelta al pluriempleo. Por la mañana en Obras Públicas y por la tarde-noche en el rotativo católico. Sin embargo, los sueldos en uno y otro puesto no debían de ser muy holgados, porque el primero de noviembre de 1954, el consejero delegado de la *Santa Casa*, Mariano Rioja, le extendía un contrato como agente de publicidad, probablemente para que pudiera sacarse unas pesetas extra. En principio, el trabajo de redacción era incompatible con el publicitario, aunque había algunas excepciones, perfectamente conocidas. Por ejemplo, los redactores económicos se encargaban de recoger las reseñas de las juntas generales de las grandes compañías, que les daban ya elaboradas, para insertarlas como información de pago en el medio respectivo. Por este servicio de mensajería, los periodistas financieros cobraban una comisión establecida de antemano y a la vista de todo el mundo. Quizás a Enrique de Angulo le permitieron trabajar la publicidad en algún campo ajeno por completo a la información internacional. Es lo más seguro.

El despido de la plaza americana trajo cola. Como era de esperar, el perjudicado, abogado al fin de cuentas, no se quedó de brazos cruzados y puso pleito contencioso-administrativo al ministerio de Información y Turismo, por los gastos y quebrantos que le ocasionó el traslado de la familia desde Estados Unidos a España. Después de siete años de demora, el tribunal dio la razón al demandante hacia 1960, a punto ya de jubilarse, y condenó «al que dijo ser y llamarse ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias Salgado», al pago de la indemnización que procediese. El día de la vista pidió que le acompañaran algunos colegas del periódico, entre ellos Fernández Pombo, recién incorporado a *Ya* como confeccionador, a fin de no sentirse demasiado solo ante los leguleyos de la abogacía del Estado. Tarde, muy tarde se le hacía justicia, pero únicamente en una parte mínima: la económica, y tampoco sería mucho. En cambio, en el aspecto moral y profesional Angulo estaba acabado. Lo había estado desde mucho antes. Ahora la jubilación le aguardaba a la vuelta de la esquina.

Claro que peor lo tuvo, a corto plazo, el propio ministro, que tal vez llegó a creer que lo iba a ser eternamente. Sin embargo, el 10 de julio de 1962, fue cesado sin explicaciones de ningún género —Franco no las daba nunca— y sustituido por Manuel Fraga. Arias, que el día antes de su destitución no tenía la menor idea de lo que le aguardaba, lo tomó tan a mal, que pocas fechas después le dio un repente y cayó fulminado en el portal de su casa.

Angulo, en cambio, vivió todavía quince años más, totalmente retirado de toda

actividad, aunque sin perder jamás la jovialidad y el sentido del humor que le caracterizó toda la vida. Sin embargo, aún le quedaba apurar el cáliz amargo de su vía crucis particular. El 23 de noviembre de 1975, recién cumplidos 80 años, fue atropellado y muerto por un coche que se dio a la fuga, cuando cruzaba la calle de Martínez Campos de Madrid. Como no llevaba documentación encima, no pudo ser identificado en un primer momento. Y de ese modo accidentado, tan acorde con su vida, acabó sus días este periodista repetidamente pisoteado, pero que nos legó un reportaje que al cabo de setenta y un años cobra plena actualidad. El tumor político que el autor describió con minucioso detalle, ha vuelto a reproducirse con toda su capacidad de metástasis nacional. «el pueblo que olvida su historia, está condenado a repetirla.» Si han leído este libro, quizá se hayan convencido de ello.

Vicente Alejandro Guillamón
Madrid, octubre de 2005

[1] Madariaga, Salvador de, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1974, pp. 416-417. <<

[2] *La Nueva España*, 6 junio 1996, p. 54. <<

[3] Claudio Sánchez-Albornoz, *Mi testamento histórico-político*, Ed. Planeta, Barcelona 1975, p. 44. <<

[4] José Manuel Otero Novas, «Democracia y libertad», *ABC*, 1 febrero 1996, p. 38.

<<